

**LAS TERTULIAS DE**  
*La condesa*  
*de Merlin*  
**en París**

## SABINE FAIVRE D'ARCIER

---

Periodista y escritora francesa. Bachiller en Letras y con el título de Psicopedagogía, cursó estudios en la Escuela del Louvre —Historia del Arte— y en la Escuela de Periodismo. En su quehacer periodístico se destacan la labor como redactora de secciones de reportajes, crítica de arte, cine, exposiciones en Benjamin Jeunesse Actualité, como sus trabajos para la Sociedad Francesa de Prensa y las sinopsis de historietas para revistas juveniles (Editorial Rue de Fleurus).

Más de tres décadas ha dedicado en su devenir intelectual, al estudio histórico que relaciona a Francia y Cuba. Se significan de su autoría obras como *La Chambre*, *Journal de la Havane*, *Le Seconde Mort du Che* y *Tras las huellas de Napoleón en Santiago de Cuba*. Sabine cuenta también, como autora, sus libros *José White y su tiempo*, Editorial Letras Cubanas, ICL; y por estas Ediciones Imagen Contemporánea, *Y volverá el tiempo de los mayas*, que en sus páginas rememora al eminente arqueólogo cubano-francés Alberto Ruz Lhuillier y su descubrimiento, por vez primera, de una tumba funeraria americana, así como *Vermay, Mensajero de las Luces*, que destaca la astucia del pintor Juan Bautista Vermay al coronar el Templete con su óleo principal, y *Los tres Heredia*, el poeta romántico José María Heredia, el poeta parnasiano José María de Heredia y Severiano de Heredia, *el Pardo*, el gran político.

---

**LAS TERTULIAS DE**  
*La condesa*  
*de Merlin*  
**en París**

**Sabine Faivre d'Arcier**

IMAGEN  CONTEMPORANEA

LA HABANA • 2017

## **Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA**

**Director:**

Eduardo Torres-Cuevas

**Subdirector y editor principal:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Coordinadora principal:**

Yasmin Ydoy Ortiz

**Administradora editorial:**

Yarianny Ortiz Silot

**Traducción:**

Rafael Rodríguez Beltrán

**Responsable de la edición:**

Luis M. de las Traviesas Moreno

**Diseño, maquetación y emplane:**

Luis A. Gutiérrez Eiró

Edición auspiciada por la Academia de la Historia de Cuba.

**Todos los derechos reservados.**

**© Sobre la presente edición:**

**Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2017**

ISBN: 978-959-293-035-3 Ediciones Imagen Contemporánea  
978-959-7250-00-5 Ediciones Demajagua

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA,  
Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz,  
Universidad de La Habana,  
L y 27, CP 10400, Vedado,  
La Habana, Cuba.  
e-mail: yariortiz@ffh.uh.cu  
yasminortiz@ach.ohc.cu

# Índice



**DEL EDITOR / VII**

**INTRODUCCIÓN**

***MIS DOCE PRIMEROS AÑOS* Y UNA ÚLTIMA MIRADA A ESPAÑA / 1**

**PRIMERA PARTE**

**1814-1829**

**PARÍS DURANTE LA RESTAURACIÓN. PRIMEROS PASOS EN LA SOCIEDAD FRANCESA / 19**

**SEGUNDA PARTE**

**1830-1839**

**EL SALÓN DE MÚSICA DE LA CONDESA DE MERLÍN EN TIEMPOS DEL ROMANTICISMO / 73**

**TERCERA PARTE**

**1840-1852**

**UNA BÚSQUEDA DESESPERADA Y EL *VIAJE A LA HABANA* / 149**

**EPÍLOGO**

**CUANDO SE EXTINGUEN LAS LUCES DE LA FIESTA... Y EL ADIÓS A LA VIDA / 215**

**FUENTES CONSULTADAS / 231**

**TESTIMONIO GRÁFICO / 237**



## Del Editor



Cuando revisábamos las cuartillas originales de esta, más que sin par obra de la amiga Sabine Favre d’Arcier, no menos podían venir a nuestra mente tantos de aquellos momentos compartidos ella y quien escribe estas líneas. Sabine, junto a quien “fuiste mi vida, mi porción de humanidad”, su Luis Orlando siempre en presencia-ausente, amigo nuestro inolvidable. Y yo, sostengo el recuerdo de quien me falta, Gladys Alonso, ella que compartió los quehaceres de la vida y la edición de libros, hasta una madrugada de relampagueantes destellos, cuando se anunciara un momento final imborrable.

Resulta muy probable para los lectores —a 165 años del fallecimiento de María de las Mercedes, condesa de Merlín—, el aprehender de singular manera lo que estas páginas transmiten; una y otra vez, les recomiendo una necesidad: recapitular el texto y, así, poder sentir, también recrear momentos de una intensa existencia y, por qué no, amar la vida de aquella criolla cubana condesa de Merlín, quien significó un instante histórico de la Gran Antilla, de la España siempre suya, de su cuerpo y alma vivida en Francia.

Esa mujer, de extraordinaria feminidad, devendría estimada y sublimada. María de las Mercedes creó un mundo relevante y de respeto en los principales salones parisienses. Ella, “bella entre las más bellas mujeres de París”, agrupó en su salón de la calle Bondy, una y otra vez, la cultura, la inteligencia, la imaginación y el amor. Allí, artistas de diversas disciplinas del arte pictórico, musical y literario; militares, académicos y aristócratas, mujeres y hombres de la vida elegante francesa, española, italiana, cubana y de otros países, constituyeron conjunción en identificaciones y reproches, pero en una proyección histórica. No olvidar que una convulsa existencia en el tiempo de larga duración recorría Europa y, más allá. Y en estas páginas, sentimos el transmitir autoral de una generación y su época, de disímil pensar y sensibilidad artística y política.

En su estilo y conocer del oficio de historiador, Sabine siempre en ese atraer, compartir y amistar inigualables decursos franco-cubanos, nos recuerda en una parte de su libro cómo, para la condesa de Merlín: “Es su historia y es también la nuestra. Es su pasado y también el nuestro. Destino que resultó muy particular para ella pero que nos es común. Supo jugar maravillosamente con su triple identidad de cubana, española y francesa, de lo que se enorgullecía”.

Estas líneas no devienen un capricho. Quienes de una u otra manera editamos esta obra, agradecemos a su Autora el ser sus colaboradores. Una existencia compartida, no obligado compromiso; es constancia de hermandad en el trabajo.

*Luis M. de las Traviesas Moreno*  
8 de marzo del 2017.

*A Cuba, que me dejaste...  
como un largo sueño despierto.*



# Introducción



## **MIS DOCE PRIMEROS AÑOS Y UNA ÚLTIMA MIRADA A ESPAÑA**

**E**l día pronostica ser hermoso; el cielo está despejado. La gran plazoleta, en la que se han agrupado algunos vehículos públicos de alquiler que facilitan el transporte desde la capital hacia las grandes ciudades de Francia, una mujer, elegante y todavía hermosa, se dirige al cabriolé más espacioso con destino a Poitiers. Le entrega el equipaje de mano al cochero. Le indica su maletín de mimbre y se acomoda en la parte delantera donde se han dispuesto seis asientos para los pasajeros, repartidos entre los diferentes compartimentos. Tirarán del coche cuatro caballos que ya están enganchando. Un grupo de pasajeros ha venido para despedirse de los viajeros y desearles buen viaje. El camino será largo y seguramente azaroso, ya que no se pueden prever todos los imprevistos del viaje, pero la condesa de Merlín está acostumbrada a este medio de transporte, que se ha modernizado considerablemente a todo lo largo del siglo, ofreciendo ya no solo un determinado confort, sino también, en tiempos de paz y de tranquilidad, una cierta seguridad.

Está sola y pensativa.

La diligencia toma la calle de Bondy y pasa por delante de la residencia Rosambo. Discretamente lanza un vistazo al exterior y admira una vez más la bella fachada clásica de esta residencia, con su soberbio tejado, su majestuoso pórtico, su amplio recibidor y los inmensos salones de recepción del primer piso con su balcón de hierro forjado que descansa sobre dos ménsulas de piedra, desde el cual cree oír, a

través de las puertas abiertas de par en par, armonías musicales, ruido de voces, carcajadas. Al escuchar el ritmo de la orquesta, se deja llevar por un enloquecido torbellino de vestidos, de crinolinas, de las hermosas damas que danzan bajo las arañas iluminadas por miles de llamitas vacilantes. Revive toda una etapa de su vida... pero, apenas se aleja del suntuoso edificio, todo se desvanece.

Esa elegante residencia, construida hacia 1780 para el marqués Luis Le Peletier de Rosanbo, había pertenecido y en él había residido con toda su familia, hasta la Revolución, como nos lo recuerda en sus *Memorias de ultratumba*, su querido amigo, François-René de Chateaubriand: “Mi hermano Jean-Baptiste estaba casado y vivía en casa de su suegro, el presidente Rosanbo, en la calle de Bondy. Acordamos mudarnos a la misma barriada; por intermedio del señor Delisle de Sales, que ocupaba uno de los pabellones de Saint-Lazare en el barrio Saint-Denis, alquilamos un apartamento en esos mismos pabellones”.

Pero resulta que la belleza de esa espléndida morada se esfuma bruscamente, dando lugar a una realidad mucho más sombría, ya que el famoso prefecto de Rosanbo, de triste memoria, había sido guillotinado junto a su esposa Margarita y su hija, Alina, el 1º de floreal del año II,<sup>1</sup> algunas décadas antes de que, a su vez, la ocupara esta gran aristócrata cubana, María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, hija de los condes de Jaruco y Mopox.

La historia la atrapaba de nuevo. Acababa de tomar conciencia de que la memoria del tiempo nunca se borra del todo de los monumentos. Dos palabras acudieron entonces a su mente: *Revolución* y *Aristocracia*, dos palabras que se oprimían, se retorcían, se quebraban y se curvaban, y cuyos anverso y reverso ella conocía muy bien. ¡No en balde, a lo largo del tiempo, le habían hecho soportar todo el peso de esas dos palabras en medio de una sociedad incesantemente perturbada por los acontecimientos históricos!

Al verla pasar, el ocioso caminante que recorre este animado barrio, se pregunta a dónde huye esta hermosa viajera, cuando los caballos, que habían salido a un paso moderado por la calle de Bondy, comienzan ahora a trotar por los grandes bulevares. Pero en cuanto han llegado a la Puerta Saint-Martin, lugar privilegiado para los encuentros de artistas, acróbatas y saltimbanquis, situado no lejos del Circo Olímpico y del Teatro de la Gaîté, los corceles se lanzan de improviso a todo galope por los caminos rurales que ya cubren toda Francia como una inmensa tela de araña.

---

<sup>1</sup> El 20 de abril de 1794. Las notas son de la autora, a no ser que se indique lo contrario.

María de las Mercedes va a encontrarse con su hija, quien vive en el departamento de Haute Vienne, en el castillo familiar propiedad de su marido, Firmin-Désiré Gentien de Dissay, quien lamentablemente fallecerá poco después de su llegada, en mayo de 1849, dejando a su esposa a cargo del inmenso castillo, de su madre y de sus tres niñas.

En el ocaso de su vida, a los 60 años, viuda desde hace diez, María de las Mercedes, que acaba de separarse definitivamente de su amante, Philarète Chasles, siente ese día más que nunca la necesidad de volver a ver a su hija, igual que anteriormente había experimentado la necesidad de estrechar entre sus brazos a su madre, a quien no había visto desde hacía unos 12 años. Su madre, que se había marchado argumentando que su ausencia no duraría más de seis meses, aunque el destino no lo quiso así; 12 o 13 años que fueron para ella una verdadera eternidad.

De hecho, siempre ocurría que la alegría se abría paso después de un largo viaje... después de una ruptura.

María de las Mercedes cierra los ojos y ve que una joven se le acerca; es su madre, que no vaciló en abandonarla algunos meses después de su nacimiento, con el pretexto de que el viaje por mar sería demasiado largo para un bebé de tan tierna edad.

“Con ese vestido de seda azul oscuro que resaltaba la blancura de sus brazos y el ligero velo, cuyos pliegues todavía pudiera contar y que cubría en parte sus hermosas guedejas... ¡Dios mío! ¡Qué hermosa me parecía! —no puede dejar de murmurar dulcemente. ¿Quién pudiera mirarla sin conmoverse? Su porte majestuoso, sus rasgos regulares, sus cabellos y sus hermosos ojos negros se dibujaban con gracia sobre una piel de alabastro; brazos, manos y hombros admirables; [...] esa mezcla de orgullo y de dulzura que atestiguaban al mismo tiempo la elevación y la sensibilidad de su alma”.

Fue así como ocurrieron las cosas cuando acababa de cumplir sus 12 años... En medio de incertidumbres, de lágrimas y nostalgias, fue una prolongada espera hasta el día en que todo ese amor que había contenido por tanto tiempo lo encontrara de nuevo de la manera más natural del mundo bajo el misterio de la maternidad. En Madrid había conocido al apuesto oficial francés, cuyos ojos azules en una piel tan blanca la habían impresionado de manera particular. Llevaba, por otra parte, un uniforme de húsar que, además, le asentaba maravillosamente. La primera vez que lo vio, tal vez le pareció un tanto frío, severo, pero de maneras simples y naturales. Y acaso, lo que le agradó más que su apariencia fue lo que le declaró algunos meses más tarde a su madre: “Señora, no le pido más que la mano de su hija, sólo su mano. Es ella

sólo ella lo que le pido”, rechazando así todas las ventajas económicas a las que hubiera podido aspirar.

Algún tiempo después comenzaron a producirse determinados incidentes entre los demasiado arrogantes franceses y los demasiado orgullosos españoles, quienes, después de seis años de invasión napoleónica, ya no resistían su vecindad: humillaciones y compromisos. Se acrecentaron las disensiones en el seno de numerosas familias aristocráticas cuyos hijos, hermanos o esposos, a menudo pertenecían a campos opuestos y, a veces, incluso combatían unos contra otros.

Y de repente —probablemente cuando se produjo la invasión francesa, en 1808— le volvió a la mente la inquietud y el pesimismo de su gran tío, el general O’Farrill, hermano de su madre, Ministro de la Guerra de Carlos IV y luego del rey José Bonaparte, cuando les había participado el triste destino que Napoleón le preparaba a su desgraciado país. Acababa de atravesar una parte de Italia y de Francia, y el drama que se preparaba ya no era un secreto para nadie. Sin embargo, fue Ministro de la Guerra hasta el final y su papel de conciliador, encargado de restablecer el orden, tanto dirigiéndole al pueblo palabras de concordia y de paz, como recogiendo a los infelices heridos de los ejércitos enemigos para protegerlos. Había que ver a este hombre “de rostro tan dulce como una mirada del cielo”, tan fino, tan delicado, en medias de seda y zapatos de hebillas de oro, sin sombrero, cabalgando un caballo tomado a toda prisa en el patio del palacio, avanzar lentamente en medio de la carnicería y atravesar en medio de los gritos de la multitud y de los soldados que atacaban a golpes de bayoneta. Pues su conducta en los campos de batalla durante aquella terrible época cargada de desgracias, nunca dejó de ser admirable. María de las Mercedes lo consideró siempre un ser excepcional, uno de aquellos que el cielo envía a la tierra para consolarnos o advertirnos que todo no es decepción y falsedad en este mundo.

Estaba también su hermano *Quico*, a quien quería entrañablemente; lo recordaba como un ángel de bondad, el candor y la verdad misma. Y ¿cuál no sería su tristeza al saber por su madre que él abandonaría Madrid para embarcarse, solo, con destino a su tierra natal?, pues “regresaba a La Habana para poner en orden los negocios de la familia”; toda separación de cualquier miembro de la familia le resultaba, desde su nacimiento, casi insoportable.

Había tratado de perdonar la ligereza de su madre, que comparaba entonces con una suerte de gracia natural, y consideraba que su abandono había sido motivado, no solo por su juventud, pues la habían

casado a los 12 años, sino también por su fragilidad física, ya que su salud se había resquebrajado a causa de los partos, los fastos de la corte, las recepciones y la educación que había tenido que prodigar a sus cuatro hijos desde que Mercedes había venido a vivir con ella. No obstante, eso no lo explicaba todo, pues, siendo todavía joven y bella, la madre se enfermó repentinamente al enterarse de que su hija sería también madre.

Estaba embarazada de una niña y tanto lo deseaba que prácticamente tenía la certeza de que así sería. La admiración —si bien mezclada con un poco de resentimiento— que sentía secretamente por su madre, ya le hacían creer que la niña, con toda naturalidad, se le parecería. La bautizaría con su nombre, María de las Mercedes, seguido por el de su madre, Teresa, y por el de su hermana, Josefa. Sería bella, inteligente, brillante y coqueta como lo había sido su abuela; tendría su salón, sería una musa, *lionne*,<sup>2</sup> diva o, en pocas palabras, la favorita de una nueva época, que ya se anunciaba.

Es cierto que la madre, a quien llamaban “la bella condesa cubana”, había sido muy solicitada en su tiempo; era todavía joven y bonita a sus 37 años, cuando quedó viuda, y muy pronto había suscitado odios y celos. Corrieron rumores de que el rey José, que el pueblo español había bautizado con el mote de *Pepe Botella*,<sup>3</sup> le había hecho olvidar sin demora la tristeza provocada por su viudedad. Y hasta se le reprochó llevar una vida disoluta y escandalosa con su amante, quien estaba casado, pues había dejado en Mortefontaine, cerca de París a su esposa, Julie Clary y sus dos hijas. Sin embargo, no se trataba, como afirman algunos, de proteger a la rival, sino por prudencia y razones de seguridad. No hubo mezquindad de la que no se le hiciera víctima en la corte, proveniente sobre todo de las marquesas, las duquesas y las condesas españolas.

María de las Mercedes se vio obligada a desmentir toda la maledicencia que había despertado su madre cuando fue advertida por la duquesa de Abrantès, escritora y célebre memorialista francesa quien, de paso por Madrid, recibió la visita de varias damas de la Corte pertenecientes a las clases más altas. Años más tarde, la duquesa recogió en sus *Memorias y recuerdos históricos* “que había en Madrid

---

<sup>2</sup> Literalmente “leona”, pero entre 1830 y 1860 se empleó, sobre todo, para designar a las damas elegantes, que hacían la moda en el París de esas décadas. Balzac usaba con frecuencia el término, que luego cayó en desuso, si bien todavía lo encontramos en Proust. (*N. del T.*)

<sup>3</sup> Sus enemigos así lo llamaron, dado que sus primeros decretos estuvieron relacionados con las bebidas alcohólicas y los juegos de cartas.

por aquel tiempo un mujer decididamente hermosa, llamada Señora Carujo,<sup>4</sup> bastante alta para ser española y proporcionada como lo son todas las mujeres de ese país, sobre todo cuando han nacido en las colonias. Tienen entonces una perfección de formas que no poseen las andaluzas de mejor figura”.

Pero la belleza no lo era todo. El encantador recuerdo que conservaba de ella era el “de una madre joven y bella, rodeada por sus dos jóvenes hijas, una de las cuales acababa de llegar de La Habana con su padre”. Y añadía: “Leí con gusto el relato de los *Doce primeros años* de la Señora Merlín, obra llena de gracia y de simplicidad, así como de inteligencia y talento, donde todas las sensaciones son descritas maravillosamente de manera que siempre serán comprendidas por las almas que saben amar”.

Este último cumplido la había conmovido particularmente y todavía lo recordaba aunque no fue el único que le dirigió la gran aristócrata, suficientemente inteligente como para haber contado entre sus amantes al joven Balzac, quien estuvo a su lado a lo largo de toda su vida, sin dejar de felicitarla y aconsejarla, cada vez que publicaba un manuscrito.

Y si esas palabras la conmovieron de manera individual es porque la duquesa había sabido ser sincera con ella, tanto en sus críticas como en sus elogios, lo que no siempre había sido el caso de sus antiguos amigos ni de sus parientes más cercanos.

Se sorprendió entonces al ver hasta qué punto los grandes acontecimientos de su vida, cada vez que se le aproximaban, le conferían una especie de benéfica indolencia, la cual se asemejaba a un cierto fatalismo. Nunca había vacilado ante sus acciones ni había lamentado lo hecho: creía en su estrella con toda firmeza.

El trayecto de París a Poitiers le resulta largo y monótono. Necesitará más de cinco días para recorrer los 340 kilómetros que la separan, desde la puerta Saint-Martin, su punto de partida, hasta el Castillo de Dissay, donde la espera su hija, pues es preciso detenerse cada noche en una posta, aunque solo sea para cambiar los caballos de la diligencia y porque normalmente no se viaja de noche.

Cierra los ojos por un instante y se ve en los caminos de España con su padre... Era una aventura totalmente diferente. Después de visitar Sevilla, donde solo estuvieron algunos días, con gran decepción descubre

---

<sup>4</sup> La duquesa de Abrantès se refiere a la madre de Mercedes, la condesa de Jaruco, con un anagrama de ese título.

la hermosa tierra andaluza, cuyos méritos tanto le habían elogiado. Al compararla con su tierra natal, tan fecunda, tan rica y coloreada, no logró ver su carácter pintoresco sino solo su aridez: los tristes naranjos y secos limoneros, los olivares plegados y retorcidos —como si se les hubiera hecho cargar todo el peso de los males de la tierra, desde la agonía de Cristo en el *Huerto de los Olivos*—, y la vegetación toda cubierta de un polvo que la vuelve triste y vetusta, mientras que en su país todo era exuberancia y color, en medio de una naturaleza que se renueva incesantemente, salvaje y virgen hasta el punto de hacerse provocativa.

Desde que había dejado su isla natal, no había cesado de andar de un lado a otro y, después de que su padre las dejó para regresar a Cuba —donde un buen día moriría enfermo de hidropesía, esa enfermedad que lo llevó a la tumba con solo 38 años— siguió viajando en función de los avances y retrocesos de la invasión francesa. Primero partieron con un convoy ¡y qué convoy! Tres vehículos ocupados sucesivamente por su madre y su hermana, su tío y su tía en compañía de sus sirvientas, seguidos de una calesa con tres oficiales a su servicio, luego otros jinetes y varios furgones que transportaban hasta sus camas y batería de cocina. Todo era agitación, movimiento y desorden en el camino. Había que huir de Madrid lo antes posible, al primer cañonazo, pues, mientras la vanguardia española llegaba por la puerta de Toledo al sur, la retaguardia francesa salía por otra puerta en dirección hacia el norte. Y en ese momento, daba lo mismo si se estaba en ropa de viaje o no, todos partían a pie, a caballo, en carreta, en una mula o en un asno; se viajaba de día, de noche, independientemente de qué tiempo hiciera, de ciudad en ciudad, de Vitoria a Burgos, de Aranjuez a Sevilla, y así hasta que el rey José regresó a la capital e hizo su entrada solemne.

“Regresamos a Madrid —diría—, y vinieron entonces algunos días de respiro y de tregua, como durante aquellos primeros días de matrimonio, cuando mi marido y yo misma hicimos algunos paseos a caballo; pero en realidad nunca estuvimos solos, pues siempre nos acompañaba un piquete de jinetes de la guardia ligera que nos seguía a cierta distancia, y, para no echar a perder esos instantes de felicidad, a menudo fingí no notarlo.

”Y luego tuvo lugar la última retirada de los *afrancesados*, ese largo viaje de regreso a Francia, para reunirme con mi marido, que realicé sola con mi hija de solo algunos meses de nacida; centenares de kilómetros a pie o a caballo, que había que recorrer con el estómago vacío y la boca reseca, sin dinero y sin fuerzas, con víveres que cada vez se hacían más escasos y un poco de agua que con frecuencia había

que pelear gota a gota con los pobres animales que a veces morían en medio del camino por no haber apagado su sed en la misma medida que los seres humanos”.

Pues la guerra, con su cortejo de desgracias, había sucedido a los efímeros tiempos de paz. Luego de pretender la regeneración de España, el 3 de junio de 1808 Napoleón se dirigió a esa nación con estas palabras: “Españoles, después de una larga agonía, vuestra nación perecía. He visto vuestros males y voy a remediarlos. Vuestra grandeza y vuestro poderío son parte de la mía [...] Vuestra monarquía está envejecida; mi misión es rejuvenecerla; mejoraré todas vuestras instituciones y os haré disfrutar, si me secundáis, de todos los beneficios de una reforma, sin roces, sin desórdenes y sin convulsiones. [...] Quiero asegurarme personalmente de cuáles son vuestros deseos y vuestras necesidades. [...] Españoles, recordad lo que fueron vuestros antepasados, ved lo que sois ahora. No es culpa vuestra sino de la mala administración que os ha regido; tened esperanza y confianza en las circunstancias actuales...”<sup>5</sup>

“Lo que le importaba, ante todo, era que se le recordara y que todos exclamaran: ‘¡Es el regenerador de nuestra patria!’.

”Entonces hubo de nuevo angustias y temores al ver esos poblados desiertos, las casas abandonadas, derruidas, con las paredes calcinadas, porque corría el rumor de que había guerrillas que recorrían las montañas precediéndonos; no había más que ver los pozos y los *aljibes*<sup>6</sup> rellenos de piedras para comprender que habían pasado por allí. El cerco se cerraba alrededor de los vencedores, ahora vencidos. El enemigo... ¿pero cuál?, francés o español, se hallaba por doquier, nos cerraba el paso, nos paralizaba. La muerte también nos acompañaba... nos precedía y nos seguía... aumentaba el calor, implacable y tórrido en ese mes de agosto, y así fue hasta llegar a Valencia, la rica, Valencia, la bella, la tierra prometida por donde el agua todavía fluía profusamente por sus fértiles llanuras”.

Fue la última mirada a España que guardó para sí, cuando sus ojos se posaron una vez más en esos paisajes devastados. Y en ese momento sopló una brisa que le llegaba desde muy lejos, de su tierra natal; de inmediato había reconocido el aire liviano de su país, cuyo dulce calor se apoderaba de ella, la penetraba. María de las Mercedes podía oler el soplo que venía del mar y se adentraba con toda fuerza por las calles de la vieja Habana, aire impregnado de aroma de algas, de una dulzura y una tristeza extremas; era el aire delicioso de la noche,

---

<sup>5</sup> Correspondencia de Napoleón I, en *Gaceta de Madrid*, 25 de mayo de 1808.

<sup>6</sup> Cisternas de agua potable (*N. de la A.*); en español en el original. (*N. del T.*)



que solo podía percibirse en su país, algo raro, voluptuoso e invaluable y cuyo recuerdo la devolvía a su infancia, a su madre que había muerto unos instantes antes de que, a su vez, ella diera vida a otro ser.

La diligencia rueda más o menos bien por los caminos de Francia... Hace ya cuatro días que inició su viaje. Está cansada, los baches provocan numerosos tumbos; hay mucho polvo; se producen paradas imprevistas porque los peones camineros reparan los caminos, pican piedras, rellenan los baches; a veces hay que vadear a pie una corriente de agua porque estos vehículos, debido a su altura, no siempre son muy estables. No obstante, el tipo de carruaje que escogió es el mayor de todos; posee tres compartimentos: el cupé, donde se ha instalado, la berlina, que está en el medio y la rotonda, que muy pocos viajeros prefieren, dado que, por encontrarse en la parte posterior, recibe más sacudidas. Espera que haya buen tiempo, que no llueva ni haya ráfagas de viento, pues su equipaje, junto al de los otros viajeros, está colocado en el techo de la diligencia bajo una lona. A menudo, María de las Mercedes mira el cielo y ve al postillón que monta gallardamente uno de los caballos, el primero de la izquierda, cuya tarea consiste en ayudar al cochero quien, desde su asiento, conduce alegremente el tiro de caballos.

El paisaje desfila ante sus ojos... y la transporta llevada por su libre imaginación.

Regresa en el tiempo y de inmediato se ve en el centro de una de esas selvas vírgenes plantadas de árboles enormes y misteriosos parecidos a fantasmas, con esas lianas que todo lo cubren, desde el suelo hasta el dosel de ramajes y entonces se contempla a sí misma de niña, acurrucada en la concavidad de una ceiba, bajo un sol que juega a los escondidos entre la fronda, escuchando y percibiendo el canto de una multitud de aves cuyas variadísimas especies suenan con registros de sonoros efectos que se extienden sobre una infinita diversidad de notas y se componen de silbidos, trinos y piadas. Siempre le ocasionaba el mismo arrobamiento y la misma interrogación. ¿Cómo lograban las aves comunicarse entre ellas y responderse, a pesar de la distancia y del espesor de la vegetación que las separaba unas de otras? El resultado era increíble... era un concierto casi celestial.

Con el rostro oculto entre sus manos, llora dulcemente. Ese instante de felicidad le trae a la mente otro: la voz de Angelica Catalani,<sup>7</sup>

---

<sup>7</sup> Soprano italiana (1780-1849) famosa por su belleza y por la potencia de su voz; gozó de una brillante carrera, debutando a los 15 años en el teatro La Fenice de Venecia; entre 1814 y 1818 fue directora del Teatro Italiano en París.

la cantante italiana que escuchó esa noche en el salón de su madre en Madrid. No era mucho mayor que ella, acaso diez años más, y venía de Venecia, donde había debutado, teatro La Fenice. Fue después de haberla oído cantar esa noche, con su poderosa y cálida voz de soprano, arias de óperas del repertorio italiano, cuando se despertó en María de las Mercedes el inconfesado deseo de consagrarse más adelante a una carrera de cantante. Pero lamentablemente, en aquella época, en España, los maestros de música eran mediocres y los alumnos muy escasos. Poco importaba, pues ella ya presentía en el arte vocal una forma de colmar la noción de belleza que buscaba por doquier, en sí misma y en su entorno.

La ocasión se presentaría un día en el salón de una de sus tías que, aunque detestaba el ejército francés que el destino le había enviado a su hogar, les había tomado afecto a esos oficiales, al menos dos de los cuales sentían una gran pasión por la música clásica. El primero se llamaba Lebarbier de Tinan, nombre bastante raro para un músico que, sin darle la menor explicación, la hizo cantar, durante horas, las obras maestras de los compositores italianos del período barroco, como Francesco Durante, quien en su época había sido profesor en el Conservatorio de Nápoles; el segundo, que hablaba de música sin parar, decidió una noche, pasando de las palabras a los hechos, interpretar con mucho brío algunos aires de Haendel, por el que experimentaba una verdadera pasión.

El abandono de un sitio amado para asentarse en otro, desconocido, fue siempre para ella, desde su nacimiento hasta su muerte, una ruptura, el terrible paso de un estado de total despreocupación a una toma de conciencia. De esta forma pasó bruscamente, de los brazos de su madre a los de su bisabuela, Mamita, de la vieja casona familiar enclavada en la Plaza Vieja<sup>8</sup> al convento de Santa Clara; de la corte del rey José en Aranjuez, al palacio de su tío O'Farrill, en Madrid; de Cuba a España; de España a Francia. Y esto siempre ocurría después de haber comenzado a aprehender su territorio y a familiarizarse con su entorno. Por fortuna su poder de adaptación aumentaba con el tiempo, de exilio en exilio... ide fascinación en dolor!

Pero la imagen de la muerte la había desafiado antes de que llegara al final de su camino. Primero, la de su padre, que murió en plena juventud por amar demasiado la vida y negarse a menudo a dormir, pues la vida le resultaba demasiado corta para desperdiciarla

---

<sup>8</sup> Según José María de la Torre, estaba situada en la esquina de las calles de San Ignacio y de la Muralla.

durmiendo; la de su Mamita, quien se le había revelado unos días antes de que ocurriera, en una horrible pesadilla. Por último, la prematura desaparición de esa mujer adorada, tan cercana y al mismo tiempo tan lejana, su madre, que tuvo lugar en medio de un gran agotamiento, de una suerte de desesperanza o de mórbida languidez, que nunca logró comprender.

Tal vez fue el amor y el apego que la hermosa criolla, María Teresa Montalvo y O'Farrill, sentía por España, su país de adopción y que veía agonizar día tras día bajo el yugo de sus ocupantes, cegados por sus certidumbres ¡y tan orgullosos de lo que representaban! O fue más bien un dolor, una pena más profunda cuyo secreto guardaba celosamente: la indiferencia del rey José, que partiría un día —ella lo sabía— para reunirse con su familia en Francia. Triste pasión de una mujer que siempre fue adulada, pero, sin dudas, insuficientemente amada. ¡Tal vez! ¿Pero acaso un mal de amores era causa suficiente para morir? —se preguntaba la hija.

María de las Mercedes hace silencio. En ese momento no está en las mejores condiciones para pronunciarse al respecto, ahora que acaba de separarse brutal y dolorosamente de Philarète Chasles. Por supuesto, el tiempo transcurrido había contribuido y nada ni nadie hubiera podido detenerlo.

Es cierto que la muerte había venido a golpearla cada vez de manera diferente, solapada e inexorablemente, como para concederle su plenitud... y también para mortificarla. Un choque y un impulso. Lo había sentido así sobre todo con el nacimiento de su hija, que tuvo lugar poco después de la muerte de su madre. ¿Era acaso algo natural ese renuevo permanente? Se le había vuelto tan familiar que ya casi ni lo notaba. Formaba parte integrante del desarrollo de los acontecimientos que siempre la habían proyectado hacia adelante, pues, desde su infancia, no había dejado de moverse, de agitarse, de estar siempre preparada para partir y no llegar nunca. Se entretenía comparando su vida con los trompos a los cuales se les hacía girar y girar hasta más no poder, alrededor de proyectos, de aventuras, de viajes, deseos, ilusiones y sueños con los que jugaba cuando no era más que una niña, lanzando piedrecitas a la superficie del agua para trazar círculos cada vez más grandes. Rebotes que flirteaban con el infinito, transgrediendo la esfera permitida.

Pues muy pronto el destino se le había ido de las manos, una vez que los hados lo habían decidido, a pesar de las incertidumbres, de las lágrimas y los lamentos... desde “que *ellos* se marcharon<sup>9</sup> y la

---

<sup>9</sup> Mercedes se refiere aquí a sus padres.

felicidad que acompaña la infancia me impidió tener una medida de lo que había perdido”. Fue solo después cuando María de las Mercedes sintió todo el peso de su pérdida.

Pasaron los años, felices y despreocupados, hasta la encrucijada en que algo, alguien por fin la esperaba: el orgulloso y brillante general del Imperio, Merlín de Thionville. Ese hombre alto, fuerte, humilde y generoso, llevaba ya consigo toda una historia, un pasado, una leyenda que muy pronto la joven María de las Mercedes quiso compartir. En 1805 ya era General de Brigada y dos años más tarde, fue nombrado Ayuda de Campo de José Bonaparte, que era entonces rey de Nápoles; luego alcanzó el grado de General de División, autorizado por el Emperador a servir a su hermano, en cuanto lo colocó en el trono de España. Era un francés de la Lorena, de Thionville, miembro de una famosa familia de militares y patriotas, cuyo origen remontaba a los primeros siglos de la historia de su país, a la época en que los reyes solían residir en esa comarca. Situada entre la Galia y la Germania, la pequeña ciudad se mantuvo siempre del lado francés y poseyó desde el siglo XIII su Carta en lengua romance, sus derechos y privilegios, sus elecciones, sus magistrados, su campanario, sus murallas... Y los hijos de las antiguas familias nacidas en ese terruño, añadieron a su nombre el de la ciudad. Ese fue el caso de Christophe-Antoine Merlín, cuyo padre fue procurador y cuyos tres hermanos, miembros todos del ejército, en el que habían alcanzado el grado de General de Brigada y de División, sirvieron a la Revolución en sus días gloriosos y honraron a su país.

Fue así como María de las Mercedes, la joven criolla nacida en la isla de Cuba, tuvo la suerte de conocer durante su exilio a uno de los más nobles mensajeros del Siglo de las Luces, portador de esperanza para ella y para su país, al menos así lo creyó ella, sinceramente, en un momento en el cual, una vez que todo se había desmoronado en el reino de España, la mayoría de sus familiares y en primer lugar sus padres, decidieron sin vacilación alguna apoyar la causa de José Bonaparte a quien su hermano había instalado, casi a la fuerza, en el trono de ese país. “Para los *afrancesados* que éramos, que fuimos, se trataba —nos dice— de poner fin al estancamiento económico y cultural de nuestro hermoso país, barriendo el oscurantismo y eliminando las instituciones tiránicas del antiguo régimen”.

Por ello, entre los numerosos recuerdos que amueblaban su memoria, había uno que muy especialmente le gustaba evocar. Un día en que paseaba por el jardín de un convento de cartujos e iba recogiendo ramos de flores que se colocaba en el talle y en los cabellos, vio, no lejos del lugar, a un grupo de oficiales franceses que

la observaban a cierta distancia sin interrumpir su conversación. Esa discreción le agradó de inmediato y le provocó un placer tan intenso que de inmediato se ruborizó y fue a reunirse con su madre. Algunos meses más tarde le entregaría su corazón y su confianza a uno de esos oficiales y se casaría con él en Madrid, el 31 de octubre de 1809. Tuvo lugar incluso un doble matrimonio gracias a Merlín, que intercedió con la madre de María de las Mercedes para que la hermana menor de esta, Josefa, a quien llamaban *Pepita*, pudiera casarse al mismo tiempo con Pedro Sáenz, amigo de la infancia e hijastro del general O'Farrill. La pareja de los jóvenes decidió acompañarlos a Francia durante algunos años.

París está lejos todavía... La distancia recorrida hasta allí le ha permitido atravesar paisajes bélicos a lo largo de su viaje de regreso. E, incluso, si el recorrido se transformaba a veces en pesadilla, no había tenido otra opción. A cada momento había tenido que ir más lejos, siempre más lejos, para dejar de escuchar los cañonazos... No eran los de *La Carmagnole*,<sup>10</sup> sino otros, diferente pero también los mismos: los de un pueblo encolerizado que se rebelaba, que se vengaba, que degollaba, que asesinaba, que mataba y moría. Mientras más avanzaba más terror y angustia le provocaba lo que veía. No faltó nada: andar a pie, montar a lomo de canijas mulas, serpenteando las montañas por senderos abruptos que bordeaban profundos precipicios semejantes a abismos. Y allí, frente a tanta grandeza y a tanto peligro, tratar de relativizar el precio justo que se debía pagar por su felicidad, su libertad. “Considerar —se decía a sí misma— la vida miserable que nos vemos obligados a llevar en la tierra, en el desprecio que me inspiraba y pensar que había nacido para algo mucho mejor que esto”.

Y solo después de todas esas imágenes desoladoras, un día logró ver esa línea de demarcación que llamamos frontera. Ella ignoraba su existencia, pues en su isla el mar siempre la había circundado y protegido —así lo creía— de toda invasión exterior. Al menos, cuando era pequeña, antes de enfrentarse a la inmensidad del océano, se había acercado al mar, a veces con temor, pero la mayor parte de las veces, con dulzura, sobre todo a la caída de la tarde, cuando las olas se estrellaban contra los arrecifes en abanicos de espuma y milagrosamente esparcían por toda la ciudad su fresco aliento.

Fue entonces cuando llegamos —nos dice— frente al límite que separaba España de Francia... “Allí todo el mundo se detuvo... Los

---

<sup>10</sup> Canción de contenido político que se popularizó durante los primeros años de la Revolución Francesa. (*N. del T.*)

franceses saludaron con alegría su bello país...; mientras que los españoles volvían el rostro hacia atrás y, con una prolongada y triste mirada se despedían por última vez de su patria. ¡Francia! ¡Francia! Exclamó el infeliz capitán encargado de llevarme sana y salva a Francia y que había logrado traerme hasta ese sitio. Y por todas partes se escuchaba como un eco que repetía ¡Francia! No le respondí al capitán, pero un temblor súbito se apoderó de mí... mis dientes castañeteaban como si hubiera tenido fiebre y, estrechando a mi hija contra mi pecho, me eché a llorar amargamente”.

María de las Mercedes cierra los ojos. La pena que experimenta por abandonar su país, acrecentado por el sufrimiento y el cansancio, la han vuelto casi insensible al peligro e indiferente ante todo lo que la rodea. No dice nada, se encierra en su silencio, como cuando sus padres la abandonaron en el convento; cierra los puños, baja la cabeza, luego la alza algunos instantes, cuando ya se siente dispuesta a afrontar todo lo que se le prepara.

Surge un nuevo día. En medio de la bruma que ya va desvaneciéndose, ve a lo lejos, en la margen derecha del río que fluye por el valle, la altiva silueta del magnífico castillo renacentista de Dissay, cuyas altas torres blancas y cilíndricas se dibujan en el horizonte y adivina lo que, en su tiempo, había sido el puente levadizo por sobre el foso que circunda todo el edificio, como si fuera un joyero de piedras y de agua, que lo haría aún más inaccesible.

Y a medida que poco a poco se va acercando, su imaginación se place en transformar esa morada principesca en castillo de *La bella durmiente del bosque*. Sin embargo, la historia relativa a este castillo edificado por Pierre d'Amboise, obispo de Poitiers y ministro de Luis XII a fines del siglo xv, no es precisamente un cuento de hadas, pues, si albergó en su tiempo a los reyes Francisco I y Luis XIV en sus jardines a la francesa diseñados por Le Nôtre y luego se transformó en residencia de los obispos de Poitiers hasta la Revolución de 1789 hasta 1793, también sirvió de prisión. Y la leyenda cuenta que fue en una de las dos imponentes torres cilíndricas, cerca del pórtico de entrada, donde fue confinado en 1638 el abate de San Ciriano, religioso y teólogo caído en desgracia en tiempos de Richelieu.

Súbitamente, sus inquietudes y sus accesos de alegría se entremezclan en ese amontonamiento de nubes provenientes de los cuatro confines del horizonte y que corren desbocadas por el cielo. Nimbos y cúmulos se preparan para entrar en combate; una tempestad se cierne sobre ellos. Relámpagos aterradores desgarran el lienzo celeste con rasgos dorados, dejando entre las negras nubes grandes espacios en

blanco que devienen para María de las Mercedes sueños enloquecidos. Espacios de libertad y frágiles paréntesis de bienestar.

Desgraciadamente, no permanecerá mucho tiempo en este castillo, ya que en 1850 los descendientes de Gentien de Dissay lo venderán, dejando de nuevo a María de las Mercedes, sola y huérfana, con una cierta sensación de desnudez e incluso, a veces, de abandono.

Y entonces recuerda: había una vez, hace mucho, mucho tiempo, en un país en el que el cielo era más azul que el mar, un príncipe y una princesa que se amaban con amor apasionado, puro y tierno. Se casaron y tuvieron hijos hermosos. El padre tenía 15 años y la madre apenas 12, eran bellos, ricos, no tenían preocupaciones y sin embargo, un buen día partieron, dejando a la “Providencia” su primer hijo.

Su viaje interior concluye. Si Dios quiere, mañana estará de nuevo en París.

“¡Ah, París!” —murmura. Sí, París que la fue fascinando poco a poco hasta hechizarla totalmente durante largos años... París donde decidió vivir y morir, como su marido y como su tío también.





**PRIMERA PARTE**  
**1814-1829**



# París durante la Restauración. Primeros pasos en la sociedad francesa



Luego de un viaje agotador, llegamos a la ciudad de Pau —rememoraría Mercedes— y en esa ciudad adormecida al pie de los Pirineos debía esperar noticias de mi esposo. Ya no pensaba en nada y puse, coloqué mi pasado y mi presente entre las manos de Dios.

”Poco tiempo después mi esposo estuvo a mi lado y todo fue diferente. Olvidando todo lo que había soportado hasta ese momento, me dejé llevar por el torbellino de la vida en el que solo el presente contaba.

”Diez días más tarde llegamos a París”.

Una vez que el ejército francés se retiró de España, se firmó el tratado de Valençay —negociado en el más absoluto secreto, sin el conocimiento de los ingleses— gracias al cual el rey Fernando VII, a quien el pueblo llamaba *El Deseado*, fue inmediatamente liberado del castillo en el que había permanecido confinado por voluntad de Napoleón I y trasladado a Madrid.

Así concluía, como la llamó en sus *Memorias de ultratumba* el gran Chateaubriand, la criminal empresa española, primer paso del fracaso definitivo de Napoleón, a lo que añadía: “Siempre se puede ir hacia el mal, siempre se puede matar a un pueblo, pero el regreso es difícil”.

Y así lo fue, en efecto, para las tropas napoleónicas.

Entonces, Christophe-Antoine Merlín, el esposo de la joven María de las Mercedes, recibió de inmediato la orden de reincorporarse

al servicio de su país, como General de División, nombramiento que se hacía efectivo a partir del 5 de enero de 1814. Luego, el 21 de ese mismo mes lo colocaron en el almacén central de la caballería de Versailles y casi de inmediato lo designaron comandante de los “Guardias nacionales”<sup>11</sup> de la ciudad de Sens.

Desde el principio, Merlín trató de tranquilizar a su esposa con relación al compromiso que Fernando VII había contraído de no ceder territorio alguno a Inglaterra, de mantener las ventas de los bienes nacionales realizadas durante su ausencia y de no perseguir a nadie que hubiera ejercido algún empleo durante el reino de José Bonaparte.

La pareja se instaló, inicialmente, en la barriada de Saint-Lazare, en la calle Chauchat. Es seguro que el apartamento debió parecerle modesto, acostumbrada como estaba a los fastos del período napoleónico en la corte de José I, pero pronto comprendió que se habían producido grandes cambios a partir de la Revolución Francesa y trastornos inmensos en las fortunas de la aristocracia. Muy pocos miembros de la alta sociedad habían podido mantener el estatus privilegiado de antaño; el prestigio, además, ya no guardaba relación alguna con el lujo. Esto motivó que numerosos salones se vieran obligados a abandonar los antiguos inmuebles y sus anfitrionas a instalarse, de manera momentánea, en locales a menudo muy reducidos; no obstante, los más asiduos las siguieron acompañando sin preocuparse mayormente por el decorado.

Así ocurrió en esa etapa con los salones de la señora Juliette Récamier, en el antiguo convento de *la Abbaye-aux-Bois*, en la calle de Sèvres; el de Cordelia de Castellane, en la calle de la Ferme des Mathurins; e igualmente el de Sophie Gay, escritora que ya había publicado algunas obras, entre las cuales su *Anatole* había tenido una excelente acogida por parte de la crítica.

Finalmente, en el barrio de la Chaussée d’Antin, en la parte que se extiende a lo largo de la margen derecha del Sena, desde el bulevar de los Italianos hasta la calle Saint-Lazare, fue donde el general Merlín decidió instalar a su familia. Hizo muy bien, era un barrio que estaba de moda, donde residían aquellos que delinearían el futuro y que poseían, por entonces, fortuna y poder. Numerosas construcciones se iniciaban en

---

<sup>11</sup> Los *Guardias nacionales activos de Napoleón*, que comprendían dos batallones de Granaderos, armados y equipados, fueron creados en el departamento de Sena-y-Marne a inicios de 1814, a causa del deterioro de la situación militar de Francia.

ese inmenso espacio verde que, a inicios del siglo, estaban ocupados por parques nacionales y amplios terrenos pertenecientes a congregaciones religiosas y, a partir de la segunda mitad del siglo XVIII, el barrio se transformó, con mucho dinamismo y modernidad, y se convirtió en la “nueva Atenas”. Posteriormente, vinieron a vivir a esa zona no solo banqueros, financieros, industriales y hombres de negocios, como Jacques Laffitte y James de Rothschild, sino también numerosos artistas: pintores como Horace Vernet, actores y actrices como Talma, Mars y Rachel, autores de canciones como Béranger y luego, muy pronto, solo algunos años más tarde, cantantes de ópera, algunos del Teatro Italiano, tales como Pauline Viardot,<sup>12</sup> la hermana de la Malibrán y numerosos músicos, pianistas y parejas célebres, como Chopin y George Sand. Pues en la Chaussée d’Antin, según decían, todo era joven y vivaz; la moda surgía allí con toda su novedad; el público de los bulevares era elegante y muy cerca había numerosos teatros, salas de espectáculos y otras distracciones.

María de las Mercedes, madre de una pequeñuela de apenas un año, pronto quedó encinta de nuevo y le resultó grata la nueva instalación debido al entorno circundante y a las personas con las que podría entablar una amistad. En este barrio no había ni frialdad ni ostracismo clasista, por lo cual María de las Mercedes, de inmediato, se sintió muy a gusto. Esos primeros meses de su vida parisiense pasaron tan rápidamente, que ni tan siquiera tuvo tiempo para experimentar la más mínima nostalgia.

Recordó entonces que siempre había pensado en el misterio de la maternidad, en esa doble existencia que llevamos, que nos confiere un sentimiento de dignidad y de importancia con respecto a nosotras mismas, y ennoblece los cuidados que tomamos para asegurarnos un bienestar que se traslada a otro ser. “¡Cuán sosegada se siente una —le gustaba decirse— en vísperas de tantos dolores! En cierta medida la naturaleza hace bien las cosas y nos brinda fuerzas renovada para luchar contra el temor y desterrar los malos pensamientos”.

Y se preparó en medio de la tranquilidad y el gusto por engendrar una nueva criatura.

Es acaso por esa causa que María de las Mercedes disfrutó mucho más que su marido esa primavera de 1814, anunciadora de infortunios, cuando los destinos del Imperio estaban a punto de derrumbarse, un período en el cual los acontecimientos políticos se sucedieron, con tal brutalidad, que perturbaría toda la sociedad que los rodeaba. Su

---

<sup>12</sup> Mezzo-soprano y compositora (1821-1910), hija menor del tenor español Manuel García. En 1840 se casó con Louis Viardot, director del Teatro Italiano de París.

apreciación de la situación —la ocupación de Francia por los ejércitos enemigos— no fue percibida de la misma forma por ella y por su marido, quien después del ascenso al grado de General de División a partir del 1º de enero de ese año, fue nombrado Inspector de Caballería de la 5ª División en el 2º Cuerpo de Caballería de Versalles. Ya que, ocurriera lo que ocurriera, Christophe-Antoine había decidido, hasta el final, serle fiel al Emperador.

Desgraciadamente, dado que los ejércitos franceses fueron vencidos desde el inicio, el Emperador se vio obligado a abdicar el 6 de abril en Fontainebleau y exiliarse, de inmediato, a la isla de Elba, donde se trasladó con algunos de sus más fieles y cercanos compañeros: el gran mariscal Bertrand y el general Drouot.

Un cortejo de varios vehículos lo acompañó ese miércoles 20 de abril, cuando se despidió de su guardia y besó la bandera. Había, primeramente 12 jinetes que precedían el carro del general Drouot con otros generales, luego el coche de Napoleón con el mariscal Bertrand; los seguían 50 o 60 jinetes, cuatro vehículos con los comisarios y ocho más del Emperador, ocupados por los ayudas de campo, los oficiales de su casa y los sirvientes, entre los cuales se encontraba Marchand, quien los seguiría todo el tiempo hasta Santa Elena y, que más tarde, escribiría sus *Memorias*.

Al mes siguiente, el 3 de mayo de 1814, Luis XVIII entraba en París, aclamado por una población ávida de paz y, sobre todo, agotada por tantas guerras que no hacían sino repetirse y repetirse. Este rey, que había asumido el nombre de Luis XVIII y el apodo de *Luis el Deseado*, después de la decapitación de su hermano mayor, Luis XVI, luego la trágica muerte de su joven sobrino Luis XVII en la Prisión del Temple, se instaló de inmediato en el trono de Francia, para restablecer la monarquía, gracias a sus aliados.

Desde el exilio, él también había aguardado desesperadamente su revancha. Era así el destino de todos los que escribían la Historia. Grandeza y decadencia. Ascenso y caída. Esplendor y oscuridad. Uno, partía al exilio, mientras el otro, regresaba.

Cruel ironía del destino. ¿Cómo hubiera podido olvidar ese infeliz monarca el desafío que le había lanzado el 7 de septiembre de 1800 el Primer Cónsul Bonaparte, cuando le había advertido, con esta profética amenaza: “Vosotros no debéis desear el regreso a Francia. Tendríais que pasar por encima de quinientos mil cadáveres”?

Para María de las Mercedes esa fue una etapa de espera, dividida entre sus hijos y su marido, a quien casi nunca veía, y a quien esperaba

en el mayor secreto, en medio de una serie de sucesos importantes, ya que todavía no se había dicho la última palabra. ¡El general Merlín tenía la certeza de que, con semejante genio a la cabeza de Francia, cualquier cosa era posible!

No obstante, el acontecimiento más hermoso que marcó el final de un año tan agitado, fue el nacimiento de su primer varón, François-Xavier Dieudonné Merlín. La hermana de María de las Mercedes, María Josefa de Santa Cruz y Montalvo, casada con otro *afrancesado*, Pedro Miguel Sáenz de Santa María y Carassa, que la había acompañado desde su salida de Madrid, estaba a su lado y compartía su felicidad.

Cuando llegó el último día de aquel mes de diciembre de 1814, el general de División Merlín esperaba, todavía, un cambio de situación; había conservado el cargo de Inspector General de Caballería en la 5ª División militar e, incluso, el gobierno real lo había nombrado Caballero de San Luis, el 19 de junio.

Todo se mantenía en suspenso, en espera del que había sido en su tiempo “el Salvador de Francia”.

Resultó entonces cuando su marido, a quien había visto pocas veces en esos últimos seis meses, llegó una mañana para anunciarle la noticia. Napoleón, luego de burlar la vigilancia de los ingleses, había desembarcado en el Golfo Juan, en la costa mediterránea y avanzaba hacia la capital, para reconquistar el país. Todos los regimientos enviados para cerrarle el paso se le sometieron casi de inmediato y el ejército, que debía impedirle el paso, se puso prontamente bajo el mando de su antiguo soberano. De manera catastrófica, el rey Luis XVIII, último representante de la dinastía de los Borbones, tuvo que abandonar precipitadamente la capital, mientras que el Emperador llegaba a París el 20 de marzo de 1815. De inmediato asumió el poder sin violencia alguna y el 1º de mayo, en el Campo de Marte, en presencia de los diputados y del ejército, y ante una considerable multitud que había acudido desde todos los rincones de la ciudad, Napoleón Bonaparte expresó lo siguiente: “Franceses, regreso a vosotros para retomar mis derechos, que son los vuestros. No odio la libertad, sólo me apartaba de ella porque obstruía mi ruta, pero la comprendo, me nutrí con sus ideas”.

Ante estas palabras, el general Merlín, con un rostro radiante, luego de tantas jornadas morosas durante las cuales su aire taciturno y su rostro severo no lo habían abandonado ni un solo instante desde el nacimiento de su hijo, tomó al niño en los brazos y, con gesto triunfal, lo alzó por encima de su cabeza, como lo hubiera hecho con un estandarte, para saludar el vuelo del Águila Imperial.

La etapa de los Cien Días<sup>13</sup> acababa de comenzar.

A su regreso de la isla de Elba, Napoleón I, por decreto del 6 de abril de 1815, nombró al General de División Christophe-Antoine Merlín, comandante de la 8ª División de Caballería del 5º Cuerpo de Observación, que se transformó en Ejército del Rin.

A partir de ese día, Mercedes casi no lo vio durante un período que se extendió durante tres largos meses. El general Merlín se presentó en su puesto y tomó parte activamente en los combates que tuvieron lugar durante una corta campaña, en la cual rechazó el ataque de la caballería de Wurtemberg a la vanguardia francesa.

María de las Mercedes, sola en París, de pronto se sintió desorientada por esa serie de acontecimientos cuyas consecuencias no tuvo, ni el tiempo ni la fuerza para analizar en su totalidad; tales fueron la fuerza y la celeridad con que se sucedieron.

La primera persona que le vino a la mente fue la exemperatriz Josefina, a quien tanto hubiera querido ir a saludar a su *castillo de la Malmaison*, cerca de París, donde había residido durante los más recientes veranos. La había admirado en su época de esplendor, y también a quienes la rodeaban, solo que había preferido aplazar su visita para después del nacimiento de su hijo. Pero, lamentablemente, no había podido tener en cuenta los acontecimientos de marzo de 1814, que de manera tan profunda habían afectado a Josefina, hasta el punto, de precipitar su muerte. Su salud era muy frágil y después del divorcio languidecía dulcemente relejendo, constantemente, la carta de adiós que Napoleón, desesperado y al borde del suicidio, le había dirigido desde el castillo de Fontainebleau: “Adiós, mi querida Josefina, resignaos como me resigno yo y no dejéis de recordar al que nunca os ha olvidado y nunca os olvidará”.

Cuatro días después falleció víctima de una enfermedad maligna que descompuso su organismo, el 29 de mayo de 1814, un domingo de Pentecostés, al mediodía. Su hijo, Eugenio de Beauharnais, cumpliendo con un deber filial, escribió a su padrastro, el Emperador: “Sire, cumpliendo con un muy penoso deber, tengo el honor de informar a Su Majestad que anteayer, a mediodía, hemos perdido, Vos, a la mejor de las amigas, y mi hermana y yo, a la más amante de las madres”.

---

<sup>13</sup> Período comprendido entre el 1º de marzo de 1815, fecha del regreso de la isla de Elba a Francia del emperador Napoleón I y el 7 de julio de 1815, cuando se produce la segunda abdicación de Napoleón antes de su exilio definitivo en Santa Elena.



A diferencia de su marido, estos Cien Días fueron, para María de las Mercedes, una etapa llena de nostalgia. Evocaba lo que había podido significar el Emperador. “Napoleón no había tenido para nada en cuenta el carácter español y creo que su ceguera fue en cierta medida voluntaria. Habitado como estaba a tener siempre éxito y absorto en la idea fija de apoderarse de España, quiso allanar los obstáculos con su sola voluntad. Alejó de sí todo aquello que hubiera podido interponerse [...] pensaba que prestándole poca atención a los hombres, siempre se lograba someterlos”.

Recordó también que los españoles, en sus relaciones con los franceses, por muy buena voluntad que hubieran mostrado al sumarse a la causa de José Bonaparte, siempre desconfiaban; soportaban, además, muy dificultosamente, la supremacía extranjera en su país.

Muy pronto José I se vio en una posición muy difícil, pues su autoridad no iba mucho más allá de Madrid. Incluso, al ver que España estaba a punto de perder una parte de las provincias septentrionales y, convencido de la imposibilidad de remediar tantos males, concibió una vez más la idea de renunciar a la corona; varias veces —lo supo por su madre— le rogó al Emperador que le permitiera regresar a Francia y retirarse con su familia en el sur de su país o en *Mortefontaine*, la propiedad que tenía cerca de Chantilly.

María de las Mercedes sentía, naturalmente, una gran simpatía por José Bonaparte, no solo porque era el atento amante de su madre, el protector de toda la familia y el padrino de su adorada hija, sino, y sobre todo, por la nobleza de su carácter, por su lealtad, su dedicación y su conducta, que fue siempre honorable, incluso, en las peores circunstancias, lo que le granjeó, además, una gran popularidad, mayormente en Andalucía. Pero su hermano, el Emperador, nunca lo aceptó, se irritó de manera considerable e hizo que se le retirara la autoridad sobre esas provincias entre los Pirineos y el Ebro. Fue entonces cuando las mágicas palabras pronunciadas el día anterior por José —“Les garantizo la independencia nacional y la integridad del territorio”— perdieron brutalmente todo sentido, lo desacreditaron de un solo golpe y le hicieron perder la confianza y la consideración que, durante tanto tiempo, el pueblo había depositado en su persona.

Como rey de España, nunca tuvo otra ambición que el interés del país; juró protegerlo y conservarlo intacto; luchó constantemente contra los abusos del sistema militar y contra todas las medidas que hubieran podido atentar contra su integridad.

María de las Mercedes podía dar fe de estas verdades.

Sin embargo, a veces se sentía tan cansada y, sobre todo, tan ansiosa a causa de los acontecimientos que tenían lugar en ese mo-

mento, tan lejos de sus preocupaciones y que ella desgraciadamente ya no podía controlar en lo absoluto, que se ponía a soñar despierta... Atravesaba España en un convoy; la diligencia se detenía ante una posada para que los pasajeros pasaran allí la noche. En Valencia, las noches eran particularmente frescas y las danzas, al son del tamborín y de la *dulzaina*,<sup>14</sup> muy voluptuosas. María de las Mercedes se embriagaba con estos cantos dulces y melancólicos y su imaginación la transportaba a los tiempos de aquellos suntuosos reyes moros, quienes vivían para el amor, las fiestas y los placeres.

El tiempo había bruñido todos esos vestigios, todas esas ruinas y conservaba la belleza original de cada época sucesiva: los moros, los cristianos, conquistas y reconquistas. “Nuevas generaciones —pensaba— pasaron por encima de ellas y otras nuevas que se aproximan ya tienen un lugar marcado por sobre las anteriores... Y después, todas, reunidas, formarán un solo punto en la eternidad”.

Había llegado a este punto mientras las potencias europeas constituyeron una nueva coalición.

Las tropas británicas de Wellington y las tropas prusianas de Blücher, que duplicaban los efectivos franceses, el 18 de junio de 1815 obtuvieron una victoria decisiva sobre el ejército de Napoleón I.

*Waterloo, Waterloo, triste llanura.* Ese día hacía mal tiempo. Desde hacía dos días no había cesado de llover ni un solo instante y la moral de los franceses había descendido considerablemente. Había que desmontar las armas, secarlas, engrasarlas, renovar las cargas de pólvora que la humedad de la noche había echado a perder. Los soldados solo esperaban poder secar sus capas. El propio Napoleón estaba agotado. No había podido cerrar los ojos en toda la noche, a causa de las idas y venidas de los oficiales que traían sus informes.

El ayuda de campo del Emperador relataría: “Hacía un tiempo horrible. Todo el mundo estaba convencido de que el enemigo tomaría posiciones para que sus efectivos tuvieran tiempo de atravesar el bosque de Soignes, y que ellos ejecutarían el mismo movimiento al despuntar la mañana... Bajo una lluvia persistente, la vanguardia francesa, conducida por el Emperador, da caza a la retaguardia británica y, hacia las seis de la tarde, llega a la altura de *Belle Alliance*. Napoleón da la orden de

---

<sup>14</sup> Instrumento de viento tradicional de la familia de los oboes, cuyo origen se remonta al Medioevo y profundamente arraigado en el folclore de la provincia de Valencia. (*N. de la A.*) La palabra *dulzaina*, en español en el original. (*N. del T.*)

abrir fuego a algunas piezas de artillería. La respuesta de la artillería enemiga demuestra que los Aliados habían tomado posición. Pero es demasiado tarde para forzar el paso”. “El horizonte gris impedía que se pudiera distinguir nada a simple vista” escribirá más tarde el mameluco Alí,<sup>15</sup> el más fiel de todos los fieles.

Luego, todo se precipitó. El 22 de junio Napoleón I abdica por segunda y última vez. Durante las dos semanas que siguieron a esta dolorosa abdicación, los poderes ejecutivos estuvieron en manos de la Comisión de Gobierno, la cual decidió que volviera a ocupar el trono Luis XVIII, refugiado en la ciudad de Gante durante ese segundo período imperial.

Y entonces vino el último exilio, el más penoso de todos, el de Santa Elena, que sumió en duelo a toda una parte de la Francia de 1789 y, evidentemente, a la familia de María de las Mercedes. En cuanto regresaron los Borbones, el general Christophe-Antoine Merlin fue inmediatamente desmovilizado. Este doloroso episodio tuvo lugar en julio de 1815.

Siguió a esto un período muy sombrío que, por fortuna, solo duró un año. Fue muy duro para todos los que habían sido revolucionarios o que habían apoyado el Imperio, pues se produjo una reacción nobiliaria muy fuerte, alimentada por un espíritu revanchista por parte de los monárquicos. Se les llamó los “ultras”, y lograron una aplastante mayoría en la Asamblea —350 diputados de un total de 400— de los cuales la mayoría eran personas procedentes de las provincias, antiguos emigrados que impusieron una política represiva y que ejecutaron sangrientas represalias. Fue lo que se llamó el “Terror Blanco”, color de los realistas. Un terror legal. Hubo, incluso, cortes marciales compuestas por civiles y militares que juzgaron sin recurso posible a quienes habían decidido unirse a Napoleón durante los Cien Días. Hubo unos 15 generales del Imperio que fueron condenados a muerte y ejecutados, entre ellos el mariscal Ney.

Ante semejantes circunstancias, la pareja de los Merlin no tuvo más opción que la de hacerse olvidar. La condesa comenzó por observar la vida que la rodeaba y se interesó especialmente por el mundo intelectual y artístico, privilegiando los salones literarios de moda en esa época,

---

<sup>15</sup> Su verdadero nombre era Louis-Étienne St. Denis (1788-1856); Napoleón lo eligió como segundo ayuda de cámara y este asumió el sobrenombre del que lo había precedido en ese empleo. Acompañó al Emperador a la isla de Elba y a Santa Elena.

en particular el de la chispeante Sophie Gay, que era frecuentado por numerosos escritores, músicos, actores y pintores de la época, atraídos por su belleza, su vivacidad y su inteligencia. Mujer intrigante, divorciada, vuelta a casar, tenía relaciones importantes, tanto en el mundo de las finanzas como entre las personalidades más distinguidas, tales como Paulina Bonaparte, quien se había convertido en la princesa Borghese. Escritora exitosa, muy apreciada por su última novela *Anatole* —historia de amor de un sordomudo— que acababa de ver la luz, Sofía fue también reconocida como músico, autora de canciones (tanto del texto como de la música) y de numerosos arreglos para libretos de la Ópera Cómica. Por último, su hija, Delfina de Girardin, tan brillante como su madre, se convertiría algunos años más tarde en la que bautizarían con el nombre de “Musa de Julio”.

María de las Mercedes aprovechó todo el tiempo que tenía a su disposición, compartiéndolo equitativamente entre la educación de sus dos hijos y la música, que siempre había sido para ella una ocupación de primer orden. Otra parte del día lo consagraba a la lectura; devoraba todos los autores del Siglo de las Luces que todavía no había tenido tiempo de leer y los nuevos poetas, prosistas y dramaturgos de la literatura romántica; escribía también recuerdos de su infancia de los cuales iba reuniendo notas por etapas de su vida; también escuchaba mucho lo que se hablaba a su alrededor, sobretodo sobre los gustos y las diversiones de los franceses. Se había dado cuenta cómo, con frecuencia, en las publicaciones musicales se burlaban de las reuniones de bellas damas dotadas de voces encantadoras, quienes se hacían acompañar por los primeros compositores del siglo, y que, forzando su timidez, habían tomado el hábito de organizar conciertos. A María de las Mercedes le resultaba sorprendente que esto fuera objeto de crítica.

Y Sophie Gay, siempre insidiosa y satírica, seguía preguntándose cuál sería el objetivo de esas madres-modelo, no contentas con tocar un instrumento, hacían que su prole ejecutara escalas, trinos y elaboradas florituras.

“Si fuera para que la élite parisina supiera que sus hijos poseían un talento superior —se decía— no sería yo quien para condenar ese orgullo materno, el más excusable de todos los que importunan el corazón de una mujer, pero una vez que se satisfaga esa necesidad, ¿por qué no invertir todo ese esfuerzo en una buena acción?”

Hacer cantar a las jóvenes para agradar a los invitados a un palacio o a una casa burguesa o, incluso, una residencia campestre, era algo digno de elogio. Además, cada salón, grande o pequeño, con asientos sobredorados o sillas forradas de paja, poseía su cantante aficionada. Joven o vieja, esa fierecilla domada no se hacía de rogar.

Y es que Francia había cambiado. La revolución más completa fue la que se operó en el arte musical y, en particular, en la forma que asumió su disfrute.

La importancia que se le atribuyó fue sorprendente. El estreno de cada nueva ópera era un acontecimiento, casi una batalla, en la cual se arriesgaba la vida por un ídolo, como en los antiguos tiempos en que los cristianos se degollaban entre sí por falta de comprensión de su religión. Y María de las Mercedes pensaba, evidentemente, que ese combate era algo natural para esos franceses, a quienes conocía muy bien, pues, mucho antes de sentir, de apreciar o de amar una manifestación artística, ella sabía que sus compatriotas ya estaban dispuestos a entrar en combate.

Esos rasgos del carácter no dejaban de recordarle el de los oficiales franceses que había frecuentado y llegado a conocer bien en Madrid. “Orgullosos por su preponderancia y, en esa época, fuera de su país, frívolos y desdeñosos. Soberbios por su civilización, por sus hechos notables, a donde quiera que llegaran se creían en país conquistado, opinaban sobre todo, criticaban con toda crudeza [...] y con frecuencia se buscaban más enemigos por su superficialidad... que por su maldad”.

Los críticos musicales se las arreglaban para decir que hubiera sido necesario que el estudio de la música fuera obligatorio en Francia, sobre todo para enseñar a quienes creen saberlo todo que en el mundo no había dos músicas, la buena y la mala, como decían frecuentemente las mentes menos cultivadas; que una obra maestra no precisaba de patria alguna y que no era pertinente despreciar lo que no se conoce bien, es decir las partituras de algunos compositores franceses tales como Auber, quien acababa de crear *La Muda de Portici*, Boieldieu, autor de *La Dama blanca* y Nicolás Méhul, de *José en Egipto*, una de las óperas más famosas, compuesta en 1807. Por último, subrayaban, había otras obras, igualmente valiosas, las cuales podían colocarse entre los fragmentos de mayor valor armónico.

Desde hacía algún tiempo, Mercedes quería educar su voz con Manuel Vicente García, el profesor de origen español, cuya reputación le era ya conocida y que, justamente, acababa de llegar con su familia a la capital, en la que había abierto una escuela de canto en el Palais-Royal. Su fama, y sobre todo, su infalible técnica, habían motivado a numerosos alumnos, más tarde convertidos en grandes profesionales. Ya había tenido un éxito considerable en París cuando las festividades por el nacimiento del Aguilucho, el hijo de Napoleón y de María Luisa de Austria; luego se había instalado en Nápoles, donde residió cuatro

años perfeccionado su canto con el viejo tenor Giovanni Ansani. En esa ciudad fue donde había conocido a Rossini a inicios de su carrera; este había quedado muy impresionado por su voz, lo que fue el comienzo de una gran amistad entre ambos.

Resultó esa una temporada muy agradable para la hermosa criolla. Con frecuencia cantaba en su casa para los más íntimos y, en ocasiones, también iba a casa de sus amigos, quienes, reunidos en algún salón, realizaban lecturas de poemas o de novelas; era, en cierta medida, un paso obligatorio para poder realizar su entrada en un salón aristocrático. Fue así como el duque de Broglie escuchó a Benjamin Constant leer su *Adolfo* ante unas 15 personalidades y, en otra ocasión, lo que el duque calificó de “deslumbramiento”, esto es, la lectura de las *Meditaciones poéticas* de Alfonso de Lamartine. El joven poeta de apenas 28 años acababa de hacer aparición en el salón de la señora de Saint-Aulaire. Después le tocó a Chateaubriand, quien en casa de *madame* Récamier, luego de hacer escuchar un pasaje de su *Moisés*, declamado por un actor que consideró mediocre, lo retomó él mismo con el objeto de transmitirle mayor grandeza y el brillo, pues era innegable que su encanto personal y su presencia física tenían un efecto mucho mayor que la lectura misma de su texto en el auditorio femenino, seleccionado, además, según criterios muy selectivos.

Poco a poco, la moda fue cambiando y los asiduos se cansaron de esas lecturas un tanto fastidiosas, ya que en ocasiones los textos eran prácticamente ilegibles, otras veces, interminables y, con frecuencia, aburridos. Y entonces, de la manera más natural del mundo, se volvieron hacia la música, que nunca había dejado de estar presente y renacer. Se hicieron frecuentes las reuniones en torno a un piano, a un músico, a una cantante; y Mercedes esperaba, pacientemente, que pasara el tiempo, primero el tiempo del recuerdo y luego el del olvido... así como el tiempo necesario para un cambio en la sociedad.

“Pronto, la bondad y la dulzura de los franceses —le confesó Mercedes a sus íntimos—, lograron amansar mi feroz patriotismo. Nuevas costumbres, nuevos afectos confirieron una nueva dimensión a mi existencia”.

Un año después, con el regreso de los Borbones al trono, Christophe-Antoine fue reintegrado al servicio activo. Y esta vez, por decisión real del 25 de julio de 1816, con el cargo de Inspector General de la Caballería en las divisiones militares 6ª y 18ª.

Entró entonces un rayo de sol en el hogar con un tercer alumbramiento: un segundo varón al que llamaron Gonzalve. Pero este nombre

no fue escogido al azar, pues en español Gonzalo era el nombre del querido tío, el general O'Farrill, cuya influencia sobre la pareja en ese preciso momento fue considerable.

En efecto, Mercedes no podía ignorar que su marido, después de que lo nombraran comandante de la 8ª División de Caballería del 5º Cuerpo de Observaciones (transformado luego en Ejército del Rin por decreto del Emperador del 6 de abril de 1815) fue licenciado casi de inmediato. Y entonces, la carrera militar de Merlín debió detenerse, naturalmente, en ese momento, luego de la derrota de Waterloo, la abdicación definitiva del Emperador y su partida al exilio de Santa Elena. Pero no fue así.

Al contrario, el general Merlín, quien había seguido sirviendo a Francia de manera muy honorable, pronto comprendió que debía su reintegración a la vida militar, precisamente en esos para él, dramáticos momentos, a la milagrosa intervención de ese Grande de España, pariente de su esposa, cuya fuerza y rectitud siempre la habían impresionado. Solo tuvo que recordar que este había sido educado en la Francia del antiguo régimen, y que había servido de manera distinguida en el ejército francés con los mismos oficiales de origen que se encontraban en el poder en ese momento.

Los acontecimientos fueron sucediéndose y se repitieron y, siempre por decisión real, Christophe-Antoine conoció su nuevo nombramiento al mando de las divisiones militares 18ª y 23ª; poco después su esposa dio a luz por cuarta vez, una niña a la que llamaron Annette, Elizabeth, Josephine, en recuerdo de su amiga la hermosa criolla, la emperatriz Josefina de Beauharnais, cuyo divorcio, seguido de su brutal desaparición, tan difícil le había sido aceptar.

Fue entonces cuando su esposo, apenas nombrado Inspector de Caballería de la 2ª División, al constatar que su familia vivía con excesiva estrechez en la calle Chauchat, decidió cambiar de domicilio y de ir a vivir, no muy lejos, en la calle de Bondy, N° 40<sup>16</sup> —en el mismo barrio de la Chaussée d'Antin, que tenía la reputación de ser poderoso, prestigioso y muy codiciado por la barriada del Faubourg Saint-Germain—, en un apartamento mucho más amplio, en el cual, podrían recibir visitas con mayor comodidad y ampliar, de esta forma, el círculo de sus relaciones.

La celebridad de esa calle, muy parisina, provenía de las residencias particulares construidas durante el siglo XVIII y que rivalizaban

---

<sup>16</sup> A partir de 1944 esa calle lleva el nombre de René Boulanger, quien fuera un miembro de la resistencia antifascista durante la Segunda Guerra Mundial.

en elegancia y belleza. Entre otras, en el N<sup>o</sup> 22 estaba la antigua residencia de la marquesa de Ferrières. Y en el N<sup>o</sup> 30, la del marqués de Folleville; en la residencia que llevaba el N<sup>o</sup> 54 podían admirarse los bajorrelieves esculpidos hacia 1772 por Clodion, que representaban “Las Cuatro Estaciones” y, unos cuantos números más allá, el Palacio Rosambo, construido en 1780 para el marqués Le Pelletier de Rosambo, y en el que poco antes de la Revolución residió su yerno, Jean-Baptiste de Chateaubriand; por último, el palacio Sechtré, donde había vivido la institutriz de los hijos del Delfín de Francia bajo el reinado de Luis XVI.

Numerosos aristócratas se habían sucedido en esos palacetes. Así como personalidades del mundo artístico y teatral. Esta calle había cambiado su nombre a lo largo de los siglos: en el xvi se llamaba Chemin de la Voirie, más tarde, calle de los Fossés Saint-Martin y también calle Basse-Porte-Saint-Martin hasta que en 1771 la habían bautizado como calle de Bondy.

Una vez terminado el ciclo de la maternidad, la condesa de Merlín quiso consagrarse plenamente a su primera vocación: el canto. Siempre había sentido una gran pasión por la música y había presentado lo hermoso en el arte del canto, pero hasta entonces no había podido realizar su sueño. Recordaba solamente haber conocido en Madrid a cierto coronel Clouet que era la encarnación de la música y haber experimentado un gran placer al escucharlo cantar. “Fue para mí —nos dice— una verdadera revelación. [...] La inspiración del genio es un haz de viva luz que se expande, penetra, da calor y descubre en el fondo de nosotros mismos todos los encantos y secretos del alma”.

Luego escuchó la soberbia voz de la soprano italiana Angelica Catalani, cuyas vibraciones resonaron por mucho tiempo en sus oídos bajo el resplandeciente artesonado del salón de su madre, situado en el N<sup>o</sup> 3 de la calle del Clavel, que en su tiempo se había convertido en “centro de todo lo que valía y brillaba en Madrid”. En ese salón recibía a la élite capitalina del mundo de la música, la literatura y la política: fue allí también donde la joven Mercedes vio desfilar sucesivamente a todas aquellas celebridades: Manuel José Quintana, el gran poeta civil, muy influido, según decían, por los filósofos franceses y quien, después de haber defendido la constitución de 1812, partió de inmediato al exilio; Juan María Maury, escritor andaluz y partidario de Bonaparte en tiempos de la guerra de Independencia; el poeta Juan Meléndez, que se expatrió y murió en Montpellier y que, junto a Leandro Fernández de Moratín, fue uno de los afrancesados más prestigiosos. Exilado también en Burdeos, este último vivió en medio de numerosos intelectuales españoles y fue



allí donde se encontró con Francisco de Goya y Lucientes, pintor de su Majestad, quien vino a unírsele en dicha ciudad.

¿Cómo olvidar la emoción que la embargó cuando vio por primera vez en casa de su madre a ese genio, cuyos cuadros, por su calidad, en particular el retrato de la duquesa de Alba, lo habían convertido ya para entonces en un personaje inolvidable que se disputaba toda la alta sociedad madrileña?

“Mi hermana y yo nos habíamos sentado junto a una mesa en compañía de algunas amigas para jugar a las cartas, a ver y tal vez a hacer algunas caricaturas —recordaba. Alrededor de nosotras todo era movimiento y placer [...] cuando de repente anunciaron la entrada de Goya; una exclamación partió de nuestra mesa. Este espiritual pintor unía a su gran talento el encanto de hacer excelentes caricaturas, y a menudo era en nuestra mesa donde ejercía su malicia. Mi madre aprovechaba sus visitas para enseñarle nuestros trabajos y ese día lo esperábamos impacientemente para mostrarle dos dibujos que acabábamos de terminar: uno de ellos era el rostro de Santa Teresa y el otro, una Magdalena [...]. Luego de hacer un guiño, de acercar y alejar alternativamente los dibujos ‘Señoritas —nos dijo—, les ruego que excusen la franqueza de mis comentarios; pues en materia de arte soy muy difícil...’.

”Confundida, mi madre se puso de pie con presteza, e hizo una reverencia de las que ella sabía hacer muy bien, mientras que mi padre, molesto por lo que le parecían caprichos y coqueterías femeninas, afirmó su eterna preferencia por la compañía de la reina María Luisa de Parma y de su amante, don Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz”.

Y he ahí que, entonces, aprovechando el cambio de régimen, todos esos *ilustrados*,<sup>17</sup> intelectuales, poetas y artistas, luego de haber viajado por toda Europa se instalaban en cualquier sitio, preferentemente en Francia. Ese fue el caso de la Catalani, quien, acabada de llegar a París, no tuvo dificultad para obtener de Luis XVIII un nuevo privilegio que le permitiría explotar el repertorio italiano. Fue así como se convirtió en la directora del Teatro Italiano a partir de la temporada que se iniciaba, la cual se prolongaría hasta 1818.

El paso de una época a otra fue particularmente difícil, muy en especial para los esposos Merlín, cuyos orígenes diversos constituían en esa sociedad en la que se desenvolvían una alianza extraña que hubiera podido plantear graves problemas de incomprensión entre ellos. No ocurrió nada de eso, más bien, todo lo contrario. La unión que se

---

<sup>17</sup> En español en el original. (N. del T.)

selló entre los miembros de esa vieja nobleza aristocrática de Grandes de España, los *Ilustrados* con esa antigua familia de notables, de estirpe lorenesa, impregnada por las ideas de la Ilustración, profundamente revolucionaria, luego bonapartista, fue un aporte para cada uno de ellos.

Por esa época, las divisiones políticas se reflejaban en toda la sociedad con mayor o menor violencia, de hipocresía y, a veces, también de cobardía. Había que darle tiempo al tiempo. Los Ultrarealistas habían ocupado los primeros puestos en la escena política y eran más realistas que el propio Rey; a su lado se hallaba el grupo de los Constitucionales, hostiles tanto a la violencia revolucionaria como a la de los contrarrevolucionarios; soñaban con instaurar en Francia un régimen político semejante al de los británicos y, por el momento, eran mayoría en la Cámara de Diputados.

Finalmente, había aparecido un nuevo grupo a partir de las elecciones de 1818, los Independientes o Liberales, hostiles tanto a las tentativas de la Iglesia católica de controlar la vida pública, como a la dinastía borbónica. Atraían, al mismo tiempo, a burgueses y banqueros, pero también a algunos nobles —como el marqués de La Fayette, héroe de los inicios de la Revolución de 1789—, a bonapartistas e, incluso, a ciertos republicanos.

Los esposos Merlín se identificaban, en lo fundamental, con esta tendencia liberal, la más inteligente y la más desarrollada intelectualmente; se negaron a inscribirse en el cuadro de una sociedad caricaturesca que buscaba una vez más la división y no la reconciliación de los franceses, es decir, que intentaban oponer, por un lado, a los antiguos nobles y sus simpatizantes, aquellos que debían sus títulos y privilegios a la monarquía, y por el otro, a la nueva nobleza imperial creada por Napoleón y más o menos aceptada por los primeros.

En ese momento se reorganizó el ejército; organización que se mantuvo por más de medio siglo. Se suprimió la conscripción que había establecido la Revolución y se instauró un servicio militar de seis años compuesto por elementos voluntarios. Por su parte, la prensa disfrutó de una ley liberal, pero, debido a su precio exorbitante, siguió siendo una actividad reservada a los ricos con tiradas muy limitadas, de aproximadamente unos 56 000 ejemplares, cifra que incluía, de manera absoluta, a todos los periódicos existentes.

Sin embargo, incluso bajo la Restauración, París siguió siendo el centro candente de actividades intelectuales y, a menudo, mundanas; se citaba al filósofo Cousin, al historiador Guizot, escritor, profesor universitario y político al crítico literario Abel Villemain; a sus confe-

rencias en los anfiteatros de la Sorbona asistían numerosos liberales y personalidades influyentes.

La élite quería, en su conjunto, estar al corriente de todo; resultaba curioso constatar que lo serio y lo frívolo convivían, así como la tradición y la moda, y la sociedad parisina debía ser la confluencia de ambos extremos. Esa vieja sociedad aristocrática, surgida al mismo tiempo de la Restauración y de la antigua corte, sufría constantemente la influencia de las novedosas ideas de poetas y artistas que hacían aflorar una mentalidad superior, completamente inédita. El tono dominante era como una especie de sorna apreciativa: “se trataba de dar la impresión de burlarse de lo que se elogiaba, sin que la burla lo disminuyera ni un ápice, sino todo lo contrario”.

Poco a poco el teatro y la música fueron adquiriendo cada vez mayor importancia. Se construyeron estrados en los castillos para representar comedias de temas mundanos; muy pronto, los miembros de la élite social comenzaron a representar proverbios compuestos por ellos mismos en las residencias particulares; representaban también charadas en acción, esto es, pequeños cuadros escenificados por personas con el objetivo de adivinar una palabra que se dividía en sílabas, cada una de las cuales, constituía una corta escena. Se representaron igualmente comedias, pero como en general los actores no eran profesionales, con frecuencia ocurría que no asistían el día señalado por no haberse aprendido el texto o de ensayarlo. Al final, todos se aburrieron del amateurismo.

Por otra parte, los miembros de la alta sociedad que disfrutaban del teatro preferían ir al Teatro Francés, donde actuaban Talma, la Mars, excelente en la comedia y la George, muy buena como actriz trágica. También acudían para aplaudir a la estrella naciente: Rachel.

Pero lo que más interesaba a la condesa de Merlín eran los espectáculos en que lo principal era la música, pues, según se decía entonces, era de buen todo “dejarse ver el lunes en el Teatro Francés y el viernes, en la Ópera y que para divertirnos íbamos preferentemente a las salas de los bulevares”.

Para escuchar la buena música —como le gustaba decir— existía, por supuesto, la Ópera, que brindaba las obras en francés tres veces por semana, siendo el viernes el que estaba más de moda; también se encontraban los Bufos o el Teatro Italiano que, a partir de 1817 daba las funciones en italiano, los martes, los jueves y los sábados, y cuya temporada comenzaba el 1º de octubre y terminaba el 31 de marzo. A partir de esa fecha todo se adormecía; ya casi no había bailes ni vida mundana en París y todos los teatros cerraban uno tras otro, incluso la Ópera.

De estos dos templos dedicados a la música, la Ópera y el Teatro Italiano, este último fue considerado el más elegante de la capital, no tanto desde el punto de vista vestimentario, ya que tanto en uno como en otro los diamantes y los vestidos de noche rivalizaban en lucimiento y belleza. La diferencia entre ambos era de orden puramente artístico. “En los Italianos, por ejemplo —decía—, estábamos en nuestro ambiente, es decir entre verdaderos amantes de la música pertenecientes a la alta sociedad, y sobre todo, a diferencia de la Ópera, reinaban allí el silencio y el orden. No se podía llegar tarde, ni estar ausente durante el primer acto, ni acomodarse haciendo ruido, ni reír o conversar en voz alta; incluso los aplausos en los palcos estaban prohibidos y solo la platea podía aplaudir. Por esa causa algunos de los que no eran melómanos, encuentran que el ambiente es demasiado frío para los cantantes”.

Mientras que en la Ópera de la calle Richelieu una butaca en un palco costaba alrededor de nueve francos, el Teatro Italiano se había vuelto el más caro de París; siempre había que contar un franco de más. De todas formas, la alta sociedad no siempre estaba de acuerdo en pagar ese precio, si bien era mucho más ventajoso alquilar un palco para toda la temporada, como hacía el duque de Orleans y más tarde Carlos X.

Después del asesinato del duque de Berry, el 13 de febrero de 1820, a la salida de la Ópera de la calle Richelieu, Luis XVIII dio la orden de cerrar y luego demoler el edificio, y París se vio privado de Ópera durante todo un año.

En cuanto al Teatro Italiano, que llamaban también los Bufos, su sede cambió varias veces durante ese período, dado que de la Sala Favart, donde se mantuvo durante dos años, pasó a la Sala Louvois, que tenía capacidad para 1 500 personas. Allí estaría hasta 1825 para luego regresar a su primera instalación, que había sido construida en 1783.

Rossini hizo su entrada en el repertorio del Teatro Italiano con *La italiana en Argel* y el acontecimiento fue muy bienvenido por la élite musical. Considerado como el maestro del *bel canto*, fue uno de los músicos más interpretados en los Bufos durante esa temporada de 1817 y la afición del público, apasionado por la música italiana, comenzó a vibrar al ritmo de las nuevas creaciones del maestro italiano, del que mucho se hablaba ya en los salones.

Por esa misma época hubo muchas cantantes que se hicieron notar en los conciertos, entre las cuales se encontraba la Naldi, hija del cantante italiano Giuseppe Naldi, que debutó en el Teatro Italiano.

Un día tuvo lugar un estúpido accidente que trastornó la vida de esta cantante, y todas las publicaciones musicales se hicieron eco del asunto. El padre de la bella Naldi, que era cantante bufo, se había hecho amigo del célebre cantante Manuel García durante la época en que ambos se

presentaban en Londres con la compañía del King's Theatre. El drama tuvo lugar en París, donde Giuseppe había ido a visitar a su amigo García, quien lo había invitado esa noche para cenar, ya que quería estrenar una nueva marmita, llamada autoclave, que debía servir para la cocción de carnes. Naldi trató de hacerla funcionar, cerró la válvula del aparato y el vapor concentrado provocó una terrible explosión en el apartamento. Varios fragmentos alcanzaron al cantante, quien murió calcinado en medio de terribles dolores. Después de este dramático accidente, su hija se hizo amiga de María, la hija de García, la cual contaba entonces con nueve años y durante los años que siguieron fueron muy buenas amigas.

La condesa de Merlín, cuyo talento musical, la inteligencia, la belleza y sus maneras aristocráticas comenzaban a ser elogiados por la buena sociedad parisina conocía a ambas jóvenes y decidió convertirlas en sus protegidas. Y si todavía no se hablaba de todos sus encantos, la gente solía decir que Mercedes poseía un corazón excepcional, de esos que no viven sino para hacer el bien y para amar.

Pasaron los años y fue así como, poco a poco, toda una red de relaciones, de amigos, de personalidades que pertenecían a los cenáculos literarios, intelectuales y artísticos, fue tejiéndose alrededor de la condesa de Merlín e hizo que su círculo de fieles se ampliara. Pronto se dejó ver en su casa una pareja de músicos muy originales, la gentil señora de Orfila, pequeña trigueña, enjuta, saltarina e inquieta, que andaba en pos de placer, pero que ya era muy solicitada por su talento; y su marido, químico y profesor de Medicina Legal, a cuya vocación por el canto se había opuesto la Facultad de Medicina, al juzgar que la carrera de cantante era incompatible con las investigaciones que realizaba relacionadas con los venenos. Luigi Lablache<sup>18</sup> cuya presencia física y vocal eran impresionantes, cantaba en las óperas franco-italianas y su voz grave gozaba de una potencia excepcional; el noble marqués de Candía, joven y brillante oficial sardo que se hizo célebre con el nombre artístico de Marío; Giovanni Battista Rubini<sup>19</sup> que todavía no se presentaba con frecuencia, pero que prometía mucho; e, incluso, el agradable y virtuoso Marco Bordogni,<sup>20</sup> nacido en Bérgamo, Italia,

---

<sup>18</sup> Lablache (1794-1858), cantante de ópera franco-italiano, de voz poderosa y grave, poseía una impresionante presencia física.

<sup>19</sup> Rubini (1794-1854), primer tenor italiano; excelente en las óperas del repertorio de Rossini y Bellini.

<sup>20</sup> Bordogni (1789-1856), agradable virtuoso que durante 30 años fue un célebre profesor de canto.

quien acababa de cantar en Nápoles ante Rossini y cuyo timbre era más agradable que potente, a pesar de que, no bien llegado a París, lo contrataron como primer tenor en el Teatro Italiano. A todas esas estrellas que comenzaban a brillar se fueron uniendo, poco a poco, talentos más modestos, pero todos, tanto los cantantes como las cantantes, intrigaban para formar parte de los coros que completaban los extraordinarios conciertos, pues, cantar en el salón de la Señora de Merlín se había tornado, en cierta medida, para los diletantes de esa época, lo mismo que actuar en el teatro del conde de Castellane<sup>21</sup> era para los talentos de ambos sexos.

Los músicos no eran los únicos que frecuentaban el salón. Por él pasaron escritores como Abel-François Villemain, quien, a los 22 años, ya había ocupado la plaza de catedrático de Literatura Francesa y Versificación Latina en la Escuela Normal, e incluso el joven Guizot quien, a esa misma edad, era titular de la cátedra de Historia Moderna en la Sorbona. Los cursos de estos dos jóvenes fueron un centro de actividad intelectual, también mundana, y atrajeron a muchas personas, pero desgraciadamente se suspendieron en 1822. Pasaron también por el salón artistas y poetas como Lamartine, quien afirmaba con mucho tino que “la música es la literatura del corazón; comienza donde termina la palabra”; también otras celebridades como Chateaubriand, Balzac, la princesa de Lieven quien afirmaba, a despecho de Mercedes, “que amaba la política más que el sol” y su amiga, la duquesa de Dino, sobrina de Talleyrand, que en las habladurías de los salones intervenía en cualquier tema.

Había, en fin, los días grandes y los pequeños. En los grandes días, se admitía a lo más musical, lo más intelectual, lo más célebre de todo París. Era también el día de los conciertos.

Los días pequeños eran diferentes: se reía, se conversaba y se mostraba el talento con entera libertad y las bromas comenzaban por los propios asistentes y se les daban motes que eran aceptados familiarmente. Philippe Dupin, que se enamoraba con mucha facilidad, se había convertido el *Señor Fósforo de Corazón Volador*, la encantadora princesa Belgiojoso, gran dama, célebre por sus sueños republicanos y su ardiente patriotismo, la habían bautizado con el nombre de *Ciudadana Couperet*<sup>22</sup> y también otros, mucho más insignificantes como fue

---

<sup>21</sup> El conde Jules de Castellane (1782-1861) se hizo célebre por patrocinar, en su residencia particular de la calle del Faubourg Saint-Honoré, numerosas actividades artísticas y por crear su propio teatro, donde actuaban reconocidos invitados.

<sup>22</sup> El *couperet* es el nombre que se le da a la cuchilla de la guillotina. (*N. del T.*)

el caso de la duquesa de Plaisance, rubia, elegante y perfumada, que estaba encantada con su sobrenombre: *Princesa del Falbalá*.

Algunas noches se servía una cena ligera y delicada que adornaban con charadas en los entreactos, y que en ocasiones concluía de manera muy simpática, como aquella noche en que fue preciso —recuerda Mercedes— adivinar el nombre del mariscal que había dispersado a los insurrectos en ocasión de una huelga o de un levantamiento, con la bomba de incendios. Se llamaba Lobeau,<sup>23</sup> y nadie dudó en utilizar apellido para divertir al público. En otras ocasiones, se atrevieron a hacer que un oficial de talento disfrazado de oso cargara sobre sus hombros a un coronel con uniforme de gala.

También les gustaba entretenerse cambiando de aspecto o de personalidad. Fue así como el rubio Lablache, que era muy grueso, un día decidió disfrazarse de bebé, lo cual provocó la hilaridad de los presentes. El baile de disfraces tenía sus adeptos y a la condesa le gustaba decir: “Me agradan mucho los juegos inocentes con los que no lo son”; y puesto que lo que era del gusto de la anfitriona debía agrandar obligatoriamente a los invitados, a menudo se entregaban a estos menudos placeres y luego se distribuían los castigos: como el de condenar a Abel-François Villemain a hablar durante toda la noche, o al señor Berryer a contar una fábula, o a Philippe Dupin, a componer una historia a partir de un tema obligado.

Y entre todos los íntimos que integraban entonces su salón, había aquellos a quienes era preferible evitar, como por ejemplo a la señora de Guermantes, mujer culta, poseedora de gran inteligencia, de la que lamentablemente sabía abusar; no se trataba de utilizar esa cualidad como un arma o como una caricia. Se decía de ella que “tenía el defecto de los alfileres: picante y pegajosa”. Lo cierto es que poco a poco se había convertido en objeto de la animadversión del bueno de Lablache, quien no soportaba sus agudezas, que lo enfurecían; para vengarse de ella la describía como una persona alta, seca y bruna, con enormes chales de abuela, de finísimo linon,<sup>24</sup> chales falaces, como decía él tan acertadamente, de los que solo podían salir nocivas corrientes de aire.

Por este salón de la condesa de Merlín, que comenzaba a abrirse a la sociedad y cuyo acceso era ya algo muy codiciado —pues se rumoraba

---

<sup>23</sup> Probablemente el juego de palabras se basa en *lob* (en deporte, engañar al adversario) y *eau* (agua). (*N. del T.*)

<sup>24</sup> El linon era un tipo de tejido de lino muy claro y fino, que estuvo muy de moda en el siglo XVIII.

que había más llamados que elegidos— gustaban de pasar y mostrarse el conde de Orsay,<sup>25</sup> un perfecto dandi que trataba de introducirse en la sociedad para encontrar una rica heredera y que anteriormente había sido, durante 20 años, el centro de la alta sociedad londinense, que lo adoptó, haciéndolo rey de la elegancia y del buen tono para la aristocracia inglesa; también visitaba el salón el marqués Astolphe de Custine,<sup>26</sup> alto, bien parecido muy ocurrente y extremadamente culto. Escritor de gran fineza y diplomático, poseía un alma inquieta y atormentada que no lo dejaba en paz. Se enamoró de la *Bella Criolla* como se había enamorado el marqués de Balincourt, militar de carrera y amante de la duquesa de Abrantès; también se vio en el salón a la duquesa de Plaisance, a la marquesa de Péreuse, muy distinguida cantante y célebre por pasar sin transición de un tema a otro y por sus *lapsus linguae* que, en ocasiones, hacían sonreír hasta al historiador Guizot; pero era tan buena, tan caritativa, que todos la querían mucho y le perdonaban todo; el viejo Garat, quien, con su peluca rubia parecía un querubín, cantaba todavía muy bien, aunque nunca había estudiado música, era capaz, cuando escuchaba una ópera, de retener no solamente la melodía de las arias, sino las partes más importantes de la orquestación; el abate Durand, admirador de la condesa y hombre honorable de inteligencia y talento, era párroco de un pueblo pero todavía no había querido revelar su don particular para tocar la flauta. Se contaban de él historias muy simpáticas como, por ejemplo, aquella en la que, muy disgustado porque el domingo nadie asistía a misa, se puso a tocar un solo de flauta para atraer a sus fieles, transformando así el oficio religioso en un concierto improvisado. Hasta ocurría también que, a estos invitados, tan heteróclitos se sumara un aguafiestas que podía, incluso, ser un amigo; había los excéntricos. Como el naturalista Jean-Baptiste Bory de Saint-Vincent, miembro de la sociedad de Entomología de Francia, quien inventó un extraño espécimen

---

<sup>25</sup> El conde Alfred d'Orsay descendía de una familia de los llamados *fermiers généraux*, financieros privados encargados de recolectar los impuestos indirectos, que se enriquecieron a todo lo largo del XVIII y aliados a la nobleza. Aventurero, jugador, dandi... ganaba y perdía grandes sumas de dinero; hombre mundano, frecuentaba la alta sociedad parisina, llevaba una vida de lujo y se dio a conocer, tanto por su elegancia, como por lo afortunado con las mujeres.

<sup>26</sup> El marqués Astolphe de Custine (1790-1857), autor de *Memorias* y de relatos de viajes, de *España bajo el reinado de Fernando VII* y *Rusia en 1839*, obra que le aseguró la fama; tuvo una vida familiar muy movida y frecuentó a todos los miembros de la élite romántica: Balzac, Hugo, Chopin, Musset, Lamartine, George Sand, Delacroix y Chateaubriand, quien mantuvo una relación muy estrecha con su madre durante más de 20 años.



de rata, desconocido por completo en Europa y muy poco frecuente en Argelia, al que bautizó con el nombre de “rata con trompa”, y que inopinadamente pretendió presentar en el salón. ¡Lamentablemente, los asistentes no apreciaron la broma!

Por supuesto —recordaba la anfitriona— que fueron días felices; uno se divertía junto a personas alegres, amables, ocurrentes, a menudo despreocupadas y recordaba, de repente, con cuanta crueldad se había vengado de ella el destino.

Entonces suspiraba y repetía, como lo escribiría más tarde la condesa de Bassanville: “fue una buena etapa porque éramos jóvenes”.

El año de 1821 fue terrible, colmado de pequeños dramas y de inmensos dolores. El 1º de enero, el general Merlín fue licenciado. Vivió el hecho como una muerte a plazos.

A esto se sumó la agonía y el fallecimiento del Emperador en la Isla de Santa Elena, el 5 de mayo de 1821; la tesis de que había sido envenenado se debatió durante mucho tiempo entre el conde de Bertrand y el conde de Montholon, pero fue, en especial, sostenida por el doctor Francisco Antommarchi a quién encargaron la autopsia del cadáver. Cuando María de las Mercedes recibió la noticia, estuvo pensativa y ausente durante un buen rato.

Recordó primeramente el instante en el que, una vez que los habitantes de Madrid supieron que las tropas francesas iban a entrar a la ciudad, se dirigieron a las salidas aun libres. “Se produjo un terrible desorden. La multitud, poseída por una suerte de vértigo, acudía a las puertas como a la salida de un espectáculo y se dispersaba por el campo sin parar mientes en los peligros que le esperaban allá afuera. El Emperador le dio la orden al general Merlín de que, con dos escuadrones de caballería ligera, detuviera a esos infelices, los tranquilizara y los hiciera regresar. Y mientras Merlín, con la ayuda de algunos oficiales que estaban bajo sus órdenes, trataba de inspirar confianza a los fugitivos, de asegurarles la protección del Emperador si regresaban a sus casas, el general S...<sup>27</sup> [...] vino, por curiosidad, a observar esa multitud de personas temerosas y desarmadas...”.

Para Mercedes, reducir a un tercio la cantidad de conventos, abolir el tribunal de la Inquisición, ordenar que los bienes pertenecientes a ese tribunal se incorporasen al patrimonio de España, prometer una pensión a todos los religiosos que salieran de sus casas, suprimir los

---

<sup>27</sup> Se trata del general Horace Sebastiani de la Porta.

derechos feudales de cualquier especie así como toda injusticia señorial, todo esto era obra de un siglo.

Me sorprende mucho —le gustaba repetirle a menudo a su marido, y también lo escribió más tarde en sus *Recuerdos*— “ese carácter poderoso e inmensamente voluntarioso que lo dictó. Se diría que estamos a un siglo de distancia. A pesar del corto espacio de tiempo que nos separa de ese hombre extraordinario, al recorrer de nuevo todo lo que se relaciona con su vida, uno se sorprende del carácter grandioso que la Providencia había impreso en su frente. Se admira en él, con orgullo, ese distinguo de la naturaleza humana, que es lo único que constituye una verdadera aristocracia, pues es Dios quien nos la da”.

Sin embargo, no temía afirmar que esa guerra había sido injusta, pérfida y que a lo largo de los siglos a veces se encuentran jalones que testimonian la evidencia de una moral eterna.

“Y finalmente, si se remontaba a los orígenes —concluía— y si se seguía el curso de los acontecimientos, a cada paso uno encontraba que era su mala estrella y no la buena la que había guiado a Napoleón camino de España”.

Y entonces tuvo lugar la muerte de su pequeñita, que todavía no contaba los tres años. No puede haber dolor más devastador para una madre que la pérdida de un hijo. A su alrededor se creó como una sombra negra, y la recubrió un silencio glacial. Abandonó momentáneamente París, los salones, el torbellino de la vida parisense.

Tuvo que sufrir un shock para que volviera a la vida social y la música la ayudó a salir de nuevo a flote. La música, con la aparición de un nuevo ángel en su vida: María García Malibrán.

“Dios la hizo como una flor en un día de fiesta; la lanzó en medio de una inmenso brezal silvestre: Ve —le dijo— elévate y encanta a los mortales con torrentes de armonías suaves y cuando encuentres que el mundo resulta demasiado estrecho para contener tu alma, regresa a mí y entonces los ángeles, ataviados con todo el gozo celestial, te acogerán amorosamente”.

Mercedes escribió estas oraciones en un momento de profundo desconcierto, tal vez bajo la influencia de un ligero presentimiento, y solo años más tarde, cuando vio que su querida María, su protegida, también abandonaba la tierra, comprendió por qué la había comparado con “un meteoro brillante y fugitivo que, después de encantarnos con sus sublimes acentos, se había consumido súbitamente y había subido al cielo como un vapor perfumado”.

Pues María era la hija mayor de su profesor de canto, Manuel García, español como ella, artista de una excepcional naturaleza, cantante y compositor de numerosas óperas breves que habían tenido cierto

éxito en el Teatro del Príncipe en Madrid. Pero, considerando que su educación musical sería imperfecta si se limitaba a España, decidió abandonar su patria e instalarse con su familia en París, donde nació María en 1808. De allí marchó a Nápoles, en Italia, donde actuó regularmente en el Teatro San Carlo antes de que se produjera el encuentro con el gran Rossini, quien lo acompañó de inmediato a Roma con su familia y al confiarle el papel del conde de Almaviva en su ópera *El Barbero de Sevilla*, Rossini lo lanzó definitivamente como estrella de la escena. “Es el mejor tenor que conozco; lo prefiero a todos los tenores italianos” decía. Palabras sublimes que lo acompañaron en sus giras y que trajo consigo a París cuando regresó. Se hallaba entonces en el apogeo de su talento.

Por ser un excelente actor y un gran cantante, se le apreció de inmediato en los papeles que interpretó, tanto en *El Barbero de Sevilla* como en *Otello* y *Don Juan*. Fue entonces cuando decidió ocuparse personalmente de la educación musical de su hija, dotada de una tenaz voluntad y de un autoritarismo inflexible. Manuel no vaciló en someterla a duras pruebas. Su pertinacia en el trabajo fue la única virtud que le permitió conducir a su hija hacia los mayores éxitos. De lo demás nada importaba: ni la timidez, ni el temor, ni la emoción, ni el estado de ánimo. Por ello, Manuel no podía aceptar que María le respondiera: “No puedo”.

La condesa de Merlin lo sabía bien por experiencia propia. No había olvidado las primeras lecciones del intransigente maestro, que exigía mucho de sus alumnos, a quienes repetía incesantemente esta implacable consigna: “Para aprender a cantar, lo importante no es trabajar, sino saber trabajar. Solo aprendiendo el secreto de cómo estudiar correctamente se puede aprender a cantar bien”.

Su método se basaba en el modelo de los antiguos músicos cuya huella todavía se podía descubrir en Italia y para él no era necesario enseñar una enorme cantidad de florituras, sino más bien basarse en viejos principios que habían formado a algunas grandes cantantes tales como Giuseppina Grassini,<sup>28</sup> que en su tiempo fue la “Primera Cantante de su Majestad, el Emperador” y Giuditta Pasta,<sup>29</sup> que superaba a sus rivales por su actuación dramática, su fraseo y su talento para la improvisación.

---

<sup>28</sup> Cantante de ópera italiana de magnífica voz de contralto y de gran belleza física. La Grassini (1773-1850) debutó a los 17 años en el Teatro de la Scala de Milán y, luego de cantar la *Marsellesa* ante el Primer Cónsul, se convirtió en 1806 en la *Primera Cantante de Su Majestad el Emperador*.

<sup>29</sup> Giuditta Pasta (1797-1865), soprano dramática, célebre, sobre todo por su talento para la improvisación vocal y su carisma.

Hay que decir que, en materia de canto lírico, Francia tenía más de medio siglo de atraso con relación a sus vecinos y Mercedes estaba bien enterada de los comentarios y observaciones de los extranjeros, en particular los alemanes y los italianos, sobre los cantantes franceses. Sus voces, solían decir, tenían grandes posibilidades, pero estaban mal controladas, demasiado forzadas. Los mismos profesores del Conservatorio, deformados ellos también por la educación recibida, eran incapaces de brindar a sus estudiantes un método coherente que les permitiera realizar un canto tierno, expresivo, “musical” en cierto sentido. El resultado era que los cantantes y las cantantes de la Academia Real, “gritaban, vociferaban por la nariz, por la garganta, con toda la fuerza de sus pulmones”, declaraba ya en su tiempo Mozart y él no fue el único que elevó sus quejas al respecto. Más tarde, Napoleón lo lamentaría también y por eso prefería oír cantar a Giuseppina Grassini o a la Pasta, cuyas voces las consideraban en la escena de la gran ópera como un gorjeo insignificante. Cómo olvidar esa antigua tradición de “cantar a puro grito” que existía desde el siglo XVIII, que llamaban peyorativamente la moda del ladrido, el aullido francés o *l'urlo francese*. En realidad, esa tendencia a cantar a gritos se debía a una educación y a una forma de pensar demasiado sometida a la razón, con muy pobre participación del sentimiento.

Con su formación totalmente italiana, que la diferenciaba del antiguo método francés, Mercedes se empeñó en seguir con disciplina determinados ejercicios muy precisos, según los consejos de su maestro García:<sup>30</sup> “Perfilar el instrumento vocal —decía— para corregir las ligeras imperfecciones naturales de las que no está exento ningún órgano, ni tan siquiera el más bello. Aumentar el volumen del sonido mediante un estudio constante y prudente al mismo tiempo. Respirar sosegadamente y sin precipitación de manera que la voz conserve un alcance mayor. Saber ejercitar la garganta antes de entonar el sonido con el fin de captarlo con toda su pureza, luego inflarlo poco a poco, sin sacudidas, pero de forma decidida, desarrollando el órgano todo lo que sea posible. Finalmente, sacar la voz haciendo sentir sin tocarlos todos los sonidos intermedios.

”Manuel García estaba, en efecto, convencido de que el secreto estaba en el desarrollo de los sonidos del pecho para la tesitura de soprano y que la dificultad residía en saber desarrollar las cuerdas vocales

---

<sup>30</sup> Manuel García, cuyo verdadero nombre era Manuel del Populo Vicente Rodríguez, nació en Sevilla, en 1775 y murió en París, en 1832. Tenor y barítono, fue uno de los grandes cantantes de ópera de su tiempo; compositor, director de orquesta, director de compañía y pedagogo. Fue el padre de dos cantantes célebres: María Malibrán y Pauline Viardot.

mediante el estudio. A medida que la voz se perfeccionaba, el maestro hacía ejecutar los ejercicios más difíciles para hacerla capaz de superar todos los obstáculos, pero era poco frecuente que indicara una escala específica a sus alumnos; generalmente daba un acorde en el piano y luego les decía: Haced lo que os parezca... uno más... uno más..., hasta llegar a diez o veinte veces seguidas". Y la condesa añadía que "cada uno lo hacía de acuerdo con su voz y su gusto; así nuestras escalas siempre se ejecutaban adecuadamente y, sobre todo, guardaban un carácter individual ya que se daba rienda suelta instintivamente a la inspiración del momento. Había que confiar plenamente en él al realizar ese ejercicio cultural que consistían en trabajar el sonido defectuoso con el sonido puro, sin que importara cuál precedía o cuál seguía, para obtener una perfecta igualdad en cuanto a su calidad".

Ese fue el caso de su hijo, que se sometió fácilmente a esta disciplina y pronto se convirtió en uno de los mejores maestros de la época, mientras que su hija María, más rebelde de carácter, siempre tuvo muchas dificultades para pasar de su voz grave, de timbre muy marcado a una más frágil y velada. La lucha que llevó a cabo fue tan dura que a veces la invadía el desaliento.

Por eso es que Mercedes tomó tan pronto a María bajo su protección, ya que a menudo había presenciado los pequeños dramas que estallaban entre padre e hija y que la perturbaban, como ocurrió aquel día cuando, bruscamente, mientras trabajaba junto a su padre, solo era una niña y había comenzado a desentonar tanto que el maestro se había alzado precipitadamente, furioso, fuera de sí, y ella lo había perseguido por toda la casa, halándolo por la ropa, llorando y suplicándole que regresara al piano.

—¿Escuchaste cómo desentonabas?

—Ah, sí, papa.

—Menos mal, recomencemos.

Poco tiempo después, un día en que estudiaba un dúo con María, García le pidió que ejecutara un pasaje que acababa de componer. María trató pero no lo logró, se desanimó y le dijo al padre: "No puedo".

La sangre árabe del andaluz se encendió y, fijando en ella sus brillantes ojos, se puso a gritarle:

—¿Qué dijiste?

María lo miró atemorizada, se estremeció y uniendo ambas manos respondió con una voz sollozante: "Voy a hacerlo, papá".

Dicho y hecho: en seguida ejecutó el fragmento a la perfección.

Al día siguiente, confidencialmente —dice Mercedes—, me confesó: "La mirada de papá tiene una influencia tal sobre mí que me haría saltar a la calle desde un quinto piso sin temor a hacerme daño".

“A consecuencia de este incidente, me fue imposible —dirá Mercedes— no hacerle algunas observaciones al padre con relación a la forma que tenía de ser, tan duro e injusto, con su hija, tan delicada y nerviosa. Él no se sorprendió mayormente”.

“Sí —me dijo— se me culpa, lo sé, pero es necesario. Solo a ese precio podrá María convertirse en una gran artista. Su carácter indomable precisa de un puño de hierro para conducirla. Observad a su joven hermana —hablaba de Paulina— a quien educo de otra forma: nunca la he reprendido, sin embargo, irá muy lejos”. Su profecía se realizó: Paulina fue tan famosa, incluso más que María.

Al año siguiente, la condesa de Merlín escuchó por primera vez en público, en el Teatro Italiano, a la deliciosa niña que todavía no tenía 15 años y que ella había convertido en su protegida. Desde su palco, que dominaba el escenario donde cantaba María, vio cómo sus hermosos ojos transparentes de pasión y de tristeza se llenaban de lágrimas que luego corrían por sus pálidas mejillas. Se preguntó entonces cómo es que había podido cantar mientras lloraba y durante el entreacto María le respondió que, cuando era niña, a menudo lloraba durante la lección de canto y como temía que su padre lo notara, se colocaba detrás de él y había tomado el hábito de dominar el sonido de su voz mientras sus lágrimas seguían derramándose.

Y luego, la felicidad vino tras la felicidad: Rossini también llegaba a París. Las obras que ya conocía el público francés suscitaban la admiración antes de su llegada. Compuso *El sitio de Corinto*, y *Guillermo Tell* y todos se pusieron a cantar. Se produjo una revolución en el Arte.

La señora condesa de Merlín fue inmediatamente informada por amigos comunes de la agradable noticia que anunciaba que el brillante compositor acababa de abandonar Italia para instalarse en Francia, luego de haber compuesto una cantata a cuatro voces, en ocasión del matrimonio del señor de Peñalver, uno de sus parientes, que finalmente deseaba instalarse en París. ¡Qué feliz coincidencia se le presentaba! Porque, como este último nunca había oído la composición, ni tan siquiera en el piano, quería escucharla en casa de María de las Mercedes, en presencia suya y con un cuarteto de instrumentos.

Y fue así como ocurrieron las cosas: el señor de Peñalver decidió hablar el asunto con Rossini, a quien ella no conocía todavía y, al principio, al maestro no le agradó en lo absoluto la propuesta que le hacían, pues, al parecer, tenía información acerca de la mediocridad de la música amateur que se ejecutaba en Francia y que tan poco frecuente era en Italia.

“No, querido amigo —le respondió el maestro sonriendo— no me gusta la idea, porque no me parece que haya la calidad suficiente. Acabo de llegar a París y no quiero que mi debut se convierta en un fiasco. Limitémonos a probar la cantata al piano con mi mujer Isabella<sup>31</sup> y con García, y así tendréis fácilmente una idea”.

El señor de Peñalver insistió, pero todo lo que pudo lograr con Rossini fue que al día siguiente escuchara a la condesa. Rossini aceptó y el intento resultó concluyente.

“En lugar de un cuarteto, quiso contar con una orquesta completa: instrumentos de viento, percusión, triángulos... había de todo y pronto me vi en la obligación —relataba Mercedes— de quitar las puertas de mi apartamento para dar paso a cortejo de semejante brillantez. Las partes de tenor y de bajo se confiaron a Bordogni y Pellegrini, pero nos costaba mucho trabajo encontrar una voz de contralto, cuando García, que todavía no quería dar a conocer a su hija, igual que el avaro esconde su tesoro, me la ofreció para cantar esa parte”.

Hay que decir que la voz de María se había desarrollado mucho en los últimos años. Y la fuerza que había adquirido gracias a la confianza que tenía en sus propios medios le resultó probablemente tan indispensable para su éxito como su extraordinario talento.

Posteriormente se presentó ante el público una o dos veces más con su nombre de soltera: María García, pero tuvo un comienzo difícil. Luego de cantar en una ópera que era una de las menos apreciadas por Rossini, el crítico musical del *Journal des Débats* fue severo con ella: “A pesar de los vigorosos sonidos agudos emitidos sin esfuerzo y con un timbre acariciante, se le puede reprochar a la señorita García su recargada vocalización, la articulación imprecisa en los pasajes de agilidad, una tendencia a cantar más alto que el tono requerido. Este último defecto es probablemente causado por el temor que inspira un debut”.

Y entonces se puso a trabajar mucho y se presentó más y más veces en recitales que la condesa de Merlín le organizaba en su salón que era ya para esa época uno de los más apreciados de la capital francesa.

---

<sup>31</sup> Isabella Colbran (1785-1845), cantante de ópera (mezzo-soprano) española. Debutó en Madrid y luego continuó su carrera en Italia donde conoció a Rossini en 1815, quien la hizo su intérprete privilegiada y su musa. Se casaron en 1822 y se divorciaron oficialmente en 1837.

A partir de ese día, María de las Mercedes se entregó por completo a su pasión, a la que consagró la mayor parte de su tiempo; interpretó con un extraordinario placer algunas de las famosas obras de Rossini y gustaba de cantar a dúo con la joven María Malibrán. Pronto se consideró un honor el poder escuchar en los diferentes salones y en su propia casa a la bella y encantadora habanera, cuya hermosa voz de soprano era elogiada en todas partes.

Su salón devino uno de los más agradables de París; pero la condesa de Merlín era mucho más exigente que todos los elogios que pudieran dirigirsele, pues nunca se sabía —le confiaba a sus amigos— si eran verdaderamente sinceros. La gente comenzaba a hablar de ella y sobre todo de su salón, con la fama de que en él se podía escuchar la mejor música que se hacía en París. “Nada mediocre se hubiera atrevido a presentarse en esas reuniones en las que talentos de las más diversas especies encontraban tan buenos jueces. Enfatizo la expresión ‘talentos de las más diversas especies’ —subraya la condesa de Bassanville en sus *Recuerdos íntimos*—, dado que los músicos, aunque constituían la mayoría, no eran los únicos invitados a ese aristocrático salón”.

Mercedes sabía cuán maltratada había sido siempre la música, en particular por la sociedad mundana. ¡Pobre música! —exclamaba para sí a menudo—. Al principio la condesa no estaba destinada a descender de las alturas por las que vagaba para “iacomodarse a las miserables exigencias de nuestra existencia prosaica! ¡Qué tarea más triste para el artista, que tenía que abrir su corazón como un surtidor, en el momento en que el programa así lo indicaba, para esparcir su entusiasmo mediante retribución durante dos horas, y ante un público generalmente indiferente!” Y criticaba sin apasionamiento lo que tenía lugar en algunas veladas de la élite parisiense, en las cuales la música desempeñaba un papel análogo al de los helados y otros dulces que se ofrecían a los invitados, con la única diferencia, de que estos últimos eran saboreados mientras, la música, a veces ni la oían. “Constituye —añadía— un episodio insípido e interminable que se arrastraba penosamente entre los bostezos insolentes de las jóvenes, distraídas ante la perspectiva de lo que generalmente ocurría después del concierto y la impaciencia de sus padres que veían aproximarse la hora de la cena”.

De hecho, el público no sabía escuchar la música, pues esto era algo que debía aprenderse, como todo. Mercedes se había dado cuenta muchas veces, sobre todo, yendo a la Ópera. Los primeros pasajes de una ópera nunca eran apreciados en su justo valor, a no ser que se les hubiera escuchado en otro lugar y situados en otro contexto musical. Y también se había percatado de que raramente se escuchaban los últimos pasajes de una ópera a no ser que esta fuera muy corta, y que



en general el éxito de la obra solo dependía del final primer acto y el comienzo del segundo. “Resultaba, pues, evidente, que para multiplicar el placer que nos proporciona la música, es preciso que escuchemos todos los fragmentos de esa ópera en el momento en que nuestras facultades estén dispuestas a recibir esas impresiones y no una vez que ese instante haya pasado. En realidad todo dependía del lugar ocupado por cada fragmento con relación al estado de ánimo del público. Pues la música tiene el poder de hacernos vivir numerosas sensaciones nuevas y esto podía depender tanto del lugar que se ocupaba en el teatro, del balcón del teatro en que uno se encontrara o de la forma en que el sonido llegaba a nuestro oído. El hecho de tener la cabeza descubierta, de llevar sombrero o simplemente un gorro era algo que resultaba preciso tener en cuenta mucho más de lo que se pudiera pensar”. Esto había motivado que frecuentemente Mercedes escuchara opiniones totalmente contrarias sobre un determinado cantante, quien había sido percibido de forma muy diferente en ocasión de una misma función. “Se podía oír decir que Rubini no había cantado bien esa noche o, por el contrario, que había estado admirable, sublime y hasta divino, porque, como lo subrayaba Théophile Gautier, dicho artista no podía tener rival alguno en todo el mundo. Con respecto a la voz de la joven soprano Grisi,<sup>32</sup> pudo ser, para algunos, pura y aflautada, mientras que para otros, había aullado horriblemente. De hecho, a causa de la sensibilidad extrema de nuestro oído, desafinar, por ejemplo, podía parecernos totalmente insoportable, debido únicamente a la sensación dolorosa que pudo evocar en nosotros”.

La subjetividad en todos los dominios artísticos, y muy especialmente en música, no la privaba de su carácter prodigioso y divino.

Durante la primera y la segunda Restauraciones, trató de reunir a su alrededor, todo lo que París representaba, de belleza y de talento, hombres de mérito y mujeres distinguidas. Su salón fue también el punto de encuentro de la flor de la aristocracia parisina y extranjera.

Fue por entonces cuando, rápidamente, la condesa de Merlín se dio cuenta de que muy pocos literatos se interesaban en realidad por

---

<sup>32</sup> Giulia Grisi, soprano italiana nacida en Milán, 1811 y hermana menor de Giuditta, quien también era mezzo-soprano; fue una de las cantantes más completas del período romántico, que los partidarios del bel canto opusieron a la Malibrán y a la Pasta. Se presentó regularmente en el Teatro Italiano entre 1832 y 1849, y se hizo famosa por su voz, de cualidades excepcionales y su técnica ejemplar. Se casó con el tenor Mario y, como pareja, tuvieron una brillante carrera.

la música y cómo, la mayor parte de los políticos y los ensayistas la detestaban, mientras que, por el contrario, los pintores con frecuencia se extasiaban con el arte del sonido. Solo que nadie tenía el valor de decir abiertamente que no le gustaban los conciertos; esto se iba descubriendo, poco a poco, a lo largo de las veladas durante las cuales los rumores circulaban con celeridad. Por ejemplo, se decía que si bien la señora de Lieven no se interesaba en lo más mínimo ni por las artes plásticas ni por la literatura, prefería en cambio ir a los conciertos antes de quedarse sola y aburrida. Y así, para todas esas damas cuyo mayor placer era criticar con más sarcasmo que agudeza a los asistentes habituales a los salones, el señor de Chateaubriand adquirió la detestable costumbre de bostezar en sordina en cuanto se elevaba la voz de un cantante o, incluso, de la más bella de las cantantes. Era inmovible, según decían. Y para colmo de desgracias, cuando había música instrumental, ya fuera ejecutada por Liszt o por Paganini, se dormía profundamente sin el menor cuidado.

Ante toda esa maledicencia, la condesa de Merlín era la única que nunca vacilaba en defenderlo, con el argumento de que nadie podría afirmar que semejante genio fuera indiferente a la música y que si cerraba los ojos era, por el contrario, para encerrar la música dentro de sus sueños e impregnarse de ella con mayor profundidad.

Además, ¡poco le importaba lo que dijeran de ella y de sus invitados! Rossini y su mujer, Isabella Colbran se habían hecho el hábito de visitar su salón; el maestro se acababa de casar en Nápoles con la mujer que le había servido de inspiración y que había sido la principal intérprete de su obra. Allí también estaba la Grassini, cuya extrema belleza, a pesar de su edad, y el timbre aterciopelado de su voz de contralto había conmovido siempre a su público. Esta extraordinaria cantante de rostro de ángel, de rasgos regulares y encantadores, tuvo admiradores y adoradores en momentos muy contrastantes de la historia, pues Napoleón I y lord Wellington se sucedieron en su lecho y en su corazón, lo que le permitió al mismo tiempo exaltar sin ambages la gloria y la decadencia del que fuera aclamado con el nombre de "Salvador de Francia"; eso le permitió cantar, con igual perfección en 1807 la canción *Velemos por la salud del Emperador* y, años más tarde, *God Save the King*, durante las fiestas organizadas en Londres para celebrar la derrota de Napoleón en Waterloo.

En fin, como miembro de su salón, entre las cantantes de la más reciente generación estaba su sobrina y alumna, Giuditta Pasta, que una noche la condesa de Merlín se dio el gusto de presentar a sus amigos.

En su salón, todos querían satisfacer a la anfitriona, bondadosa, afectuosa e imparcial, siempre dispuesta a conceder a cada uno su

dosis de elogios y a brindarle apoyo en su carrera exitosa. Allí, además, se ensayaban las más bellas partituras de Rossini, Meyerbeer, Bellini y Donizetti, antes de que se consagraran en el escenario.

“Estábamos tan habituados a ver aparecer en ese salón todas las celebridades del arte musical” —escribe Sophie Gay<sup>33</sup> en sus *Crónicas de los salones famosos*— que “estando hace algunas noches en mi casa, algunas personas que venían de la Ópera elogiaban con entusiasmo la admirable voz de Duprez<sup>34</sup> y alguien me dijo: ‘Me apena mucho no haberlo escuchado esta noche, pero seguramente muy pronto lo aplaudiremos en la casa de la señora Merlín’ ”.

Y añadía con la mayor simpleza: “El esplendor melodioso de esos brillantes conciertos vence la rigidez del público de nuestros salones modernos, pues no podemos citar muchos salones donde todavía se haga una buena música”.

Pero no todo el mundo tenía acceso al salón de la condesa de Merlín, si bien a nadie se le pedía pasaporte alguno a los nuevos talentos antes de aplaudirlos.

Sin embargo, podía ocurrir que ciertas personalidades del mundo del arte o de la política pertenecientes a corrientes diversas se encontraran involuntariamente en el salón, pero sin tropezar unos con otros. El ruido de las discusiones no lograba apagar el sonido producido por el piano y, si algunas palabras eran infelizmente pronunciadas con un volumen demasiado alto, es que en esos días se había generalizado el mal hábito de chacharear a gritos, perturbando así toda armonía posible.

En efecto, la condesa de Merlín se había opuesto formalmente, desde el mismo momento en que se instaló en París, sobre todo durante aquellos períodos sombríos y confusos que siguieron a la caída del Imperio, a que se hablara de política en su casa. Sin embargo, los que frecuentaban su salón estaban muy lejos de compartir esa idea, por lo que los riesgos de tensión eran numerosos, sobre todo porque los franceses no temían manifestarse en público y en voz alta. Es por ello que, en los salones privados y en la alta sociedad, la anfitriona

---

<sup>33</sup> Sophie Gay, cuyo apellido de soltera era Nichault de la Valette (1776-1852), fue una escritora parisina, autora de varias obras, de teatro, comedias, libretos de óperas, que tuvo un célebre salón que frecuentaban todos los escritores, músicos, actores y pintores, y publicó en dos volúmenes sus *Salones célebres*. Era madre de Delphine de Girardin.

<sup>34</sup> Gilbert Duprez (1806-1896), tenor francés cuya notoriedad se debió al hecho de que podía cantar las notas extremas del registro de tenor y fue el primero en hacer uso del “do de pecho”. Debutó en 1825 en *El Barbero de Sevilla* y se retiró, muy joven, para dedicarse a la enseñanza y a la producción de nuevas óperas.

debía prevenir cualquier conflicto político entre sus invitados y, por tanto, tenía que establecer bien pronto las reglas de juego. Al prohibir el tema político, esa pequeña sociedad convertía el salón en “el único lugar en el que todas las personas honradas de los partidos más diversos podían conversar, reír y divertirse con toda libertad”. Era, ante todo, un sitio de convivencia, para lo cual era necesario colocar las relaciones mundanas por encima de todo tipo de diferendo político.

Además, la política era todavía un tema poco accesible para una gran parte de la población, debido a la pobre comunicación de las ideas difundidas por los escasos diarios que, además, eran bastante caros. La política, sobre todo, resultaba vocinglera y absorbía completamente a quienes se entregaban a ella; en fin, la condesa no compartía las ideas de su época y combatir, por ejemplo, el sufragio universal con interminables discusiones, le parecía vano y ridículo.

No obstante, no todo el mundo compartía ese criterio. Durante la Restauración, la única mujer que tenía fama de poner a personas de concepciones políticas muy diversas unas frente a otras, fue la hermosa *madame* Récamier,<sup>35</sup> cuyas formidables cualidades diplomáticas y las coqueterías que desplegaba en su salón para mantener una calma casi aparente, eran muy admiradas por María de las Mercedes. A su residencia acudían individuos muy conservadores —Mathieu de Montmorency y el duque de la Rochefoucauld-Doudeauville, por ejemplo— como liberales —entre los cuales estaba el novelista Benjamin Constant—, el escritor preferido por el Emperador. Por su parte, el crítico literario Sainte-Beuve veía en esos esfuerzos por lograr una mediación un acto verdaderamente civilizador y, para esos señores, una ocasión inesperada de probar su “urbanidad”, esto es, de controlar el salvajismo y dominar la civilización.

Es preciso señalar que esa mujer excepcional poseía en alto grado el tan poco frecuente don de escuchar y de atesorar lo que se decía a su alrededor; de apropiarse de las opiniones más contradictorias que escuchaba y de enriquecerse con todas las ideas innovadoras y provocativas difundidas en su salón. Y Mercedes sabía que su inteligencia, su

---

<sup>35</sup> Juliette Récamier (1777-1849), mujer inteligente y bella, cuyo salón parisiense de la *Abbaye-aux-Bois* reunió, a partir del Directorio hasta la Monarquía de Julio, a las más importantes celebridades políticas, literarias y artísticas de su tiempo, entre las cuales se encontraban Chateaubriand, Lamartine, Sainte-Beuve, Balzac, el pintor Gérard, el escultor Canova y los actores Talma y Rachel.

belleza y su elegancia habían hecho, de *madame* Récamier, la musa de toda la sociedad del Imperio, de los mariscales, del príncipe Murat, de Eugène de Beauharnais, así como de un gran número de personalidades de la antigua nobleza, gigantes de las finanzas y numerosos extranjeros.

Resumiendo, la condesa de Merlín, logró que se hablara de ella. Por primera vez se escribió acerca de ella y se pudo leer que “era imposible no reconocer la influencia que su salón había ejercido sobre la vida musical de la sociedad Parisina”. Fue ella la primera que supo demostrar que se podía ser una mujer de la alta sociedad y, al mismo tiempo, poseer un gran talento para el canto. E, incluso, algunos críticos a veces lamentaron “que no hubiera nacido en una familia de artistas para poder así desarrollar aun más esa voz brillante, fuerte y ligera al mismo tiempo, ese sentimiento dramático que la animaba y todos los dones que la naturaleza le había prodigado y que la hubieran podido convertir en un ídolo del público. Había preferido mantenerse a la sombra de sus divas, resignada a ser solamente una buena intérprete, amante de la buena música”.

La sociedad de París, a pesar de su futilidad y ligereza, había reconocido en ella esa verdad que la habitaba, la de hacer música en serio y solo de la buena. Y el interés que se puso en acudir a las invitaciones de la pareja devino, sin dudas, su más bella recompensa. La gente iba a la residencia del conde y de la condesa de Merlín con el deseo de escuchar buena música y siempre bien ejecutada. Equivalía, e incluso sobrepasaba, a una visita a un cenáculo de artistas, a un baile o a una cena.

Lo que se buscaba —y se encontraba— era la hospitalidad brindada a las artes, aceptada y reconocida por una vieja gloria militar, ese general Merlín, cuya brillante carrera, su considerable nobleza y sus valores morales, eran ampliamente conocidos.

También existían algunas veladas más íntimas, que la condesa organizaba con antiguos bonapartistas. A Mercedes le agradaba invitar a los antiguos camaradas de su marido: los generales Jean Maximilien Lamarque, Maximilien-Sebastien Foy, quien nunca dejó de oponerse a los diferentes gobiernos de la Restauración, e incluso Horace Sebastiani, nacido en Córcega y uno de los favoritos de Napoleón, y que había cortejado a Mercedes cuando ella estaba soltera en Madrid; cuando se conocieron, él acababa de perder a su esposa a consecuencia de un mal parto.

Y ahí tenía lugar una anécdota tan graciosa que la hermosa Mercedes todavía recordaba. Nos cuenta: “Nos habíamos habituado a encontrarnos regularmente por la noche en casa de mi tío o de mi madre con personas que formaban parte de la casa del rey y una gran

parte de los generales franceses que residían en Madrid". Y añadía: "Todos estaban enamorados de mí. Entre ellos se encontraba el coronel Desprez, a quien hubiera querido amar, pero no lo lograba y el viejo general Dessolles, que me había ofrecido su amistad y a quien amaba como a un padre. Un día me dijo:

—El general Horace Sebastiani está muy enamorado de usted, lo sé.

—Es posible, le respondí.

"Efectivamente, el general Sebastiani seguía viniendo de visita a casa de mi madre y tenía atenciones conmigo todas las noches. Había viajado mucho y conocía una gran cantidad de anécdotas que me contaba con gusto para cautivar mi atención. Su mirada era profunda, su sonrisa dulce y armoniosa...

"El viejo general Dessolles volvió al ataque y un día me dijo:

—Sebastiani está muy enamorado de usted, pero dominado como está por los sentimientos que usted le inspira, no se da cuenta de las consecuencias. Todos sus intereses se hallan en Francia; es ambicioso; la voluntad del Emperador lo es todo para él. Un proyecto de matrimonio con una extranjera no sería aprobado por su jefe...

"Y mi madre intervino inmediatamente para decirme que a partir de ese momento evitara definitivamente al general Horace Sebastiani. 'Hubiera tenido que pedirnos permiso al Emperador y a mí antes de hablar contigo. Además, ese matrimonio no puede tener lugar'.

"Y entonces decidió alejarse de la casa de mi madre, no vino sino en contadas ocasiones a la casa de mi tío y casi no volvió a dirigirme la palabra. Sin embargo, un día, durante un baile, le susurró al oído a mi tío que el general Merlín tenía una amante, lo que constituía una broma de pésimo gusto, sobre todo teniendo en cuenta que la información era falsa".

Pero su marido, Christophe-Antoine, nunca hizo problema alguno de esas murmuraciones. ¡Probablemente estaba demasiado enamorado de su esposa como para plantearse resentimientos de naturaleza tan mezquina! Y cuando están de nuevo juntos en París, evocan otra anécdota que había tenido lugar hacía algún tiempo.

La joven Mercedes y su marido estaban con el rey José Bonaparte en compañía de otras personas y la conversación giró en torno a las mujeres.

—Señor Merlín —le preguntó de improviso José— ¿qué haríais si un rey cortejara a vuestra esposa?

—Lo mataría, sire.

—Este Merlín es una persona intratable —concluyó el Rey dirigiéndose a las personas que lo rodeaban— no es capaz de entender una broma.

Pero para aquellos que habían conocido la guerra y su cortejo de horrores, ya era hora de disfrutar de algunos momentos de paz junto a sus esposas e hijas, y la frescura de esos dúos que interpretaban unas y otras, todavía adolescentes, apaciguaba el espíritu y los situaba por encima del conflicto bélico. Por aquella época, a muchas personas cultas les gustaba reunirse para apreciar aquello que se les ofrecía y, la música, les resultaba una fuente de inspiración.

También por esa época hubo algunas importantes personalidades extranjeras que habían ocupado puestos principales en España y que venían a París, generalmente para permanecer durante largos años de exilio político y que, como es natural, querían visitar a la condesa de Merlín, sobrina nieta del general Gonzalo O'Farrill. Entre ellos hubo algunos parientes, como el señor De Peñalver; amigos como el marqués Alejandro María Aguado o marqués de las Marismas del Guadalquivir,<sup>36</sup> nacido en Sevilla y que ella había conocido en Madrid cuando, después de sus servicios en la guerra de España contra las tropas francesas, había abrazado la causa de José Bonaparte; y también al poeta y dramaturgo español Francisco de Paula Martínez de la Rosa, defensor de la Constitución de 1814 y condenado a prisión de la que solo pudo salir en 1820, si bien, como patriota devoto que era, después de la restauración de Fernando VII, decidió exilarse voluntariamente y vino a instalarse en París, donde obtuvo la estima y la admiración de numerosos hombres valiosos, entre los cuales se contaba Honoré de Balzac.

Por supuesto, se trataba de viejos conocidos de la familia, quienes habían tenido puestos importantes y vidas destacadas, pero con los cuales María de las Mercedes no tenía necesariamente las mismas afinidades electivas. Solo que, como leal compatriota, se veía en la obligación de acogerlos; también había aprendido a mantener aquel espíritu aristocrático, ese *savoir-vivre* que se adaptaba a todas las circunstancias y respondía con igual amabilidad, la misma elegancia, a todos esos invitados, ocultando sus ideas rebeldes y sus prontos, bajo una exquisita delicadeza, cuyo secreto solo se conocía en Francia. La condesa fue un modelo perfecto durante mucho tiempo y supo hacer muy buen uso de esa cualidad. Pues al pasar de los años se había vuelto francesa, tanto en su corazón, como lo era desde antes por su inteligencia, por el encanto de sus maneras y por la nobleza de sus sentimientos.

---

<sup>36</sup> Título que le concedió el rey de España, en 1829, aunque no era el primogénito. Su vida fue muy agitada: hizo algunos negocios, se lanzó al comercio y devino banquero titular del gobierno español. Amigo de Rossini, compró el Teatro Italiano en París, en 1838, cuya dirección confió a Louis Viardot.

A la sociedad que durante la Segunda Restauración agrupaba a los partidarios del liberalismo y de la monarquía constitucional, opuesta a los Ultralegitimistas, se le había dado el nombre de *Justo Medio*, probablemente porque mantenía una política moderada y se hallaba en el centro de varias corrientes de pensamiento que daban señales de impaciencia cada vez mayores con el advenimiento de la joven generación romántica, compuesta por jóvenes que no habían conocido la Francia anterior a 1789. Las dificultades económicas que surgieron a inicios de 1827 con el desempleo creciente y el aumento de más del 50 % del precio del pan, no hicieron más que acentuar el descontento de la población con relación al desprestigiado régimen de Carlos X con su gobierno ultrareaccionario, con el cual trataba, por todos los medios, de volver a la Francia de antes de la Revolución.

Pero ese *Justo Medio*, como le llamaban entonces, patrocinaba numerosas manifestaciones mundanas cuyo objetivo era, fundamentalmente, filantrópico. Se trataba de una tradición aristocrática que tuvo una importancia creciente durante la primera mitad del siglo XIX; era preciso legitimarse de alguna manera como miembro de la clase dirigente y, si su primera función fue la de ayudar a los más pobres o aquellos que habían sido víctimas de catástrofes naturales, la segunda consistió en apoyar las nacionalidades, como proclamar las responsabilidades políticas y morales de la élite francesa y europea con respecto a los pueblos oprimidos. Y el primer movimiento organizado, en 1826, fue a favor de los griegos.

Estos habían proclamado su independencia en 1822 y se habían rebelado contra el Imperio Otomano, el cual hacía intentos por reconquistarlos. El sultán Mehemet Ali, solicitó ayuda a Egipto y envió su flota, que infligió grandes reveses a los griegos, quienes perdieron Atenas al año siguiente. El gobierno francés no quiso intervenir en contra de los turcos, pero se desarrolló una poderosa corriente de simpatía a favor de los griegos que agrupó todas las tendencias políticas, siendo los liberales los primeros en defender los principios de nacionalidad. Se trataba de demostrar la unidad social de la élite y se multiplicaron las acciones bajo formas diversas y, en espacios, de lo más variado posible: iglesias, salones públicos, teatros, salas de concierto. Algunas damas de la sociedad hicieron colectas en sus salones, y otras fueron de puerta en puerta, de comercio en comercio, de sociedad en sociedad, de manera tal que los ingresos alcanzaron sumas exorbitantes. Los artistas no se quedaron atrás: Delacroix pintó *La matanza de Quios* y Chateaubriand creó un "comité filo-helénico" para enviar dinero y apoyo material a los rebeldes. Por su parte, los músicos se organizaron para brindar conciertos, el primero de los cuales tuvo lugar en la sala del



Vauxhall,<sup>37</sup> el 28 de abril de 1826. Toda la buena sociedad participó y sus miembros quisieron brindar su contribución a ese ímpetu de espíritu nacional. Los boletos se vendieron hasta 250 francos y, no solamente se dio dinero, sino que se ofreció la voz. Muchos se disputaron el honor de tomar parte en los coros que acompañarían a los cantantes del Teatro Italiano y, si el gobierno le prohibió a Rossini dirigir la orquesta, pudo, sin embargo, ocuparse de los ensayos y de escoger a sus cantantes.

La velada había sido organizada por el barón Auguste de Staël. Unos jóvenes con brazaletes blancos y azules, los colores de Grecia, acompañaban a las damas, con iguales distintivos, hasta sus asientos. En el público se distinguían los duques de Orleans, acompañados por el joven duque de Chartres, los duques de Broglie, el general La Fayette y su familia. La representación se inició con la plegaria del *Moisés en Egipto* de Rossini, momento de intensa emoción cuando el profeta hace un llamado a su pueblo para que se liberen de la opresión extranjera. El coro estaba conformado por 24 voces, entre las cuales se contaba la de varias damas célebres por su rango y su talento.

Y precisaba el crítico: “La condesa de Merlín y la señora Dubignon cantaron solos”, lo que constituía la especialidad de ambas. Luego añadía, “que se precisaba de toda la superioridad, la inteligencia, la gracia y la generosidad de la señora de Merlín para no temer la comparación con talento tan distinguido como el de la señora Dubignon, encantadora alumna de Crescentini,<sup>38</sup> verdadero modelo del método italiano, que es capaz de cantar el recitativo como la Grassini y que posee en alto grado esa declamación melodiosa, esa manera de producir la frase musical, tan apreciada antes de que las florituras acabaran por destronar el canto mismo”.

Por otra parte, para Mercedes ese no era el primer concierto que dedicaba a la noble causa de los griegos. Y como por esa época viajaba mucho por Europa, de paso por Suiza, en Ginebra, se presentó también al público en beneficio de los griegos. Por donde quiera que iba, la crítica musical no dejaba de mencionar el timbre de su voz, que en cada ocasión constituía una revelación para un auditorio que nunca

<sup>37</sup> Se daba el nombre de Vauxhall a un lugar de esparcimiento donde se reunía el salón de baile, las salas de conciertos, de jugos y expendio de bebidas, muy en boga durante los siglos XVIII y XIX.

<sup>38</sup> Crescentini (1762-1846), soprano italiano, cuyo sobrenombre era *El Orfeo Italiano*, fue el último castrati de Italia. A partir de 1812 se estableció como maestro de canto en Nápoles y tuvo numerosas alumnas, entre quienes se contaron Angelica Catalani, Isabella Colbran, la Grassini, la Pasta y la señora Dubignon.

había tenido la suerte de escucharla anteriormente. Comenzaron a hablar de ella como cantante; no solo era una mujer de la alta sociedad, una gran aristócrata que poseía un salón y así recuperaba su rango y el lugar que le correspondía en la sociedad. En fin, que muchos lamentaban que su verdadero talento musical, consagrado plenamente al arte del *bel canto*, fuera desconocido por el gran público y solo apreciado por un pequeño círculo elitista de personalidades que la custodiaban celosamente en la intimidad.

Fue justo por esa época cuando Chateaubriand le escribió a *madame* Récamier, quien había escuchado cantar a la condesa de Merlín en el salón de esta, que, además, se había negado a cantar en la Embajada de Austria y que esa mujer tan aristocrática y tan talentosa merecía con creces el calificativo de *la mujer más bella de París*. Aprovechó la ocasión para hablarle también de *la divina Thérèse*, condesa de Apponyi, excelente intérprete musical, procedente de Italia, de una familia de la más rancia nobleza y cuya voz era admirable. Recientemente había tenido la ocasión de escucharla en Roma. Su marido, el conde Antoine, descendía de una familia noble húngara también muy antigua. Después de desempeñar el cargo de ministro en Florencia, había sido nombrado embajador en Roma de 1819 a 1824 y luego en París, adonde acababa de llegar. Después de instalarse en “el palacio más hermoso de la capital”, que poseía nueve salones para recepciones y un jardín a la inglesa, convirtió esa Embajada “en uno de los sitios más importantes de la sociedad mundana Parisina”. Sin embargo, esa embajada de Austria, situada en el corazón del barrio de Saint-Germain, pronto adquirió fama de ser un bastión del legitimismo, favorable a los Borbones y hostil a los orleanistas; pero resultó sobre todo su actitud crítica con relación a los generales de Napoleón, lo que fue mal visto. Por esa causa, muchos ignoraron las suntuosas recepciones de los condes de Apponyi, no solamente la nobleza imperial, que constituía la mayor parte del *Justo Medio*, sino también por la condesa de Merlín, quien de inmediato no quiso frecuentarlos, pues lamentaba su sectarismo político. Pues ¿quién hubiera podido presumir de situar el arte por encima de todo en esa etapa de tan profundas conmociones?

Es indiscutible que en esa época el gran maestro del *bel canto* era Rossini, director del Teatro Italiano entre 1825 y 1827, cargo en el que había sucedido a la cantante Angelica Catalani, quien durante mucho tiempo luchó por conservar ese privilegio, si bien, al envejecer, su trabajo se resintió muchísimo.

Con Rossini, el Teatro Italiano vivió su época de gloria, que pronto compartió con Bellini y Donizetti. Se le veía siempre en compañía de

su trío masculino, el cual se componía del tenor Rubini, del barítono Tamburini<sup>39</sup> y del bajo Lablache. Rossini sentía nostalgia por el Siglo de las Luces y de los inicios del siglo XIX, de esa gran época de la *opera buffa* y de la *opera seria*, la melodía incomparable del canto que brindaban los castrati.

Poco tiempo después, la condesa de Merlín se enteró del regreso inesperado de María García, en ese tiempo convertida en la señora Malibrán. Todavía no tenía 20 años cuando regresó de Estados Unidos, donde se había casado con un negociante francés establecido en Nueva York quien, sin importarle mucho la vocación musical de su esposa, prefirió iniciarla en el deporte, enseñarla a nadar y a montar a caballo. La equitación devino entonces la segunda pasión de María, después del canto. El señor Malibrán, hombre de poca fe, tenía 50 años cuando pidió la mano de la joven cantante que apenas contaba con 17 y el padre se negó a aceptar esa unión; pero la muchacha, queriendo librarse de las cadenas de la paternidad, le hizo muy poco caso. Y entonces, algunos meses después de su matrimonio, su marido quebró y fue ella quien lo mantuvo durante algunos años, cantando en iglesias los domingos y reorganizando completamente su repertorio en inglés y representando papeles en comedias musicales sencillas, de fácil montaje. Incluso, un director de teatro de Filadelfia le ofreció un contrato tentador, pero un día, su marido, debido a ciertos asuntos financieros un tanto sospechosos, le recomendó que abandonara de inmediato Estados Unidos y que regresara a Europa. Desamparada después de tantos años de exilio, desembarcó en El Havre, el 28 de noviembre de 1827, después de una dificultosa travesía, al mismo tiempo que su padre, convertido en el actor de moda de la aristocracia inglesa triunfaba en los salones de la capital británica, así como en el *King's Theatre*, donde cantaba las óperas de Rossini. Había decidido alejarse por un tiempo de París, cuando dos nuevos tenores, Donzelli y Rubini, comenzaban, según él, a hacerle demasiada sombra.

La soledad en la que se encontró la joven María Malibrán a su regreso fue inmensa, pues, debido a sus estudios y a su gran juventud, ella no había logrado crearse amistades sólidas antes de su partida. “Felizmente —dirá la condesa—, el recuerdo del interés que yo le había manifestado durante su infancia la condujo inmediatamente a mi casa. La pobre criatura carecía entonces de guía, de protección de dinero, en una indigencia casi total. Sin embargo, no había perdido nada de su belleza; conservaba sus hermosos cabellos negros y sedosos, que le

---

<sup>39</sup> Antonio Tamburini (1800-1876), voz de bajo cantante, flexible, clara y ligera; fue muy apreciado en los papeles bufos de las óperas de Offenbach.

caían en largos bucles sobre los hombros. Llevaba puesto un vestido corto y estrecho de muselina y mostraba sus grandes ojos sorprendidos, sus labios voluptuosos que respiraban fuerza y juventud. Tenía veinte años y conservaba también su inmenso talento. Todo eso me provocó como un vértigo. La compasión, el interés y la admiración se confundían en mi corazón. La senté ante el piano. La encontraba adorable.

”Algunos días después, una mañana, reuní en mi casa una especie de tribunal musical compuesto en parte por incrédulos. Como me lo imaginaba, se sorprendieron mucho al verla y al mismo tiempo se encantaron cuando la vieron y la escucharon. María tenía conciencia de su talento para la escena, pero su verdadero triunfo residía en las improvisaciones íntimas. Era allí donde, entregada a su propia inspiración, se transformaba en el genio mismo de la música”. Entonces, exclama: “¡Qué riqueza en las nuevas ideas, qué gusto exquisito cuando le otorgaba nueva vida a una melodía, adornándola, unas veces con mil suaves matices y otras, con los brillantes y vivaces colores del arcoíris! [...] Al cabo de cierto tiempo, terminaba por electrizar de tal manera a los que la escuchaban, que uno ya no se sentía con los pies en la tierra; uno creía caminar sobre las nubes. ¡Y es que el pensamiento había alcanzado el cielo!”

María Malibrán fue entonces invitada a cantar en la Ópera, el 14 de enero de 1828, para interpretar el primer acto de *Semíramis* haciendo dúo con la contralto Benedetta Pisaroni, luego un acto de *Romeo y Julieta* de Zingarelli, que concluyó con la participación de la joven soprano franco-alemana Henriette Sontag, quien le llevaba tres años. Pero por primera vez el escenario la intimidó, pues el papel que había escogido, en realidad, no se avenía a su voz, además de que le pareció que el teatro era demasiado grande comparada con aquellos en las que había actuado. Tenía solo 20 años y era la primera prueba por la que pasaba. Sabía, por último, que de esa representación dependía su futuro.

No obstante, sus temores tuvieron una corta duración. Desde los primeros acentos de su potente voz fue aplaudida con tal fuerza que enseguida ocupó un lugar entre los talentos de primer orden. De inmediato le ofrecieron contratos. Vaciló entre el Teatro Italiano y la gran Ópera, y, por fortuna, eligió el primero.

Pues la música, en la Ópera, demasiado declamatoria y sistemática, sobre todo en las obras más antiguas, no hubiera permitido que todos los matices del talento de María se desarrollaran satisfactoriamente. Ese género de canto *a la cantábile*,<sup>40</sup> como se decía entonces, exigía una

---

<sup>40</sup> Metodología de la resonancia vocal libre en el ámbito de la ópera, del oratorio y de la melodía.

gran fuerza de pulmones, que María no poseía y que hubiera consumido su voz en poco tiempo.

Y entonces, gracias a las recomendaciones que Mercedes le dio a Rossini, María fue contratada de inmediato y definitivamente en el Teatro Italiano, donde debutó el mes siguiente en el papel de Desdémona, “tan favorable a la sensibilidad expresiva de esa gran cantante”, según escribiera el célebre crítico musical, François-Joseph Fétis.

En efecto, muy pronto cosechó resonantes éxitos gracias a su juventud y su talento. Se le aplaudió y en ello María vio un estímulo para seguir adelante, lo cual le permitió alcanzar un canto realmente sublime. La extensión de su voz y la variedad de géneros que podía enfrentar su talento, le permitieron abordar todas las óperas de Rossini. Lograba, según el caso, ser tierna y melancólica en el personaje de Desdémona del *Otello*, traviesa en el de la Rosina del *Barbero de Sevilla*, o trágica y conmovedora en la Ninetta de *La urraca ladrona*.

En ocasiones, incluso, se aventuró a tomar los dos papeles protagónicos para voz femenina en una misma ópera. Las dificultades no la asustaban; le gustaba exigirse, a sí misma, el máximo. Todo dependía de la melodía elegida en su repertorio.

Y aquel mismo crítico, muy poco dado al entusiasmo general, a la semana siguiente le hizo un homenaje completamente ditirámico: “La señora Malibrán posee al nivel más alto, todas las cualidades necesarias. La más hermosa voz, la de mayor extensión, la más segura, la más pura, la más perfectamente afinada, la expresión más veraz, una gran seguridad en la entonación y mucho aplomo han sido los medios de seducción que prodigó en el aria de Saverio Mercadante, compositor italiano contemporáneo de Rossini, que lo había aplaudido en Nápoles y que había favorecido su triunfo. Los progresos de esta joven virtuosa resultan prodigiosos. Con dos años de trabajo y de reflexión sobre su arte, María Malibrán habrá alcanzado el más alto nivel de perfección que pueda lograrse en el arte del canto lírico y de la expresión dramática”.

Y se decía en los salones: “He ahí lo que puede hacer el patrocinio de la condesa de Merlín. Es el mejor argumento publicitario para cualquier artista”.

Era públicamente notorio en las revistas musicales que, los aplausos que los *dilettanti* habían brindado a determinada cantante en casa de la condesa de Merlín, mostraban cómo esa artista quería hacer carrera y por lo tanto, había decidió hacerse escuchar por el público. La benevolencia de la condesa de Merlín era un presagio de éxito, pues esta gran dama solo acogía a intérpretes de calidad superior.

En aquella época, una de las aspiraciones de los diletantes era escuchar, en el Teatro Italiano, cantar juntas en una misma ópera a

esas dos encantadoras artistas, de las cuales, la crítica hablaba con frecuencia: María Malibrán y Henriette Sontag.<sup>41</sup> El nombre de esta era ya famoso en los salones mientras que María, con lágrimas en los ojos, le decía a Mercedes. “¡Cómo es posible que cante tan bien, Dios mío!” Es cierto que poseía una voz encantadora y una técnica irreprochable, pero es cierto que tal vez era un poco más fría que María. Sin embargo, estas dos amigas, celosas del talento y el éxito comunes se temían tanto como se apreciaban, hasta el día en que la condesa de Merlín decidió organizar un complot invitándolas a las dos a venir a su casa sin decirles que ambas, estarían presentes. En medio del concierto se acercó a ellas y les propuso que cantaran juntas el dúo de la ópera *Tancredi*, de Rossini. Durante algunos segundos fue como si el tiempo se hubiera detenido; el temor y la vacilación se pintaron en sus rostros, pero no acertaron a negarse y, ante las aclamaciones del auditorio, se alzaron, emocionadas y turbadas, y se dirigieron al piano mirándose de hito en hito.

Y el dúo comenzó. El entusiasmo que desencadenaron fue tan extraordinario y generalizado, que al finalizar la obra, en medio de los aplausos, sorprendidas por el hecho de que ya no tenían nada que temer, se miraron y, de manera espontánea, como resultado de una atracción independiente de su voluntad, sus manos se buscaron, sus labios se aproximaron. Fue un beso de paz después de una prolongada declaración de guerra, y para la condesa de Merlín constituyó una escena, tan conmovedora, que nunca la olvidó.

Y en el Teatro Italiano, donde María decidió encauzar definitivamente su carrera, triunfó en verdad en *Otello o el Moro de Venecia*, la ópera de Rossini basada en el drama de Shakespeare, el 31 de marzo de 1829. El entusiasmo del público no tuvo límites y, por primera vez, aparecieron ramos de flores en el escenario del Teatro Italiano de la capital. Rápidamente se convirtió en el ídolo de aquel teatro durante ese período privilegiado considerado, la edad de oro del canto lírico en París.

Esa jovencita, que había conocido tan joven y tan maltratada por su padre, se había transformado en objeto de adoración para todos

---

<sup>41</sup> Henriette Gertrud Walpurgis Sontag, condesa de Lauenstein, cantante franco-alemana nació en 1805, en Coblenza, y murió a consecuencia del cólera en México, en 1854. Compañera de la Malibrán en numerosos conciertos, compartió también con ella el amor del violinista belga Charles-Louis Auguste de Beriot, quien la enamoró antes de casarse con María. Su técnica era irreprochable, pero la crítica le achacaba cierto distanciamiento.

los melómanos pues, a su admirable voz añadía un verdadero talento dramático. Sin embargo, su actuación no tenía nada de estudiado, ya que nunca había tomado lecciones de movimiento escénico ni de declamación. Actuaba espontáneamente y había tomado conciencia del valor de su naturaleza fuerte, apasionada y tierna. Le costaba, sin embargo, mucho trabajo comprender las relaciones que los artistas o los músicos establecían con ella. Una simple mirada o un gesto inoportuno bastaban para hacerla caer, del mágico sueño que había creado en su entorno, a una realidad que a menudo la helaba.

En cuanto concluía la temporada con el cierre oficial de los teatros y de la ópera, María Malibrán iba a reponerse de todas esas fatigas teatrales al castillo de Brizay, donde su fiel amiga, la condesa de Sparre<sup>42</sup> la acogía un mes y a veces dos, antes de salir de gira, pues era todavía tan joven, tan bella, tan fantasiosa, que le gustaba recibir los elogios donde pudiera encontrarlos. Por ello viajaba mucho por toda Europa.

Su existencia se había convertido en un torbellino. Disfrutaba con plenitud la vida; se entregaba a las diversiones y nunca dejaba de montar como una amazona desde el amanecer, regresando al teatro para algún ensayo, pero volviendo de nuevo a la equitación hasta la noche, ebria de libertad y de velocidad, echándose al agua en cuanto podía, tomando champaña, bebiendo, una tras otra, dos copas de vino de Burdeos, para luego correr al teatro, donde el público la esperaba, la aplaudía, le lanzaba ramos de flores y pequeños poemas en verso que, desde el cuarto balcón, ocupado por los estudiantes, venían a caer sobre el escenario, a los pies de María. Luego, en cuanto caía el telón, se escurría entre bastidores para no hacerse notar y se precipitaba a casa de la condesa de Merlín donde, después de descansar un poco la voz, se ponía a cantar de nuevo para su amiga y sus invitados, la cavatina de *La urraca ladrona* o el aria final de *La italiana en Argel* de Rossini. Y, muy tarde en la noche, cenaba, tomaba, bailaba, se aturdía hasta el desmayo, esperaba que amaneciera sin parar mientes en las horas, las noches, los años que pasaba, en la fatiga que se acumulaba, pues nada podía detenerla; la vida era hermosa, le sonreía; la vida era muy corta y la Malibrán lo sabía.

Desde que había abandonado a su familia política, que ella no soportaba, se hacía acompañar a menudo por la señora Nardi, mujer austera, de costumbres severas, que se había hecho cargo de ella, alojándola, cobrando sus ingresos, ocupándose de los contratos y dándole

---

<sup>42</sup> La condesa de Sparre era, en realidad, la señorita Naldi, hija de un gran cantante bufo y gran amigo de Manuel García.

solamente la cantidad de dinero que necesitara en cada ocasión. Esta vez decidió de irse a Londres, donde se había contratado para cantar en el *King's Theatre*. En todas las óperas de Rossini (*Otello*, *Semíramis*, *La urraca ladrona*, *Cenicienta o la bondad triunfante*) recibió una acogida tan cálida como la de París. Cantó incluso *Los Capuletos* y *los Montescos* de Bellini. De allí partió rápidamente para presentarse en Bath y en Bristol antes de dirigirse a Bruselas, donde se le esperaba. Fue allí, en el castillo de Chimay donde conoció a quien sería su segundo esposo, Charles-Auguste de Bériot, primer violín del rey de los Países Bajos. Una relación sentimental se estableció entre los dos talentosos artistas, cuyos corazones desbordaban de mutuo amor.

María propuso divorciarse para quedar libre del señor Malibrán y recordó, entonces, que Mercedes era amiga íntima del general La Fayette y no ignoraba que este había conservado cierta influencia en Estados Unidos, por lo cual, tal vez podría serle útil en las negociaciones pertinentes para el divorcio, las cuales no avanzaban con el abogado que había contratado en ese país y de quien no recibía respuesta alguna. Dado que su matrimonio se había efectuado en Nueva York y que su marido era francés, algunas informaciones resultaban indispensables para resolver el problema.

Habló con su amiga y, por su intermedio, le escribió al general pidiéndole que la recomendara ante los jueces e hiciera, todo lo posible, para que el asunto se resolviera en Estados Unidos.

En cuanto recibió su mensaje, La Fayette fue a casa de María Malibrán y pronto cayó bajo el hechizo de su protegida. Se hizo amigo suyo y mucho más que amigo, su padre, pues a partir de entonces comenzó a llamarla “hija mía” y le repetía: “María, ¿no sabéis que vos sois mi último amor?” El apuesto anciano quedó subyugado por sus encantos y por la originalidad de su espíritu de manera que, ante esta joven tan sonriente, tan sencilla, tan vivaz, a veces pensaba que tenía 20 años.

Poco tiempo después se inició el proceso ante los tribunales franceses y ante la angustia de María quien, como resultado del divorcio había roto con su familia, Mercedes le escribió invitándola a venir a hacer un poco de música en su casa y comprometiéndola a hacer las paces con sus parientes.

Y entonces, un día, su padre se reconcilió con ella y su alegría fue tal que María quiso compartir de inmediato con su amiga la buena nueva y le escribió lo siguiente:

“Con mucho placer os prometo ir a vuestra casa esta noche. ¡Estoy tan contenta! Todo me sale bien a partir de ayer y esta reconciliación constituye un buen augurio para todo lo demás. Estaba segura de que una buena amiga como vos no podía sino encantarse con



lo que acaba de suceder. En cuanto llegue le enseñaré la carta que me habéis enviado, tan llena de simpatía tanto para él como para mí. Estoy segura que hará treinta y seis estuches para treinta y seis violines, si los tuviera, para llevároslos con toda su buena voluntad.

”Adiós. Os envío un beso con todo mi corazón. Trataré de llegar a vuestra casa poco después de las 9 de la noche, o antes si es posible.

”María, que sus bellos y dulces carrillos besa con amor y respeto”.<sup>43</sup>

Pero Mercedes no se contentaba con formar y lanzar divas en el escenario musical parisino; ante todo, le gustaba participar en numerosas recepciones y veladas culturales, cantar, para hacer escuchar su hermosa voz, que había entrenado sucesivamente con el tenor sevillano Manuel García y luego con el italiano Bordogni, quien, pasando el tiempo, se había convertido en un excepcional profesor, pues tenía el don de la enseñanza, cualidad que raramente se encontraba entre los virtuosos, incluso, los más admirables. Se había hecho tan famoso que su clase era *una refinada reunión de las más elegantes y más jóvenes damas de la sociedad*. Se volvían locas por él y todas le suplicaban que les concediera un poco de su tiempo, que ya se había vuelto tan valioso que las clases podían comenzar a las siete de la mañana.

Por esa época, en el salón de la condesa de Merlín, podía escucharse sucesivamente a Henriette Sontag, a Giuseppina Grassini, a Giuditta Pasta, a la Naldi, devenida condesa de Sparre por su matrimonio y cuyo talento de artista estaba a la altura de su fama.

Sin embargo, de todos los invitados al salón, sin duda alguna fue Rossini el huésped de honor más asiduo. Le gustaba acompañar al piano a la anfitriona, cuya hermosa voz de soprano admiraba cuando interpretaba un pequeño melodrama musical que acababa de estrenar en 1821 en el Teatro Apolo, de Roma: *Matilde de Shabran o Belleza y corazón de hierro*, parcialmente traducido del napolitano. En fin, el mayor placer de Mercedes era, además, escucharlo en compañía de la Malibrán y de los cantantes Donzelli y Lablache. A este último le gustaba contar la siguiente anécdota, que le había sucedido durante una velada filantrópica en la *Abbaye-aux-Bois*, en la calle de Sèvres, donde residía *madame* Récamier y donde había cantado recientemente. Entre los presentes se encontraba en esa ocasión François-René de Chateaubriand, quien se dirigió a él en los siguientes términos: “Hasta hoy había escuchado los rumores relativos a vuestra fama, sin haber

---

<sup>43</sup> Esta última oración, en español en el original. (*N. del T.*)

tenido la ocasión de oír el sonido de vuestra voz”. A lo que Lablache respondió: “Pues yo, señor vizconde, a pesar de mi corpulencia, hubiera recorrido diez leguas a pie con tal de gozar del placer de conoceros”.

Otra personalidad que comenzaba a estar de moda en la élite parisina en los tiempos de la Restauración, Honoré de Balzac, escritor y dandi, acababa de publicar dos textos que le abrirían las puertas tanto del éxito como de los salones literarios: *Los Chuanes* y *Escenas de la vida privada*. Sin embargo, no se trataba en realidad de un verdadero mundano y no le gustaba hacer acto de presencia, a pesar de su pasión por las mujeres hermosas. Era más bien *un extraño acróbata* de los bulevares, cuyo interés fundamental era el dinero, que pretendía ganar con celeridad, escribiendo, por ejemplo, innumerables artículos o introduciéndose en el negocio de la edición y de la impresión. Pero mientras más dinero ganaba, más lo perdía con igual voracidad, acumulando deuda sobre deuda. Fue así como un día decidió —para desgracia de la sociedad— de disfrutar del lujo sin tener dinero y sin preocuparse por lo demás.

Se decía también de él que era el dandi más notable de la Restauración, acaso porque le gustaban los objetos bellos, el mobiliario, la decoración y que estaba enamorado del lujo. Pero fue sobre todo a través de sus personajes como mejor vivió su propio sueño de gloria literaria y de poder.

Pero si no le gustaba asistir a las reuniones sociales supo, en cambio, cultivar ciertas relaciones y no cualesquiera: la duquesa de Abrantès —aunque ya no desempeñara el importante papel que había tenido en la corte imperial—, *madame* Récamier, la marquesa de Castries, la condesa Guidoboni-Visconti, quien lo acompañaba a menudo al teatro de los italianos y que conocía mucho mejor la sociedad de Versalles, integrada por numerosos extranjeros, que la de París. Sin embargo, tenía acceso a los salones literarios y artísticos de la capital; y fue en el salón del barón Gérard, pintor célebre durante el Imperio y que recibía todos los miércoles en la calle Bonaparte, donde Balzac veía a Sophie Gay, cuando conoció a la condesa de Merlín, cuya belleza, porte aristocrático e inteligencia lo impresionaron considerablemente. A partir de ese momento, María de las Mercedes, lo invitó, con regularidad a unirse a sus invitados para las recepciones musicales.

Sin embargo, las malas lenguas siempre consideraron que con su aspecto de herborista y su “atuendo de carnicero” —como solían describirlo sus contemporáneos—, ni su vivacidad, ni su gloria, ni su talento le otorgarían nunca el barniz necesario para ser aceptado en los salones mundanos de la alta sociedad parisense. ¿Qué le importaba? Muy

poco. Y mientras tanto, seguía construyendo, pieza a pieza, gracias a su poder y a su fuerza, el gigantesco andamiaje de su *Comedia humana*.

Si esa etapa que le tocó vivir después de la muerte de Luis XVIII y la coronación de Carlos X le había resultado difícil a Mercedes, puede suponerse cuán penosa lo fue para su marido, Christophe-Antoine, cuya vida perdió toda razón de ser cuando recibió, por mandato del 4 de diciembre de 1824, su licenciamiento definitivo.

Pues para un oficial tan brillante como él, cuyos cargos al servicio de Francia, las campañas y acciones notables, las heridas y las decoraciones se multiplicaron a lo largo de toda su carrera militar, que se inició en 1791, cuando no tenía sino 20 años, esa prueba resultó, sin duda alguna, la más terrible de su vida y la que se le hacía más difícil aceptar. Este hecho fue para él como la cuchilla de la guillotina.

Por fortuna, si en ese momento toda revancha parecía imposible, esto cambió al año siguiente cuando esa monarquía reaccionaria se hizo decididamente impopular, lo que permitió que Merlín albergara una nueva esperanza.

Y fue a fines de noviembre de 1825, en ocasión del entierro de su viejo camarada, el general Maximilien Foy, que no había visto desde hacía ya algunos años, cuando se sintió un aire de rebelión entre los parisinos. Después de unirse al Emperador durante los Cien Días, este orgulloso y brillante general del primer Imperio ni un solo día dejó de defender en la Cámara de Diputados, gracias a su gran talento oratorio, sus principios constitucionales y sus sentimientos patrióticos, oponiéndose sucesivamente a todos los gobiernos de la Restauración. Su valor fue recompensado mediante la participación masiva de los ciudadanos que acompañaron su ataúd hasta el cementerio de Père Lachaise, donde sus colegas hicieron erigir un magnífico monumento dedicado a su memoria. Fue uno de los signos precursores de un descontento persistente que perduraría hasta el desplome total del régimen, desacreditado ante todos, que tuvo lugar entre los días 27, 28 y 29 de julio de 1830, tres días de revolución y de barricadas bautizado con el lindo nombre de *Las tres gloriosas*.<sup>44</sup>

Es pertinente señalar que la Monarquía de Julio, sucesora de la Restauración, constituyó el fin de la realeza en Francia: Luis Felipe no

---

<sup>44</sup> Nombre que se le dio a las tres jornadas revolucionarias de los días 27, 28 y 29 de julio de 1830. La Revolución de 1830 sustituyó la bandera blanca de la Restauración por la de tres colores, los cuales simbolizan la unidad de la nación. *La nación retorna sus colores*, dirá el duque de Orleans, al subir al trono el 31 de julio.

fue consagrado como Rey sino que se le entronizó como Rey de los franceses.

Ese verano en particular, la ciudad de París quedó desierta. París pertenecía a su pueblo. Todos los teatros estaban cerrados, como era tradición y el Teatro Italiano brindó su última representación y la temporada recomenzaba generalmente en noviembre. Durante ese tiempo no tenía sentido que una personalidad de buen ver se mostrara en la capital y, cuando por casualidad, por razones económicas u otras, alguien no podía partir, entonces trataba de hacerse olvidar, no salía, y si la mala suerte hacía que se encontrara con algún conocido o algún amigo por los bulevares, se aludía a una falsa ausencia, a un regreso imprevisto o una partida aplazada.

Pues, es preciso confesarlo, para aquellos que pertenecían a la alta sociedad, cualquier acontecimiento, revolución o barricadas, en cuanto comenzaban a hacerse insoportables los calores del verano, era de buen gusto retirarse o al castillo familiar o a la residencia de verano que, generalmente, estaba situada fuera de París, o en la periferia más cercana. Por ejemplo, la duquesa de Montmorency o la condesa de Apponyi, e incluso el barón Gérard, se trasladaban a Auteuil, a sus casas rodeadas de jardines; por el contrario, otros, como la duquesa de Dino y su tío, Talleyrand, preferían su castillo de Valençay; la condesa de Sparre, por su parte, invitaba a María Malibrán, por quien sentía un gran afecto, para que descansara después de su brillante temporada parisina en su castillo de Brizay; y María de las Mercedes Merlín tampoco vacilaba en buscar un poco de la tranquilidad perdida, lejos del zumbido de su salón, del que era, al mismo tiempo, ornamento y musa, en el castillo de Charenton, en medio de la naturaleza que tanto echaba de menos. Allí gustaba de escuchar el murmullo del agua que fluía de los surtidores y caía en las fuentes, el canto de las aves y el viento en las ramas de los árboles del parque, por donde se paseaba por las alamedas pobladas de abedules, sin muchas hojas ni demasiado sol, más bien frías por la sombra y el silencio mientras soñaba con la luz, el calor y la majestuosa belleza de su isla natal que, en realidad, nunca había abandonado.

Para todos los demás ciudadanos el campo estaba a las puertas de París o las aguas que podían tomarse en las grandes estaciones termales donde venían a actuar artistas y músicos que, a diferencia de los demás, nunca se tomaban unas vacaciones. Las curas se habían convertido en el último esnobismo. Entre las estaciones más conocidas se citaban algunos nombres: en Francia, Bagnoles-de-l'Orne, en la región

de Normandía, en un hermoso sitio que al menos tenía la ventaja de estar cerca de París y, en los Pirineos, Cauterets y Bagnères-de-Bigorre; en Bélgica estaba Spa, que era considerado desde 1781 el *Café de Europa*; en la Renania, la elegante estación de Wiesbaden, dotada de 26 fuentes termales y que atraía a toda una multitud de celebridades, así como Baden, que en pocos años se había convertido en el punto de encuentro de lo que más valía y brillaba en Europa. Y cada semana, en estos sitios, tenían lugar diversos espectáculos: bailes, representaciones teatrales y, por supuesto, un concierto todas las noches.



**SEGUNDA PARTE**  
**1830-1839**





# El salón de música de la condesa de Merlín en tiempos del romanticismo



Este nuevo régimen que comenzó en las barricadas, basado en la Constitución de 1830 y que se proclama como Monarquía de Julio, marca en Francia el fin de la realeza tradicional y cierra el período de la Restauración.

Mercedes está entre los primeros que reciben el acontecimiento con agrado; por primera vez es la rama segundogénita, la Casa de Orleans, la que accede al poder.

Para ella los hijos del duque de Orleans, cuyo primogénito se llama justamente Luis Felipe, no son del todo desconocidos. Fantasma del pasado que la transportan, de inmediato, a algunos recuerdos de su infancia que ella pensaba, nunca tendría la ocasión de evocar.

En La Habana, donde desembarcaron en busca de un asilo americano, obligados a escapar de Europa, en particular, de Francia, estuvieron los tres, lo recuerda bien. “Luis Felipe de Orleans y sus dos hermanos, el duque de Montpensier y el conde de Beaujolais. Por su edad, su belleza y sus ilustres infortunios nos hicieron acoger a estos príncipes de la Casa de Orleans con todos los honores debidos a su rango. Todos se disputaban ser sus anfitriones, llevarlos a pasear al campo, invitarlos a cenar, dar un baile en su honor. Todos querían distraerlos, hacerles la vida más agradable —escribió Mercedes en sus *Memorias*— y todo esto se hacía con la bondad y con la conmovedora simplicidad criolla que multiplica el valor de lo que ofrece”.

Y así fue hasta el día en que el gobierno francés, celoso de la calma que disfrutaban los jóvenes exilados en ese país, le exigió a la corte de Madrid, se les hiciera abandonar los Estados que estaban bajo

la corona española. Y tuvieron que partir... “A menudo había oído hablar a mis familiares acerca de los príncipes, de sus maneras gentiles y de su gusto por el baile. No sé bien —relatará más tarde—, pero a fuerza de escuchar que bailaban bien, como a mí, cuando niña, también me gustaba muchísimo bailar, pues me hice la idea de que había bailado con ellos; pero luego me demostraron que eso era imposible, por la sencilla razón de que en ese momento, yo todavía no había nacido”.

Y añadió ese último dato, pues en realidad, gracias a una suerte de coquetería muy femenina, nunca confesó su verdadera edad.

París despertaba luego de una larga pesadilla; la ciudad estaba velando, o más bien esperando lo que iba a pasar. Época de transición, de incertidumbre, de búsqueda, de inquietud, todo esto reflejado por la clase que accedía al poder. Luego de haber temido la Revolución de 1789 y luego la de 1830, que, evidentemente, había entrañado cambios, los políticos multiplicaban los proyectos de reformas, de los cuales muy pocos se realizaban, pues la burguesía siempre había sido reacia a todo tipo de novedad. Sin embargo, el pensamiento estaba en plena efervescencia: había una sincera voluntad de desarrollar la economía, de favorecer, no solo el comercio, sino también la cohabitación entre los diferentes estamentos de la sociedad, la integración de los inmigrantes y de los llegados del interior del país, que por entonces acudían masivamente a la capital. Se trataba de reducir la miseria multiplicando las ocasiones para lograr una instrucción y un desarrollo cultural. El trabajo era gigantesco, pues la ciudad estaba superpoblada, las construcciones habitacionales eran insalubres, la salud resultaba precaria por la poca cantidad de hospitales y el analfabetismo aumentaba.

Para la sociedad parisiense, las últimas e interminables veladas consagradas a la lectura que se habían organizado durante la Restauración, se habían convertido —según confesará más tarde Balzac— en una actividad despiadada, pues no se paraba mientes ante ningún texto por largo y aburrido que fuera. Todavía recordaban la última y patética sesión, en la que Víctor Hugo, en 1829 se dispuso a leer en su casa, muy bien, por cierto, *Un duelo en tiempos de Richelieu*, a lo que el crítico añadió: “que era preciso ver aquel rostro pálido y admirable, y sobre todo sus ojos, fijos, un poco perdidos, que en los momentos de mayor tensión brillaban como relámpagos”. Luego se leyó, con menor éxito, *La fragata*, poema de Alfred de Vigny, que escucharon en casa de María de Agoult,<sup>45</sup> en presencia de algunas damas de la aristocracia.

---

<sup>45</sup> Marie Catherine Sophie de Flavigny (1805-1876), quien en 1827 devino condesa de Agoult; fue una escritora romántica conocida con el pseudónimo de Daniel Stern. Durante el Segundo Imperio tuvo su salón, el cual frecuentaron

El silencio glacial que siguió a su lectura hizo que el poeta exclamara: “Mi fragata ha naufragado en vuestro salón”, viendo los escasos aplausos que sus versos habían suscitado ante aquel público poco sensible al texto que, además, había sido muy mal leído por el autor.

Y así fue como, después de 1830, esas veladas perdieron prestigio y pronto fueron sustituidas por veladas musicales que tendrían un éxito cada vez mayor.

Sin embargo, en el salón de la condesa de Merlín se mantuvo una suerte de mezcla de manifestaciones artísticas, en particular la música, el teatro y la poesía. Dio que hablar un joven poeta, Alfred de Musset, que ya la había visitado varias veces cuando no era más que un adolescente muy precoz y a quien, por su galantería, le habían dado el sobrenombre de *Príncipe todo para todas*. Un día, al finalizar la velada, Mercedes se dirigió a Musset y, luego de felicitarlo por sus hermosas obras de teatro basadas en proverbios, le pidió que representara, para ella sola, el *Capricho*, el cual se estaba presentando en el Teatro Francés pues, actuar en un círculo íntimo, ya fuera en casa de la condesa de Merlín o en casa de la princesa Belgiojoso, le proporcionaba a sus damas, según se decía, un placer mucho más refinado que en el escenario.

En realidad Alfred de Musset escribía sus lindos proverbios, que nadie quería perderse, para una pequeña élite femenina. Y por ello los *Caprichos* se alternaban con obras más importantes, a veces cortadas en los entreactos con muy divertidas charadas.

A inicios de la Monarquía de Julio, la condesa de Merlín, ilustrada y apasionada protectora de las artes, tenía todo lo que hacía falta para agradar: era joven, hermosa y rica, llena de gracia y de talento; atraía a todo aquel que en París mostraba saberes de toda especie, sobre todo en lo concerniente a la música, pues sus conciertos eran famosos en toda Europa y corría el rumor de que “no había músico que no considerara obligatorio presentarse primeramente en su casa, con el fin de recibir un pasaporte a la fama”. Era, además, tan buena, que no se le conocía enemigo alguno y todos la consideraban llena de encanto. Y se le buscaba, no solo por su salón, sino por ella misma, subrayándose: “De tal mujer, tal salón”.

Por otra parte, desde hacía mucho tiempo su reputación estaba ya hecha y se comentaba en los salones de París, cómo no dejaba de

---

los republicanos Emile Ollivier, Jules Grévy, Carnot y Littré. Su prolongado romance con el músico Franz Liszt, con quien tuvo tres hijos, la hizo rápidamente célebre; su hija, Cósima, se casó en segundas nupcias, a la edad de 33 años, con Richard Wagner, con 24 años más que ella.

fascinar a todos los asistentes con su belleza resplandeciente. En efecto, había conservado en su piel mate, de tonalidades ambarinas, esa irradiación, esa claridad que poseen las mujeres meridionales y que les llega con las primeras caricias del sol. Estos elogios, tan bien dichos son tomados de una obra titulada *Las mujeres hermosas de París*, redactada por literatos y miembros de la élite parisina, como Honoré de Balzac, Théophile Gautier, Gérard de Nerval, Arsène Houssaye, Víctor Hugo y Jules Janin.

También se hablaba en esa obra de los orígenes de su familia, cuya belleza resultaba hereditaria. “Su madre tenía los cabellos y los ojos negros, los brazos esculpidos y los hombros de una forma y blancura reales, el tinte ambarino, las manos de una alteza. Tuvo una hija que se le parecía, una joven hermosa como el día, pero no un día como los de nuestro país, que es siempre sombrío y brumoso, sino como el de La Habana, donde había nacido”.

Y el comentario que seguía a continuación sorprendió, seguramente, en aquella época: “Hoy, cuando todas las razas están mezcladas, fundidas, alteradas, no se podría recoger los restos de esas ilustres familias en las que la belleza se trasmitía por línea directa de madre a hija; grandes rasgos luminosos que atravesaron siglos y que pronto se extinguirán”. Por lo demás, proseguía el autor que le rendía homenaje, “la belleza de la Señora Merlín, está dentro de los cánones establecidos: solo ella, en una época donde solo vemos criaturas caprichosas y un tanto arrugadas, mantiene esas proporciones grandes y escultóricas en las que reside la majestad. Sus rasgos son soberbiamente vencedores y toda su persona llena de una bella realeza. Cuando se acerca, con sus muy negros cabellos, sus magníficos brazos, sus hombros gloriosos, su tinte cálidamente pálido, sus rasgos sublimes y serenos, su mirada velada por largas pestañas, sus caderas pronunciadas, su porte de reina, su rostro triunfante, se piensa en una victoria del Imperio que vive y anda; en su hermosura hay algo de la grandeza de Napoleón”.

No obstante, por esa época, entre los literatos existía una gran misoginia, sobre todo, contra las mujeres de sociedad, las cuales por pudor y elegancia, con frecuencia ocultaban un gran talento literario o artístico del que carecían muchos de ellos.

Pues en la lista de los “veinte salones Parisinos más influyentes de la capital”, se podía encontrar la mayor variedad de individuos. Estaban los salones que frecuentaban los literatos y sus amigos; los del barrio de Saint-Germain, que estaban reservados para la aristocracia; y había otros más burgueses al que acudían los políticos. Además, sobre todo para un extranjero, era difícil orientarse en París y tener una noción exacta de la geografía del mundo. En cierto sentido la sociedad “carecía

de todo límite". ¿Quién establecía el buen tono? Nadie lo hubiera podido precisar. Y, sobre todo, nadie tenía autoridad sobre nadie. Había que recomenzar la faena cada día en cada salón. El individuo de moda en casa de alguien muy específico, podía ser un total desconocido en la acera de enfrente.

El ideal del nuevo régimen definido por el rey Luis Felipe se resumía, más o menos, a lo siguiente: "Trataremos de mantenernos en un *justo medio*, alejados tanto de los excesos del poder popular como de los abusos del poder real".

Y es que durante la Monarquía de Julio, la sociabilidad mundana se había extendido, sus proporciones se habían modificado, las relaciones se habían multiplicado. El mundo se había diversificado, pero había dos parámetros importantes: los sentimientos de clase y las opiniones políticas, de forma tal que, en ocasiones, se cruzaban y hasta se oponían la nobleza del antiguo régimen y la nobleza del Imperio, la nobleza legitimista y la nobleza orleanista, la aristocracia y la alta burguesía; cohabitaban las tradicionales fortunas vinculadas a la posesión de la tierra y las nuevas potencias monetarias provenientes de las finanzas, de la industria y de la prensa.

Todos los compromisos debidos al origen social, todas las simpatías políticas se habían mezclado en el curso de los regímenes precedentes, ya fuera debido a alianzas matrimoniales, afinidades, o por obligaciones de diferente tipo. Pero nada podía darse por sentado: todo se mantenía en movimiento, lo quisiera uno o no. Sin embargo, los miembros de la alta sociedad habían encontrado la forma de reconocerse entre ellos mediante sus libretas de direcciones y por los palacetes donde residían, pues París se dividió en barrios y así sería por los siglos a venir: el barrio de Saint-Germain, el de Saint Honoré, la Chaussée d'Antin y el Marais.

Mercedes, quien por su gusto había querido fijar su residencia en la Chaussée d'Antin desde su llegada a París en 1814, acababa de mudarse por segunda vez con toda su familia a unos pasos de su casa anterior, pasando así del N° 40 al N° 58 de la misma calle de Bondy. Además, había decidido vivir en un solo piso del magnífico Palacio de Rosambo, tan famoso y amplio cuyos salones de recepción compartía con la condesa de Lariboisière, esposa de un general del Imperio, mujer inteligente y refinada, quien tenía un salón literario y participaba activamente en la realización de obras sociales.

El esposo de Mercedes, Christophe-Antoine Merlín, que acababa de abandonar su condición de jubilado después de la Revolución de 1830, recibiría en los meses siguientes la agradable noticia de su nombramiento, primero como Inspector General Extraordinario de Caballería, al mando de la 7ª División Militar y, más tarde, Inspector General de

las tropas de Infantería de su División, gracias a una decisión del 13 de marzo de 1831.

Fue en ese momento cuando Mercedes se presentó en la sala de Vauxhall, situada en la Plaza del Château d'eau, en una función para beneficio de los refugiados polacos. Después de la movilización a favor de la causa de los griegos, todas las energías caritativas de la buena sociedad se habían concertado para ayudar a los emigrados venidos de Polonia. Desde hacía un año, las grandes damas extranjeras recolectaban fondos para ayudar a sus compatriotas exiliados en Francia. Se nuclearon en torno a la princesa Anna Czartoryska, que acababa de llegar a París con su marido después de que el levantamiento polaco hubiera sido aplastado por los rusos. La princesa decidió abrir, en el palacio Lambert, situado en la Isla San Luis, un pensionado de jóvenes polacas, hijas de emigrados y lo dirigió ella misma.

En esa velada la condesa de Merlín interpretó la cavatina de *Semíramis*, de la ópera homónima de Rossini, y tuvo el inmenso honor y también el placer de saludar al general La Fayette, quien se hallaba presente y que la felicitó de manera muy entusiasta. Y Jules Janin, el *Príncipe de los críticos*, como le decían por entonces, se expresó en los siguientes términos: “La señora Merlín es una soprano brillante y vigorosa, capaz de crear un gran efecto”.

Después, tuvo la agradable sorpresa de recibir una prolongada correspondencia de su amigo, el marqués de Custine, camino de España.<sup>46</sup> Particularmente seducido por Andalucía y de paso por Cádiz, quiso que compartiera sus impresiones sobre esa ciudad, donde el oro y la plata habían sido tan abundantes que nadie los contaba. Hubo un tiempo, en el cual, Cádiz estaba lleno de personas que llevaban su oro y su plata en sacos.

“El hospicio de Cádiz es una de las más bellas instituciones de caridad de toda Europa en la que mil personas, entre niños y ancianos están siendo atendidos constantemente, se les instruye y se les cuida gracias a las contribuciones de los benefactores de la ciudad y bajo la vigilancia de los individuos más recomendables por su inteligencia y desinterés. Después de recorrer las salas, o mejor dicho, las galerías, hicimos una visita menos alegre al sitio reservado a los locos. Estos infelices, expuestos a la risa de todos los que se encontraban conmigo, me inspiraron una extraordinaria lástima. Antes de abandonar el patio

---

<sup>46</sup> Carta enviada, el 27 de mayo de 1831, a la condesa de Merlín. Carta XXXVII, tomo 3. *L'Espagne sous Ferdinand VII*, par le marquis de Custine, Ladvocat, París, 1838.

de los alienados, quisiera describirles un cuadro cuyo tema me interesó vivamente. Un joven, un loco, me pareció más pálido e inspiraba más temor que los demás; aunque su locura fue más bien tranquila, su estado resultaba alarmante, según me dijeron. Su locura consistía en privarse de alimento [...] En el momento en que me acerqué a él, estaba comiendo, no sin cierta repugnancia bien evidente, la comida que una anciana, pobremente vestida, le llevaba a la boca con una habilidad, una paciencia y una ternura manifiesta que me parecían admirables.

“¿Dónde encuentran ustedes enfermeras tan inteligentes?, le pregunté al guardián. ‘Ella es su madre’, me respondió el hombre enjugándose las lágrimas, y prosiguió: ‘Ese joven infeliz que todavía nos parece bello a pesar de su delgadez y de su miseria, era aprendiz en la marina; se ganó el odio de sus camaradas a causa de una denuncia [...] los malos tratos que le dieron motivados por el resentimiento, acabaron por trastornarlo. Su anciana madre [...] se pasa los días en el hospital, con la única esperanza de hacerle tragar algo a fuerza de brindarle atenciones y cariño. [...] Lo más probable es que no logre curarlo, pero atenúa el dolor del infeliz durante esos instantes de lucidez. Esos intervalos de razón son un tormento para todos los alienados mentales’.

“He pensado mucho en usted —le escribe— cuando estuve junto a esas dos personas, sentadas sobre la paja de una celda oscura; usted hubiera sentido, como yo, en qué medida la dignidad moral puede hacer que un hombre, descendido a lo más profundo de la miseria, logre levantarse. Cuánta distancia entre esos dos seres que sufren, que se entienden, que consuelan sus almas, y los groseros locos que languidecen en medio de una degradación totalmente física. Cuando el hijo y la madre se besaron y se comprendieron a pesar de todo lo que puede desunir dos corazones en este mundo, me consolaron un poco del espectáculo espantoso que me daba la multitud de alienados vulgares que nos rodeaba. [...] Hay vínculos más fuertes que la sociedad y que la inteligencia de los individuos: la fisionomía de la madre, loca de devoción es tal vez la escena más conmovedora que haya visto en mi vida. Ese ennoblecimiento del dolor, ese poder de consuelo que sobrevive por encima de todo en el corazón de una mujer, es poético y participa de la más elevada poesía. Nunca olvidarse el cuadro que acabo de esbozarle y que fue un cuadro viviente que esta mañana tuve ante mis ojos. [...]

“Usted, que es tan profundamente sensible y que tiene el don de hacer que los demás compartan lo que usted experimenta, tome mi cuadro y hágalo ejecutar por un artista que lo comprenda como usted, si lo encuentra. [...] Uno se dice: No veo ni siento; pero he visto y he sentido; con eso es suficiente para saber que tengo un alma”.

Y concluía con la siguiente reflexión que a ella le había gustado muchísimo: “La visión de la naturaleza de Oriente me hizo en mí consciente esa fuerza gracias a la cual se vive. Andalucía está en el occidente de Europa, pero es una región oriental por su cielo y por sus habitantes”.

Y el marqués de Custine no era el único que se inspiraba en la contemplación de esos paisajes tórridos, ardientes y ahogados en luz solar. Por esa época, en vísperas de la llegada del otoño de 1830 se había producido una moda creciente y una curiosidad considerable por España, lo que había influido en los artistas, los pintores, los compositores y los escritores. Fue así como Balzac, en el momento en que comenzaba a frecuentar el Cenáculo del Arsenal,<sup>47</sup> cuyo director era Charles Nodier,<sup>48</sup> junto a Alfred de Vigny, Musset y Lamartine, se dio cuenta de que España comenzaba a interesar a todos los románticos, de los cuales muchos ya habían realizado algún viaje a la península y habían regresado llenos de entusiasmo. Hacia 1827 Nodier, en ocasiones declaraba, ser “hijo de España”. Llevado por sus recuerdos y la exuberancia verbal de su imaginación, cuentista deliberado, había puesto de moda el relato personal de viajes al extranjero. Allí estaba también el pintor Dauzats, cuentista y conocido por sus viajes por el Oriente y por España e ilustró con pinturas de historias rocambolescas, destinadas a hacer reír y a estremecer a sus lectores, las veladas en el Arsenal. Disfrutaba mucho describiendo desfiladeros entre gargantas salvajes en los cuales se ocultaban bandidos catalanes y en los que el extranjero caía en una emboscada, lo desvalijaban y poco faltaba para que lo apuñalearan. Luego Alfredo de Musset, uno de los más jóvenes favoritos de la condesa, escribía a su vez algunos poemas de inspiración española: *La andaluza*, *Carlos Quinto* y *Don Páez*, dejándose, así llevar, por las corrientes contemporáneas de la literatura. La imagen que se hacía de España era la misma que solían tener las mentes románticas cuando se trataba de pintar las costumbres españolas, pues para él, también, el país de los *hidalgos*<sup>49</sup> era la patria por excelencia de

---

<sup>47</sup> Nombre dado a la reunión de artistas y de jóvenes escritores románticos que se reunían en la Biblioteca del Arsenal, bajo la presidencia de Charles Nodier y de Víctor Hugo, con el interés de intercambiar ideas. Este lugar, en el siglo XIX, devino la cuna del romanticismo

<sup>48</sup> Escritor, novelista, académico, Nodier fue nombrado bibliotecario del futuro Carlos X y se instaló en el Arsenal, donde tuvo un salón en el cual se dieron cita todos los grandes nombres de la literatura romántica francesa, contribuyendo, en gran medida, al nacimiento y desarrollo de ese movimiento literario.

<sup>49</sup> En español en el original. (*N. del T.*)



la galantería y de la pasión. Balzac no se quedaba atrás y para escribir sus obras necesitaba una documentación importante y en esa época ninguno de los salones le pareció más agradable que el de la condesa de Merlín, donde experimentaba un enorme placer frecuentándolo para conversar y perorar. Poco a poco fue sintiéndose a gusto en casa de esta perfecta anfitriona, por lo que se hizo un asiduo concurrente. Con frecuencia, se le veía muy distendido en la mesa de *whist* en el salón de la condesa, donde se reunían todas las celebridades del momento y los músicos más famosos, atraídos, como las mariposas por la luz de la bella y rica criolla, músico de talento, y de la que se decía, era también una talentosa escritora.

Y fue justo en un momento en que todo marchaba bien para Mercedes, profesional y socialmente, en su casa, con su familia, cuando la desgracia la golpeó una vez más, diez años después del fallecimiento de su hija.

El 19 de julio de 1831, su tío, don Gonzalo O'Farrill, quien vivía también en la calle de Bondy y que venía a visitarla con frecuencia, se extinguió a la edad de 77 años, a consecuencia de un gran agotamiento que, en los últimos tiempos, lo habían obligado a espaciar sus paseos a pie por la ciudad de París. La enfermedad acabó con él en pocas horas y Mercedes no estaba preparada, ni para una separación tan brusca, ni para tanto dolor, aunque desde hacía ya algunos años, la salud del tío, sensiblemente afectada, había causado algunas inquietudes a su familia y a sus amigos. De inmediato pensó en una frase que repetía a menudo durante los últimos meses: "Quiero más a mi familia que a mí mismo, amo más mi patria que mi familia, pero amo mucho más el género humano que mi patria"; estas hermosas palabras de Fenelón, el prelado francés, precursor de los utopistas del siglo XVIII, que tanto le gustaba citar con relación a la notable educación que había recibido en el Colegio de Sorèze,<sup>50</sup> cuando era un adolescente; esta institución francesa que había sido una abadía benedictina fundada por Pipino el

---

<sup>50</sup> Situada al pie de la Montaña Negra, entre los departamentos de Aude y de Alta Garona, esta abadía benedictina, fundada en 754, Escuela Militar Real bajo el reinado de Luis XVI, colegio en el cual se profesaban ideas pedagógicas considerablemente modernas y una enseñanza muy tolerante, vio pasar por sus aulas, hasta 1991, a numerosos militares, escritores, filósofos y políticos célebres. El general O'Farrill y Simón Bolívar se contaron entre los estudiantes más asiduos, quienes, en ocasiones, permanecieron en el centro hasta diez años seguidos.

Breve, rey de los francos, luego se transformó en Escuela Militar Real bajo el reinado de Luis XVI y, más tarde, Colegio de fama internacional con la dirección del padre Lacordaire.

El homenaje que se le rindió no fue ni frío ni oficial, pues todos sentían un gran dolor al ver que abandonaba la Tierra un hombre que tanto la había honrado con sus cualidades. El conde de Ofalia, embajador de su majestad el rey de España, Fernando VII, se encontraba presente con todos los miembros de su embajada, y la esquela mortuoria que se escribió testimonia ante la posteridad, la vivacidad y la extensión de su inteligencia, así como la belleza de su alma y la dulzura de su carácter pues, “si bien atravesó períodos en el que tuvo orientaciones difíciles que en ocasiones le hicieron perder en popularidad, pudo descender a la tumba con la convicción de que su patria le hacía total justicia a sus intenciones y que siempre lo miraba como a uno de sus hijos más queridos, digno de su estima y de su amor”.

Y entonces María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, al abandonar el cementerio de Père Lachaise, donde acababan de inhumar a su tío cubano, dijo suspirando entre dos sollozos “que había sido una dulce experiencia la de vivir en la proximidad de un hombre como él”.

Desde su primera juventud adoraba a ese hombre, siempre atento con todos y preocupado por los demás, capaz de olvidarse de sí mismo. “Mi tío O’Farrill —decía María de las Mercedes—, ¡cuántas sensaciones de ternura, admiración e incluso sentimientos religiosos despierta en mi alma ese nombre! [...] Mi tío O’Farrill era una de esas personas que el cielo envía a la tierra para consolarnos y advertirnos que no todo es decepción y mentira en el mundo, y que el bello ideal de hombre moral no es una quimera”.

Y la duquesa de Abrantès le rindió un vibrante homenaje al escribir que “el general O’Farrill era uno de esos hombres que las naciones tienen el gran honor de producir; y sin embargo, la ingratitud es muy grande [...] desconocemos sus servicios pasados, cuando estos hombres llevan a cabo una noble profesión de fe rechazando tomar por malos caminos. [...] El general O’Farrill tuvo que realizar el triste aprendizaje de la ingratitud de las naciones y murió en París en el dolor del exilio”.

Unos meses después de la Insurrección Polaca, que había lanzado por todos los caminos de Europa a millares de exiliados y que había movilizadado a toda la élite parisina a favor de los insurrectos, París se convirtió en el centro intelectual y artístico de una nación despedazada

entre los Estados de la Santa Alianza<sup>51</sup> y privada de la fuerza viva de sus élites. Poco a poco, todo el Parnaso polaco se fue reuniendo en París. De hecho, pronto no se habló más que de la llegada a Francia de un joven desconocido, frágil y pálido, que acababa de llegar a la capital en noviembre de 1831 y que se llamaba Federico Chopin. Solo tenía 21 años pero ya traía en su equipaje dos conciertos y un cuaderno de estudios, pues el joven era pianista y había realizado estudios en el Conservatorio de Varsovia.

Pero acabando de abrir sus maletas, se produjo una gran desgracia que afectó a todo el mundo. En esta ocasión no se trataba de una revolución, sino de una catástrofe mundial. El enemigo era invisible: el cólera morbo, que desde 1817, partiendo de las márgenes del Ganges y después de haber recorrido toda Asia, había penetrado en Europa a fines de 1830. De allí, según se decía, el ejército ruso lo había trasladado a los campos de batalla hasta llegar a Polonia!

Después de su llegada, París todavía no había tomado conciencia de su presencia. Y solo cuando cobró su primera víctima, en la calle des Lombards, y después la segunda, y luego la tercera, los parisinos comenzaron a inquietarse. De la barriada de Saint Antoine, pasó a la barriada de Saint Honoré y más tarde al de Saint Jacques y pronto hizo acto de presencia en la zona de los grandes bulevares, en el bulevar de la Poissonnière, justamente al lado del edificio en el que Chopin había alquilado una habitación de sirviente, en el último piso, debajo de la azotea.

Poco a poco la inquietud fue ganando terreno en la sociedad capitalina, pero cada uno hizo como acostumbraba; los más afortunados huyeron de inmediato, los transportes reales y las diligencias estaban llenas; llegó a haber más de 700 viajeros diarios.

Pero, como siempre ocurre, los músicos y los artistas son los últimos. Tuvieron que tocar hasta el último momento, distraer a su auditorio y, según la costumbre, esperar junto al capitán del barco a que el navío esté a punto de hundirse para poder abandonarlo.

Y así fue como el 26 de febrero de 1832 Chopin dio su primer concierto en París, en la sala Pleyel al que asistió Liszt, el joven pianista húngaro que también acababa de llegar a la capital. En seguida los unió una fuerte amistad, si bien mucho después se criticaron, en lo que había una mezcla de admiración y de odio, celos recíprocos a causa de sus respectivos talentos. Por esa causa Liszt, abrumado por

---

<sup>51</sup> Pacto de fraternidad y de asistencia mutua que sellaron en París, el 26 de septiembre de 1815, las tres monarquías que habían derrotado a Napoleón: Rusia, Austria y Prusia.

los reproches, a menudo injustos de Chopin, tuvo que esperar la muerte de su amigo para lograr componer sus obras más inspiradas.

Tres meses después, Liszt acogió la apoteosis de otro talentoso músico, Niccolò Paganini, de gira por París. La crítica lo había bautizado con el epíteto de *Violinista del Diablo* debido a su forma de tocar, su actitud, su particular físico y Liszt exclamó después de oírlo tocar: “¡Qué hombre, qué violín, qué artista! ¡Dios mío, cuánto sufrimiento, cuánta miseria, cuanta tortura en esas cuatro cuerdas [...] y en cuanto a su expresión, su manera de realizar el fraseo, su alma en fin...”.

Y Liszt, fuertemente influido por el virtuosismo demoníaco del violinista, decidió a partir de ese momento, concentrarse muy especialmente en su técnica pianística.

Pero muy pronto los parisinos abandonaron unos tras otros todas las salas de concierto y todos los teatros, que se transformaron en lugares siniestros a pesar de que los directores tuvieron el cuidado de circular anuncios en los cuales se decía que “no se había detectado ningún caso de cólera” en ninguna sala de espectáculos, independientemente del número de espectadores. Sin embargo, en muchos sitios las iglesias estaban cubiertas de crespones negros y se veían ataúdes, cortejos fúnebres, catafalcos por todas las calles, en todas las casas.

De manera que poco a poco todas las salas de espectáculos fueron cerrando: la Ópera, el Teatro Italiano y el Odeón. A los artistas no les quedó más remedio que seguir a los aristócratas y por eso se vio a Rossini, Rubini, Lablache y la Malibrán dirigirse a Bruselas o, incluso, a Londres. Meyerbeer hizo lo mismo y anuló sus representaciones de *Roberto el Diablo*.

El único que se mantuvo fiel a sí mismo fue Alejandro Dumas, quien exclamó: “¡Oh, los que vieron París en aquella época, no lo olvidarán jamás, con su cielo implacablemente azul, su sol jaranero, sus paseos desiertos, sus bulevares solitarios, sus calles surcadas por carros fúnebres y asediada por fantasmas”. Vivía en la calle Saint Lazare, en el corazón de la tormenta y al menos por esta vez, la realidad que describió no tuvo nada que ver con la ficción. Desde su ventana veía pasar cada día más de 50 cortejos fúnebres en dirección al cementerio de Montmartre.

Es cierto que nadie se esperaba una propagación tan rápida del vibrión cólera cuando el *Journal des Débats* anunció, oficialmente, la presencia de la epidemia en la capital, el 28 de marzo de 1832. El cólera-morbo, como se le llamaba por entonces, se cobró 18 000 muertos en tres meses. París se había convertido en una ciudad en estado de sitio y después de haber querido ignorar en cierta medida la enfermedad, las clases acomodadas pronto se sintieron afectadas por sus estragos y se

atemorizaron. Chateaubriand describió la situación a su amigo Rodolfo de Apponyi de la siguiente manera: “Un sol brillante, la indiferencia de la multitud, el trasiego ordinario de la vida que proseguía su curso para todas partes, daban a estos días de peste un carácter novedoso y una forma diferente de espanto”.

La condesa de Merlín no tuvo que tomar decisión alguna ante estos trágicos acontecimientos, pues ya no estaba en París. Probablemente aprovechó estas circunstancias imprevistas para viajar por Europa, donde en esos últimos meses se habían multiplicado los conciertos en favor de Polonia. Y sobre todo, cada vez que podía se escapaba al campo, a su castillo de Charenton, donde solía sumergirse en lo más profundo de la magnífica naturaleza que la rodeaba y encontrar el encanto y la belleza que extrañaba cuando estaba en la capital. Fue en ese ámbito encantador donde Mercedes decidió aprovechar al máximo todo ese tiempo que se le concedía para consagrarse plenamente a la literatura, cuyo desarrollo, la música compañera muy exigente, no le había permitido llevar hasta el nivel deseado y esto, desde hacía mucho tiempo.

Tantas impresiones, imágenes, recuerdos, colores y sonidos llenaban su mente; prefirió comenzar por el comienzo y, con su bella caligrafía distendida, escribió el título: *Mis doce primeros años*. Había hecho funcionar solo el primer resorte para impedir que las demás remembranzas acudieran, una tras otra, en una mezcla de recuerdos y perturbaran el buen desarrollo de su relato, por lo que su pluma se deslizó con toda ligereza sobre el papel.

“He nacido en La Habana; mi padre, descendiente de una de las primeras familias de la ciudad, se halló al salir de la infancia dueño de un caudal inmenso. Se enamoró y casó a los quince años con mi madre, que entraba apenas en los doce, hermosa como el día, y reuniendo todos los encantos naturales con que el cielo en su munificencia, puede dotar a una mortal. Su primera hija los colmó de alegría y podría decir de sorpresa, especialmente a mi madre que acababa de dejar las muñecas; así que ningún pesar tuvo su rostro cuando se les anunció mi sexo; algo más tarde las preocupaciones del mundo los hubieran hecho desear un hijo y la experiencia de la vida los habría inquietado por la suerte de su hija. [...]

”Llegó el día de mi partida. Me despedí de Mamita la víspera por la noche y ésta la pasé en llanto. Al día siguiente, con el más hermoso tiempo del mundo, nos embarcamos en una falúa, acompañados del general<sup>52</sup> y de algunos amigos. Nos dirigimos al navío de la insignia,

---

<sup>52</sup> Mercedes alude al Capitán General de la Isla de Cuba.

que ya estaba en alta mar, y fuimos saludados en nuestro tránsito con salvas de artillería, que partían alternativamente de cada uno de los navíos que dejábamos por detrás.

"Impelida nuestra barca suavemente por una brisa ligera, hendía las olas, todavía agitadas por la marea. El ruido del cañón, las voces de los marineros, el movimiento variado de velas y aparejos, me hubiera presentado, por su novedad, una agradable distracción, a no ser por la profunda tristeza que se había apoderado de mí.

"Nos pusimos al costado del navío de la insignia: nos lanzaron un cable y tocamos al buque. Se me propuso para subir la escala o la silla: yo preferí esta última, aunque más terrible, porque hallaba una especie de gusto en confiar a otro el cuidado de mi existencia. [...]

"Apoyada en la balaustrada de popa, fijos los ojos en la ciudad, la vi alejarse, oscurecerse, y iúltimamente desaparecer...! Ya entonces no descubrí en derredor mío sino la inmensidad del mar y del cielo. No tenía miedo, pero recapacitando en mí misma, me sobrecogió el sentimiento de mi debilidad y empecé a llorar;

[...]

"Llegamos a Madrid el cuarto día por la tarde [...]. Llegamos pues solos. Ella nos salió al encuentro [...]. ¿Quién hubiera podido mirarla por primera vez sin conmoverse? ¿Quién podría tratarla sin dedicarle un culto? [...]

"Al estrecharme contra su corazón, un suave estremecimiento agitaba todo su cuerpo... Yo le sentí y mi felicidad fue tan grande, que casi estuve para desmayarme: mi cabeza se inclinó y, por primera vez, me apoyé en el seno maternal".

Sin darse cuenta, dentro de ella había nacido una escritora. En ese instante había añadido a su talento musical el de una literata. Desgraciadamente, sin quererlo, al abandonar su condición de mujer de sociedad y pasar al de autor a tiempo completo, sería como lanzarla, quisiera o no, a un mundo mucho más cruel que el de los salones parisiense que había frecuentado hasta entonces.

Sin embargo, para esta primera publicación que vio la luz en 1831, Mercedes quiso incluir a inicios del texto la siguiente nota: "Esta obra, destinada por la autora solamente a sus amigos, no ha sido puesta en venta...". Con esta frase enigmática quería decir, simplemente, que no buscaba una ayuda económica sino que ese relato autobiográfico se dirigía muy en particular a sus seres queridos y que su objetivo solo era transcribir sus años infantiles hasta la salida de su isla natal. Solía explicar que todo ese tiempo le pertenecía sin presiones ni límites y que nadie podría nunca privarla de esas horas tan queridas y preciosas que formaban parte de su vida y de su personalidad.

La condesa de Merlín había querido, pues, exponer sus objetivos literarios, preparando inconscientemente su defensa contra todas las críticas malintencionadas que pudieran producirse en el futuro.

Aunque en un inicio la obra fue publicada sin que se declarara su autor, el anonimato no duró mucho tiempo; pronto comenzó a sospecharse quién era la autora de la obra e, incluso, algunos ecos acerca de ella se manifestaron en la prensa francesa de la época.

Por ejemplo, la duquesa de Abrantès, después de recordarle al lector los encantos de la condesa de Merlín, quien cumplió todo lo que prometía cuando era todavía una jovencita, escribió en sus *Memorias*: “El momento en que cuenta, con la ingenuidad conmovedora de su corazón, sus doce primeros años, es descrito con un encanto que yo misma experimenté, pues yo amaba a mi madre como ella a la suya; mi madre era hermosa, como la suya y mi alma se emociona igual que su alma. ¡Por eso comprendí todo lo que ella había sentido! Y esos celos del corazón que es tan fácil despertar, esa inquietante desconfianza, ese temor de no ser suficientemente amada por una madre que no la ha visto desde su más tierna infancia, ¡todas esas sensaciones son descritas maravillosamente y siempre serán comprendidas por las almas que saben amar! [...] Leí con mucho placer el relato de los doce primeros años de la señora Merlín”.

Y luego añade: “Todos leímos en el interesante libro de su hija, *Mis doce primeros años*, el retrato de esa madre que adoraba y puedo asegurar que el retrato es veraz. La señora Merlín demostró en ese libro y en los que vinieron después, su amable talento unido a una inteligencia fina, encantadora... con tal delicadeza en los detalles, que en realidad me dan pena los que no lograron comprender todo el encanto de esa lectura atrayente. Pero el número es muy reducido, y todo el sexo femenino lee con apasionado interés esas mismas páginas llenas de inteligencia que el hombre de talento sabe apreciar”.

En su ciudad natal, desde que se conoció la existencia de la obra autobiográfica de Mercedes Merlín, Domingo del Monte, que por entonces tenía 27 años y que se preciaba de ser uno de los líderes de la literatura cubana, afirmó con autoridad que conocía al autor del texto, quien había preferido el anonimato, y reveló su nombre. Publicado el mismo año que vio la luz en Francia, su comentario, que apareció en el primer número de la *Revista y Repertorio Bimestre de la Isla de Cuba* de los meses de mayo y junio de 1831, suscitó un interés muy particular, habida cuenta de la resonancia de la obra en la sociedad y la prensa francesa de la época.

“No es ésta una novela, en cuanto se da este nombre a la narración de sucesos, extraños o ficticios, hábilmente conducidos hasta el desenlace, con el fin de entretener y alimentar una vana curiosidad;

antes pertenece a aquella clase de composiciones delicadas, a manera del *Renato* de Chateaubriand... y que tiene por objeto dilucidar los íntimos afectos del corazón y las concepciones más abstractas e imperceptibles del entendimiento, en las diferentes situaciones sociales en, que por la edad, el sexo o el estado podemos hallarnos, presentando así al descubierto las distintas fases de nuestra naturaleza”.

Por ese motivo, sin pérdida de tiempo Domingo del Monte decidió incluir, en su revista, algunos de los más importantes fragmentos de la obra de Mercedes, una vez que los tradujo él mismo. Luego los comentó y redactó el siguiente elogio: “Por la elegancia y aticismo de su lenguaje, y por una tinta ligerísima de melancolía y de ternura, esparcida por toda la obra con el gusto más ‘acendrado”.

Y añadía, no sin cierto sarcasmo:

“Al copiar cierta descripción dice que: ‘creerán aquellos lectores nuestros que estén al cabo de las producciones de la literatura francesa del día, que oyen una meditación poética de Alfonso de Lamartine o una página de Chateaubriand’, lo que le permite recalcar ‘la sensibilidad, la delicadeza’ de la escritora habanera”.

Mercedes comprendió, entonces, cómo el reciente paso por su salón parisino de José de la Luz y Caballero, el célebre filósofo que dirigía el Seminario de San Carlos en La Habana, no había sido totalmente fortuito. Más allá de la simple visita de cortesía, Luz fue mucho más que un invitado de honor: fue el mensajero que venía en nombre de toda la élite intelectual de su país que se inquietaba por la influencia y la notoriedad, de la cual, esta gran aristócrata disfrutaba en Francia y que era su compatriota, aunque a penas la conocía.

¡No obstante, ya había dado explicaciones al respecto! ¿No había aclarado que se trataba de un simple relato de sus recuerdos infantiles del que tuvo conocimiento por casualidades de la vida. “Dedicándolo a mis amigos creo hacerles casi una confianza; no les pido en cambio más que un poco de simpatía. Muy lejos de mí la pretensión de ser autora”. Y resumía todo su pensamiento en la siguiente oración: “Pienso porque siento, y escribo lo que pienso. He aquí todo mi arte”.<sup>53</sup>

Un año después, en 1832, un fragmento de sus recuerdos de la infancia titulado *Historia de sor Inés*,<sup>54</sup> fue publicado en París, “episodio

---

<sup>53</sup> En español en el original. (*N. del T.*)

<sup>54</sup> Este relato se imprimió en la casa P. Dupont y Laguionie, de París, en 1832 y fue incluido, cuatro años más tarde, en el volumen IV de sus *Recuerdos y memorias*.



de mis doce primeros años”. La forma epistolar y el tono confidencial que la autora, si bien quería seguir manteniendo el anonimato, había escogido para relatar la vida, triste y melancólica de una joven religiosa clarisa que había conocido de niña en el convento de Santa Clara en La Habana, habían sido bien recibidos por sus lectores a causa de su atmósfera insular y exótica y por su relato, muy imaginativo y novelesco. La historia comenzaba de la siguiente manera: “Yo muero, querida Mercedes; mis últimos pensamientos serán para ti; el último anhelo de mi corazón es explayarse en el tuyo. El tiempo y la distancia, que con frecuencia borran las impresiones del alma, no han alterado aquella simpatía que me arrastró hacia ti, cuando te vi por primera vez”.

Y terminaba con esta constatación desilusionada: “Aquí termina mi vida, querida Mercedes. El resto de ella no ha sido más que una penosa agonía [...]: Algunas oraciones, algunas flores sobre mi tumba... Y después de tantos tormentos, mi tránsito en la tierra no habrá dejado más señales, que la aparición de una sombra”.

Fue entonces en su castillo de Charenton, a cubierto de los rumores mundanos, donde redactó con placer muy especial los primeros capítulos de lo que, con los años, convertiríanse en sus *Recuerdos y memorias*. Es conveniente recordar que la terrible crisis provocada por la epidemia de cólera había obligado a las salas de concierto, el Teatro Italiano y la Ópera a cerrar sus puertas antes de lo habitual y a abrirlas de nuevo, un poco después, provocando así una reducción de la temporada. Además, con toda esa élite artística que había abandonado la capital en 1832, los salones ya no tuvieron razón de ser tanto para los artistas como para las damas de sociedad, las cuales se sintieron muy felices de poder consagrar su tiempo a sus proyectos y carreras.

El fantasma del cólera se alejó y la vida mundana retomó su curso habitual, sobre todo después de que la familia Apponyi se instalara en la embajada de Austria, que se había transformado en el sitio donde, después de la corte, tenían lugar las más apreciadas recepciones. Y si los Apponyi las multiplicaban era, primeramente, para que se olvidara la mala fama que el *Justo Medio*, que se componía, en lo fundamental por miembros de la nobleza napoleónica, les había dado acusándolos de ser un bastión del legitimismo. Lo que, por otra parte, era exacto. La embajada se mantenía abierta todos los días, excepto el jueves, cuando el embajador y su esposa iban a disfrutar de la música en el Teatro Italiano. El conde Antoine y su esposa, la *Divina Thérèse*, famosa por su amabilidad y por el gusto con que organizaba sus recibos, acogía a los visitantes todos los días y Mercedes, muy particularmente, la apreciaba por su talento para la música y su admirable voz. Los bailes se sucedían unos a los otros, cada vez con mayor brillantez y elegancia.

Había, incluso, almuerzos danzantes y era frecuente oír al hijo mayor, Rodolphe, cuando exclamaba: “Todos los días sirvo unas trescientas tazas de té”, sin precisar si era por la mañana o por la noche. Conviene recordar que la embajada poseía magníficos salones, tres de los cuales se encontraban en el primer piso. Y más tarde se alternaron, poco a poco, las grandes recepciones y los conciertos privados.

En las ediciones del 21 de noviembre de 1832, de las publicaciones musicales, pudo leerse: “El domingo pasado, la Grisi, Tamburini y Rubini acompañados por Rossini cantaron en la residencia de los Apponyi durante toda la velada, de manera encantadora; se superaron a sí mismos. No se trataba de una velada privada: solo dejaron la puerta abierta, por lo que asistieron aproximadamente unas doscientas personas”.

El concierto había adquirido de nuevo una gran importancia política, pues, por primera vez después de la Revolución de Julio, la oposición legitimista se reunía otra vez. Y Rodolphe, el hijo, anotó en su diario: “Nos mirábamos sorprendidos al vernos en tan buena compañía, todos del mismo bando, de la misma casta, sin mezcla; se podía saludar a todo el mundo, cosa que nos había parecido imposible desde las *Gloriosas* en una reunión no privada”.

Para los Apponyi se trataba, por supuesto, de una revancha que le tomaron a la sociedad de París, que durante tanto tiempo los había rechazado, unas veces no respondiendo a sus invitaciones y otras evitando frecuentarlos. Hasta el día en que el propio conde Rodolphe declaró que “le parecía que había llegado el momento de unirse francamente al gobierno, única manera de doblegar el espíritu subversivo que se había apropiado de muchos pueblos”.

La llegada de Chopin y su talento hicieron el resto. Se constituyó una *Sociedad de Amigos de Federico Chopin* entre cuyos miembros se encontraba la mariscal de Lannes, el príncipe Czartoryski, la condesa Teresa Apponyi y la princesa de Vaudemont, amiga esta del príncipe Talleyrand. Como devino una suerte de protegido de grandes personalidades —embajadores, príncipes y ministros— su carrera musical se desarrolló en el seno de ese medio, esto es, en las residencias de los Apponyi, los Rothschild y la de los visitantes habituales de la embajada de Austria. Conciertos y veladas musicales se sucedían por aquellos años a un ritmo tan agotador que, según Liszt, Chopin se cansaba cada vez más, pues esos conciertos fatigaban más su irritabilidad de artista que su constitución física. Se sentía como un juguete entre las manos de esa sociedad elitista, acosado, acaparado sin miramientos ni escrúpulos por admiradoras estúpidas que le pedían, incesantemente, que les tocara sus melodías preferidas como un estribillo fútil que las transportaba, encantadas, con el único objeto de ser arrulladas.

Desgraciadamente, su público no se avenía a su personalidad y Mercedes se dio cuenta muy pronto, así como su amigo, el marqués de Custine, miembros ambos de la gran familia protectora. Y es que Chopin, presa del torbellino extremo de la mundanidad, ni tan siquiera se sentía capaz de negarse a ofrecer lo que le pedían, sobre todo si se trataba de una dama de la alta sociedad la que se lo imploraba o, incluso, una de sus alumnas, que es cierto, eran melómanas, pero que además se sentían atraídas por su misterio, su nostalgia y su enigmático encanto. Entonces sonreía y tocaba... una vez más y siempre ya fuera cierta mazurca “triste y encantadora”, o la gran sonata que contenía esa magnífica marcha fúnebre.

Solo Delphine de Girardin, la hija de Sophie Gay, su amiga, con mucha inteligencia e intuición comprendió toda la belleza del artista y el sentido oculto de su música. Y en su salón, donde se codeaban dos estilos diferentes de sociabilidad —el íntimo y el mundano— le gustaba explicar a sus invitados: “El piano que Chopin hace resonar, se metamorfosea; tiene acordes desconocidos, sonidos que tal vez uno ha soñado, pero que nunca ha escuchado en ninguna parte”.

Y a ese tiempo robado, ritmo flexible y vacilante como la llama de una vela agitada por el viento, el genio le había dado un nombre en sus partituras. Sencillamente, lo había llamado *Tempo rubato*.

Después de haber acompañado paso a paso los inicios de la carrera de María Malibrán, su cantante favorita, la bella jovencita, a quien tanto había querido, alzó el vuelo hacia el firmamento, donde nadie podría alcanzarla, como lo había sentido en su juventud. Su éxito había sido fulgurante y a fuerza de voluntad y de ejercicios extenuantes había logrado conquistar los papeles más difíciles de los más importantes compositores italianos del momento y, tal vez, fue en el papel de Desdémona en el que fue más impresionante, por la interpretación espontánea y extrovertida del personaje. Su fuego, su pasión, su aliento suntuoso provocaron las lágrimas del público del Teatro Italiano. Además, su muy extenso registro —de contralto a mezzo y de mezzo a soprano— le concedía una resonancia musical excepcional, por lo cual se le confirió el tan deseado título de *diva*. Este término italiano, importado de la patria del *bel canto* y consagrado a lo más sublime, permitió que el público parisino de entonces descubriera un nuevo tipo de cantante, dotada de gran belleza y carisma. A partir de 1830 y gracias a una nueva generación de artistas que se presentaban en el Teatro Italiano, se comenzó a disociar a la cantante de música popular, de la de ópera; luego vino el término de *prima donna* cuya variante

masculina era el *primo uomo assoluto*, para los famosos castrati de los siglos XVII y XVIII.

Más tarde, de acuerdo con la costumbre italiana, el público comenzó a poner el artículo *la* delante del apellido de una cantante famosa. Por esta causa, las *divas* se llamaron sucesivamente la Malibrán, la Grisi, la Sontag y la Pasta; pero los aristócratas del Faubourg Saint-Germain consideraron que era una fórmula demasiado familiar y a penas se empleó.

Y finalmente, a la pregunta que todos se hacían, ¿qué es una *diva*?, ¿una cantante extravagante con voz de ángel y caprichos demoníacos?, el célebre crítico Jules Janin respondió diciendo que, para él, se trataba de “una diosa, como lo indica el sentido literal de la palabra, de la que se hizo dueño el mundo de la ópera a inicios del siglo XIX. Es una cantante que logra elevarse al nivel de lo sublime y de desencadenar el entusiasmo de su público, gracias a las cualidades excepcionales de una voz y de una actuación y, también, por la sabia mezcla de belleza, bondad y talento”. Y se remitió de nuevo a los orígenes del término y al carácter eminentemente ceremonial, cuasi-teatral que nos arrastra mucho más hacia la cuenca mediterránea que hacia el brumoso norte. La *diva*, en efecto, es esencialmente latina por su nacionalidad o por su repertorio.

Janin añadía, no obstante que “si cada una de ellas posee un timbre, un estilo, un universo que la hace única, reconocible desde la primera nota, se precisan muchas más cosas para ser *una diva*. Hay que poseer una personalidad que sea capaz de fascinar las multitudes, incluso más allá de los escenarios operísticos, si bien las causas de dicha fascinación pueden mantenerse en el misterio”.

La Malibrán recibió muchos de esos elogios y valoraciones. Mercedes podía dar fe de ello. En aquellos años de sus inicios, su vida había sido muy agitada. No descansaba jamás; por las noches cantaba las óperas que estaban de moda, pero eso la agotaba y cada vez se sentía más indispuesta y enferma. El público se quejaba de lo que creía caprichos de *diva* cuando no cumplía sus compromisos, lo cual obligaba a la dirección de los teatros a cancelar la función en la que debía actuar. Llegó el momento en que el público ya no la soportaba y algunos salones le cerraron sus puertas.

“Y es que nunca calculaba el alcance de sus fuerzas —nos dirá la condesa de Merlín—. Siempre dispuesta a prodigar su voz, su tiempo, sus penas, trataba de cumplir sus compromisos de la mejor manera. Un día, después de tratar de suspender una presentación acabó cediendo y

le dijo al director: 'Está bien; cantaré en el teatro, porque debo hacerlo, pero después iré a casa de la señora Merlín, que es lo que deseo'.

"El director trató inútilmente de convencerla suplicándole y enfureciéndose, pero todo fue en vano. Después de cantar *Semíramis* vino a mi casa, a mi salón, y cantó hasta las 2 o las 3 de la madrugada, luego cenó y solo se marchó cuando se hizo de día".

En otra ocasión, en una sala de concierto, el público se mostraba impaciente por su tardanza. Llegó en medio del concierto y acercándose a la joven que lo organizaba le dijo: "Excusadme, joven, me demoré un poco, pero el público no habrá perdido nada, pues voy a cantar todos los números anunciados como os lo había prometido. Disculpádmeme —le repitió con un aire desenfadado— estaba en casa del duque de Orleans y me pagaron trescientos francos por la velada, son vuestros, y eso es todo...".

Su generosidad era tanta como su belleza; para ella el dinero no contaba. Con frecuencia organizaba colectas para los músicos pobres, lo que en los últimos años la había atraído al gran cantante italiano Lablache, por su gran corazón y sus nobles sentimientos.

Y cuando Mercedes volvió a verla en París, en febrero de 1833, ocho meses después de la muerte de su padre, acababa de dar a luz un hijo, Charles Wilfrid de Beriot, y ya se preparaba para iniciar largas giras por Europa. Iría primero a Londres, donde había cantado muchas veces y luego a Italia, país que amaba de manera muy especial.

Por su parte, la condesa de Merlín distribuía su tiempo entre sus numerosos viajes al extranjero; ya fuera a Inglaterra, a Alemania, a Suiza, o a Italia, y sus numerosas recepciones oficiales a las que debía asistir: bailes, conciertos de beneficencia, rifas a favor de una u otra causa —pues París era, generalmente, el centro de todos los acontecimientos políticos que tenían lugar en Europa—, sin contar aquellos dramas naturales que ocurrían en diferentes sitios: el terremoto de Martinica, las inundaciones del Ródano en Lyon, el incendio de Estrasburgo. Pues Mercedes había decidido poner su talento al servicio de las desgracias de todo el mundo. Además, todas las invitaciones a las cuales debía corresponder, no le dejaban tiempo para consagrarse a la inmensa tarea, a su obra autobiográfica, ya iniciada y que quería continuar con sus *Recuerdos y memorias*.

Y era en el castillo de Charenton, donde solía retirarse, en el cual encontraba un poco de tranquilidad y soledad indispensables para recordar la historia de su vida. Allí también fue donde recibió una carta de Honoré de Balzac. Ya no le era un desconocido y en cada encuentro que habían tenido, ella se había divertido con su talento chispeante y curioso, siempre en busca de historias para poder contar

después. Acababa de reunir 12 novelas cortas con el título de *Cuentos sombríos*, pues leer, según decía, equivale al placer de oír historias. “¡Contad, contad!” —exclamaba en su primer texto. Y la anfitriona le respondía: “Todas sus historias son espantosas; por vuestra causa esta noche tendré horribles pesadillas”.

¿Y no se había inspirado en los personajes de Liszt y la condesa de Agoult, su gran amiga, en su novela *Beatriz*? Balzac se enamoraba de esas egerías, de esas musas, de esas mujeres que decían de él que “sus ojos echaban chispas como las aristas de los diamantes pulidos” o que “lo mejor de él es el contorno suave de su boca que, cuando sonríe, hace soñar el cielo”.

A Balzac le gustaba hablar “de las dos mil personas que creen ser los únicos habitantes de toda la ciudad de París” y conocía bien todos los salones de todas las barriadas de la capital: Saint-Germain, Saint-Honoré y la calzada de Antín. Sabía todo lo necesario acerca de la evolución de los clanes políticos y con gusto citaba entonces a la embajada de Austria, que se había convertido en un terreno neutro, porque la sociedad legitimista y la nueva sociedad, representadas por sus más encumbrados y elegantes miembros, acabaron por encontrarse allí.

Se había codeado con todo tipo de personas: gentes del bulevar o invitados a los salones literarios y artísticos, ricos, pobres, advenedizos, saltimbanquis, dandis, poetas, artistas; en realidad, nada le resultaba indiferente. Le encantaba introducirse en la intimidad de todos y adoraba los comadreos, pues para él era materia prima. Lo tomaba todo: los grandes de este mundo, los pequeños, pero, sobre todo, tenía un gusto especial por las grandes damas, cosa que muchos le envidiaban sin comprender cómo era posible, pues no tenía ni el aspecto ni la posición económica necesarios para gustar. Y se citaba a la duquesa de Abrantès, la marquesa de Castries, y ¿por qué no?, también a la condesa de Merlín cuya vida, llena de peripecias y misterios, le interesaba de manera particular.

Y así fue cómo, al terminar una de sus noveletas, *Los Marana*, que próximamente verían la luz en las Ediciones de la señora Béchet y de la que la *Revue de París* acababa de publicar, en el número de diciembre-enero de 1833, largos pasajes con el siguiente epígrafe: *Ni musa, ni Moira*.<sup>55</sup>

La historia de esta distracción de vivac —le escribió a la condesa— se inicia con la toma de la ciudad española de Tarragona por el

---

<sup>55</sup> Luego de dedicar esta novela a la condesa de Merlín, el epígrafe de Balzac referido a la *Moira*, encarnación del destino en la mitología griega, intrigó a numerosos lectores.

ejército imperial francés. La novela comenzaba, de manera violenta, con la toma de la ciudad por las tropas del mariscal Suchet.

Y luego Balzac, que ya tenía listo el manuscrito de *La muchacha de los ojos dorados*,<sup>56</sup> de la que mucho se habló en los círculos literarios, fue convirtiéndose en una presencia habitual en las brillantes veladas que ofrecía la cautivadora condesa de Merlín. Le gustaban la distensión y la nobleza de esta aristócrata de alto rango a quién, como a él, ya nada le sorprendía.

Conviene decir que su salón era una mezcla suculenta de géneros. La gente acudía para descansar, distenderse, cantar, conversar, hacer cuentos, reír y llorar de emoción al mismo tiempo. Y había otro personaje, más insignificante que disfrutaba mostrándose a menudo en casa de los Merlín y que siempre acababa por molestar a su auditorio, gracias a su desenvoltura y su agilidad, el conde d'Orsay. Por suerte estaba de paso, pues venía de Londres, en el seno de cuya sociedad reinaba, por su elegancia y buen tono. Le divertía poner algo de moda, como por ejemplo, un collar con barba que los ingleses no apreciaron demasiado. Pero le gustaba a otros, como por ejemplo a Balzac, el novelista, que había tomado a ese tipo de dandi como personaje clave de su *Comedia humana*. Para él, d'Orsay se transformó en sus novelas en Henri de Marsay,<sup>57</sup> el rey de los dandis, quien poseía 14 caballos y que manipulaba a sus varias amantes. Y en su *Tratado de la vida elegante*, Balzac había declarado: "Al hacerse dandi, un hombre se convierte en un mueble de recámara, un maniquí extremadamente ingenioso que puede colocarse sobre un corcel o sobre un canapé, que muerde o succiona el extremo de un bastón, pero ¿un ser pensante?... Jamás".

Resulta curioso saber que la citada palabra apareció en Francia hacia 1820, pero tenía entonces un significado peyorativo. Designaba "al hombre que hace gala de una elegancia suprema en su forma de vestir y sus maneras", como era el caso de Brummell, por ejemplo. Es cierto, se trataba de un ser superficial, extravagante, egocéntrico y poco viril.

---

<sup>56</sup> Publicado en 1835, este relato forma parte de las *Escenas de la vida Parisina*, 3er. episodio de la "Historia de los trece". Es la trágica historia de Paquita, esclava cubana de excepcional belleza, con los ojos amarillos como los de los tigres, vendida a la marquesa de San Real, quien se enamoró tanto de ella que prefirió matarla para que el conde de Marsay no se la quitara. Al parecer, la historia fue real, porque la heroína se llamaba Paquita Valdés, nacida en 1793, en La Habana, murió asesinada, en París; tenía 22 años. (Diario *Le Monde*, 26.02.1999.)

<sup>57</sup> Balzac inventó el personaje de Henri de Marsay, porque su nombre rimaba con el del célebre dandi, el conde Alfred d'Orsay.

Y Stendhal no vaciló en denunciarlo como un “monstruo de fatuidad, como quiera que se presentara”, y luego Alfred de Musset, temeroso de parecerse a ese personaje, brindó una definición menos cruel: “es un joven que aprendió a prescindir de todo el mundo; le gustan los perros, los caballos, los gallos y el ponche”.

En realidad, por esa época había numerosos artistas, escritores y poetas que no vacilaban en rendir culto al *dandismo*; habría que añadir cómo, durante la Restauración e, incluso, durante la Monarquía de Julio, el *dandismo* había sido un fenómeno de moda, y que el término denotaba en esencia una forma de rebeldía existencial propia de individuos que buscaban singularizarse, o tenían el deseo y la pretensión de afirmar una superioridad personal. Todo eso no era, en realidad, sino una fantasía encaminada a lograr una notoriedad mundana, y finalmente, todos se dieron cuenta de que toda esa gracia y toda esa elegancia solo se manifestaban en jóvenes que lo único que poseían era su gran ambición. Constituyó una corriente efímera que pasó, como pasa todo, ya que el dinero se iba gastando mucho más rápido que la juventud.

La condesa de Merlín no se cansaba de recibir a toda la élite de intelectuales y artistas de la sociedad parisiense. Por esa época estaba en plena posesión de su fama y su belleza. En el salón de pintura de 1833, una joven que respondía al nombre de Señora Paulinier y cuyo nombre de soltera era Athenais Le Barbier de Tinan, le había hecho un hermoso cuadro<sup>58</sup> que, incluso, había recibido una medalla de tercera clase. Una sonrisa clara y dulce alegra su rostro puramente ovalado colocado sobre un cuello de rara perfección, delgado y flexible; hombros de un diseño y redondez irreprochables, finos y carnosos al mismo tiempo, que emergen de un velo de muselina. Su cabellera negra, elevada en la parte superior de la cabeza, está atravesada por un alfiler, una flecha y un tridente, ceñida por dos cintas encrespadas que recuerdan los tocados de moda en 1830.

De ella se decía, era “una de las mujeres más hermosas de París” y se le citaba en una revista que mostraba con mucho orgullo su nombre: *Las mujeres hermosas de París y de las otras provincias*. No había motivo de sorpresa, comentaban los literatos que redactaron el siguiente texto: “¿Que la condesa de Merlín es bella? ¡Ese es el verdadero secreto! Todo París lo sabía antes que nosotros... ¿De qué se nos acusa entonces ahora? Hemos tratado de hacer que esas mujeres brillen ante la vista de los que no las conocían. La belleza debe parecerse al Sol y

---

<sup>58</sup> “Es la única imagen que el público conoce y por muy esplendorosa que se nos presente, no se puede decir que el artista haya favorecido a la adorable condesa”, tal fue el criterio de Domingo Figarola Caneda.



relucir para todos. Pero no era eso solamente. Aunque pensemos que la belleza sea el verdadero genio de la mujer, estimamos en gran medida el que viene de su alma, siempre y cuando manifieste modestia, encanto, control, y sobre todo cuando oculta a la escritora detrás de la mujer de sociedad. Nada más repugnante a nuestros ojos que unos dedos femeninos manchados de tinta negra, pero cuando esos dedos se ven blancos, nacarados y olorosos, como los de la condesa de Merlín, no nos oponemos en lo absoluto a que escriban —a la sombra, escondidos, sin dañar la vida de su propietaria en los salones— algunas páginas de memorias o de entretenimiento, con una tinta probablemente perfumada y coqueta sobre una página satinada”.

Mercedes siempre estaba circundada por sus amigos más fieles, tales como Alfred de Musset, Balzac, Sainte-Beuve y Lamartine, que se había hecho muy buen amigo de Delphine de Girardin, los de Orfila, la condesa de Sparre y, por supuesto, Rossini, acompañado siempre por alguno de sus tenores y de sus cantantes favoritas entre las cuales se contaban la Dubignon y la Malibrán, cuando esta no estaba de gira. Junto a los poetas, los escritores y los músicos, numerosos hombres de la alta sociedad quienes, gustosamente frecuentaban su salón; el conde Bellisen, por ejemplo, quien acababa de comprarle a un industrial en quiebra las ruinas del palacio Abacial de Royaumont y había transformado el claustro de la abadía, que había estado ocupado por un telar, en sala de concierto. Se proponía ofrecer magníficas representaciones musicales. Por eso, durante la Monarquía de Julio, no se podía hablar de música si no se aludía a la condesa de Merlín, además de ser ella quien estaba, en mejores condiciones, para saber que esos miembros de la sociedad eran verdaderos conocedores en materia musical y que en esos salones, no cabía música mediocre alguna.

También solía encontrarse allí Edmond de Cousemaker, por su formación, jurista, pero también musicólogo con mucho talento para el piano, el violoncelo, el violín y el canto, asistente habitual del salón de la “Hermosa criolla”, cuya reputación era cosa hecha, pues allí se daba cita la crema y nata de la sociedad parisina, así como quienes habían escrito estas oraciones elogiosas: “Belleza, musicalidad, talento, la señora condesa de Merlín lleva en su noble frente tres coronas, una sola de las cuales bastaría para consagrar para siempre una cabeza femenina”.

Y en cuanto al marqués Astolphe de Custine, hombre de mucho mundo y escritor, cuya familia había sido duramente maltratada durante la Revolución, ya que su padre y su abuelo habían sido decapitados en 1793 y 1794, respectivamente, y que su madre había sufrido prisión en la cárcel de Sainte-Pélagie, y luego en la de

Carmes hasta la caída de Robespierre, era un asiduo invitado en la casa de Mercedes. La conocía desde hacía mucho tiempo y había estado enamorado de ella, desde el primer día que la había visto, aunque solo platónicamente, según las malas lenguas, que disfrutaban contando sus aventuras de 1820 con el joven aristócrata Edouard de Sainte Barbe, de quien se había enamorado. Luego de esa relación, la sociedad lo había rechazado de manera momentánea, pero siguió siendo recibido en el salón de la condesa de Merlín, que en contra del parecer generalizado, no excluía a nadie. Por eso, siempre fueron muy numerosos los admiradores que disfrutaron de su hospitalidad y su benevolencia. Estaban allí los de antes y los de ese momento, como el marqués Maurice de Balincourt, antiguo teniente coronel de la Caballería de Cazadores, conocido sobre todo por sus numerosas conquistas sentimentales, pues había amado sucesivamente a Paulina Bonaparte, cuando era princesa Borghese y luego a la duquesa de Abrantès, viuda a los 29 años del general Junot.

Además, entre sus otros pretendientes, al que se veía con mayor frecuencia en su compañía era al joven Jérôme Bonaparte príncipe de Montfort,<sup>59</sup> sobrino del Emperador e hijo de Gerónimo el hermano más joven de Napoleón, y de su segunda esposa, la princesa Catherine, hija del rey Federico I de Wurtemberg. Había nacido en Trieste, 1814, y siempre había vivido con sus padres en el exilio: Alemania, Austria e Italia, en espera de que la ley que condenaba a los miembros de la familia Bonaparte, fuera abolida definitivamente por Luis Felipe.

A veces ocurría que los periodistas confundían al más joven, el príncipe de Montfort, con su medio hermano mayor, Jérôme Napoléon Patterson, cuya madre, una americana, había sido cruelmente desterrada por Napoleón, que simple y llanamente había hecho anular en 1805 el primer matrimonio de su hermano, prohibiéndole además a la joven, que estaba en estado, el desembarcar en territorio francés.

Y el príncipe de Montfort, cuyo padre fue demasiado tardíamente rehabilitado por el Emperador la noche de la batalla de Waterloo, tenía un bello rostro y una graciosa fisionomía, pero se decía que su salud era muy frágil. Vivía en la corte alemana de su tío materno, Guillermo de Wurtemberg y después de haber recibido una formación militar en la academia de Ludwigsburg, se había incorporado al ejército de

---

<sup>59</sup> Príncipe y militar wurtemburgués, de origen francés por vía paterna, rey de Westfalia y mariscal de Francia. El título de Príncipe de Montfort le venía de su abuelo materno, quien se lo había dado a su padre en 1816. Jérôme Napoléon Charles fue también conocido por ese título de cortesía.

Wurtemberg, en el cual había alcanzado el grado de Capitán cuando Mercedes lo conoció.

“Era francés por su espíritu y por su corazón —decía ella— y no hacía más que hablar de Francia. Utilizaba el pronombre ‘nosotros’ cuando me hablaba de los hijos de esa gran nación. Hablábamos del pasado, de Napoleón y me escuchaba transportado y me decía conmovido ‘¡Gloria eterna al que haga feliz a Francia!’ Esa era también mi opinión, por lo que pronto estuvimos a la misma longitud de onda. Luego canté para él y comprendí que se había enamorado perdidamente de mí pero, me dije, más de mi voz que de mi rostro, más de la cantante que de la mujer. ¡Él, que no tenía más que veinte años y yo que me había casado cuando él estaba viniendo al mundo! Poco importaba; mi belleza, todavía notable, mi forma de ser y mi gracia natural lo cegaron. Me hizo la corte, discreta y respetuosamente, como solo puede hacerlo un espíritu noble, y luego esperó que los años pasaran y que se presentara la ocasión de volvernos a ver”.

Pero cuando toda esa hermosa sociedad estaba de visita en su casa, Mercedes prefería ocupar el gran salón de las puertas que daban al balcón del primer piso del soberbio palacio que compartía entonces con su amiga, la condesa de Lariboisière, de bondad y generosidad poco comunes en ese medio de gentes ricas en el que había nacido, pues era poseedora de una de las tres fortunas más considerables de Francia en esa época. Era hija de Antoine Roy, muy conocido en la historia política del Imperio y por su cargo de Ministro de Finanzas durante la Restauración, que por entonces ofrecía grandes bailes todos los lunes por la noche para casar a sus dos hijas, al no tener hijo varón que heredara su inmensa fortuna. La condesa tenía en la Ópera, por entonces, uno de los primeros palcos y se vestía magníficamente; pero un día, cuando todavía era joven, cayó enferma y se trastornó toda su existencia, al menos, eso le contó a Mercedes. No obstante, se casó con el hijo de un noble general del Imperio, el conde de Lariboisière, y como nunca tuvo hijos, vivió toda su vida a la sombra de su marido.

En ocasión de la terrible epidemia de cólera que azotó París en 1832, esta dama, que formaba parte de la nobleza imperial y muy conocida por sus fiestas de caridad, tomó conciencia de la deplorable situación sanitaria de algunos barrios de la capital y de la dramática insuficiencia de hospitales, sobre todo, para los habitantes de la margen derecha del Sena.

En efecto, en un París superpoblado, donde el precio de los productos se había duplicado, se observaba que uno de cada 12 indigentes

podía ser socorrido, mientras que el Estado, incapaz de actuar o de reformarse, dejaba que la capital prosperara en su vida común y sus placeres. La consigna de moda, lanzada por el primer ministro Guizot era: *Franceses, enriqueceos*; pero la realidad era un tanto diferente. Es cierto que la Francia de Luis Felipe se había modernizado, se había industrializado, pero también se había proletarizado en numerosos sectores, tales como la enseñanza y la salud. Había muchos deseos, aspiraciones, proyectos, reformas previstas, pero se hacía muy poco.

Y fue en el particular contexto de una turbulenta época, en la cual la gran burguesía en el poder, generosa en su pensamiento, pero timorata en la acción, se buscaba sin encontrarse todavía entre el fin del Directorio y la Revolución de 1830, cuando Christophe-Antoine Merlín fue nombrado por decreto del 18 de abril de 1834 gran oficial de la Legión de Honor y recibió la Gran Cruz de manos del propio Luis Felipe, quien dos meses después le confiaría la Inspección General de la Caballería de la 1ª División Militar.

Curiosamente, a este Rey francés, cuya soberanía procedía de la voluntad exclusiva del pueblo y no del derecho divino, como sus predecesores, se le reprochaba no haber creado, en realidad, una verdadera ruptura con el régimen precedente. Su indecisión, su falta de audacia y su optimismo cavaron un foso entre la clase dominante y la población. Se llegó a creer en la imposibilidad de mejorar la situación general o de instaurar una moral y una forma de vida propia, por lo que, poco a poco, fue instalándose un gran desencanto.

El período que se avecinaba se anunciaba como un período de transición, de incertidumbre y de espera. Habían coexistido una fe ciega en el futuro y un temor enfermizo de regresar al pasado.

Los Merlín, como muchos aristócratas y artistas, encontraron acomodo, pues nunca como ese año, esto es, en 1835, la música había alcanzado un éxito tan prodigioso. Fue una suerte de euforia. La pasión por esa manifestación artística fue tan grande que se podían contar hasta 35 conciertos diarios en las salas públicas de Pleyel, Hertz y Erard. Pero, paralelamente, se desarrollaban también conciertos privados que tenían lugar en los salones de la época. La lista de los más famosos la iniciaban tres salones de carácter musical, los cuales mantenían tres extranjeras de gran talento musical; sus nombres eran conocidos por la alta sociedad parisina: el de la condesa de Merlín, el de la condesa de Apponyi y el de la princesa Belgiojoso, italiana que había llegado a París hacía solo unos pocos años y que Mercedes había conocido por intermedio de Liszt, entonces su profesor.

A inicios de ese año, Franz Liszt le envió al cellista y compositor Alexandre Batta<sup>60</sup> una corta misiva en la cual le confirmaba la fecha del ensayo en casa de la condesa de Merlín y su dirección exacta en París, pues, acabado de llegar de Bruselas, donde había recibido el primer premio del Conservatorio, el joven no sabía dónde se encontraban los salones particulares.

“Querido Batta —le escribía:

”La condesa de Merlín me envió un mensaje hace un momento para decirme que el ensayo tendrá lugar el lunes (hoy) a las 13:00 h. ¿Tendríais la amabilidad de acudir?

”Os confieso que cometí la indiscreción de prometérselo. Esta es su dirección: calle de Bondy, N° 58, cerca de la Puerta San Martín.

”Voy a apresurarme para convocar también al Sr. Dietsch<sup>61</sup> o a Duriez.<sup>62</sup>

”Hasta entonces, queda de Vos.

”Franz Liszt”.

Y de inmediato le envió este mensaje al señor Batta, en la calle des Martyrs, N° 20.

A Mercedes le agradaba recordar la primera vez que lo había visto, cuando se había presentado en su salón. Era un joven rubio, delgado, de porte elegante, con un rostro muy distinguido. No vivía muy lejos de ella, en la calle de Provence, y aunque era una simple visita de cortesía, se quedó conversando con ella más de una hora.

“Me pareció —nos cuenta— muy original, lleno de gracia, con ideas muy atrevidas, muy propias, muy sociales todas, cercanas a los movimientos sansimonianos. Sus inclinaciones religiosas y su carácter entusiasta no podían sino hacerlo proclive a las ideas de Saint-Simon, quien brindaba una interpretación del cristianismo muy cercana a las ideas del socialismo naciente y que preconizaba la fraternidad entre los hombres”.

Pronto tuvieron afinidades electivas, en particular su apoyo a la causa de los oprimidos y de los rebeldes de todo tipo. Regresaba de

---

<sup>60</sup> Violinista y más tarde cellista nacido en Maastricht, 1816. Después de realizar estudios en el Conservatorio de Bruselas, se dirigió a París, donde tuvo un rápido éxito; tocó junto a Liszt haciendo un trío junto a Berlioz; compuso diferentes obras: nocturnos, fantasías y otras obras para su instrumento. Conoció al pintor Eugène Delacroix quien, para agradecerle un concierto que había dado, le dedicó un cuadro en 1854.

<sup>61</sup> Compositor y primer contrabajista del *Teatro de los Italianos*, bajo la dirección de Rossini.

<sup>62</sup> Contrabajista de la orquesta de la Ópera de París, en julio de 1830.

Lyon, donde había estado escribiendo y componiendo y donde había apoyado las insurrecciones de los *canuts*<sup>63</sup> de Lyon que se habían iniciado en 1831. Así escribía lleno de entusiasmo y apasionamiento cuando relataba lo que había visto:

“Me dirigí a Lyon y me vi transportado en medio de sufrimientos tan horribles, de tal desesperación, que los sentimientos de justicia se despertaron dentro de mí y me causaron un dolor inefable. ¡Qué tortura fue asistir con los brazos cruzados sobre el pecho al espectáculo de toda una población luchando inútilmente contra una miseria que corroe las almas y los cuerpos...”.

Para él era válido defender toda causa y, con el fin de que esto no quedara en las meras palabras, había decidió entregar la mitad de los ingresos que tenía, gracias a su carrera de virtuoso, a diferentes obras de beneficencia. Lo mismo daba si era la construcción de una catedral en Colonia, o la creación de la Fundación Mozart, para las víctimas de un incendio en Hamburgo, o para los sobrevivientes de las catastróficas inundaciones de Hungría, para financiar una estatua dedicada a Beethoven en Bonn, como para un monumento a Bach en Eisenach, la ciudad natal de este último.

Los dos pianistas virtuosos que compartían el éxito de la escena musical parisina eran, por entonces, Liszt y Chopin, quienes preferían los salones de sus alumnas respectivas. Pero Chopin no comprendía por qué las damas de la alta sociedad estaban dispuestas a pagar sumas considerables para tomar lecciones con él. Y cuando se le preguntaba, respondía, no sin cierta falsa modestia, que “los alumnos del Conservatorio, los de Moscheles, de Hertz y Kalkbrenner, esto es verdaderos virtuosos, no tenían nada que esperar de él”.

Con relación a la condesa de Merlín, quien solo había tenido alumnas de interpretación vocal, trataba de reunir indiferentemente a unos y otros sin ignorar sus preferencias: Liszt por la princesa Belgiojoso y Chopin por la condesa de Apponyi. Esta última, mujer esbelta, tenía un rostro más bien anguloso, si bien sus ojos eran dulces y bondadosos; se decía que todos la amaban “en medio de esa patria de la ingratitud y del capricho”, lo cual significaba un gran triunfo. Y los comentarios que un poco circulaban por todas partes sobre los dos pianistas virtuosos, siempre armaban gran bullicio, pues las damas adoraban tanto al uno como al otro, aunque por razones muy diferentes.

---

<sup>63</sup> Una de las más importantes insurrecciones sociales de inicios de la era industrial protagonizada por los *canuts*, o sea, los obreros y artesanos de la seda.

Había que contar, además, con las críticas y los elogios de estas anfitrionas y cronistas, como la señora de Girardin, por ejemplo, quien escribía con mucha gracia “que para los apasionados admiradores, ver a Chopin paseándose toda la velada alrededor de un piano y no escucharlo tocar era algo así como el suplicio de Tántalo”.

Y en la residencia de los Apponyi solo había unos 20 invitados cuando se daban recitales privados, por lo que allí Chopin se sentía más cómodo. Es preciso señalar que a la condesa, esposa del embajador de Austria en París, le gustaba muchísimo la música y era una de sus alumnas; recientemente le había dedicado los nocturnos del opus 27, el 1º y el 2º, en un momento de su vida en el que se encontraba en plena creación musical y trataba de perfeccionar su estilo pianístico, que era único. Este último, muy corto, pues no dura más que unos seis minutos y cuya melodía, llena de romanticismo, es de una delicadeza exquisita, posee un acompañamiento arpegiado en la mano izquierda. Toda la obra, que privilegia el claroscuro, se torna dramática en ocasiones y concluye con un motivo de extrema simplicidad.

Toda la esencia de su arte estaba contenida en su música. Y Mercedes, al escucharlo, había comprendido que era único, pues solo él poseía el secreto de la añoranza y la nostalgia y que se situaba más allá del rencor, de la amargura, en algún lugar, en el misterio de lo indefinible.

A pesar de la ausencia de María Malibrán, quien se hallaba de gira por Italia, Mercedes no perdía ocasión para brindar afectuoso apoyo a su protegida, a cuyos últimos conciertos en Venecia y en Nápoles, donde se le diera una magnífica acogida, había estado atenta. Además, acababa de recibir una larga misiva en la cual le informaba que su primer matrimonio, gracias al apoyo del marqués de La Fayette, amigo de Mercedes, había sido anulado. Cada vez que podía, a la joven le agradaba ponerse en contacto con la condesa. Ahora, además, le informaba que acababa de dar un concierto de beneficencia a favor del teatro lírico más importante de Venecia, que desgraciadamente se encontraba en quiebra, el del señor Gallo. Para su restauración había decidido cantar sin cobrar salario alguno y, dado que la recaudación no había sido suficiente, había entregado lo que había ganado en el teatro La Fenice, que alcanzaba un monto de 10 500 francos. Y fue así como —decía— que poco después recibió la sorpresa de saber que los venecianos le habían dado su nombre a ese magnífico teatro, que hoy lleva el nombre de Teatro

Malibrán,<sup>64</sup> uno de los más antiguos de Venecia, construido en 1678 y cuyos frescos y lámparas eran de cristal de Murano.

María se encontraba en el apogeo de su carrera; sin embargo resulta curioso observar que se despedía de Italia. ¿Es que acaso presentía algo, ya que siempre había pensado que moriría muy joven?

En otra ocasión, con relación a Venecia, relataba: “Revolucioné los reflejos del canal y de las barcas con una góndola que mandé a hacer, de color gris, con motivos circulares dorados y de seda. Los gondoleros llevan chaqueta escarlata, las cortinas interiores son azules, de manera que cuando paso, todos saben que soy yo. Lo cierto es que nunca hubiera podido enterrarme en vida en esas góndolas negras por fuera y por dentro. Los curiosos se detenían para verla por todas partes, incluida la plaza de San Marcos”.

”Desde mi balcón escucho el ligero sonido de una góndola que se aproxima a mis ventanas...”.

En esas descripciones de *La hermosa Venecia*, buscaba calmar, cada vez más, las angustias que se apoderaban de ella y la belleza del lugar la ayudaba a disipar, al menos por un corto instante, esa premonición de muerte que ya no la abandonaba!

En el camino de regreso se había manifestado, en efecto, la amenaza del cólera, que se había extendido por Toscana hasta llegar a Livorno. María se había sentado a escribir el 2 de septiembre de 1835 para informarle al marqués de Louvois —uno de esos buenos amigos que seguían sintiendo por ella un profundo afecto— que, próximamente, abandonaría Lucca, ciudad situada a unos 50 kilómetros del centro de la epidemia, donde ciertos rigores sanitarios acababan de establecerse. Y le decía también: “Como dice el proverbio, *quien mucho abarca poco aprieta*, sigo adelante y que sea lo que sea”.

Y un poco más adelante añadía: “Parece que el duque de Visconti le tiene un terror pánico al cólera y hubiera preferido no contratarme. No obstante, se dice que me esperan en Milán con devoción, y están convencidos de que mi aparición *alcanforizará* a los partidarios y propagadores del cólera. Por mi parte, yo no tengo miedo; mi único temor es tener que cantar ante las butacas vacías...”.

“Solo hay una forma: dar muchas fiestas, distraerse, reír, comer con dosis homeopáticas; por lo demás, hay que confiar en la Providencia. [...] Estoy muy deprimida porque todo el mundo me habla de muerte,

---

<sup>64</sup> Este teatro que aún hoy lleva su nombre, se encuentra detrás de la iglesia de San Giovanni, a unos minutos del puente del Rialto, en los terrenos del Palacio donde vivió la familia de Marco Polo en el siglo XIII.



de enfermedades, del cólera, el diablo, el infierno, el purgatorio en el que estoy metida hasta el cuello; por eso no quiero aburrirlos con mis jeremiadas y os dejo deseándome el placer de veros pronto en Milán... Adiós... adiós. Un beso muy sincero”.

Luego cerraron los caminos y le avisaron de las medidas imprevistas de “cuarentena”. Trató entonces de pasar por las montañas de Carrara, ruta que solo tomaban los pastores y los muleteros. Decidió enfrentarse a todos los peligros, pues el camino era impracticable: precipicios y grietas a cada paso; el camino se hacía muy estrecho al bordear los precipicios, las ruedas se salían por los bordes del abismo.

Para allanar las dificultades y menguar las inconveniencias, María se ponía a cantar ante los aduaneros y repartía limosnas o algunos lingotes de oro cuando atravesaba pueblecitos y caseríos. Se había comprometido con el duque de Visconti: 180 representaciones distribuidas en cinco temporadas, entre el otoño de 1835 y el de 1837, con el *Otello* de Rossini, *La Sonámbula* de Bellini y *María Estuardo* de Donizetti, obra compuesta para ella y que ejecutaba admirablemente.

Unos venían y otros se iban. París era entonces la más famosa encrucijada musical donde se encontraban los más grandes virtuosos. Y mientras Mercedes esperaba el regreso a París de la Malibrán, Franz Liszt dejaba la capital en junio para irse a Ginebra. Su gran amiga, George Sand, que por entonces estaba viviendo unos tumultuosos amores con Alfredo de Musset, recibía uno tras otro, en su “mansarda azul”, en la calle del muelle Malaquais N° 19, a Balzac, Sainte-Beuve, Próspero Merimée, Lamennais, Heine y Musset. Y si Franz Liszt formaba parte de ese pequeño cenáculo romántico, es porque probablemente su pasión por la condesa de Agoult, considerada escandalosa por algunos, inspiraba a muchos escritores y escritoras, tales como Balzac y George Sand. Esta le había dicho a Musset: “Esta noche Liszt me decía que solo Dios merecía nuestro amor. Es posible, pero cuando se ha amado a un hombre, es muy difícil amar a Dios. Es tan diferente...”. Y Musset le había respondido: “Vuestra penúltima carta me hizo mucho daño. ¡Cuántas veces, al pasar delante de vuestra casa recién pintada de la calle del muelle Malaquais sentí encogerse mi pecho por la tristeza y el dolor!”

Mercedes, a veces, se preguntaba: ¿Serán palabras de amante o simple reflejo de la retórica exaltada del siglo XIX? En realidad, todo dependía del tipo de relación que se formaba, pues, por supuesto, fuera de los salones, siempre hubo relaciones entre artistas, músicos, poetas y escritores. Pero en la alta sociedad parisiense, el ambiente era completamente diferente. Las angustias y los tormentos del amor nunca se manifestaban en los salones (divididos en salones de música

y salones literarios), pues siempre estaban dirigidos por aristócratas o literatas empeñadas en mantener su categoría de mujeres casadas.

Fue, precisamente, en ese momento, en el período delicado y sensible en que la mujer cree haber alcanzado el otoño de su vida, cuando se puso a pensar en los azares del tiempo, que actuaban sobre la belleza y la brillante celebridad de esos personajes de salón que, a fuerza de parecer, llegaba el instante en que ya no se pertenecían a si mismos y observó entonces que el mundo había cambiado con ella, sobre todo las mentalidades y las costumbres de lo que se denominaba vida parisina. Al entrar en contacto con los escritores, literatos, críticos, periodistas y ensayistas, la condesa de Merlín oyó un día a su amigo Balzac hablarle de cierto Philarète Chasles quien, algunos años más tarde, trastornaría su vida como mujer y aristócrata. Pero, en ese momento, no prestó atención a la existencia del citado personaje y solo retuvo su nombre, que le pareció un poco pedante, Philarète, esto es *amigo de la virtud* de griego. Decidió, pues, recordar solo el segundo, Víctor. El intrigante, que todavía no formaba parte de su círculo de amistades, pasaba sin embargo, de acuerdo a la presentación que de él hicieron, por ser un gran erudito y un valioso crítico, que se manifestaba en un círculo bien cerrado de profesores y académicos. Se relacionó con Balzac a partir de 1825 y escribió junto con Charles Rabou una obra colectiva anónima, los *Cuentos sombríos*, publicada en 1832 y de la que Balzac ya le había hablado. Entre los diez cuentos había cuatro que firmaba Philarète Chasles: “El ojo sin párpado”, “Una buena fortuna”, “La fosa del avaro” y “Tres hermanas” y, solo dos, pertenecían a la pluma de Honoré de Balzac.

Escuchó como distraídamente y tomó nota de su brillante trayectoria, y se enteró de que era también periodista y colaborador simultáneamente de la *Revue de París*, la *Revue des Deux Mondes*, *Le Temps* y el *Journal des Débats*.

Y todo quedó ahí.

Antes de retirarse a su castillo, Mercedes dio ese invierno varios conciertos en su residencia, en los que canto con su hija el dúo de *La donna del lago*, para soprano y contralto de Rossini. Daba gusto escuchar a la madre y la hija juntas y un acontecimiento suficientemente excepcional como para destacarlo. Luego, llegó con celeridad su dedicación a la escritura y eliminó su trabajo musical. Tenía que acabar de releer los cuatro tomos de su tercera obra, que sería publicada a su propio costo en 1836, en París, por Charpentier, su editor y librero, con

---

el título de *Recuerdos y memorias de la condesa de Merlín. Recuerdos de una criolla*.

Por primera vez firmaba su obra con su nombre y esto la llenaba de orgullo. Además escribió en francés, lo que le atrajo muchos elogios bien merecidos, ya que se dirigía directamente a un público lector esencialmente en francés, lengua de la que se había enamorado hasta el punto de olvidar, en ocasiones, la suya propia.

Poco tiempo después tuvo el inmenso honor de que Charles-Augustin Sainte-Beuve,<sup>65</sup> a quien conocía por haberlo recibido varias veces en su salón, le consagrara en sus *Charlas del lunes*, un comentario extenso y elogioso. Y no podía menos que sentirse halagada al conocer al personaje cuyos elogios se disputaban todas las literatas que tenían salones. Con frecuencia no decía nada y su silencio era bien elocuente; era su arma favorita para expresar su más completo desprecio. Y este texto, escrito por él de manera espontánea, con fecha del 1º de abril de 1836, apareció también en la *Revue des Deux Mondes*, que dirigía François Buloz.

“Vemos al inicio de los *Recuerdos* de la señora condesa de Merlín esos *Doce primeros años de mi vida*, que ya habían debutado tímidamente, lejos del público y cuyo éxito en la intimidad estimuló naturalmente a su autora para continuar la obra y publicarla. El valor de esos primeros años, que ya no se encuentran aislados, sino que los acompañan otros, más esclarecidos y pomposos, no es menos agradable sino por la novedad de estos últimos. Nacida en La Habana, en medio del opulento clima que hacía que más tarde Andalucía le pareciera tan pobre y donde ciertas moscas voladoras serían la claridad suficiente de la noche, la joven Mercedes Jaruco, educada y muy mimada primeramente en casa de su abuela, para ser luego internada en un convento al que no logra acostumbrarse y del que se escapa una mañana [...] se nos presenta en su belleza nativa, casi analfabeta, descalza con frecuencia, un poco salvaje, incapaz de detenerse entre un deseo y su objetivo [...] buena con los negros, atenta de inmediato con todos los que sufren; el lector disfruta admirando una infancia tan franca y tan colmada de los

---

<sup>65</sup> Profesor del Collège de France, ensayista y poeta, miembro de la Academia Francesa a partir de 1844, Charles-Augustin Sainte-Beuve había nacido en Boulogne-sur-Mer, en 1804, y murió en 1869. Frecuentó el salón de Charles Nodier en el Arsenal, formó parte del Primer Cenáculo de Víctor Hugo. Sus *Charlas del lunes* constituyen un monumento de las más notables críticas literarias.

dones más ricos, relatada con finura y gusto por la mujer de mundo. Hay en esa parte del relato una sobriedad de estilo y una simplicidad tales que reflejan cierto tacto opuesto a la abundancia misma de las sensaciones. [...] Pero aquello que no nos interesó menos en la lectura de estos volúmenes, son los diversos momentos que nos servían para reconocer y recomponer en nuestro pensamiento la imagen misma del autor. Es difícil que se os acepte por dos virtudes diferentes en este mundo; aquellos que os reconocen la primera estarán siempre dispuestos a disputaros la segunda. Con gusto admiran un mérito en vos, pero dos, sería demasiado. [...] La autora de estos *Recuerdos*, a medida que los va desarrollando para nosotros, y que entonces tenemos el gusto de componer su imagen, no parecía alguien para quien la alegría, una alegría que en modo alguno excluye la sensibilidad, acompaña el vigor del alma. Nacida en brillantes colinas en que la tierra está conformada por una arcilla de mejor calidad [...], a lo largo de estos volúmenes fieles al culto del estío de la vida, de la juventud, de la belleza con la que gusta coronar sus elogios en toda ocasión. Al llegar al mundo europeo, al entrar por España, su segunda patria, nación de carácter y aspecto en los que todavía se destaca la franqueza, no debió chocar mucho al inicio y habrá facilitado su aclimatación. Es así como llegó a nosotros esa naturaleza activa y útil para la sociedad que decoran, conservando el entusiasmo a pesar de la experiencia y el impulso nativo a través de la finura adquirida: talento simpático y explosivo, consagrada siempre a los infortunios y a las alegrías del prójimo, y pródiga de sí misma. Será acaso la felicidad bienhechora algo tan poco infrecuente como para no elogiarla?"

Por venir de uno de los críticos literarios y escritores más importantes del XIX, el análisis de Sainte-Beuve de su texto sorprendió y halagó a Mercedes, pues aunque algunos, como Marcel Proust, lo criticaban, los más grandes escritores de la época le reconocían su capacidad para la crítica formal de una obra, que, para él, debía ser indiscutiblemente reflejo de la vida del autor. En ella, buscaba, sobre todo, la intención poética y las cualidades personales. Y era eso justamente lo que más le había gustado en la condesa de Merlín.

Algunos días más tarde, otros artículos vieron la luz en otras revistas literarias. Pero la *Revue des Deux Mondes*, una de las más antiguas de Europa, y que ofrecía una tribuna para exponer las ideas de Francia con relación a otros países de Europa y del continente americano, se negó simple y llanamente a publicar el artículo que George Sand acababa de enviarle al director de esa revista, sobre el "*muy agradable*" libro de la condesa de Merlín, como ella lo había calificado. Consternada por esa respuesta negativa, le preguntó entonces a su amigo, Charles de

Aragón, que le buscara otro lugar para publicarlo y fue así como este se dirigió a la *Revue de Paris*.

El 17 de abril de 1836, Mercedes tuvo la ocasión de leer bajo el título de “Recuerdos de la señora Merlín” estas oraciones de un comentario que la sorprendió desde el principio. El artículo comenzaba de la siguiente manera:

“Con un solo garbanzo no se hace una olla: Sand da opiniones acerca de la obra de un autor que no conoce cuando firma un artículo sobre los *Recuerdos y memorias de la condesa de Merlín. Recuerdos de una criolla*. Hubo, no obstante, un intermediario, añadía lacónicamente el periodista: el artículo fue solicitado por Charles de Aragón,<sup>66</sup> joven con el que se ha hecho amigo de la escritora francesa y que frecuenta el salón de la señora Merlín”. Y así, luego de esbozar una sucinta biografía que toda la sociedad parisiense conocía ya, Sand la presenta como “una joven de belleza *exótica*, que brillaba en los salones antes de crear el suyo propio, de orientación musical y literaria, terreno neutro y político, en el que se daba cita la élite en la época de la Restauración e inicios de la monarquía de julio [...] En 1831 comienza a escribir y a publicar...”.

Sin embargo, lo que no le gustó a la condesa de Merlín fue la carta que George Sand le dirigió a Charles de Aragón, al año siguiente, para hacerle sentir todo el peso de su gesto: “Sabéis que me habéis obligado a hacer no sé muy bien qué por la señora de Merlín”, y ella le respondió de inmediato “que si había mostrado cierta condescendencia por él motivada por su amistad, la había mostrado igualmente por ella en tanto que escritora”.<sup>67</sup>

Y continuaba con el mismo tono ácido: “Acaso la condesa de Merlín encontrará un poco duras las últimas observaciones. No quiero cambiar nada. Vos sabéis que yo estoy hecha de una sola pieza, y de un solo hachazo. Prefiero caer mal a mentir para agradar. [...] He dicho todo lo que pensaba sobre ella; si algún aspecto no le gusta, podéis devolverme el artículo. [...] Si le satisfacen mis elogios, me alegraré haber hecho algo que os plazca”.

Es cierto que George Sand encontró, en la primera parte de su obra, algunos pasajes que le gustaron, los pasajes relativos a su infan-

<sup>66</sup> Político francés. Diputado y auditor de segunda clase del Consejo de Estado durante el reinado de Luis Felipe; amigo de Próspero Mérimée y de George Sand. Frecuentaba los salones de la princesa Belgiojoso, de la condesa de Merlín y de la condesa de Montijo.

<sup>67</sup> Carta del 3 de abril de 1837 (Correspondencia III), en la cual, George Sand le reprocha a Charles de Aragón todo el significado de su gesto.

cia, por ejemplo, en los que según ella, “la condesa narra brevemente como en otros muchos pasajes encantadores e ingenuos”.

Mercedes sonrió; era poco, pero lo consideraba suficiente. Ella ya la conocía de oídas. Ni mujer ilustrada, ni autora, ni mucho menos “literato”, Sand se erige en modelo contemporáneo de algo que todavía no tiene nombre, es decir “literata”. “Yo no soy Madame de Staël”, dice a menudo con amargura. “No poseo ni su genio, ni el orgullo que empleó en luchar contra la fuerza doble del genio y del poder”.

Y en una carta dirigida algunos años más tarde a Pauline Viardot, le confiesa que: “el mundo literario no se ocupa del talento de unos u otros, sino que solamente tiene en cuenta el sexo de los autores. Primero están los Hugos, los Lamartines, los Balzacs, los Schlesingers, los Alfonsos Karr y muchos otros hombres ilustres,<sup>68</sup> luego vienen las señoras Sophie Gay, la condesa de Agoult, la condesa de Merlín, George Sand y otras”. Y el autor del estudio sobre George Sand prosigue: “De la distancia que mantiene con sus contemporáneos depende evidentemente la pervivencia de su personaje literario de primer plano, la que mantiene con los escritores de su tiempo, los ‘grandes hombres’, ‘los literatos’, o simplemente, los ‘señores’, como los llama”.

Sin embargo, incluso aunque George Sand hubiera considerado que la obra era *bastante frívola*, ¿no es cierto que le había facilitado una tribuna para hablar de la cuestión femenina? En efecto, para la prensa ávida siempre de chismes, sobre todo en un momento en que esa mujer libre estaba siendo procesada debido a la separación conyugal, la pregunta que todos se hacían era: “¿Qué piensa la escandalosa novelista de las mujeres que escriben?” y también: “¿Qué piensa esta mujer que desafía las leyes que rigen el matrimonio de los méritos intelectuales comparados de hombres y mujeres?”

El tono de estas críticas varía en efecto en dependencia de la simpatía o el interés que se tiene con respecto a determinado autor, por lo que Mercedes tomó muy pronto conciencia de la dureza del mundo literario, pero no le dio miedo, más bien todo lo contrario; pues estaba concluyendo otro relato sobre su infancia, que tenía por título *La evasión*,<sup>69</sup> el cual pensaba incorporar en alguna de sus próximas obras.

---

<sup>68</sup> Al poner todos estos nombres de escritores en plural, George Sand trata de expresar todo su rencor por la misoginia de su tiempo.

<sup>69</sup> Este otro episodio de su niñez será incluido más tarde, en 1838, en la biografía de la Malibrán. En él se describe una terrible escena de castigo corporal que presenció en casa de su abuela paterna, doña Josefa de Cardenas y también el horror que le produjo. Ese trauma será la línea divisoria entre la infancia y la adolescencia y, más tarde, lo asociará a las relaciones entre amo y esclavo.

En abril de 1836 Liszt abandonó Ginebra por un tiempo y se instaló en París. El nombre de Sigismund Thalberg estaba en todas las conversaciones y ya se decía de ese pianista que igualaba o superaba a Liszt. Pero este no tuvo tiempo de escucharlo, pues, como la temporada había concluido, ya su rival se había marchado. Liszt, por su parte, brindó varios conciertos privados en las salas Erard y Pleyel, que despertaron el entusiasmo de sus admiradores, entre los cuales se contaba Berlioz quien, luego de haberlo escuchado en la *Sonata Hammerklavier* de Beethoven, publicó una crónica en la *Gazette Musicale*, un artículo que hizo época. “No se omitió ni se añadió nota alguna... [...] Es la ejecución ideal de una obra que se consideraba inejecutable. [...] Al reproducir una obra poco comprendida todavía ha probado que es el pianista del futuro. ¡Gloria a Liszt!”

Sus adversarios, los amigos de Thalberg, desencadenaron una tempestad de críticas contra él y se instauró en el mundo musical un gran debate acerca de los méritos recíprocos de los dos pianistas. La princesa Belgiojoso, que había asistido a esa velada tomó partido de inmediato con su habitual vivacidad a favor de Liszt contra Thalberg, a partir de lo cual, se estableció un vínculo muy fuerte entre ella y el músico húngaro.

Es bueno decir con relación a Liszt que su nombre, su perfil de camafeo antiguo, su rostro napoleónico, su cabellera, su elegancia, su peculiar manera de hablar, habían creado un tipo, una individualidad que no podía dejar indiferente a los menos curiosos. Se había convertido en un *lion*, el héroe del día. A dondequiera que iba despertaba una cierta embriaguez, una suerte de locura. Pero no era fácil aplaudirlo, pues un título no hubiera significado nada ante este hombre a quien su origen y su aire aristocrático le abrían las puertas del mundo elegante de la barriada de Saint-Germain y de las celebridades más encumbradas: las residencias de la condesa de Merlin y de la princesa Belgiojoso, así como muchos otros a los que había dirigido cartas de recomendación procedentes de los medios más eminentes de Hungría y de Austria. No salía de los salones de las grandes señoras; componía para ellas y ellas lo adoraban.

Su discurso poético, sus finas salidas y espirituales, así como la originalidad de su genio, le facilitaban el apoyo femenino. Había que sentir la atmósfera aristocrática que irradiaba a su alrededor y el tremendo impacto causado por su aparición en los salones, sobre todo cuando tocaba. Sin embargo, a pesar de los elogios y las lisonjas, nunca se enriqueció, ya que las sumas considerables que ganaba las redistribuía al día siguiente.

Otro acontecimiento de gran importancia para Mercedes ocurrió en aquel mes de abril. María Malibrán, su gran amiga, con quien lamentaba no encontrarse con mayor frecuencia regresó a París para su matrimonio oficial con Charles-Auguste de Bériot, con quien ya tenía un hijo. Había llegado, a fines del mes de marzo.

Mercedes escribió: “Todo estaba preparado para su matrimonio con Bériot. La alegría, la felicidad de María tenían algo de ingenuo y de precioso al mismo tiempo. Las bodas se celebraron el 29 de marzo en presencia de algunos amigos íntimos, entre los cuales se encontraba el marqués de Louvois y el señor de Pérignon, que fungieron como testigos. Por la noche se reunieron en el pequeño apartamento que provisionalmente ocupaba en la residencia de su amigo, el editor de música Trompanas. Estaban allí Thalberg, Rossini, Bériot y María. La noche de su matrimonio distribuyó 1 000 francos entre los pobres y cantó varias escenas de *La sonnambula* y de *Norma*. De ahí partieron hacia Bélgica y se instaló en su residencia campestre en Ixelles, no lejos de Bruselas; poco después, el 19 de abril, regresó a Londres para actuar en el teatro Covent Garden”.

María era como un ave; no hacía más que posarse y ya salía volando. Siempre fue lo que había sido: intrépida, caprichosa y siempre seductora, incluso con el rey de Nápoles. Sin embargo, mientras más avanzaba en la vida, más trataba de calmar sus angustias llevando a cabo diferentes actividades: a veces la equitación y otras, el canto. Todo lo hacía con pasión y voluntad incomparables. Cada vez más aturdida, después de haber dado a luz a su segunda criatura, bebía champán, tomaba tónicos, tomaba las riendas de su carruaje e, incluso, en alguna ocasión llegó a perder la voz debido a causa de todas estas imprudencias. También, cuando lo deseaba, se lanzaba gustosamente al mar. Por otra parte, una tarde, al escuchar la hermosa voz de un mendigo que se había detenido bajo su ventana para pedir limosna, contrató a un maestro de canto para que le diera clases y lo pagó hasta el fin de sus días.

Había recorrido toda Italia y en todas partes la habían recibido con aplausos y admiración, gracias a su inmenso talento; en Venecia y en Boloña hizo las delicias de todos los salones. En Milán tuvo un enorme éxito; residía en el palacio Visconti. Los jardines habían sido alumbrados y la música militar hizo sonar brillantes melodías. Al día siguiente de su llegada se distribuyeron numerosas medallas de oro, de plata y de bronce, acuñadas en su honor. Pero en Nápoles, aunque la admiraban muchísimo, no gustó... probablemente a causa de intrigas entre bastidores y de los celos que despertó. “Tuve éxito aquí —le confió a Mercedes— pero en el teatro no me aplaudieron y eso lo necesito como el fuego que da la vida. ¿Acaso puede una cantar sin



recibir aplausos?” Y añadía: “Extraño mucho París, pero como sabéis, no quería regresar antes de casarme con Bériot, y no por el público, que siempre está dispuesto a perdonar, sino por mis parientes y amigos...”.

Y así lo había hecho: ¿Cómo olvidar que París la había visto nacer y que luego la había consagrado como diva?

En el *Journal des Débats* del 30 de junio de 1836, Mercedes tuvo la sorpresa de leer un artículo que le habían dedicado por su obra más reciente: *Recuerdos y memorias*. Resulta curioso que estaba firmado con las siglas C. s. como si el autor hubiera querido mantener el anonimato. Pero en seguida supo que se trataba de aquel Philarète Chasles del que Balzac le había hablado largamente y que por esa época colaboraba con la revista *Drapeau Blanc* (*Bandera Blanca*), cuyo jefe de redacción era el barón de Eckstein.

Leyó pues el comentario, intrigada, y lo saboreó con gusto: el tono era irónico, incluso sarcástico y hasta inquisitorial. La mirada que el desconocido había lanzado a su obra iba mucho más allá que sus palabras; era como una invitación, un *embarque para la isla de Citera*.<sup>70</sup>

“Pero cuán encantadores y deliciosos son los libros sinceramente ingenuos como las *Memorias de la condesa de Merlín*. Los cuatro bellos volúmenes que la señora Merlín acaba de publicar son ingeniosos sin ser personales, característicos sin ser vanidosos”. [...]

“Uno se sorprende al ver a una criolla tan francesa y a una francesa tan criolla. Ese espíritu incomprensible se enriqueció con todas las delicadezas de la sociedad Parisina: la autora se obliga a sí misma a escribir sin exageración y sin violencia, como si le horrorizaran los arranques de su naturaleza meridional. Una suerte de doble vida respira en esta existencia femenina; la mujer meridional se repliega, soñadora, en su pensamiento, como si fuera una mujer del Norte; un espíritu Parisino presta oídos a un corazón criollo”.

Esa observación fuera de lo común le había llamado la atención y le gustó lo que hallaba en ella, por lo que quiso agradecer personalmente al autor y no rehusó un encuentro con él. Al conocerlo, no le hizo mal efecto: era elegante, distinguido, muy tímido y de comportamiento puritano y estricto, como si fuera un caballero inglés, cosa que la sorprendió al inicio, pues no conocía sus antecedentes. Ella se propuso escucharlo y entonces él comenzó su relato en la época de la Restauración borbónica, cuando su padre, que había sido general republicano, tuvo la precaución de huir a Londres y abandonar a su familia.

---

<sup>70</sup> Esta alusión al célebre cuadro de Watteau, realizada en 1717 evocaba un llamado al sueño, al amor, a ese viaje de regreso a la isla de Citera, símbolo de los placeres del amor y lugar de felicidad.

“No era más que un niño cuando tuve que hacerme tipógrafo para no ser una carga más para mi familia. Desgraciadamente ocurrió que acusaron al dueño de la imprenta, un jacobino llamado Jacques, de haber participado en conspiraciones bonapartistas. Un día que estaba trabajando vinieron a detenerme y me encerraron en un negro calabozo de la *Conciergerie*, por el solo delito ‘de ser hijo de mi padre’. Afortunadamente, gracias a las gestiones de mi madre y al apoyo de su gran amigo, Chateaubriand, logré salir de la celda y entonces, abandonando a mi madre enferma, seguí su consejo y yo también atravesé el canal de la Mancha y fui a reunirme con mi padre en Londres”.

En pocas palabras Philarète le había explicado el porqué de esos molestos “vestigios” que se le habían quedado de su educación inglesa. “Hablo mal mi propia lengua y eso me molesta mucho”. Luego se disculpó por su acentuación martillada. “Se me había quedado, muy a pesar mío, el perpetuo acento de la melopea que caracteriza la pronunciación inglesa. Cantaba mis oraciones y mi expresión se endurecía haciéndose algo extraño. Me parecía que nunca podría lograr ni imitar esa cadencia simple y la facilidad natural de nuestra lengua, totalmente llena de delicadeza y de ingenuas finezas”. Esto motivaba un extraño sentimiento embarazoso que, según él, a nadie podía inspirar ni lástima ni interés. “Seguí siendo francés espiritualmente, pero respecto a la forma, me había vuelto inglés. Desde el principio me mostraba terriblemente afectado, presuntuoso, rebuscado, falso y —¿quién sabe?— acaso pérfido. E incluso tal vez era capaz de las peores acciones. Lo que sí es seguro es que resultaba extremadamente desagradable con mi forma de vestir, mis costumbres y la pena que me causaba tener conciencia de una detestable anglización”.

Después de este retrato sombrío y oscuro que acababa de esbozar, quiso regresar a un pasaje de su pasado que, visiblemente, lo había traumatizado.

“Cuando salí de la prisión en 1815, tenía quince años. Todos hemos estado un poco presos. Nos ha ocurrido a vos, a mí, a todo el mundo. Es una gloria bien vulgar. Nuestros padres nos abrieron el camino. Yo era muy niño cuando la palabra *Ham*<sup>71</sup> resonó en mis oí-

---

<sup>71</sup> El castillo medieval o fortaleza de Ham está situado en la región de Picardía. Fue construido hacia el año 1052 y sitiado en 1557 por Felipe II de España. Vauban lo restaura a fines del siglo XVII y luego lo convierten en prisión. El último prisionero célebre fue Luis Napoleón Bonaparte —el que sería Napoleón III—, que estuvo confinado allí durante seis años, de 1840 a 1846, fecha en la cual logró evadirse. En 1917, los alemanes dinamitaron el castillo. En la actualidad, solo se conservan las ruinas.

dos. Era el terror y el entretenimiento de nuestras veladas. Conozco sus piedras negras, sus murallas, sus tortuosas escaleras, sus corredores que rezumaban una humedad sepulcral y las platabandas dominantes, como si yo lo hubiera construido. Conozco la profundidad de los fosos. Todavía estoy mirando la habitación que mi padre ocupaba y donde vivió durante largos meses. Me contaba las historias del torreón donde su majestad el Directorio lo había encerrado sin que su majestad el pueblo acudiera para sacarlo de allí.

”Mi padre me dijo entonces: el suelo de Francia es peligroso para ti. Nada te retiene aquí. Partirás hacia Inglaterra pasado mañana. Francia se desmorona y Europa desaparece. Me fui [...] Francia entraba en una etapa de decadencia. Me pasé ocho años observando la sociedad londinense y tratando de comprenderla.

”A mi regreso de Inglaterra me sentía como un extraño y me preguntaba: ¿Es este mi país? ¿Acaso tenía yo un país? Había entrado en la silvestre y olorosa maleza shakesperiana que no encontré tan áspera como la había encontrado Hipólito Taine, que me explicaba su sensación de ser un ente latino”.

Y luego añadía no sin cierto cinismo: “Inglaterra me encanta, donde vi puesto en práctica mi ideal de libertad regulada y de apasionado orden. No podía admitir la superioridad de nuestros propios usos y costumbres comparados con los ajenos, pues veía que nuestro pueblo estaba descontento y que los tres cuartos de la población eran vulgarmente analfabetos”.

No paraba de hablar, siempre sobre la misma etapa de su vida, la anterior, la del niño y la del adolescente simple, inocente, elegante, puro y dulce, y la oponía a su vida posterior, la de su regreso a Francia, llena de nostalgias, de amargura y de agresividad; eran dos períodos de su vida muy diferentes, que no lograban un acuerdo entre ellas y que Mercedes no conseguía reunir en un todo único.

“Los que como yo nacimos entre 1798 y 1800, somos gente triste. Somos los hijos del desastre. Nos acunó el naufragio de las nobles ideas... [...] Nuestra infancia vio como en 1800 se apagaba y se cubría de lágrimas el sol poniente de las libertades públicas. ¡Qué de vicios los bajo el Directorio! ¡Qué cobarde aventura la del 18 Brumario! [...] ¡Sin llegar a ser mejor ni peor que nadie, me convertí en otra persona! No me diferencié de los demás ni gracias a mí ni por culpa mía, sino debido a la acción de mi entorno. Mi primera infancia, bajo la égida de mi madre, todavía me sonrío y me encanta profundamente”.<sup>72</sup>

---

<sup>72</sup> *Memorias de Philarète Chasles*, t. 1, Ediciones G. Charpentier, París, 1876.

De su larga conversación, que revelaba un irremisible y tremendo desengaño, la condesa de Merlín retuvo solamente que Chasles siempre se había sentido más inglés que francés y que había nacido en 1799, insistiendo particularmente en la fecha, como si hubiera querido que Mercedes comprendiera bien que ella le llevaba diez años. Y fue la primera ocasión en la cual su feminidad se sintió herida, pues ninguno de los que hasta entonces le habían hecho la corte había aludido, en lo más mínimo, a su edad. Sonrió y tuvo deseos de decirle que “para las almas bien nacidas, el número de años es intrascendente”,<sup>73</sup> pero se contuvo, pensando que en realidad no valía la pena. Luego, en el transcurso de la conversación, supo que en 1827 había tenido un hijo, Émile, y que de inmediato se había casado con una aristócrata, Clémence-Odile de Puybusque, a quien nunca había amado; un pecado de juventud —repetía—, como si quisiera disculparse y quitarse un peso de encima.

Y justamente, el mismo día en que había escuchado con atención y no sin cierto presentimiento a ese personaje, este se convertía en secretario del barón Eckstein, escritor, filósofo y arqueólogo, fundador del diario *Le Catholique* y colaborador del *Drapeau Blanc*, en el que la condesa acababa de quejarse, en particular debido al tercer volumen de sus *Memorias*, que habían visto la luz en la Editorial de Amyot.

“Acaso merecía correcciones de estilo o de otro tipo, pero en todo caso prefiero asumir la responsabilidad de mis faltas y no las de otro: al menos las primeras armonizan con mi propio estilo y mi forma de pensar. Seguramente no habéis olvidado que ya me había dado cuenta de los arreglos que decidieron hacerle, sin comunicármelo, a mis dos primeros volúmenes debido a que las cosas no se hicieron en regla y que no tuve conocimiento de las pruebas que iban a imprimir”. Y llegó a decirle: “Debéis reconocer que no hubo autor tratado con tan poco respeto”.

Y entonces, para abandonar las sombrías ideas que venían bruscamemente a su mente sin que pudiera explicarse con toda claridad la causa, se puso a releer los elogios que acababa de hacerle Laure Junot, la duquesa de Abrantès, en sus *Recuerdos de una embajada y de una temporada en España y Portugal*.

“La señora de Merlín posee la vivacidad espiritual de una española y el desenfado de una criolla. ¡Seguramente ignora el tremendo

---

<sup>73</sup> Cita tomada de la tragedia de Corneille, *El Cid*.

encanto que esto confiere a su conversación y a lo que escribe! Creo que no lo sabe pues se caracteriza por una gran naturalidad, lo que no sería el caso si supiera lo ventajoso que resulta. Creo que la señora de Merlín siente gran afición por las artes; al menos las cultiva con un éxito que resulta una segura garantía y, si quisiera hablar de las artes tal y como se manifiestan en la actualidad en su hermosa patria, lo haría con verdadero talento.

”Quisiera que su hermosa voz nos describiera la historia de esa música árabe que ha dejado en España los boleros, los fandangos y otros aires desconocidos para los franceses. Sería un trabajo digno de su talento... Quisiera saber cómo se llegó a formar esa originalísima música. ¿Fue Europa la que se la brindó a los moros? ¿Fueron ellos los que la trajeron de África? Es un aspecto que debía ser aclarado y una actividad que sería digna de la señora condesa de Merlín, que no ha abandonado la lira de la musa del canto al tomar la de la música poética. Ella sabría decirnos de qué manera su patria ha logrado ser la más musical de toda Europa y su voz, más que ninguna otra, es digna de revelarlo. Quisiera, repito, inspirarle el deseo de realizar ese trabajo, ya que los europeos lo recibirían con gran interés. ¿Quién no conoce y aprecia el bolero? ¿Quién no conoce los cantos de los contrabandistas y las *modiñas* portuguesas... y las tiranas y una gran cantidad de canciones originalísimas tan felizmente interpretadas por la señora de Merlín? ¡Cuánto mayor placer me proporcionarían si supiera su origen! ¡De ella dependería y sería un hermoso trabajo!”

Y concluía su elogio de la siguiente forma:

“Las *Memorias de la condesa de Merlín* son y serán un monumento verdaderamente notable en la literatura española como lo serán en la nuestra; pues la señora de Merlín es española y me parece que es la primera mujer española que haya escrito una obra en nuestra lengua. Al terminar la lectura solo he lamentado lo siguiente: que la autora no haya querido mostrarnos todo lo que ha visto y que sabemos que hubiera narrado con el encantador talento que pone en todo lo que dice. Lamento esto realmente. Sé todo lo que podría hacer si lo quisiera. Una mujer se hace fuerte cuando, como es su caso: ‘su talento tiene alma y su alma, talento’”.

A Mercedes le hubiera gustado responder a estas juiciosas observaciones y críticas formuladas a media voz diciendo que, por supuesto, esas interrogantes contenían ideas interesantes pero que, para ella, estos *Recuerdos y memorias*, no habían sido más que un relato libre en el cual, la realidad y la ficción se mezclaban en un mosaico de emociones, de impresiones, de sensaciones que no tenían nada que ver con un conocimiento objetivo de un hecho, de un estudio o de una análisis preciso. Al escribir

esas líneas, solo había querido regresar a la fuente, agradecer a sus lectores y, si era posible, compartir con ellos algunos instantes de pura felicidad.

Mercedes acababa de ir hacia atrás en el tiempo junto a esta encantadora duquesa, gran amiga de Balzac, y, haciendo regresar todo su pasado en un solo instante, sintió el deseo de enviarle sus *Recuerdos*, acompañados por una carta muy cortés, al que fuera padrino de su hija, el ex rey José Bonaparte, en las que renovarí su agradecimiento y su afecto verdadero.

El 10 de agosto de 1836 le envió, desde París, las líneas siguientes:

“Aprovecho oportuna y felizmente la ocasión para demostraros que mi corazón nunca ha olvidado vuestras bondades hacia mi persona y que he estado al tanto de vos durante los acontecimientos que os han inquietado y apenado desde hace algunos años. Seguramente habéis sabido que mi hija, vuestra ahijada, contrajo matrimonio [...]

”Adiós, señor conde,<sup>74</sup> sabed que hago votos por vuestra felicidad y que sigo siéndoos completamente fiel.

”M. Merlín.

”Mi esposo, que no os olvida, os envía sus saludos”.

Tres meses más tarde, el 29 de noviembre de 1836, en un registro muy diferente, le dirige a Charpentier, su editor, una carta en la cual discute con él las condiciones del contrato y habla de ciertos arreglos.

“Le pagaron 5 000 francos por la propiedad de sus memorias —si bien el término del pago le parece demasiado lejano... [...] usted exige otras dos cláusulas a las que habría que hacerles algunas modificaciones... No puedo cederle, además, la plancha de acero con mi retrato<sup>75</sup>... además quiero conservarlo [...] Hace algunos días un literato me decía que semejante obra era algo que le estaba haciendo falta a la literatura, ya que todo lo que se había escrito hasta hoy de ese género se había orientado a la infancia y nada se había hecho por el fin de la infancia”.

Y entonces se lamenta de una maledicencia que le han achacado con relación a cierta señorita Bertin, quien “según dicen los tontos, debe

---

<sup>74</sup> El rey José Bonaparte se hacía llamar Conde de Survilliers, el nombre de una de sus antiguas propiedades en el Valle del Oise. Por esa época residía en Inglaterra y el abogado, el señor de Presle, que había casado a la condesa de Merlín, era su secretario.

<sup>75</sup> Se trata del mismo retrato de la condesa, pintado por la señora Rolande Paulinier, que fue grabado e impreso por Auguste Bry, en la calle du Bac N° 114, París.

hacer música de mala calidad porque su padre está al frente del *Journal des Débats*". Y luego precisa:

"Hubiera querido encontrar algún medio para probar la sinceridad de mis elogios, pero me parece que mi carta a Chasles llegaría ahora con mucho retraso y sería un despropósito. [...] No dudo que, ya que la calumnia me ha achacado palabras que jamás he pronunciado, la verdad se esclarecerá al menos indirectamente y llegará a la Señora Bertin, para probar mi opinión favorable con respecto al talento de su hija. Si veis a Chasles, decidle que me venga a ver a París la semana próxima... ¿Ya publicaron su artículo? Mil saludos afectuosos. M."

Ese mismo año recibió también la última obra del barón de Eckstein, quien acababa de publicar *Acerca de España. Consideraciones sobre su pasado, su presente y su futuro*, y ella le agradeció el encantador regalo en cuyo "Prefacio" se refería a Mercedes.

"En fin, la obra de la señora condesa de Merlín nos transportó en medio de la invasión napoleónica, que constituye el nudo gordiano de la posición actual de Iberia. Estos recuerdos de una mujer española, esposa de un general del ejército conquistador, introducen al lector en la vida doméstica de los castellanos, que se vinculan íntimamente con la vida pública mucho más que cualquier otro pueblo". [...] "Que no nos sorprenda pues ver a una joven española, la noble Mercedes de Jaruco, figurar aquí en representación de todas sus compatriotas. Sus *Recuerdos* abarcan un espacio de dieciséis años de su vida; sustraída de España algún tiempo después y devenida francesa por su matrimonio y por expatriación, la señora condesa se detuvo en esa parte de su relato. Evoquemos ahora esa hermosa existencia inicial, la primavera de su vida".

En los meses que siguieron, hubo varios artículos con el título *Recuerdos de una criolla* tanto en el *Journal des Débats* como en las *Chroniques de París*: "La señora de Merlín, tan célebre por su talento musical como cantante y por su trato ameno, ha querido conquistar otra gloria y no le costó trabajo; ahora sabemos que escribe como canta".

Por su parte, la condesa de Merlín recogía el fruto de su actividad de los últimos años y después de que la elogiaron por su gran belleza, ahora se hablaba de ella como de una literata supuestamente escondida bajo la imagen de la mujer de sociedad. Y en *Las mujeres hermosas de París* se añadía también: "La señora condesa de Merlín unía a su talento de escritora, un nuevo aporte, el de su gran musicalidad. Su hermosa voz se escucha de vez en cuando en nuestros salones y, durante el mes de mayo, en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto,

la señora de Merlín forma parte del grupo de mujeres bien plantadas que le devuelven a la sociedad lo que le deben a la sociedad y a Dios lo que le deben a Dios”.

La citada iglesia, muy elegante e, incluso, considerablemente lujosa, acababa de abrir sus puertas al culto y se había inaugurado en medio de la barriada de la Chaussée d’Antin cuyo poder y riqueza eran objeto de la envidia del barrio de Saint-Germain, que la consideraba, ni más ni menos, como “arribista”. En realidad se trataba de uno de los barrios de París en los cuales más agradable resultaba residir, por lo que puede decirse que la gran cantidad de artistas instalados allí, no se equivocaron. De inmediato, los cronistas sociales, como los del diario *Le Siècle*, se sintieron atraídos por el interior de esa iglesia que, según se decía, “estaba bien encerada, colmada de brillantes dorados, tapizada como salón de banquero, decorada con lámparas de bronce, provista de todo tipo de muebles de moda y que atendían sirvientes en librea”. Resulta oportuno señalar que más adelante esta iglesia se haría famosa por sus ceremonias con orquesta y cantantes y muy, particularmente, por sus conciertos que se darían al iniciarse la primavera; era un lugar agradable donde la gente acudía gustosamente cuando la temperatura era demasiado fresca como para pasear por los jardines del Tívoli. Fue así como la condesa de Merlín, al transformarse en una de las cantantes preferidas durante las veladas musicales, se volvió la favorita de ese magnífico lugar, prácticamente divino.

Su esposo, que durante esos difíciles años había manifestado poseer un noble y buen corazón, si bien no siempre había dispuesto del tiempo necesario para seguirla a lo largo de toda su carrera, siempre había estimulado sus éxitos y Mercedes lo sabía. Y entonces, luego de conocer, por el decreto que acababa de proclamarse, que Christophe-Antoine acababa de ser admitido en el marco de la veteranía a partir del 27 de mayo de 1836, esto es, que pasaba bruscamente a la inactividad, Mercedes decidió dedicarse a cuidarlo.

Sabiendo su historial militar, brillante e intachable, sus heridas y sus numerosas condecoraciones, ¿cómo podía Merlín aceptar el retiro de toda vida activa? Tuvo un pensamiento para este hombre, tan fuerte, tan generoso y valiente que tanto había amado y que a los 20 años había sido nombrado Subteniente del 105º Regimiento de Infantería del 4º Batallón de la Mosela, y luego, a los 43 años, el 5 de enero de 1814, promovido al cargo de General de División al servicio de Francia.

El momento de la nostalgia había llegado y muy pronto el de la tristeza, inmensa, incomprensible, que poco a poco la fue invadiendo



en cuanto supo, por intermedio de su gran amigo, el cantante Lablache, el horrible accidente que había tenido María Malibrán, que se hallaba de gira con él, con quien compartía, desde sus inicios en el oficio, su bondad, su nobleza de alma y su talento.

¿Qué le había ocurrido?

Pero Mercedes lo sabía. Al cerrar los ojos revivió, instantáneamente, el accidente que también fue el suyo... hace mucho, pero mucho tiempo...

—Silva, quisiera probar tu caballo.

—Señorita, es muy enérgico y no podréis dominarlo.

—Te quedarás cerca de mí y lo llevaré al paso.

—¿Y si el señor conde se entera?

—Papá siempre hace lo que yo quiero.

—¿Y si le ocurre el más mínimo accidente? [...]

”Doy un salto y me coloco en el banco que está junto a la verja de la residencia, doy otro y ya estoy sobre el caballo... lo espoleo y salgo a todo galope... todo contribuía a redoblar mis fuerzas y mi coraje, pero mi felicidad fue de corta duración. [...] Me fui turbando poco a poco, respiraba con dificultad, un ligero temblor se apoderó de todo mi cuerpo y perdí el conocimiento. Cuando reabrí los ojos, estaba acostada sobre el césped al borde de un arroyuelo, con los cabellos en desorden, descalza y, afortunadamente, solo con un arañazo en la sien derecha. [...] Mis primeras palabras fueron: ‘Papá no sabrá nada de esto’”.

”Durante cinco días no me aquejó dolor alguno causado por la caída, pero al sexto día comencé a sufrir momentos de aturdimiento, violentos dolores de cabeza... Por la tarde tuve fiebre; hicieron venir a un médico de la ciudad. Mamita no demoró mucho en venir también de manera que todos estaban conmovidos en casa de mi padre. [...]

”Yo sabía muy bien cuál era la causa de mi malestar, pero por nada en el mundo hubiera confesado [...]; afortunadamente, cuando supo el peligro que había corrido, aquel valiente no vaciló en confesarle todo a mi padre; me hicieron una sangría y el accidente no tuvo consecuencias”.

He aquí lo que le contestó Lablache: “Como cada mañana, María fue a montar a caballo y de pronto le dio miedo, cayó al suelo y fue arrastrada durante mucho tiempo sin que se pudiera detener la cabalgadura. No obstante, por la noche no le dijo nada a su marido y decidió cantar para honrar a su público desde la escena. En efecto, a pesar del shock y de los dolores de cabeza que sufrió por algún tiempo en secreto, siguió trabajando con entusiasmo para concluir su última colección de romanzas”. Recientemente había terminado su última melodía para canto y piano, la *Romanza de la muerte*, cuyo título

era ya una premonición. El texto, que le había facilitado Lablache, era originalmente de cierto Antonio Benelli,<sup>76</sup> cuya frágil salud le provocó la muerte dos meses después de haberlo compuesto. María, por su parte, murió algunos meses después de musicalizarlo.

Después del accidente, María fue cada vez más frecuentemente víctima de terribles crisis nerviosas y las sangrías que, le aconsejaron, no hicieron sino agravar su mal. El médico insistía y Charles de Bériot seguía tocando el violín, pues María lo incitaba para que lo hiciera. Con voz dulce le repetía: “Seguid, seguid, amigo mío, esto no tiene la menor importancia”, y se sometía más o menos a las sesiones de sangría, sin mucha confianza en el resultado.

Y como sentía que poco a poco la vida se le escapaba, el interés por su esposo iba en aumento, por lo que le preguntaba a sus amigos si esa noche Bériot había tocado bien y si lo habían aplaudido suficientemente. Así fue hasta la última noche: se interesó por su talento, su genio y por aquellas afinidades electivas que tan estrechamente los habían unido; luego cayó en coma, como en un estado de postración.

“Ninguna señal de dolor vino a turbar su belleza; su última mirada, en armonía con el aire y la luz, abrió paso a su alma, que voló al cielo”.

En realidad, la caída había provocado un coágulo de sangre en su cerebro. Cuando Mercedes supo que todo había terminado, se dio cuenta de que las cosas pasaron como ella siempre supo que pasarían. Ante tal desgracia no pronunció ni una sola palabra, sino que se retiró para escribir: “María estaba convencida de que moriría en la flor de la edad y en realidad ese triste pensamiento nunca la abandonó. Por eso no quería crecer y se mantenía apegada a sus recuerdos y sensaciones infantiles; trataba de protegerse lo mejor posible del mundo de los adultos rodeándose de un velo de ilusiones. Le gustaba jugar a las muñecas, le gustaban los juguetes. Buscaba siempre pasatiempos inocentes como el baile, por ejemplo, actividad en la que, a diferencia de otras muchas, no era muy hábil...”.

La ciudad de Manchester, donde María estaba contratada para ofrecer tres conciertos más le ofreció a Charles Auguste de Bériot el pago por todas las veladas en las que hubiera tenido que cantar, pero el esposo no quiso aceptarlo. Sin embargo, el sheriff no quiso entregarle a Bériot el cuerpo de su esposa y fue necesario que el obispo insistiera

---

<sup>76</sup> Antonio Benelli (1771-1830), músico italiano que compuso esa *Romanza de la muerte*, melodía para canto y piano, dos meses antes de fallecer y el texto fue traducido por Émile Deschamps.

para que pudiera ser transportado a Bélgica, donde Charles hizo erigir una capilla, en Ixelles, no lejos de Bruselas, en el cementerio de Laeken.

Los escritores y poetas románticos le cantaron a la musa, la Egeria, la diva. Alfred de Musset le dedicó *A la Malibrán*, un largo poema de 27 estrofas, entre las cuales la siguiente, en particular, resume con exactitud su vida:

*Di, ¿qué has hecho muriendo, oh, noble criatura.  
Bella imagen de Dios, que dabas al pasar  
Al rico, la alegría, al pobre, algo de pan?  
¿Quién da el golpe fatal en la naturaleza?  
¿Qué ciego segador, ansioso de forraje  
Contra aquellos mejores de nosotros atenta?*

Y sobre su tumba, Alphonse de Lamartine inscribió esta cuarteta:

*Belleza, genio, amor, su nombre de mujer  
Escrito en su mirada, su corazón, su voz,  
Tres formas enlazaban con el cielo su alma.  
¡Llorad, tierra! ¡En el cielo recibidla tres veces!*

Tenía 28 años.

“Y fue por esa época, cuando había logrado ese prodigioso *tour de force*, nunca antes ejecutado por una cantante, ni tan siquiera por una soprano *sfogato*, de ejecutar la cadencia a plena voz entre el do y el re agudos, fue precisamente en ese momento, cuando llegaba al apogeo de su talento maravilloso, que esta joven, fresca, con toda la fuerza de su hermosa naturaleza, fue arrancada por un terrible accidente al círculo de gloria que ocupaba en la tierra”.

Mercedes la lloró largamente por mucho tiempo. Mucho más que una amiga, mucho más que una hermana, había sido en cierta medida su hija adoptiva, que vino a sustituir a la que había perdido antes de que pudiera festejar sus tres años. Con ella se iba toda una parte de su vida, sus mejores años juveniles, sus inicios en la sociedad parisina. Y además, incluso, si en los últimos tiempos no la había visto con la frecuencia que hubiera deseado, por estar ausente en sus giras, María era como esas golondrinas que regresan en la primavera, pues se iba volando para regresar muy pronto a su nido, a su salón, a su piano.

El año de 1836 terminó en un profundo desasosiego, la sumió en una gran tristeza.

Luego, un nuevo acontecimiento se convirtió en tema de preocupación para toda la sociedad melómana parisina durante los siguientes seis meses: la rivalidad entre los dos grandes virtuosos del piano, Thalberg y Liszt, quienes por entonces se hallaban en París, ciudad cuya notoriedad era disputada continuamente por las otras capitales musicales europeas. La prensa hizo suya la rivalidad y se hizo eco de los diferentes debates, subrayando sus diferencias y amplificando, de manera desenfadada los celos y las mezquindades de los artistas.

El problema era saber quién era el más moderno de los dos. El más famoso musicólogo de la época, François-Joseph Fétis, le reprochaba a Liszt que había detenido su evolución en la interpretación pianística, mientras Berlioz, el año anterior, lo había considerado el representante de una gran escuela moderna del piano y como el pianista del futuro. El tiempo se encargaría de dirimir el debate entre ambos.

Pero, para empezar, ¿quién era Sigmund Thalberg? Un pianista tan reconocido como Liszt en Europa, que acababa de componer, al igual que este, y que Chopin también, una paráfrasis de una marcha de *Los Puritanos* de Bellini; fuera de esto, nada más se sabía de él.

En realidad, estos dos pianistas geniales, cuyo ego es a menudo sobrevalorado, no barrieron con el mundo musical que los rodeaba. Poseedores de una inmensa cultura y abiertos por naturaleza, no vacilaron en retomar lo que componían sus predecesores o sus contemporáneos para, a partir de ellos, proponer transcripciones personales.

Entonces, el 31 de marzo de 1837, la princesa Belgiojoso decidió entrar en el juego cediendo su salón para provocar un desempate entre los dos concurrentes, Liszt y Thalberg. La prensa vio entonces en el duelo que se preparaba una suerte de “combate entre Roma y Cartago”. Circulaban rumores de que la princesa ya había dado su veredicto: “Thalberg es el primer pianista del mundo, pero Liszt es el único...” y, para divertir a quienes quisieran escucharlo añadían “que había recorrido todos los salones”.

La princesa Christine de Belgiojoso tenía muchas razones para proteger a Liszt, pues compartía con él un mismo aliento romántico y muchas otras afinidades artísticas, las cuales acercaban a esas dos naturalezas igualmente sensibles y vibrantes. Habría que señalar que Christine adoraba la música y que poseía una buena técnica, pues cuando era muy joven había estudiado piano con Bellini, quien era protegido por su madre y cantó con la Pasta. A Liszt lo sedujeron y conmovieron, tanto la gracia de la condesa, como su inteligencia y su fuerte personalidad. Se crearon lazos muy estrechos de afectuosa fidelidad entre el músico y la princesa, que se prolongaron gracias a una correspondencia que se fue estableciendo año tras año.

Mercedes no se había equivocado con respecto a la princesa. Era una de las mujeres más singulares y más interesantes del siglo XIX, si bien algunos de quienes la visitaban, como Alejandro Dumas, Alfred de Musset o Henri Heine, manifestaron siempre su sorpresa ante el decorado del departamento en el que habitaba. Había una cama negra que presidía sobre un estrado que parecía un altar, a cuyos lados habían colocado unos candelabros de plata y calaveras artísticamente dispuestas. En realidad, no se trataba ni de una fantasía ni de un capricho de musa o de diva, pues todo tenía un sentido simbólico para ella. Era una mujer muy versada en temas políticos y literarios que, bajo la Monarquía de Julio había desempeñado un papel muy activo en el carbonarismo<sup>77</sup> y su salón, de vocación musical, había acogido a un gran número de emigrados italianos. En lucha por la independencia y la unificación de su país se mantuvo, apasionadamente, en pie de lucha, hasta la victoria final.

Ese famoso concierto que tuvo lugar en los salones de la princesa Christine de Belgiojoso, en el que Thalberg y Liszt se enfrentaron en un duelo inmisericorde por el título de “el pianista más grande del mundo”, se organizó con el beneplácito de Liszt, quien quiso que la velada se realizara en beneficio de los pobres. Acordaron que los más grandes pianistas de la época —Liszt, Thalberg, Pixis, Henri Hertz, Czerny y Chopin— compusieran cada uno una variación sobre una marcha de *Los puritanos*, una de las melodías más populares de la ópera de Bellini. Esta obra colectiva, a la que llamaron *El Hexamerón*,<sup>78</sup> se presentó con seis variaciones, varios interludios y un final.

Entonces, para que no quedara en entredicho el juicio que sobre él había emitido la princesa, Liszt decidió brillar esa velada efectuando, además de la versión para solo de piano, un arreglo para piano y orquesta y dos arreglos para dos pianos. Además, Chopin, siempre muy discreto, al brindar su sexta variación provocó, probablemente, la gran sorpresa en un momento en que su nombre a veces caía en el olvido. Fue “la perla de toda la obra”, según la opinión unánime que, con posterioridad, emitieron los críticos.

Dos meses más tarde, la condesa de Merlín organizó, a su vez, un magnífico concierto en el Vauxhall, en esta ocasión en beneficio

---

<sup>77</sup> Movimiento iniciático y secreto, con fuerte connotación política, que contribuyó a la unificación italiana durante los años decimonónicos.

<sup>78</sup> Designa también los seis días que Dios empleó para llevar a cabo la creación del mundo.

de los obreros de Lyon y la revista *El Artista* subrayó el hecho de que la velada había dejado un saldo de 24 000 francos. “Es esta una forma muy noble de acudir en auxilio de los desfavorecidos. No hay mejor empleo para gastar placenteramente el oro que poseemos. Además, la velada fue de las más brillantes. Los honores de la fiesta los hicieron la señora condesa de Merlín, la señora condesa de Sparre, las señoras Dubignon y Chambrun, así como el señor Duprez quien cantó con esa voz que le conocemos y con excelente técnica el Himno de la muerte de *Il Crociato in Egitto* de Meyerbeer. La orquesta fue dirigida por Habeneck. Algunos compositores y poetas aportaron también sus ofrendas para esta hermosa velada musical”.

Hubo también otras magníficas recepciones durante esa temporada musical, unas veces en el salón de la condesa de Merlín, otras en la casa de campo del marqués de Custine quien, al envejecer se había aficionado a este tipo de velada, pues, independientemente de su triste y doloroso pasado, seguía siendo el marqués de Custine, descendiente de una gran raza. Su atuendo era irreprochable, su distinción aristocrática, perfecta, y su talento, de un extremo refinamiento.

“Ese día —nos cuenta Mercedes— al marqués le pareció que llegábamos muy tarde y en dos ocasiones mandó a preguntar si ya estábamos listos”.

“Todavía no había mucha gente, pero se encontraba allí la ‘crema y nata de la sociedad Parisina’. Entre las personalidades, en seguida noté la presencia de Héctor Berlioz, con el que no había coincidido muchas veces, la de Duprez con su esposa, y la del conde de Arincourt. Se esperaba a los Hugo, pero no acudieron. Los asistentes se entusiasmaron al ver a Chopin y, al ver la cálida acogida que le dieron, me di cuenta de que era su ídolo, algo así como su niño mimado; sabía cómo lograr que lo adoraran y observé cómo respondía hábilmente a esa adoración. Iba a ser una velada musical y Chopin sería su animador principal. Una vez concluido el intercambio de saludos y conversaciones, el marqués de Custine se acercó a Duprez y a su mujer para rogarles que abrieran el concierto. Se aproximaron al piano y cantaron juntos con gran maestría y estilo. Era una obra de Donizetti; luego Duprez y yo cantamos un dúo de Bellini. Luego, Duprez interpretó un aria, y este tenor, ídolo de la gran ópera francesa, dio pruebas de haber sido formado en la escuela de la deliciosa península. Finalmente, después de esas interpretaciones vocales, el marqués invitó a Chopin a que tocara y este interpretó el *Estudio en la bemol* op. 25 nº 1 y después la *Segunda Balada* op. 38 y el *Estudio en fa menor* op. 26, nº 2. Entonces el público quiso escuchar una mazurca. Y de inmediato Chopin nos ofreció uno de sus poemas

nacionales, bucólico y, como un poeta inspirado, nos hizo escuchar un canto guerrero; en realidad se trataba de una improvisación. Luego dejó el piano y todos nos pusimos de pie y rodeamos al triunfante virtuoso. Dos o tres de las cantantes invitadas se aventuraron a pedirle incluso que hiciera un arreglo de ese pasaje para ser cantado, ya que querían interpretarlo a coro. Chopin lo prometió y volviéndose hacia mí me dijo: 'Mañana ya lo habrán olvidado'. Con esta réplica Chopin mostraba tener un profundo conocimiento de la vida de los salones de la sociedad Parisina.

"Por último, la asamblea se dirigió al comedor, donde habían dispuesto una abundante cena. Después de comer algunas personas abandonaron la velada y los que se quedaron me pidieron que cantara algunas de las más típicas canciones españolas. No me hice de rogar y acepté lo que todos deseaban a condición de que Chopin me acompañara de memoria. Pronto todos los asistentes cayeron bajo el encanto de esas melodías que habían conservado el encantador sello de las canciones españolas y sobre todo mi original interpretación pareció embrujarlos a todos. Pronto yo misma me sentí invadida por un ímpetu cada vez mayor. Apasionada, subyugada por los sentimientos que me trasmitían mis antepasados, olvidé el lugar donde me hallaba y los tintes descoloridos del salón. Me trajeron unas castañuelas y al hacerlas sonar acababa cada estrofa con uno de esos gestos característicos de las muy sensuales danzas sevillanas. Y cuando callaron los cantos, estallaron vivaces aplausos y me colmaron —debo confesarlo— de un inmenso orgullo de criolla cubana. Todo el mundo me brindó elogios admirativos y el marqués, con la complicidad de sus invitados, le pidió a Chopin que respondiera con un tema español que todavía seguía flotando en el aire".

La admirable improvisación del genial artista fue, pues, el epílogo de esa hermosa velada del mes de mayo de 1837, que quedó como un recuerdo imborrable para la condesa de Merlín. Había tenido lugar cerca de Montmorency, en la casa de campo de su gran amigo, el noble marqués de Custine.

En los meses siguientes hubo otras veladas en Saint-Gratien, descritas por la gran distinguida cronista, muy en boga por entonces, Delphine de Girardin. En la deliciosa villa florentina arreglada al estilo inglés, en ese bello retiro decorado con un gusto exquisito por ese gran viajero que fue el marqués de Custine, tesoros traídos de todas partes embellecían el ambiente; por aquí, una lámpara encontrada en Nola, una copa traída desde Roma, una mesa manufacturada en Florencia, una estatua llegada de Egipto; por allá jarrones de China, tapices de Constantinopla y otros procedentes de Atenas, de Siracusa, de Viena, de Madrid o de Londres.

Los invitados a estas fiestas eran también viajeros, cuyo talento y genio los habían hecho parisienses. “Es Meyerbeer, que se hizo francés a fuerza de éxitos; es Chopin, el polaco, el soñador inspirado que nos llega en su exilio; es la condesa de Merlín, la bella española que Francia adoptó amorosamente; es la señora de Berlioz, una Ofelia de sublimes dolores; es Víctor Hugo, el gran poeta..., la duquesa de Abrantès, Sofía Gay y otras poetisas que no mencionaremos. [...] Entrad al elegante salón transformado en museo, por el encantador oratorio, recuerdo de la Alhambra, pero hablad bajo, caminad sin hacer ruido, pues vuestra llegada interrumpiría una melodía de *Norma* o de *Orfeo*, una inspiración de Berlioz o de Chopin, una oda sublime, una fábula ingeniosa, un pensamiento profundo, un relato picante, un sonido precioso por su espíritu y por su armonía y que lamentaríais perder”.

Poco tiempo después, la condesa de Merlín le pidió por primera vez a Philarète Chasles, personaje un tanto frío y enigmático, que se uniera a sus numerosos invitados de calidad en su hermoso salón de la calle Bondy. Chasles aceptó con gusto la invitación y en sus *Memorias* narró después la siguiente escena. Obsérvese cómo dejó para la historia la impresión que le causó la hermosa criolla, en esos días felices, y cómo caracterizó en esa misma ocasión al incansable suplicante Astolphe de Custine.

“Un día —escribe— estando en casa de la condesa de Merlín vi entrar, anunciado como marqués por el lacayo, sin que yo lograra discernir con exactitud el nombre, a un hombre bastante grueso y fuerte, correctamente vestido pero sin afectación, que se sentó después de estrechar la mano de la condesa, en su recibidor de seda amarilla, el pequeño salón anexo al gran salón de música en el que la condesa solía conversar. Allí se reunían por la mañana, es decir, hacia las diez, Rossini, de Girardin, Martínez de la Rosa y algunas beldades de la sociedad que venían a mostrar sus nuevos vestidos. [...] El ambiente era el mejor. Nada de parloteo tonto o venenoso, ni tampoco maquinaciones organizadas para masacrar socialmente a alguien. La mayoría de los embajadores extranjeros pasaban por este salón y conversaban en ese recibidor adornado con flores, en el que a la más agradable facilidad en el uso del lenguaje se unía a mucha ilustración, ciencia, gracia y amor por las artes. No era ni galo ni Parisino, sino meridional, y en particular de sus más agradables zonas, aquellas en que se disfruta del sol y los perfumes, hacia la música y la vida elegante; la conversación era suave, indulgente; olía a aromas del sur, los del Perú y de las olorosas regiones del Amazonas y de Chile.



”La condesa retiró pronta y delicadamente la mano sin estrechar la del marqués. Era un ligero matiz; pues en los movimientos de las personas educadas de esas regiones, nunca se produce una brusquedad angulosa o una vehemencia demasiado acentuada. Volvió a ocupar su gran otomana<sup>79</sup> lo dejó hablar, sosteniendo la conversación con solo algunas palabras ligeras, soplos que impulsaban suavemente la vela sin que avanzara mucho la embarcación. Él me sorprendía con su discurso velado, su cortedad, su admirable elegancia, su aptitud para hacerse comprender, lo que evidenciaba su caballerosidad, su malicia envuelta en seda de algodón, sus delicadezas mundanas que a veces parecían poco viriles, una extraña timidez y como un sentimiento personal de inferioridad y de mortificación... [...] No hay quien pueda relatar algo ni conversar como él. Ni pesadez ni petulancia. Una hora pasó como un minuto y se retiró imperceptiblemente, como se hacía en el siglo XVIII.

”La condesa miraba su pequeña mano y la sacudía ligeramente”.

“Este pobre marqués —me dijo— es encantador. Pero no puedo tocarlo; su mano me repugna.

”—¿Por qué?

”—Porque no estrecha sino que se pega.

”—Es un admirable conversador. Sus palabras son como fuegos artificiales.

”—Sobre el agua —me dijo— ¡En el fondo es muy triste! ¡Y es un fondo muy oscuro! Ese es Custine.

”—¡Ah! —le dije—, y esa exclamación le hizo sonreír”.

Algunos días después el curioso visitante decidió regresar a ver a la condesa, para confesarle, que nunca había visto nada más extraño que el marqués de Custine.

“Mi irrefrenable curiosidad me indujo a conocer ese personaje único. Mi herbario de criptógamas, mi colección de fenómenos sociales, mi repertorio de nosología monstruosa, no habrían estado completos si ese ferviente católico, ese místico sensual, ese talento sutil, poético, elevado —perdido en un vicio— esa conciencia austera replegada bajo el peso de su vergüenza, esa enfermedad y esa miseria del paria social, desecho en llanto ante una sociedad que acaso valiera mucho menos que él mismo, hubiera faltado en mi gran museo de persona-

---

<sup>79</sup> Especie de canapé de forma ovalada con forma de cesto, cuyos brazos laterales se prolongan al nivel del espaldar mediante una hermosa curva. Asiento para descansar a la manera de los orientales, pero cuya forma ha evolucionado a lo largo de los siglos.

jes originales. Lo estudié, pues, con mucha atención; me apiadé de él y con frecuencia pensé entristecido en los efectos que producen las viejas civilizaciones en este caballero venido a menos, y en algunos organismos extenuados y deformes que se desarrollan como líquenes en los pueblos decadentes”.

Al oírlo hablar, Mercedes se turbó por largo tiempo con esas observaciones que le parecieron, más las de un entomólogo o de un clínico muy especial que se complace en diseccionar el mal de su paciente para estudiarlo y extirparlo, que las de un buen hombre refinado, conecedor de lo mejor del París literario e intelectual, como era preciso que fuera para gozar de la credibilidad de esa sociedad. Luego, transcurrió el tiempo y olvidó sus palabras. Sin embargo, su comportamiento la intrigaba, en particular el desdoblamiento de su personalidad.

No obstante, el encuentro que tuvo esa noche en casa de la condesa de Merlín selló para siempre su entrada en el mundo aristocrático cuyos usos y costumbres no había sabido, en lo más mínimo, aquilatar, muy a su pesar.

Entre las numerosas personas que frecuentaban su salón, Mercedes tuvo también la sorpresa de contar un día con la presencia de José Luis Alfonso, que se había mudado a París y quien, luego de haber leído *Recuerdos y memorias*, le había propuesto enviarle a su amigo, Domingo del Monte, que residía en La Habana, algunos fragmentos de sus textos, para que los colocara en la revista *El Aguinaldo Habanero*. Los textos traducidos por Rosa Aldama, la esposa de Del Monte, fueron apareciendo con diferentes títulos: *Diversiones nocturnas*, *Ruinas*, *Dudas en Amor*, y *Noble orgullo*.

Desde hacía ya algún tiempo los dos amigos intercambiaban cartas y José Luis Alfonso le enviaba, de vez en cuando, noticias de la condesa y de las relaciones que mantenía con ella. “A propósito de esta Señora, debo decirte que has incurrido en una inexactitud, de poca monta es verdad, cuando das noticias de ella. Es á saber: qué su marido no ha sido ni es conde; y si ella se titula condesa, es por ser hija primogénita del conde Jaruco, según es la costumbre por estas tierras aristocráticas”.<sup>80</sup>

En otro momento le escribe:

---

<sup>80</sup> Carta de José Luis Alfonso a Domingo del Monte, en *Centón epistolario de Domingo del Monte*, t. III (1836-1838).

Existe la edición del *Centón epistolario* de Del Monte por Ediciones Imagen Contemporánea, colección Biblioteca de Clásicos Cubanos, 4 vols., La Habana, 2002, con ensayo introductorio, compilación y notas de Sophie Andioc. Véase el vol. II, pp. 87 y 140. (*N. del E.*)

“La Merlin me dijo el otro día que estaba escribiendo la vida de Mme Malibran, y creo que era un trozo de estas memorias lo que iba a darme p.<sup>a</sup> el Aguinaldo”.

Pero Mercedes reprobaba todos esos comentarios poco amenos, los cuales habían circulado acerca de ella y su esposo, provocados por los celos y las mezquindades, desde hacía ya algunos años, en particular con relación al título nobiliario de Conde de España que el rey José Bonaparte, después de haberle dado el título de Barón del Imperio, le había conferido a su marido en 1810,<sup>81</sup> lo que le otorgaba legítimamente el derecho de hacer uso de ellos. José Luis Alfonso, se equivocó pues, consciente o inconscientemente, así como sus compatriotas, que seguían diciendo que Mercedes de ninguna manera podía ser condesa de Jaruco, ya que el título debía pasar a su hermano y no a ella. Lo que nunca discutió, ya que en Francia todo el mundo la conocía con el nombre de condesa de Merlín.

Mercedes había decidido, pues, no prestar oídos por el momento a todo ese rencor que la invadía en los días de gran soledad y prefería dejar que su pluma se deslizara por sobre el papel, para rendir homenaje a María Malibrán, esa hada que los ángeles le habían arrebatado.

Durante su última gira por Italia, poco tiempo antes de que se produjera su accidente, una anécdota que le había contado la había impresionado y en esa imagen quiso detenerse un instante.

“Al borde de un profundo precipicio, con el Vesubio a la derecha, a la izquierda el viejo cráter de la *Solfatara*<sup>82</sup> y al fondo el soberbio an-

---

<sup>81</sup> De acuerdo con Figarola Caneda, el general Merlín fue hecho Barón del Imperio en 1808 y Conde de España en 1810, según lo testimonia la carta de Napoleón I a su hermano José Bonaparte, en la cual le informa de estos títulos. Sin embargo, durante mucho tiempo ninguno de los dos títulos fue reconocido, porque en 1818 habían sido anulados por la Comisión encargada de solucionar los litigios entre España y Francia. No fue hasta 1881, cuando a solicitud de un sobrino de la condesa, Merlín y Cárdenas, León XIII lo convirtió en un título papal. Resulta innegable que todos esos títulos fueron creados por el Emperador como una especie de corona cívica, sin tener en cuenta el origen del beneficiario, y en este preciso caso, para agradecer a los cortesanos del rey José, el valor y méritos demostrados, aunque nadie quisiera reconocerlo con posterioridad.

<sup>82</sup> Este cráter volcánico situado a diez kilómetros de Nápoles y que se formó hace alrededor de 40 000 años, no está totalmente extinguido. La última erupción se remonta al año de 1198, pero todavía hoy subsisten trazas de azufre sobre el suelo gris, pantanos de lodo y fumarolas proyectadas por la “Gran Boca”.

fiteatro de la ciudad de Nápoles con su puerto, sus miles de naves, sus innumerables barcas de pescadores y el mar chispeante, en ese sitio, frente a ese magnífico espectáculo un buen día del mes de marzo se encontraba María, acompañada por un alegre grupo que había venido para cenar y luego entregarse los más delirantes placeres. Bailaban la tarantela en círculo, y al son de panderetas y castañuelas se escuchaba el alegre estribillo. Luego María cantaba la copla y los otros respondían.

”De repente, los vagos acentos de un canto lúgubre llega a sus oídos. Hacen silencio y escuchan. A través del aire perfumado de la primavera, las plegarias mortuorias llegan con toda claridad hasta donde se encuentran los bailarines y el doblar triste y monótono de las campanas los acompaña. Todos se inquietan, averiguan y pronto perciben dos hileras de monjes vestidos de blanco quien, con el rostro oculto debajo de los capuchones, suben con pasos lentos un montículo estrecho y escarpado por encima y a la derecha del convento. La cúspide de dicho montículo era el *Campo santo*, donde se enterraba a los solitarios piadosos; era para rendir un último tributo a un camaldule,<sup>83</sup> que había muerto la víspera por lo que el cortejo se dirigía a ese lugar solitario. El contraste entre las danzas frenéticas y los cantos mortuorios conmovió a María y la retrotrajo a ideas melancólicas.

”Se acercó a la iglesia con la intención de entrar cuando de repente leyó en el muro exterior que circundaba el sacro lugar, las siguientes palabras: *scommunica per le donne*. María se dijo. ‘No importa; voy a tratar’.

”Una vez que llegó a la puerta del convento, tocó varias veces y al cabo de algunos instantes un joven monje, cubierto con un manto blanco se presentó ante sus ojos:

”—Reverendo padre —le preguntó—, ¿habría alguna forma de obtener un permiso para visitar el convento?

”—Signora —le respondió el monje—, nuestra regla es severa; lea la prohibición que se encuentra allá afuera y verá que ya usted ha violado nuestro asilo. Tenga la bondad de alejarse. Pero antes, como gesto de hospitalidad, acepte, por favor, algunos frutos de nuestro jardín.

”Y luego de traerle frutas en gran profusión, le repitió: ‘¡Ahora, aléjese, señora, déjenos en paz y ruegue por nosotros!’ ”.

---

<sup>83</sup> La Camaldula fue una orden religiosa fundada en 1012, en la región de Toscana, por san Romualdo, quien vivía de acuerdo con la regla de san Benito. Los monjes camaldulenses unían el trabajo a la oración; llevaban hábito blanco y se dejaban crecer toda la barba, pero esta congregación, que contaba con unas 30 ermitas, ha desaparecido casi por completo.

La condesa sonrió tristemente al evocar esta escena. Recordó también que, poco antes de su muerte, cuando la fortuna le sonreía, María le había dicho a un amigo mostrándole un pequeño chal que llevaba puesto: “Prefiero este viejo chal a todos los otros, pues es el primer chal de cachemira que me puse y experimento cierto placer al recordar cuánto tuve que insistirle a la señora Nardi para que me permitiera comprarlo”.

En marzo de 1838, por consejo del crítico musical Ernest Legouvé, Frédéric Chopin, de manera momentánea, decidió abandonar los salones para brindar conciertos. Su triunfo fue inmenso y ese redactor, importunado por la notoriedad de los dos virtuosos, Liszt y Thalberg, y de la mezquina rivalidad que se había convertido en el tema de conversación favorito de algunos melómanos de París, no vaciló en escribir en la *Gazette Musicale*, inmediatamente después de haberlo aplaudido: “Y cuando alguien pregunte cuál de los dos es el primer pianista de Europa, si Liszt o Thalberg, que todo el mundo pueda responder como todos los que os han escuchado: Chopin”.

Al declararse un incendio el 15 de enero de 1838 en la Sala Favart, la misma que Carlos X había comprado antiguamente para instalar a los italianos, el teatro tuvo que trasladarse durante tres años y se transfirió a la Sala Ventadour y el Odeón. La dirección se vio muy trastornada, ya que Severini, el último administrador, se suicidó lanzándose por la ventana para huir de las llamas. No obstante, para Rossini, esa última temporada de 1838-1839 en los Bufos devino particularmente provechosa, pues interpretaron más de 20 obras suyas, así como de Bellini y de Donizetti.

La ópera italiana ocupaba un puesto privilegiado en el repertorio musical y hacía furor en los medios aristocráticos. Es bueno decir que el maestro Rossini, contaba con las mejores y más bellas representantes de su repertorio, entre quienes se encontraban la Malibrán y la Sontag. Y además, habían tenido lugar —todos los músicos coincidían fácilmente— las veladas de la Merlín, que eran de las más solicitadas porque sabía rodearse de los más destacados *dilettanti* de la sociedad parisina. ¡Quién hubiera podido escuchar una noche en su casa un recital de Lablache y la Malibrán acompañados al piano por Rossini! Y —colmo de felicidad— ver cómo todo ese pequeño grupo que había escuchado extasiado a semejantes intérpretes, tenían el placer de cenar juntos y, en ocasiones, hasta de bailar, lo que constituía por entonces una excepción para los artistas, a los cuales, generalmente, les costaba mucho introducirse en la alta sociedad y a penas se codeaban con los

medios aristocráticos. E incluso, si algunos trataban de incorporarse a esos medios, en realidad muy pocos lo lograban.

Por entonces era corriente decir: “Disfrutar del arte de Rossini o, un poco después, del de Bellini y el de Donizetti, es un acto de inteligencia y de buen gusto que dan prueba al público francés de que es ahí donde se sitúa la música de mañana: una música vívida y sensible, que le habla directamente al corazón gracias a la interpretación de voces sublimes, irreprochables por su timbre y su técnica”.

El Teatro Italiano había sido, desde sus inicios, el más elitista de la capital; era allí a donde se iba “para ver y para ser visto” y, paradójicamente, el único en el que se cantaba en una lengua desconocida para la mayoría de los asistentes. Por ello se les entregaba al inicio de la función un programa que resumía, en pocas líneas, el contenido de cada escena; pero lo más importante para el público de finos melómanos era, la música. ¡Además de que era una invitación a aprender ese idioma de Rossini que todos adoraban en Francia por su gran musicalidad!

La pequeña compañía de cantantes no había cambiado desde hacía varios años; las celebridades seguían siendo las mismas: Duprez, Rubini, Tamburini, Lablache y Mario, que por entonces era la pareja de Giulia Grisi; solo faltaba María y si bien Paulina García, su hermana menor, quien se había criado a su lado, estaba a punto de sustituirla, Mercedes no podía olvidar que su padre, Manuel García, le había dicho un día en que se había molestado con su hija mayor: “Paulina solo tiene 17 años, pero su voz y su talento nos permiten abrigar esperanzas pues recuerdan ya todo el encanto de su hermana.... la diferencia es que con esta solo necesito un hilo de seda”.

El recuerdo todavía candente de su desaparición fue felizmente sustituido por otro acontecimiento que tuvo lugar en ese momento y que de inmediato le dio nuevas fuerzas. Ese año, la Editorial Ladvoat dio a la luz la primera edición en dos tomos de su nueva obra: *Las ocupaciones de una mujer de sociedad*, y luego una edición en dos volúmenes que fue editada en Bruselas por la Sociedad Tipográfica Wahlen, con el título *Madame Malibran*. Esta obra, dividida en dos partes, *María* y *Madame Malibran*, en realidad constituyó la primera biografía que acababa de cumplir sobre su gran amiga, la diva, que pronto se tradujo al inglés con el título *Memoirs of Madame Malibran*.

Luego, el 7 de junio de 1838, la condesa de Merlín se enteró de que la duquesa de Abrantès, quien se había casado con el general Junot durante el Consulado y a quien Napoleón había dado el mote de “la pequeña epidemia”, una de las numerosas amantes de Balzac,

memorialista francesa y escritora, autora de numerosas obras entre las cuales se encuentran las *Memorias de la duquesa de Abrantès*, publicadas en 18 volúmenes que abarcan desde la Revolución Francesa hasta la caída del Imperio, las *Escenas de la vida española* y otras más tales como *Recuerdos de una embajada* e *Historia de los salones de París*. Pues bien, esta gran aristócrata, enferma y sin dinero, logró después de muchas súplicas que la dejaran ingresar en un establecimiento médico de París donde acababa de morir, sola, en un camastro al fondo de una miserable habitación.

Sin embargo, ese día en la prensa se leía: “Lo que la edad, la enfermedad, la miseria le habían arrancado a la mujer, la muerta se lo devolvía a la duquesa”; ocupó de nuevo el puesto que le correspondía. Toda la sociedad parisina estuvo allí, esa sociedad le rinde homenaje y la acompaña a su morada postrera en el cementerio de Montmartre. Al frente del cortejo, acompañado por sus hijos iban Víctor Hugo, Chateaubriand y Dumas, seguidos por numerosas personalidades sociales, políticas, literarias y artísticas.

Lamentablemente, en el último momento, como el Consejo de París le negó el terreno necesario para la erección de un mausoleo, Víctor Hugo, profundamente conmovido por semejante mezquindad pronto le compuso un poema,<sup>84</sup> en el que se glorifica a la difunta y se vilipendia a los ediles.

Y su voz se elevó, magnífica y tremendamente grave:

*Ya que no comprendieron esas mentes ignaras  
Que con tanto esplendor, orgullo y plenitud  
Hubiera sido hermoso que Francia le brindara  
De limosna una fosa a tu noble ataúd:*

[..]

*¡Nosotros le pondremos el laurel a tu nombre!*

Mercedes tuvo entonces un afectuoso pensamiento para esta mujer que había escrito sobre su madre en sus *Memorias y recuerdos históricos* esta simple oración: “Guardo un recuerdo encantador de esta joven y hermosa madre rodeada de sus bellos hijos, de los que se sentía orgullosa”.

Algunos meses más tarde, el 30 de diciembre de 1838, cuando leía en *La France Musicale* un artículo particularmente desagradable sobre ella, firmado por León Escudier, le vinieron a la mente viejas querellas familiares que no conocía muy bien, pero nada podía excusar semejante encarnizamiento contra su persona ni tanta bajeza.

---

<sup>84</sup> Estos versos dedicados a la duquesa de Abrantès se encuentran en el cuaderno de poemas de Víctor Hugo: *Los rayos y las sombras*; fueron escritos después de 1830 y publicados en 1840.

“La señora Merlín ha conocido a todas las cantantes del Teatro Italiano desde hace quince años. Todas fueron recibidas en su casa y se hicieron escuchar en las veladas que brinda regularmente. La señora Malibrán que conocía desde niña, mantuvo con ella prolongadas relaciones. Utilizó documentos para erigirle un monumento literario después de su muerte. La señora Merlín tiene mucho talento musical y sabe cantar muy bien por lo que puede juzgar adecuadamente ese arte, pero pretende además tener cierto talento como escritora. Vivimos en un siglo en el que las mujeres son editadas; la señora Merlín, que parece ambicionar la celebridad, no ha querido ser la última en exponerse en dos volúmenes in octavo en las vidrieras de las librerías: escribió sus *Memorias* con el fin de no dejarle duda alguna a la posteridad acerca de los acontecimientos más importantes de su vida. Estos dos volúmenes le procuraron menos gloria que la que recibe cantando una cavatina de Rossini acompañándose al piano. Creemos saber cuál ha sido el cálculo de la señora Merlín: como toda debilidad humana merece perdón, lo diremos con toda simplicidad. Solo se tiene éxito musical en sociedad, cuando se es joven; por mucho talento que tenga una persona, no tendrá éxito en un salón si la edad ha impreso ya en su rostro marcas que el mejor afeitado disimula con dificultad. [...] Hace mucho tiempo que la señora Merlín canta: se aproxima el momento en que deberá decir adiós a su repertorio. Su voz, menos pura, menos flexible, menos extensa, se lo advierte incluso antes de que la frialdad de sus admiradores se lo haga notar. Una mujer de la alta sociedad, acostumbrada a llamar la atención de los que la rodean, es como una actriz: no puede renunciar al imperio que ejerce, no puede condenarse a la inacción y entrar en la oscuridad de una vida sin gloria. Los aplausos son una necesidad y la señora condesa de Merlín no encuentra ni en su título ni en su fortuna un aliciente que le permita conformarse con ser solamente una excelente ama de casa”.

Con rapidez comprendió entonces a quién se enfrentaba, pues tanta misoginia y mediocridad no podían explicarse sino por una total incompetencia profesional de esos periodistas musicales que, en esa época, carecían generalmente de formación en la materia, salvo acaso los cronistas de la *Gazette Musicale* y del *Menestrel*. Pero no se sorprendió demasiado conociendo el retraso que todavía había en Francia al respecto. En efecto, los artículos los escribían generalmente los “hombres que asistían a los espectáculos” y no especialistas, lo que debía ser el caso del joven que acababa de dar sus primeros pasos como director de ese semanario musical. Quiso, no obstante, retomar su lectura:

“Cuando se leen las obras literarias de la señora Merlín, no puede uno menos que lamentar que ya no posea la bella voz de antaño... En su doble cualidad de cantante y de escritora la señora Merlín ha creído



necesario escribir y publicar un libro titulado *La señora Malibrán por la condesa de Merlín*.

”En esas pocas palabras todo estaba dicho: *la gran cantante teatral, apreciada por la gran cantante de salón*”.

Y así seguía, reprochándole el hecho de haber erigido un monumento a la artista en el que ponía muchos detalles acerca de su vida privada y no lo suficiente sobre el desarrollo de su talento. Pues, ¿quién se atrevería a escribir sobre la Malibrán después de haberlo hecho la condesa de Merlín?

Afortunadamente, las opiniones acerca de su obra diferían totalmente en dependencia del valor de los que la criticaban. Por su parte, la baronesa Frossard escribirá más tarde en sus *Memorias*:

“La señora Merlín ha publicado un boceto sobre la señora Malibrán, la sublime artista que conoció suficientemente. En esta obra en dos volúmenes traza con rapidez los triunfos, el talento, la originalidad de esa naturaleza de élite que demasiado pronto se entregó a determinadas extravagancias que causaron su muerte prematura. Luego en el ligero croquis que ha titulado María, la autora nos habla de una personalidad eminente, extraña y sublime al mismo tiempo y que no ha tenido rival. La autora ha añadido a su libro algunos pensamientos en los que se reconoce la penetración de una mujer cuya constante observación ha fortalecido el juicio y la sensibilidad de un corazón que el contacto con la alta sociedad no ha logrado apagar”.

El año había comenzado más bien mal. La condesa de Merlín acababa de enterarse de la separación de la pareja mítica constituida por Franz Liszt y la condesa María d’Agoult. Los inquietos celos de esta y las manifestaciones admirativas que se prodigaban Liszt y la princesa Belgiojoso y las múltiples separaciones debidas a las exigencias de la carrera musical de su amante contribuyeron, probablemente también, a ir minando poco a poco la pasión que los había unido. En realidad, estas dos mujeres nunca simpatizaron a juzgar por la carta que por entonces María le escribió a Franz: “La *comediante* —así había bautizado a la princesa— acaba de salir y de inmediato os transmito mi impresión sin reticencia ni diplomacia algunas”. Sin embargo, antes de separarse, *la resplandeciente condesa*<sup>85</sup> le dirigió a Liszt esta desgarradora declaración de amor:

---

<sup>85</sup> Calificativo que Liszt solía emplear al referirse a María d’Agoult.

“Os amo inmensamente... y por consiguiente debéis amarme todavía. Hay una parte de vuestro corazón que se queda sufriendo conmigo. [...]

”Hace cinco años que esto dura y acaso sea suficiente. Dejad que me aleje. Cuando me llaméis, regresaré. Yo no podré amar a nadie más, pero, ¿por qué privaros de un amor que pudiera ser para vos una nueva fuente de vida? [...] No se debe detener nada de lo que conduzca a un desarrollo pleno de nuestras facultades. Si no os amara tan religiosamente y no os colocara tan alto, no podría hablaros de esta manera, pero tengo un profundo respeto por vuestra libertad”.

Después del nacimiento de su hijo, Liszt inició una larga serie de giras artísticas por Europa, y María d'Agoult regresó a París con sus hijos.

Después, el 9 de marzo de 1839, hacia las tres de la tarde el cielo se ensombreció bruscamente, la tierra se sumió en tinieblas y todo se desintegró. Una vez de cerrarle los ojos a su esposo y de besar sus párpados, dejó escapar un largo grito de desesperación que la desgarró en cuerpo y alma y la colocó cruelmente ante la vida y sus vicisitudes. Ese grito le recordó el que seguramente profirió, hace ya medio siglo, para tener derecho a existir, el de todos los recién nacidos cuando llegan a un mundo del que no conservan recuerdo o sufrimiento alguno, el grito de la vida intrínsecamente ligado al de la muerte.

Fue también el primer signo de vida de mi hija, escribirá más tarde: “Fue un grito de dolor, en verdad, pero era la vida, ¡era una existencia que le pertenecía a ella, independiente de la mía! ¡Pues sí! La vida es un bien, ya que, en medio de los mayores dolores una madre experimenta una gran felicidad con el primer grito de su hijo. El instinto materno no engaña: ‘Es una niña’, me dicen, pero su voz ya había hecho estremecer todas mis fibras y despertar todas las simpatías de mi corazón”.

Ese hombre, cuya desaparición había abierto sus entrañas y que la hacía gritar de dolor para renacer mejor a la vida, había sido no solo el inicio, sino también el fin de todo, de su juventud, de su belleza, de su talento, de su carrera musical. De cierta manera le debía al mismo tiempo aquello en lo que se había convertido y lo que hubiera podido ser. Pero todavía no estaba preparada para desentenderse de la vida; acaso sencillamente porque había él sabido rodearla de demasiados cuidados y de ternura cuando un día la separaron de todo lo que más quería y tuvo que habituarse a esta tierra extranjera que poco a poco hizo suya antes de amarla apasionadamente. Por esa época —¿cómo hubiera podido olvidarlo?— no hubo un solo día en que él no le ma-

nifestara su afecto y su apoyo, pues la única misión sagrada, la última que condujo a buen término y hasta su último aliento fue, consagrarse a su felicidad. Fue probablemente esta la razón por la cual ella supo en el preciso momento en que la necesidad del otro se hace sentir de manera tan imperiosa y tan cruel, que no podría aceptar su ausencia, ni ese día ni mucho menos al siguiente, y que nada le impediría librarse del extravío y la demencia que la acechaban.

Y entonces tuvo ese pensamiento que, en realidad, nunca la había abandonado del todo desde que había dejado su isla para dirigirse a Madrid, donde había vivido rodeada de oficiales franceses que le hacían una asidua corte. Es poco frecuente —se decía a sí misma—, cómo la esposa de un militar no establezca un tierno vínculo con su marido: los continuos peligros a los que él se expone le mantienen el corazón en constante vigilia; luego, cuando llega la hora del reposo, ella está allí para compensar con sus cuidados y sus mimos, los peligros y las privaciones pasadas... Hay algo profundamente conmovedor cuando una mujer se dice: “Él me necesita, su felicidad procede de mí; cuando se aleja solo encuentra sufrimiento y pena, pero junto a mí su corazón se dilatará de placer... ¡Cada atención, cada pena, cada sacrificio de mi parte aumentará su bienestar, el placer de estar vivo!”

De inmediato escuchó la voz de su madre, que la llamaba y venía de muy lejos:

—Mercedes, el rey quiere casarte.

—¿Casarme? ¿Y con quién, mamá?

—Con el general Merlín.

—Pero no lo conozco; nunca lo he visto...

—Ya lo verás y nada prometeré sin tu consentimiento.

—Pero, mamá, yo creía que usted no hubiera querido casarme con un extranjero...

—No, pero el general Merlín entra definitivamente al servicio del rey José y se va a quedar en España. El rey quiere tenerlo cerca de sí y al casarlo le confiere el grado de capitán general de su guardia. [...] El Emperador acaba de escribir a su hermano pidiéndole al general Merlín o al general Lasalle para dirigir una división de caballería de su séquito en Austria; pero como el rey José conoce particularmente al general Merlín, se queda con él y le envía a La Salle. El rey está muy interesado en ese matrimonio. El general vendrá esta tarde a casa de mi tío; allí lo verás y ya conversaremos después.

“La víspera de mi matrimonio, al aproximarnos a la multitud, observé, con cierto temor, el aire siniestro que se reflejaba en todos los

rostros. Cuando estuvimos listos, escuché al pregonero que anunciaba la ejecución de dos jóvenes desertores españoles, para el mediodía del día siguiente... Experimenté una viva emoción... Mi matrimonio tendría lugar ese mismo día. [...] ... Luego, la idea de esos dos jóvenes expirando en el instante en que la vida de abría ante mí, de esas familias desesperadas, mientras que la mía estaría inmersa en la alegría de la fiesta nupcial...; estas ideas me conmovieron; regresé a la casa conmovida y temblorosa.

”Se había convenido que mi matrimonio tendría lugar a las tres de la tarde y ya al mediodía comenzaron a peinarme. [...] Me colocaron en la cabeza una pequeña diadema de oro y diamantes. [...] La diadema me pesaba mucho, los alfileres que habían colocado para arreglar el cabello me pinchaban... Estaba inquieta, incómoda... Estaba llena de presentimientos...: era la hora de la ejecución.

”Después se escuchó un ruido en la calle... eran personas que caminaban, hablaban en voz alta. No me atrevía a salir peinada al balcón...; además, esa mañana, todo me daba miedo.

”En medio de ese tumulto llegó una mujer, jadeante, pálida y conducida por otras mujeres que la acompañaban. [...] Se calmó... hicimos que se sentara y solo entonces comprendí que era la madre de uno de los desertores y que al enterarse esa mañana que el general Merlín se casaba, en medio de su desesperación concibió la idea de rogarle que le pidiera al rey perdón para su hijo y su compañero.

”Poco después llegó el general Merlín. Nos contó su turbación cuando, al escuchar la súplica de esas mujeres, concibió la idea de salvar a los dos españoles; su alegría al pensar en la impresión que tendría yo; sus inquietudes, cuando le dijeron que nadie podía entrar en la habitación del rey antes del mediodía; su decisión de forzar la puerta...; [...] por último, la bondad del rey, que le concedió el perdón a los dos condenados. ¡Qué excelente impresión me causó entonces mi marido! Me parecía que lo conocía desde hacía mucho tiempo, que siempre habíamos hablado la misma lengua. Todos los malos presagios de la víspera desaparecieron y pensé que era cosa muy buena casarse bajo la salvaguarda de una noble acción”.

Una vez más, en *Las mujeres hermosas de París*, el cuaderno colectivo en el que había tenido el honor de figurar, se comentó, a su manera, la triste noticia del deceso de su marido, mediante una larga biografía muy poética de la condesa.

”Esta flor de las islas, trasplantada a otra tierra, comenzó a languidecer muy pronto: el sol de España, que a nosotros los franceses nos parece que quema, a ella le resultaba frío. Es cierto que la muchacha, que ya era grande, fuerte y de una notable belleza, necesitaba un

sol distinto del que brilla en el espacio, necesitaba el dulce sol de los corazones que es el amor.

”Ese misterioso sol se le anunció con todas las blancas ilusiones del alba: sueños en un balcón, miradas furtivas a través de la celosía, imagen inquieta y flotante de un desconocido. En fin, el verdadero objeto de ese amor se le ofreció sin sombra alguna, sin vagas medias tintas, sin velo y sin incertidumbre, Y no es que en presencia de este recién llegado su corazón se le conmoviera en medio del pecho para decirle: ‘Miradlo, es él’. Nada de eso. Las cosas ocurren así solo en las novelas. Al contrario, a ella le pareció un hombre frío, muy rubio, muy indiferente. Era un hijo del Norte; tez blanca, cabellos cenicientos, ojos azules y labios rosados. Ella, la trigueña meridional, ignoraba que la nieve también es blanca, parece fría, pero quema.

”El conde de Merlín se enamoró perdidamente de ella, pero también con mucho valor como correspondía a un verdadero militar, a un coronel de húsares, a un hermano de armas de ese soldadorey, de ese gran emperador que estaba renovando la faz del mundo; ese hombre no podía dejar de impresionar un espíritu joven ardiente y poético; ella se dejó amar y le devolvió el sentimiento con todo su corazón; el norte y el sur, la gloria y la belleza se dieron la mano en esa pareja integrada por el joven coronel francés, amigo del rey José y por la trigueña procedente de las Antillas.

”El matrimonio, celebrado en medio de los horrores de la guerra civil devolvió a la vida a un desertor español cuyo destino había logrado conmover a la bella novia y cuyo perdón solicitó el conde de Merlín. Se lo ofreció como regalo el día de su matrimonio; era el más hermoso presente nupcial.

”La señora condesa de Merlín se casó pues con el coronel; una nueva patria; se hizo francesa con todo su corazón, aunque ya lo era por su gracia, el encanto de sus maneras y por la nobleza de sus sentimientos. Aquí comienza el tan envidiado y encantador rol que nunca ha dejado de desempeñar en la sociedad desde hace diez años”.

Para calmar sus tormentos, después de esos días, de esas semanas de duelo, prefirió abandonar la capital y retirarse a su encantador castillo de Charenton, donde la sola belleza de la naturaleza podría cicatrizar sus heridas. Y, por supuesto, fue también ese el momento que escogió el aguafiestas de Philarète Chasles, quien desde 1836 había tenido algunos encuentros con María de las Mercedes y que había aprovechado todas las ocasiones posibles para ir acercándose a ella, en casa de amigos comunes e incluso en su propio salón para, sin escrúpulo ni timidez, venir a perturbar a la hermosa viuda —que desde hacía algún tiempo él sabía que no era insensible a sus encantos— para declararle su amor.

Exaltando, como sabía hacerlo, tanto la belleza como la inteligencia de la dama, la colocó en un pedestal tan elevado... que ella se enamoró perdidamente y dejó que le hiciera la corte, sin sospechar siquiera, que él fuese capaz de alguna bajeza o villanía.

Le contó a Mercedes “que entre los diez y los treinta años había vivido muy solitariamente en París; el jardín y el parque, con sus aves, eran mi cuarto de estudios”. Se habituó a concentrar todo lo bello que el hombre desea e imagina en una sola imagen. Era la mujer simbólica, sublime, colocada sobre un altar; la belleza era la mujer, le mujer era la virtud. Este fenómeno no era nuevo. “La religión católica del Medioevo la había hecho real para los contemporáneos de Petrarca y de Dante; la filosofía moderna lo realizaba para mí. Mientras más me enseñaba la pureza la casa paterna, mayor poder ejercía sobre mí ese divino fantasma que he conservado y que me ha conservado durante tanto tiempo”.

Ella lo escuchó y creyó en él.

Además de las condolencias de muchos amigos cubanos residentes en La Habana recibidas en ocasión del deceso de su marido, dos meses más tarde tuvo conocimiento, con gran pena, de la prematura desaparición de su gran compatriota, el poeta más famoso de toda América Latina, José María Heredia, *Cantor del Niágara*, que había muerto recientemente en su exilio mexicano, el 7 de mayo de 1839, con solo 35 años. Muy pocos de los hombres que la rodeaban habían sido capaces, con tal humildad y nobleza, de llevar a cabo sus ideas sin importarles las consecuencias.

Esta dramática noticia dio confirmación a un proyecto que, hasta ese momento había mantenido en secreto y que solo había compartido con su hija, Teresa Ana Josefa Manuela, que para entonces ya tenía 27 años. Remontar el río hasta su origen. Bogar hasta su isla. Reencontrarse con sus raíces. Ya nada la retenía y todavía le quedaban tantas cosas por decir.

De inmediato puso en venta su tan amado castillo y sintió una cierta nostalgia por los árboles del jardín que ya nunca volvería a ver, por los cisnes, nobles y majestuosos, que se deslizaban por la superficie de las aguas de los fosos y por las alamedas que muy pronto el tiempo cubriría de matorrales de zarzas y de malas hierbas. Por su parte, las aves, entristecidas ante la morada vacía, emprendieron el vuelo con las golondrinas y ya no regresarían la primavera siguiente.

La primera carta que le escribió al que en estos últimos meses se había vuelto su más íntimo confidente y que, curiosamente, todavía no

quería nombrar, no estaba fechada, pero estaba firmada con la inicial de su nombre, M. “¡Quemarla! ¡No, sino llevarla junto a mi corazón! No pude quedarme; compadecedme y perdonadme. Os escribiré en cuanto llegue...”.

Parece como si todo se hubiera dicho con estas palabras; luego siguen y se enlazan otras escenas, desencadenadas, apasionadas, enigmáticas en ocasiones:

“¡Tú estás loco... tú mismo... tú!

”No sabes cuánto necesito volver a verte, sentirte cerca de mí, y tú eres muy injusto, pudiera decir algo pero, si no adivinas mi pensamiento. Siempre estoy triste y cansada de ese afecto de segunda mano”.

Y gracias a esa simple alusión se entiende que se trata, justamente, de ese amigo que le hace la corte desde hace ya algún tiempo y que, por razones familiares, se esconde para ir a verla.

“Tengo remordimientos... verdaderos remordimientos. Y además me siento mal. No puedo pasarme todo un día sin verte... Pienso que a pesar de tu trabajo pudieras descansar por la noche”.

Se ven, pues, secretamente y se dan cita en la Ópera, en los Bufos o en otros sitios.

Otra escena. Otro lugar. “Acabo de regresar de la iglesia...”. A la condesa se le hace difícil vivir esta pasión amorosa, demasiado pronto o demasiado tarde... y ya muchas cosas cuyo origen todavía desconoce, comienzan a preocuparla.

Oculto entonces esas zonas de sombra idealizando al personaje en quien ha centrado, en esos dolorosos momentos, toda su razón de ser.

“¡Me gustan la rectitud de tu persona, la honestidad y la elevación de tu alma! Me parece que pienso como tú, que siento como tú; tanta simpatía existe entre ‘tus sentimientos’ y los míos. No puedo sino admirar tu elocuencia y comprenderla. Una mujer siempre es *feliz* cuando posee un corazón como el tuyo.

”Tengo tanta necesidad de estar cerca de ti, que no logro disfrutar nada en cuanto te alejas. ¡Y que no vengan a decirnos que ‘el amor se gasta’, cuando se está junto mucho tiempo! Sí, un sentimiento vulgar, imperfecto en el que lo agradable del amor reside solamente en los placeres de los sentidos. Pero no, amado mío, imi único amigo! A nosotros Dios nos ha concedido miles de simpatías y cuando el cuerpo calla, el alma y el espíritu se aman mucho más y como todo es doble entre nosotros, una necesidad satisfecha despierta otra y la atracción natural es tan grande como el poder de vivir. ¿No es cierto, Víctor mío?”

Y por primera vez, se le escapa el nombre.

“Te disgusta que me haya convertido en una tigresa para cuidar con mis propios ojos y defender con mis garras mi máspreciado bien...”

[...] ¿Qué quieres? Hay que aceptarme con mis defectos, pero no encontrarás en mí ninguno que no esté provocado por mi amor por ti: celos, duda, temor, deseo, furor, todo proviene de mi amor, niño mío, y no puedes reprochármelo. Pero si un día logro corregirlos, entonces me encontrarás aburrída como la perfección.

”Te eclipsaste después del concierto y sospeché que fuiste a buscar la felicidad en otro sitio. ¿Por qué mentir?”

Pronto estallan los reproches y comienza a tratarlo de Vos.

“¿Por qué esa actitud hostil y amenazadora contra todo el mundo...? [...] No ve qué ventaja sacáis de ese estado de guerra perpetua y agotadora... la maldad tiene menos poder del que usted cree. [...] Os confieso que os había juzgado de manera muy diferente: me pareció que poseáis un mejor corazón cuando os conocí, y, por supuesto, si os hubieseis presentado como os veo después de algún tiempo, no habríais sido mi amigo”.

Y entonces, al descubrir que *su enfermedad* es mucho más seria de lo que había creído al iniciarse la relación, Mercedes regresa a una realidad menos poética que, en realidad, nunca había olvidado, incluso en sus momentos de exaltación más apasionados. “¿Cómo pensar de manera coherente en nuestros asuntos cuando todavía queda tanto por decirnos? ¿Podrías traerme mañana por la noche una parte de mis borradores con tus notas? Así podría comenzar a copiar en espera del resto.”

Posiblemente se sienta cansada cuando le escribe que los sentimientos de odio, la amargura presente en las perpetuas recriminaciones, la harían huir al fin del mundo...

“Oíd mi consejo —le escribe, recordando todo lo que él le ha contado acerca de su infancia y de su juventud—: renunciad a esa hostilidad perpetua, a esa desconfianza con respecto a todo el mundo, cuyo origen, permitidme decíroslo, no se encuentra sino en un orgullo inquieto. La enemistad es algo horrible... pues nos priva de la paz del alma. [...] Nunca he escuchado otra cosa que elogios con relación a vuestro talento, a vuestros conocimientos y solo depende de vos que seáis amado tanto como sois admirado por todos... Me siento mal y necesito mucha calma para no morir.

Y algunos meses más tarde sus relaciones comienzan a degradarse, cuando ciertos problemas pecuniarios, que ella nunca se hubiera atrevido a imaginar, surgen entre ellos. El primero que aborda el tema es él y ella le responde:<sup>86</sup>

---

<sup>86</sup> De su prolongada correspondencia con Chasles, esta es la primera que está fechada; es de 1840.



“Es una vergüenza para nuestra sociedad rapaz y material el ver a un hombre de tus méritos en medio de la pobreza sin que haya un solo ser que venga en tu ayuda. Quisiera que en un momento de calma pudieras decirme a cuánto asciende el total de tu deuda y cuántas son las deudas ejecutivas, es decir la que implican tu detención.

”Te digo que tengo un proyecto, pero escíbeme, te lo suplico y no me abandones en el momento en que eres tan infeliz, pues me haces un terrible daño. Tengo 2 500 francos en poder de mi notario. Te adjunto un poder para que te entregue mil. Si lo necesitas todo, no te preocupes, puedes disponer de toda la suma; dime solo una palabra; ino me rechaces, querido mío! Me lo pagarás más tarde o lo que será mejor, terminando de perfeccionar mi manuscrito de inmediato pues espero poder ayudarte con el producto de su venta... [...] Además, envíame de inmediato por la diligencia el manuscrito inglés<sup>87</sup> en un paquetico... No te preocupes por ese dinero, querido; es tuyo”.

---

<sup>87</sup> Se trata del manuscrito *Memoirs of Madame Malibran*, by the Countess de Merlin, publicado en Londres, en 1840, por el editor inglés Henry Colburn.



**TERCERA PARTE**  
**1840-1852**



## Una búsqueda desesperada y el *Viaje a La Habana*



Una nueva vida se iniciaba para la condesa de Merlín y ese romance del que ella hubiera querido hacer una hermosa historia de amor acabó como un lamentable drama que conocieron muchos de sus amigos mientras, que otros, prefirieron callar, pues en aquella sociedad conservadora los silencios eran mucho más frecuentes de lo que pueda imaginarse.

Por supuesto, todo el mundo supo que la muerte de su marido la había dejado en una inmensa soledad y un terrible desconcierto; ninguno de quienes la rodeaban pudo imaginar otra cosa, pues ella, como todas las mujeres de su época, se encontraba desamparada ante los problemas económicos de la sucesión y del derecho más elemental. La primera dificultad afrontada tuvo lugar cuando solicitó, prioritariamente, la posibilidad de cobrar la mitad de la pensión de su esposo, en tanto que viuda de un oficial con grados y tan reconocido como el general de División Merlín, nadie se lo tomó a mal.

Sin embargo, muy pronto las gestiones se tornaron mucho más difíciles de lo que había imaginado. Para satisfacer su solicitud de retiro, el Gobierno francés le pidió que entregara un certificado de nacimiento que el Gobierno colonial de su país no acababa de ejecutar. Entonces, luego de varios meses de espera, al no recibir respuesta, decidió escribirle al Ministro de la Guerra una carta oficial,<sup>88</sup> en la cual le explicaba que, lamentablemente, no había podido obtener el certificado de nacimiento requerido por los servicios administrativos franceses para poder cobrar

---

<sup>88</sup> Carta dirigida al Ministro de la Guerra y fechada el 20 de junio de 1840.

su pensión como viuda de militar, debido al desorden reinante en los archivos gubernamentales de La Habana. Le rogaba así, al Ministro, su-primiera tal formalidad para no privarla de la pensión que tan necesaria le resultaba.

Ante esa incomprensión y la falta de buena voluntad de las autoridades francesas, decidió entonces realizar, lo antes posible, ese largo viaje a la Perla de las Antillas, y de ver en La Habana lo que fuera posible hacer, si bien consideraba a priori, que su gestión sería infructuosa. Pero, por supuesto, como en todo lo que había emprendido en el pasado, sabía que no se podía dar nada por seguro y, en ese caso preciso, no era la única razón de su viaje a Cuba. Había otra que escondía, por tratarse de algo muy íntimo, apasionado: unos deseos locos y desmesurados de volver a ver a su familia, en particular a su hermano, aunque solo fuera para pedirle cuentas acerca de la venta de un ingenio y de la parte que le correspondía de la inmensa fortuna que su padre —según le dijo a su hermana— había supuestamente dilapidado antes de su muerte. Además, desde su partida, siempre había conservado una mirada nostálgica hacia esa tierra natal que deseaba recuperar para escribir *ese viaje iniciático* que, para ella —más allá de toda consideración de índole financiera—, devenía un indispensable regreso a sus raíces.

La primavera siguiente, navegando en un vapor, la condesa de Merlín llegó al estuario del Sena y se embarcó en el puerto de El Havre, igual que lo habían hecho muchos viajeros franceses y extranjeros antes que ella, con destino a América; pero no tomó la nueva línea transatlántica Le Havre-Nueva York inaugurada ese mismo año; prefirió escoger un itinerario más largo y complicado que la condujo primero a Bristol, en Inglaterra. En cuanto desembarcó le escribió la primera carta a su hija, María de las Mercedes, Teresa, Josefa, Ana, que hacía algunos años se había casado con Firmin, Desiré de Gentien de Dissay.

El miércoles 15 de abril le cuenta: “Voy a embarcar. Tu hermano me acompañará hasta el *Great-Western*, que está surto a tres millas del puerto. Hace un tiempo hermoso y el mar está en calma. Abandono la tierra. ¡Adiós niña mía! ¡Adiós Francia, la querida Francia de mi corazón! Un deber imperioso me lleva lejos de tus costas; ¡al alejarme de esta tierra hospitalaria, te confío entristecida y desolada, mis más tiernos afectos! Cuídalos y protégelos como una madre tierra... [...] Y si mi recuerdo, si la incertidumbre con respecto a mi destino pueden turbar la felicidad de aquellos que me aman, haz que me olviden”.<sup>89</sup>

---

<sup>89</sup> Primera carta, “A la señora Gentien de Dissay”, La Habana, t. I.

Supo también, por sus amigos, que la *Revue et Gazette Musicale* del 19 de abril de 1840 había aludido a su partida: “La música —escribía el redactor— se sobrecoge de tristeza: La señora condesa de Merlín, la reina más melodiosa de nuestros salones se ha marchado. La condesa tomó el primer barco a vapor para atravesar el Atlántico”.

En esa ciudad tuvo que esperar unos 15 días antes de tomar el *packet*, el *packet-boat* de cierto señor Cunard, concesionario inglés que había formado con el Gobierno estadounidense un contrato, mediante el cual, se comprometía a asegurar con su compañía una comunicación regular con el Nuevo Mundo, dos veces al mes.

Luego de Bristol se embarcó con destino a Nueva York, o más bien a Filadelfia, donde desembarcó de nuevo en busca de informaciones y sensaciones que desde hacía mucho tiempo quería experimentar *in situ*. La condesa confió a un amigo, un diputado francés, en una carta fechada el 10 de mayo de 1840, algunas de sus impresiones: “La igualdad, mi querido amigo, es un yugo muy pesado. Para satisfacer las exigencias de todos, debe uno someterse a molestias intolerables... [...] este mundo reaparece más terrible bajo la forma industrial y mercantil, las máquinas de vapor soplando como monstruosos marinos, vomitando torrentes de humo... [...] ¿Serán las costumbres americanas, la de los pueblos del porvenir? ¿Son ellas las inevitables consecuencias de los principios democráticos?”<sup>90</sup>

Desde esa ciudad se dirigió, en barco de vapor, de inmediato, a Baltimore, por el río Delaware hasta el estuario de Chesapeake, tomando, sucesivamente, todos los medios de transporte que estuvieron a su disposición: barco de rueda, tren, diligencia, llegó hasta Washington y de allí a Nueva York, donde de nuevo se embarcó, esta vez para Cuba, en la fragata *Christophe Colomb*. Había transcurrido un mes desde su partida de Inglaterra y, cuando después de pasar por las playas de arenas blancas de las Bahamas, al día siguiente divisó por fin el Pan de Matanzas, no pudo menos que citar al gran poeta José María Heredia, fallecido hacía justamente un año:

*¡Tierra! claman; ansiosos miramos  
Al confín del sereno horizonte,  
Y a lo lejos descúbrese un monte...  
Le conozco... ¡Ojos tristes, llorad!  
Es el Pan... En su falda respiran  
El amigo más fino y constante,  
Mis amigas preciosas, mi amante...*

<sup>90</sup> En español en el original. (N. del T.)

*¡Qué tesoros de amor tengo allí!*

[...]

*Cuba, Cuba, que vida me diste,*

*Dulce tierra de luz y hermosura,*

*¡Cuánto sueño de gloria y ventura*

*Tengo unido a tu suelo feliz!*<sup>91</sup>

Finalmente, el 7 de junio de 1840 entró al puerto de La Habana y desembarcó en el muelle, justamente en frente del monasterio y de la iglesia de la encantadora plaza de San Francisco. “Son las doce de la noche y estoy muy cansada —le escribe a su hija—. Bajamos al muelle, frente a la iglesia de San Francisco. Después de atravesar el malecón, mi tío y yo tomamos una volanta y nos dirigimos a la casa. No sabría describirte, hija mía, la emoción que experimenté al encontrarme en medio de esta ciudad en la que nací en la que di mis primeros pasos en la vida. Cada objeto que veía renovaba mis recuerdos de infancia... [...] Me parecía que todo lo que veía me pertenecía y que todas las personas que conocía eran mis amigos. Hubiera besado a todas las mujeres y les hubiera dado la mano a todos los hombres. ¡Todo me gustaba: las frutas, los negros que las cargaban en la cabeza para venderlas, las negras que se contorneaban las caderas en plena calle con su mantilla a la cabeza, las manillas en los brazos y con su tabaco en la boca! Me gustaban las plantas parásitas que crecían libremente sobre los techos y las guirnaldas de aguinaldos y de manzanilla que colgaban de los canalones; me subyugaba el canto de las aves; ¡el aire, la luz, el ruido me embriagaba! ¡Estaba como loca! ¡Era feliz! [...] Pero te dejo hasta mañana, mi niña. Ya estoy en casa de mi tío, ya te contaré las nuevas emociones que me esperan aquí”<sup>92</sup>

En ese punto se detuvo, proyectada fuera del tiempo. Hubo una pausa de un mes y medio que le pareció una eternidad. Pero realmente la estancia en su patria duró poco tiempo, sobre todo después de tantos años de ausencia. Hizo un cálculo rápido: hacía casi 40 años, lo que le parecía imposible... tan cerca y tan lejos al mismo tiempo.

Después de consagrar esas primeras horas, tan preciosas, al reencuentro con su familia, su alegría fue inmensa cuando pudo abrazar a su hermano Francisco Javier, cuarto conde de Jaruco. “No lo había visto desde su adolescencia, cuando estando en Madrid, luego de recibir la triste noticia de la enfermedad de nuestro pobre padre, mi madre

---

<sup>91</sup> José María Heredia: *Himno del desterrado*, septiembre de 1825. En español en el original. (*N. del T.*)

<sup>92</sup> Carta XIV dirigida a su hija, la señora Gentien de Dissay, La Habana, t. I.



nos anunció la partida de su hijo con destino a la tierra de nuestros antepasados”. “Poco después —recordaba— nos separamos de mi hermano. Fue una separación muy penosa: *Quico* era un ángel de bondad; los sentimientos más elevados germinaban en su joven alma. Era el candor y la verdad misma; mantenía su palabra como un caballero y se crecía ante la palabra *honor*. Era bello como un cuadro y su belleza fue celebrada más de una vez por nuestros poetas”.

Después de experimentar estas emociones, decidió ampliar su círculo de muy numerosas relaciones que, además de algunas autoridades con las cuales quería encontrarse por razones de trabajo, incluían amigos, artistas, poetas, intelectuales que se reunían por las tardes en los jardines de los conventos para discutir, analizar, conversar acerca de la situación económica, social y cultural de la Isla, y sobre todo, sobre la realidad colonial. Deseaba confrontar sus ideas personales con las de sus compatriotas más célebres de esa época, de quienes no todos le resultaban desconocidos, ya fuera porque algunos ya la habían visitado en París, ya fuera porque se habían dado a conocer gracias a rumores, más o menos simpáticos, que ya habían circulado sobre ella. Entre ellos se encontraban Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero, Félix Tanco Bosmeniel y José Antonio Saco. Al parecer, José Luis Alfonso se había instalado definitivamente en París. El intercambio de opiniones con todas estas personalidades le resultaba muy importante, sobre todo porque así podía distinguir a los verdaderos amigos y a los falsos, los escépticos y los críticos, que a veces llegaban hasta a burlarse con cierto cinismo de sus admiradores, que, dicho sea de paso, eran muy numerosos entre los artistas que, antes de su partida, le dedicaron poemas y composiciones tales como Francisco Orgaz, quien la glorificó con sonoros y enfáticos versos y el poeta mulato Gabriel de la Concepción Valdés, *Plácido*, cuando, conmovido al verla abandonar tan pronto su tierra natal, le dedicó personalmente esta breve estrofa, que es una oda sentimental: “A la señora D<sup>a</sup> María de las Mercedes Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín”.

*Si al Ser Supremo conceder no plugo  
A la patria dichosa de Varela  
Un Virgilio, un Byron, un Víctor Hugo,  
Cuando el acento mágico resuena  
De la noble Merlín, y su laureada frente  
Se ostenta de atractiva llena,  
Ni al Támesis ni al Po debemos nada,  
Nada tenemos que envidiar al Sena.*

Trató de fragmentar el tiempo que se le concedía entre lo íntimo y lo mundano, entre benevolencia y fidelidad, como siempre había hecho

en París en su salón, sin discriminación de género, de clase, de sexo ni de edad, pero con una sola exigencia de valor moral y profesional que ella consideraba como la verdadera nobleza del corazón y del alma. Y quiso además visitar su isla con nuevos ojos, ya que esas impresiones no eran nunca exactamente las mismas, a veces eran familiares y otras, insólitas. Le gustaba comparar lo que veía en ese momento con las imágenes del pasado, pero en ocasiones las embellecía y le gustaba imaginar un cuadro, un paisaje, de manera distinta, añadiendo por algún lado una pincelada de negro, de blanco o de color.

Recorrió entonces el campo, los pueblos y las plantaciones cercanas a La Habana donde, aparentemente, nada había cambiado y todo le pareció inmutable: junto a las espaciosas casas de viviendas, frescas y agradables, vio de nuevo el patio, el batey, y el calor, que resultaba siempre insoportable para aquellos que no disponían de una hamaca a la hora de la siesta. Era así como se distribuía la vida entre tareas a cumplir y placeres vitales a lo largo de los días, de las horas, de los años, todo definido y reglamentado para siempre. ¿Quién pudiera cambiar el curso de las cosas? Nunca tuvo respuesta para sus dolorosas interrogaciones, ya que, incluso, los recuerdos de su infancia se presentaban para recordárselo.

“Un día me desperté por los gritos de un negro al que estaban castigando. Eran las cinco de la mañana. Salto presurosa de mi cama y corro a donde mi padre, que aún dormía; entro a su habitación... me acerco suavemente a su cama y lo beso en la frente. Mi padre se despierta y al verme llorando me pregunta: ¿Qué te pasa? ¿De dónde vienes? ¿Por qué lloras? [...]

”Mi padre, hizo que de inmediato lo dejaran libre... [...], y yo, al atenuar la desgracia de los que me rodeaban, sentí que se desarrollaba en mí esa necesidad de hacer el bien, que genera las satisfacciones más puras y más duraderas. Aprendí a ponerme siempre de parte de los infelices antes de saber si había merecido su castigo”.

Más tarde, de regreso a la capital, María de las Mercedes dio largos y agradables paseos por las calles, deteniéndose bajo las arcadas de la ciudad de las columnas y en las plazas sombreadas hasta el paseo de la Alameda de Paula, a lo largo de la bahía, donde, a la caída de la tarde, la brisa proveniente del mar comenzaba a sentirse en la ciudad adormecida. El crepúsculo la sorprendió en el momento en que todavía cabeceaba sentada en un banco de mármol blanco, escuchando los pregones de los últimos vendedores de frutas que se habían detenido junto a los noctámbulos. De pronto, le llegaron los sonidos de una orquesta, la voz de un guajiro que elogiaba la belleza de su isla y el dulzor de sus noches; más tarde se elevó la larga queja

de un pavo real que brillaba en busca de su desaparecida pareja. Y ese grito familiar que todas las tardes escapaba de los patios de los numerosos palacetes en los que cohabitaban hombres y animales le recordaba el que había emitido ante la pérdida del que fuera su compañero de toda una vida. Era siempre el mismo. Repetitivo y triste, como un encantamiento dirigido al o a la que ya no existía.

Asistió también a numerosas fiestas y recepciones que se dieron en su honor e, incluso, aceptó participar en conciertos en los cuales el público habanero sentía gran curiosidad por conocer lo que la élite del París musical decía con respecto a su hermosa voz de soprano. El 22 de julio de 1840 cantó una aria de Donizetti en el magnífico Teatro Tacón de La Habana, y no se hizo de rogar para subir a escena y hacerse aplaudir, al menos en este ámbito artístico en el que nadie pudo reprocharle jamás sus cualidades naturales ni su belleza innata, que de ella habían hecho una de las musas más apreciadas del romanticismo en Francia. *El Diario de la Habana* no vaciló en publicar un poema dedicado *A la señora condesa de Merlín*, firmado por Francisco Orgaz.

*Condesa de Merlín, yo te saludo*

*Y es bastante, por Dios, porque mi labio*

*Ante los grandes desdeñoso y mudo,*

*Sólo al bueno cantó, cantóle al sabio*

*Hija de Cuba, adiós, la altiva popa*

*Del bajel que te espera, el mar desvía;*

*Mas ¡ay! si tornas a la Francia un día,*

*Recuerda sólo. Que es tu patria también la patria mía.*

Y el 25 de julio se embarcó en el puerto de La Habana en el transatlántico que debía reconducirla a El Havre, desde donde había partido.

En cuanto desembarcó en suelo francés, regresó a París, donde de inmediato se dispuso a organizar sus ideas y sus notas con el objeto de redactar ese gran proyecto al que quiso asociar a Philarète Chasles, su nuevo compañero, al que en la intimidad llamaba Víctor, el primero de sus nombres de pila, que era su preferido.

Se hubiera podido pensar que la estancia en su tierra natal, por breve que hubiera sido, no había sido sino un corto intermedio, un entreacto en su vida musical: fue mucho más que eso, pues la ruptura fue profunda y le dejó huellas indelebles. Cuando María de las Mercedes regresó a los suyos, nada le resultó exactamente igual, y todo lo que había conformado su mundo hasta el momento de la partida, le pareció pálido e insignificante. La princesa Belgiojoso, mucho después de que

la pareja abandonara Milán por oponerse a la ocupación austríaca, para exilarse en París, seguía presentándose en la embajada de Austria junto a la condesa de Sparre o haciendo dúo con su marido, y María de las Mercedes se sorprendió al ver, no sin cierta amargura, que las relaciones mundanas eran tan fuertes como antes en ese medio muy parisino y que, finalmente, primaban por sobre las diferencias políticas, lo cual no siempre fue así en el pasado.

Otra pareja que conocía desde hacía mucho tiempo todavía eran tema de conversación por aquella época: los Orfila; y seguían circulando rumores del peor gusto con respecto al marido de quien se decía que canturreaba sus romanzas más impías, “mata-ratas cantado”, lo que era un juego de palabras transparente, pues todos sabían que tenía un trabajo profesional de experto en los tribunales y, justamente, debía dar su veredicto en un sonado proceso que acababa de iniciarse en el Tribunal de París: el sombrío “caso Lafarge”.<sup>93</sup> No obstante, Jules Janin, el crítico musical, replicaba que eso no le restaba valor al salón de los Orfila, situado en la calle Saint André des Arts, por aquella época, el mejor de París en lo referente a la música. Su mujer formaba con las condesas de Sparre y de Merlín, el trío de canto más encantador. Los más grandes músicos de su tiempo apreciaban el talento de la pareja y en sus salones se podía ver a Meyerbeer dirigiendo la orquesta, a Rossini al piano y a Halevy pasando las páginas de las partituras; acudían también el tenor Mario y su mujer, la soprano Giulia Grisi. Pero aunque estos virtuosos actuaban a título amistoso en los salones de algunas personalidades entre las cuales se encontraban los Orfila y la condesa de Merlín, todos los músicos de Europa no disfrutaban de esa fraternidad musical y una buena parte de los artistas profesionales, tales como el violinista Paganini y algunos de los cantantes más cotizados del Teatro Italiano, solicitaban generosas remuneraciones por su actuación e, incluso, se hacían pagar muy caro en brazaletes, joyas o cubiertos de plata en el caso de las divas.

Más tarde María de las Mercedes volvió a encontrarse con su amigo Liszt, tal y como lo había dejado... igual a sí mismo... Era

---

<sup>93</sup> Fue uno de los procesos más señalados en el período de la Monarquía de Julio, por su impacto político, ya que la acusada, María Lafarge, era bisnieta del duque de Orleans y de su amante Felicité de Genlis. “Una orleanista bastarda devenida envenenadora”, condenada a trabajos forzados a perpetuidad por haber envenenado a su marido con arsénico.

preciso sentir la atmósfera aristocrática creada a su alrededor y la tremenda sensación que suscitaba su aparición en los salones, en particular, cuando tocaba.

Después de su regreso había dado un concierto casi todos los días en las Islas Británicas y quería cerrar la temporada con una espléndida velada en la gran sala del Conservatorio de París, el 25 de abril de 1841, a la que la condesa de Merlín decidió asistir. Esa noche tocó el *Concierto para piano en mi bemol mayor* de Beethoven y su amigo, Richard Wagner, asistiría a la función.

“¡Qué sería y en qué pudiera convertirse Liszt si no fuera una celebridad, o más bien, si la gente no lo hubiera hecho una celebridad! Podría ser y se transformaría en un artista libre, una especie de semidiós. En su lugar, ahora es esclavo del público más absurdo, el público que tienen los virtuosos. Un público que le exige el milagro y la extravagancia a toda costa. [...] Este hombre genial mostró buena cara cuando se sentó al piano después de haber dejado escapar con irritada precipitación lo siguiente: ‘Es evidente que estoy al servicio del público para tocar la pieza favorita con una destreza contrita...’ ”.

Este es el texto que Wagner envió a un diario de Dresde publicado ocho días más tarde.

Al día siguiente del concierto de Liszt tuvo lugar, a la misma hora, pero en los salones de la Sala Pleyel, el de Chopin y fue entonces Liszt, quien quiso a su vez encargarse de escribir la crónica. Se dice que su amigo le respondió: “Me dejará un pequeño reino en su imperio” y así fue.

“Sobre el estrado se había abierto un gran piano de cola; nos acercamos para conseguir los lugares más cercanos; antes de que comenzara el concierto, escuchábamos, hacíamos silencio y nos decíamos que no podíamos perdernos ni un acorde, ni una nota, ni una intención, ni un pensamiento del que se sentaría allá arriba. Y teníamos razón para estar ávidos, atentos, religiosamente conmovidos, pues aquél a quien esperábamos, a quien queríamos ver, escuchar, admirar, aplaudir, no era solamente un hábil virtuoso, un pianista experto en el arte de tocar las teclas, no era solamente un artista de gran renombre, era todo eso y mucho más que todo eso: era Chopin”.

Nunca y en ningún lugar del mundo se reunieron tantos pianistas como en París por aquellos años, les decía la condesa de Merlín a los invitados de su salón, en el que seguía recibiendo a sus numerosos artistas amigos. Y entre ellos, un amigo se presentó ese día, un jovencito pianista que acababa de llegar de Nueva Orleans y que tenía apenas

12 años. Se llamaba Louis Moreau Gottschalk.<sup>94</sup> Su padre, negociante inglés y su madre, una hermosa criolla, descendiente de una gran familia aristocrática francesa que se había arruinado durante las revueltas de esclavos en Haití, deseaban conocer a la condesa de Merlín, cuyos méritos tanto les habían celebrado. El contacto se estableció de inmediato y el joven Luis se sentó al piano. Mercedes comprendió entonces que el joven iría muy lejos y que la ambición familiar era la de convertirlo en un virtuoso como Chopin y Liszt. En efecto, se trataba de un pequeño prodigio que había hecho su debut a la edad de 3 años y cuyo padre lo había enviado a París para perfeccionar su educación musical y desarrollar su talento. La considerable fortuna del padre y las relaciones familiares de la madre facilitaron su inserción parisina. De hecho, muy pronto conoció a Thalberg en el apogeo de su gloria y fue alumno de composición y de piano de los mejores virtuosos de su tiempo. Después de tocar con mucha gracia y ligereza, el joven observó admirado a su anfitriona, le besó la mano y, después de agradecerle el privilegio que le había concedido, le propuso volver a su casa para tocar el piano si a ella no le importaba...

Sonrió y pensó en María García, a quien había conocido cuando era una adolescente y cuya fulgurante carrera había ido siguiendo.

En ocasiones, sus deberes mundanos y su natural bondad, que la obligaban sin descanso a hacer concesiones a numerosas asociaciones caritativas o religiosas, la contrariaban grandemente mientras más avanzaba en la vida y en la medida que sus intereses se desplazaban también. Por ejemplo, María de las Mercedes se había dado cuenta de que la música, en la práctica religiosa, no estaba del todo ajena a su elegante carácter. Fue así como algunas iglesias se habían convertido en sitios muy de moda en los que la alta sociedad no vacilaba en acudir; entre ellas se encontraba, naturalmente, la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, situada en medio de un barrio tan ruidoso y animado como el de la *Chausée d'Antin*, parroquia a la

---

<sup>94</sup> Compositor y pianista nacido en 1829 en Nueva Orleans, Luisiana y que murió en Río de Janeiro en 1869. A los 16 años da su primer concierto en la Sala Pleyel, se hace amigo de Chopin y luego regresa al Nuevo Mundo en 1852. Visita Cuba en 1855, se presenta en el Teatro Municipal de Matanzas, junto al joven violinista virtuoso José White, que por entonces tenía 17 años y que de inmediato haría una brillante carrera en París; Gottschalk regresará más tarde a Estados Unidos y visitará Argentina, Uruguay, Chile, Perú y, por último, Brasil.

que la condesa concurría desde su llegada a París. Por eso, en cuanto llegaba la primavera, en particular durante las bellas noches del mes de mayo, la iglesia abría sus puertas para celebrar brillantes veladas musicales de ocho a diez de la noche y la condesa de Merlín, invitada personalmente por el arzobispo de París para que cantara en ellas, no podía menos que participar en estas recepciones que frecuentaba la élite parisiense conservadora.

La otra cara de la moneda es que en París ya no podía dedicarse a su obra literaria, que exigía de ella una total perseverancia y una tranquilidad total. Solo en casa de su hija, en el castillo de Dissay, en el departamento de Vienne, donde residía en compañía de su marido y de sus hijos, podía encontrar la tranquilidad de espíritu necesaria para la redacción de una obra que prometía ser gigantesca por la extensión de los problemas que quería abordar. Para realizarlo, en realidad no necesitaba de nadie; no obstante, para organizar el material y darle la forma que ella deseaba, le gustaba discutir con su amigo Víctor, quien venía a verla intempestivamente, pero que no se quedaba mucho tiempo, ya que su esposa no soportaba la inconstancia de su marido y, según decían personas cercanas a ella, al parecer la acechaba cierta forma de locura.

Justamente, Mercedes acababa de redactar su correspondencia, cuyo destinatarios de ese día eran sus amigos cubanos, en particular Domingo del Monte y José Antonio Saco, quienes le habían brindado numerosas informaciones acerca de temas delicados que ella pensaba utilizar poco a poco, en varios capítulos divididos en cartas enviadas a personalidades francesas o extranjeras. Había previsto unas 30, pero muchos detalles quedaban por precisar. Por ello no vacilaba en escribirles para pedirles ayuda y Víctor era el primero que se lo reprochaba. A él no le gustaba que otras personas intervinieran en lo que él ya consideraba el “viaje de ellos dos”.

No obstante, desde su regreso de La Habana no había perdido tiempo, ya que la primera publicación, que vería la luz con el título *Los esclavos en las colonias españolas* acababa de salir en la *Revue des Deux Mondes* en la que, justamente, trabajaba Víctor. El contenido de ese texto era, en realidad, solo una pequeña parte de su gigantesca obra acerca de La Habana; se trataba de la carta XX, dirigida al barón Charles Dupin; pero incluso, antes de que se publicara la obra completa, provocó un gran alboroto, pues abordaba un tema candente que estaba sujeto a grandes polémicas, esto es, la esclavitud y el comercio esclavista en su país natal.

No quiso hablar de ello de inmediato, pero cuando el artículo fue publicado en Madrid como un pequeño fascículo con el nombre de los impresores, Alegría y Charlais, pero sin el del traductor, todo el mundo se enteró de que el texto había visto la luz en París, el 1º de junio de 1841 en la célebre *Revue des Deux Mondes*. Desde el primer párrafo la autora exponía sus puntos de vista:

“La armonía mágica de la palabra *libertad*, confunde muchas mentes y provoca vértigos. Sin que se haya profundizado en los hechos vinculados a estos debates, se parte de una apreciación incompleta y de falsa consecuencia en falsa consecuencia, la filantropía acaba por degollar a los blancos para que los negros sean más miserables en espera de darles la libertad. Sé que muchos me anatematizarán, la criolla endurecida, criada en el seno de ideas perniciosas y cuyos intereses están ligados al principio de la esclavitud, pero yo los dejaré hablar y me remitiré al sentido común de los más rectos espíritus”.

En verdad, con su trabajo y en ese aspecto muy específico, la condesa de Merlín ya no ocultaba sus ideas, las cuales, de hecho reflejaban la ideología de sus padres y la de la clase dominante, propietarios de esclavos que se horrorizaban al ver cómo la población negra aumentaba cada año acarreado el peligro de los levantamientos de esclavos en diferentes localidades de la Isla, que resucitaban el espectro de las violentas insurrecciones como la de Haití. Al expresarse de esa manera no hacía más que retomar los rumores que circulaban entre los propietarios de esclavos. Ante ese amenazante peligro había, por una parte, las insoportables presiones que los ingleses ejercían sobre el Gobierno español para que se flexibilizaran y tuvieran un gesto filantrópico a favor de los partidarios de la abolición de la trata. A eso se debía la posición de María de las Mercedes; para algunos pudiera parecer por lo menos ambigua, cuando afirmaba a continuación: “Nada más justo que la abolición de la trata de negros; nada más injusto que la emancipación de los esclavos”.

Sin embargo, para otros, ese alegato nacionalista ante la ofensiva británica que ella exponía en su ensayo sobre la esclavitud, no era nada más que una respuesta velada a la creciente tendencia anexionista que la condesa de Merlín rechazaba debido a los vínculos particularmente afectivos y culturales que la unían a la península ibérica.

Su forma extremista se debió, de manera probable, a la histeria suscitada entre los miembros de la aristocracia azucarera cuando se anunció el Plan Turnbull que había golpeado a Cuba ese verano de 1841. La noticia desencadenó, de inmediato, la cólera de todos los terratenientes y hasta a los intelectuales, lo cuales, estimulados por las autoridades coloniales, se unieron para enfrentar “al extranjero indeseable”.



En realidad, solo los compatriotas que vivían en su isla podían comprender la urgencia con la que quiso publicar, en cuanto desembarcó en Francia, ese ensayo sobre *Los esclavos en las colonias españolas*, primero, en una de las más importantes revistas francesas y luego, en una española. Ese ensayo podía considerarse entonces como una vigorosa réplica solicitada por el Gobierno español contra el programa Turnbull, ya que fue publicado en el momento en que las autoridades coloniales se colocaban a la ofensiva y pensaban utilizarlo como un arma futura que les permitiera expulsar definitivamente de Cuba a Turnbull, lo cual, de hecho, tuvo lugar un año más tarde, en 1842.

Y si la condesa de Merlín fue vilipendiada por su visión de una *esclavitud benévola* que concebía la relación amo-esclavo en términos de dependencia mutua, basada en la lealtad y el afecto recíprocos, y que no era otra cosa que el paternalismo de la legislación colonial, no es menos cierto, también resultaba un reflejo de la rigidez de los principios que le habían sido inculcados gracias a su educación aristocrática. En efecto, pronto tomó conciencia de esa relación de fuerza entre adulto y menor, padre e hija y, en cierta manera, también, entre esa sociedad patriarcal en la cual vivía y el mundo al que ya aspiraba en tanto como mujer, y en el que presentía que su lucha por la existencia sería larga y difícil. Pues, como había narrado en sus *Memorias* de infancia, si bien pudo interceder una o dos veces ante su padre para impedir que se maltratara a un esclavo, resultaba totalmente imposible, sin embargo, prohibirle renovar ese gesto.

La crítica que se cebó en ella la hizo crecer y reflexionar. “La señora condesa de Merlín, luego de realizar el año pasado una visita a la Isla de Cuba, donde nació y donde desde hace mucho tiempo se estableció su familia, recogió durante su estancia en La Habana interesantes documentos auténticos sobre la situación de los esclavos en las colonias españolas. Aunque sin dejar de manifestar nuestras reservas, nadie deberá sorprenderse al vernos acoger estos documentos imprescindibles para el gran debate generado por la cuestión de la esclavitud, ni del entusiasmo con el cual la autora, criolla de nacimiento y de origen, habla acerca del país en el que nació”.

Posteriormente, la condesa de Merlín incluirá ese escrito, como carta dirigida al barón Charles Dupin, en el segundo volumen de su obra *La Habana*.

Para descansar de sus preocupaciones decidió irse a “tomar las aguas”, como se decía con toda delicadeza y la elección era difícil entre cerca de 30 estaciones termales, cada una más brillante que la otra,

distribuidas entre Francia, Bélgica, Alemania y el Piamonte. Pero, de entre todas las ciudades balnearios, se decidió por Baden, en Renania, no porque la población se hubiera multiplicado en las últimas dos décadas, sino porque todas las noches daban excelentes conciertos y, una vez por semana, bailes y representaciones teatrales. Era, en definitiva, uno de los sitios en los cuales, anualmente, se daba cita la élite europea; y lo que más apreciaba María de las Mercedes, había pocos franceses de alto rango, pues la barriada del Faubourg Saint-Germain no iba más allá de Vichy, Dieppe o Enghien, en los alrededores de París. De esta manera, en Baden, ella se sentía a la vez cerca de París, con idénticas distracciones, las mismas personalidades artísticas, y al mismo tiempo, muy lejos de la capital y eso le gustaba mucho. Era una extranjera en su propio mundo.

Sin embargo, la prensa reveló lo que la condesa de Merlín no quiso decir. En la *Chronique des Eaux* hacia 1841 se podía leer: “En Spa siguen las fiestas: ayer, 2 500 extranjeros llegaron a su famoso Vauxhall”, que llamaban *Café de Europa* desde 1781 y que en realidad era la sala de juego más antigua de toda Europa. En Baden brilló el sol... y cesó la lluvia, se reanudaron las excursiones, los paseos a caballo, en asno, en vehículos. Los bellos caminos que serpentean por la montaña están de nuevo repletos de público.

“Nos han escrito desde el gran ducado de Baden que la condesa de Merlín brinda en su casa encantadoras veladas y que su salón se parece a esos campos de tregua y de paz que los hombres armados no tenían derecho a hollar con sus botas herradas. En esas veladas, los partidos más opuestos se encuentran sin volverse la espalda, sin maldecirse, sin lanzarse miradas hostiles. Hace algunas noches se habían reunido en su salón unos cuantos extremos, unas cuantas oposiciones; los dos príncipes de Montfort, hijos de Jérôme Bonaparte<sup>95</sup>, antiguo rey de Westfalia... El señor Simeón, prefecto de Luis Felipe, que vino de Alemania para aprender a bailar el vals, el príncipe Tuffakin, dos princesas, sobrinas del rey de Prusia y todavía muchos más...”.

Y, en *La France Littéraire*, los lectores pudieron leer un artículo titulado “Mucho ruido y pocas nueces”, en el que un periodista ironizaba con relación al hecho de que “no hay nada más filantrópico que hacer que los pobres disfruten de los placeres de los ricos, y hasta hoy, esa empresa ha sido siempre coronada por el éxito”.

---

<sup>95</sup> Jérôme Napoléon Charles Bonaparte nació en Trieste, 1814, y murió en Florencia, el 12 de mayo de 1847; su hermano menor, Napoleón Joseph se hizo llamar Jérôme, a la muerte del primero. Lo llamaban también Plon-Plon.

“Asistimos a un concierto ofrecido por artistas de la gran sociedad. Ayer se anunció que la condesa de Merlín participaría en el mismo; a ella la hubiéramos escuchado guardando un religioso silencio, como se escucha a un artista, a la amiga, a la protectora de la Malibrán quien, al revelarles todos los secretos de su alma, le confió también los de su arte! Pero en este momento la condesa de Merlín viaja por Alemania, donde es recibida con un entusiasmo generalizado y donde incluso se dice que el joven príncipe de Montfort, hijo de Jérôme Bonaparte, ha solicitado insistentemente su mano. Es un nuevo homenaje que se brinda a su talento y a su belleza. No le concedió otro significado”.

Efectivamente, pudo haber sido una hermosa historia; fue un amor platónico, un sueño irrazonable que ella nunca quiso transformar en realidad. Algunos años transcurrieron después de esa velada en la que Jérôme se le había declarado y deseó encontrarse de nuevo con él, probablemente porque entonces ya ella estaba libre; en realidad no tanto como lo declaraba pues una vez más era prisionera del amor y del paso del tiempo! Sin embargo, no había equívoco alguno entre ellos. Ella siempre le había dicho que de ninguna manera se casaría con él, ni formaría parte de la familia Bonaparte, pues ya desde la primera ocasión en que habían coincidido, ella había tenido clara conciencia de que la gran diferencia de edades haría imposible la unión. La hacía muy feliz haberlo encontrado y abandonado con igual serenidad.

Pensó entonces que no se trataba de una traición con respecto a Víctor, sino una evidencia. Cruel, pero necesaria. La estima que el joven le había manifestado no se parecía a nada. En el otoño de su vida, valía su peso en oro. Y en una carta que le dirigió a Chasles quiso explicarle que “nosotras las habaneras confesamos mucho menos de lo que sentimos; no sé qué pudor del corazón, orgullosa o apasionada, combate sin descanso nuestras más tiernas inclinaciones... a no ser que se trate de un ‘contrapeso’ opuesto por naturaleza a la violencia de nuestras pasiones las cuales, si no fuera así, nos conducirían isabe Dios dónde!”

Le contó lo que le había sucedido en Baden, donde había sido ovacionada como siempre. “El señor Demidoff y su esposa<sup>96</sup> están aquí. Al día siguiente de su llegada tuvo lugar un concierto y ellos asistieron. Al entrar a la sala vieron el butacón más hermoso, colocado en el centro, admirablemente situado. El señor Demidoff, hombre violento y

---

<sup>96</sup> Se trata de la princesa Matilde, hija del príncipe Jérôme Bonaparte, que acababa de casarse con el conde Antoine Demidoff, industrial ruso poseedor de una fortuna fabulosa. Este matrimonio no duró mucho tiempo.

de poca educación, consideró que ese asiento pertenecía por derecho propio a su esposa y quiso instalarla en él, cuando, de repente, al ver mi nombre escrito en el butacón, preguntó a los presentes: *¿La señora Merlín es acaso la reina en este lugar?* y asiendo el brazo de su mujer con brusquedad salió precipitadamente. Y luego, como el concierto no acababa de comenzar, tuvo la impertinencia de añadir: *¿Entonces también estamos esperando por la señora Merlín?*

”Llego tarde sin darme cuenta del honor que se me ha hecho. Me reciben en la puerta y, como no sabía nada de lo que había ocurrido anteriormente, tomé asiento en mi lugar habitual.

”La moraleja de la historia —añade María de las Mercedes— es que un nombre y una fortuna de millones no siempre equivalen a una posición. El príncipe Jérôme, que tanto se ‘ofendió’ al pensar que haría un matrimonio muy desigual casándose conmigo, se hubiera indignado seguramente al ver que su hija, Matilde, pasaba tan inadvertida por mi lado”.

A principios de esa temporada Mercedes le escribe a su amigo y se sorprende con sus reproches: “¿Cómo es que siendo filósofo, doctor, lógico y tantas otras bellas cosas, os violentáis de esa forma con una pobre mujer?

”¿Qué tipo de comadreo se ha producido con relación a nosotros... pues no me parece que nos hayan visto juntos sino el día de la comida en mi casa? En todo caso, cómo hubiera podido evitar esos comentarios eficazmente si no era retirándome?”

Y el 15 de julio le confía: “Llevo una vida muy sedentaria y metódica; no me encuentro con casi nadie. J.<sup>97</sup> todavía no está aquí, pero la idea de volver a verlo me inspira solo repugnancia, por lo que trataré de evitarlo. Mi única ocupación consiste en escribir y tomar mis baños, los cuales me hacen un bien infinito y cuyo único inconveniente es que me ponen muy cariñosa”.

Pero poco a poco Mercedes va perdiendo la confianza en Víctor, quien nunca trató de excusarse por la doble vida que llevaba y se lo dice: “Temo que esta carta haya caído en manos poco fieles... Si la recibís con alguna tardanza, examinad con cuidado el sello para ver de inmediato si alguien la abrió”.

El 28 de julio constata lo siguiente: “...nuestras relaciones no son completas y todavía no sé si me dirijo a mi amigo o a mi dueño... No, nuestra posición no está claramente expuesta... Nuestra unión no ha

---

<sup>97</sup> J. es, sin duda alguna, Jérôme Napoléon Charles Bonaparte, quien le hacía la corte.

sido consagrada... Hay vida, pero falta el 'bautismo' del amor iy eso limita los impulsos de mi alma!"

Dos días más tarde le confía: "Hay momentos en los que imagino que estoy muerta y que mi vida ha terminado, ya que siento que solo vivo por los demás y no vivo mi vida; ¿a qué se puede deber esto? Busco la causa, me examino, pero no puedo encontrarla. Quisiera atribuirla a mi estado de salud... ¿Quién sabe? Lo cierto es que, en el fondo de mi corazón, una mortal melancolía y los sufrimientos —que nunca faltan motivos para experimentarlos— se me hacen a menudo insoportables. Escribidme. Necesito más que ninguna otra persona ser amada. Vuestra vida se haya toda en mi corazón. El resto de mis sensaciones se apoya, como las figuras de una linterna mágica, en la sombra, sin dejar huella... Mi espíritu está enfermo... también el cuerpo".

Y en ese momento le habla de nuevo sobre los príncipes de Montfort; J. y N.,<sup>98</sup> también se encontraban en su casa, pero como todo el mundo. "Os lo repito, amigo mío, los muertos no regresan cuando se ha perdido la estima; en amor es el alma la que abandona el cuerpo; solo queda el cadáver... Por mucho que J. haga, solo me percató de sus defectos... Adiós... Escribidme...".

Sin embargo, se molesta con cierto señor Briffaut, folletinista del diario *Temps*, quien maltrata "a varias personas que están aquí, a excepción de vuestra amiga".

"Sí, comete el error, por no decir que tiene la cobardía, de tratar con mucha dureza a los príncipes de Montfort, cuyo nombre y su desgracia deberían ser sagrados para todo francés".

"Mi trabajo acerca de los esclavos fue muy bien tratado por los diarios alemanes, lo que me ha valido todo género de éxito aquí, donde la gente se arrebata de las manos mis *Memorias*, sin contar otras obras... A propósito, hay una persona que me hace la corte y como quiere persuadirme para que lo ame, me decía recientemente que cometía un error al despreciarlo, pues es el hombre que me conviene. Me eché a reír y le conté que esas mismas palabras ya me las habían dicho, pero en circunstancias diferentes...".

Y con un grito de tristeza, lo apostrofa:

"Amigo, amigo, amigo... ¿por qué el destino nos pone a prueba? Jérôme estuvo aquí, pero ya se marchó. Había alquilado una casa por todo el mes, sabiendo bien que yo estaba en Baden. En cuanto llegó vino a visitarme una o dos veces al día, durante dos o tres días. Trató de

---

<sup>98</sup> J. y N.: Jérôme Napoléon Charles Bonaparte y su hermano, Napoléon Joseph.

acercárame, ipero me mantuve incorruptible! Y entonces, despechado, trato de darme celos, lo que me hizo reír. Dos días después, a propósito de 'botas' dijo que partía con destino a Francfort y se fue. ¡Ah! si os dijera lo que esto me provocó, veríais que tratáis con una mujer leal y consciente. Pero ya hablaremos de esto algún día.

"Adiós... No sé por qué, pero se me oprime el corazón cada vez que escribo esta palabra..."

"J. regresó, lo que me molesta y me contraría sobremanera, pero, gracias a Dios, no por mucho tiempo, pues me voy a Metz a encontrarme con mis hijos".

"Me invitaron a la Corte para un baile que brinda la Gran Duquesa<sup>99</sup> con todos los príncipes y princesas. Ayer por la noche vino a mi casa para un concierto; ella no ha ido a casa de nadie en lo absoluto, por lo que su visita me honra, pero no me gusta mucho, pues está relacionado con una corte por la que nunca he sentido vocación alguna. En primer lugar, porque soy distraída y natural y estos dos inconvenientes hay que dejarlos a la puerta de los palacios junto al polvo de mis sandalias. Además, porque al entrar al salón tengo, además de la conciencia de mi propio valor, la casi total certeza de ocupar el lugar que me corresponde, mientras que en la corte, llevo conmigo lo que valgo sin que logre encontrar mi lugar, usurpada por una tonta mediocridad cuyo único título se resume a dos palabras: *trepar o importunar*".

Y más tarde, desde Metz, el 4 de septiembre, decepcionada, deja correr su pluma:

"Una parte de la sociedad (los hombres) ha querido agasajarme antes de mi partida y fue necesario, para no ser acusada de ingratitud, aceptar una fiesta que brindaron mis amigos. Y aunque estaba colmada de homenajes, me sentí como ahogada por el contacto demasiado cercano e incesante de la gente. Yo necesito ante todo independencia y libertad; las pequeñeces, las tonterías y la envidia, que fermentan al mismo tiempo en el seno de la sociedad, me desagradan y me atemorizan después de un éxito en el que siento anticipadamente la mordedura de un enemigo. Al día siguiente necesitaré toda una jornada de soledad para tomar aliento y fortalecerme..."

"Ahora que ya estoy libre, me encanta la idea de entrar en la *dulce mediocridad*, y si Chateaubriand sitúa la felicidad en *el hábito*, yo no lo concibo si no es en la *mediocridad*..."

---

<sup>99</sup> Sofía Guillermina de Suecia, casada con el gran duque Leopoldo de Baden, en 1819.

“Abandono el baile y todo lo que encierra de fútil, de amable, de brillante, de espiritual, para venir a agradeceros vuestra hermosa misiva...”.

“Trato de aturdirme —le escribe—. Tengo penas, penas profundas que acaso os comunique algún día y cuya influencia es tal que pueden perturbar mi futuro, igual que entorpecen el presente. Pero esto no os concierne. Yo os veo solamente como un ángel de paz que puede endulzar mi vida pero nunca turbarla... ¿me equivoco?”

De regreso a París Mercedes vuelve a sentirse sola, triste y cansada de ese afecto *de al lado* como ella lo llama.

“¿Sabéis vos, amigo mío, que comienzo a temer mis frecuentes encuentros con vos? El sol de vuestro espíritu me deslumbra hasta el punto de que, cuando os alejáis, quedo en tinieblas; de manera que mis ojos, cansados de no ver nada, se cierran y también se entenebrecen... [...] Y es que me gusta sobre todo conversar con vos... pues me comprendéis y en eso radica la vida espiritual. Esto tiene sus inconvenientes y hasta sus peligros... ¿Pero las condiciones de nuestro paso por este mundo no son esas mismas para todas las cosas? [...] ¡Que se vayan al diablo vuestros doctores ‘sorbónicos’ y todo su bagaje científico!”

En realidad no es tanto esto lo que la inquieta, sino más bien un temor constante, una inseguridad latente.

“Ya no sé a dónde dirigirte mis cartas... Te quejas de la incertidumbre de nuestra correspondencia... ¿Cuánto dolor me provoca el verte envuelto en esa red de espinas sin poder librarte de ellas!

”Mira, en vano dices, cuando se está enfermo, que la felicidad de una mujer legítima es digno de envidia para una pobre criatura que ama en el misterio, que sufre... y que no puede entregarse a esos impulsos del corazón...”.

Ante ese desasosiego cotidiano, un mal más insidioso comienza a corroerla poco a poco. La sociedad, en efecto, la va cercando cada vez más, a pesar de ella misma y a pesar de él, a pesar de su trabajo, que se le hace cada vez más necesario desde la muerte de su esposo. Sin embargo, no lo confesará, aunque esa sociedad, con sus honores, cumplidos, y esa gloria artificiosa y efímera tal vez le ha permitido enmascarar momentáneamente sus dudas y sus incertidumbres, nunca ha logrado compensar sus frustraciones amorosas y sus heridas personales.

Pues sus numerosos proyectos literarios y su trabajo con Charles, que siempre se cuestiona a causa de su negligencia, se han visto envenenados por problemas de dinero, que no dejan de presentarse, tampoco la han hecho más feliz; es la segunda vez en dos años que Charles le expone su desastrosa situación financiera. La carta llegará a inicios de octubre de 1841. “Es importante no dar lugar a que se

produzcan nuevos procesos —le aconseja—. Hay que ganar horas y minutos para pagarles a esos hombres despiadados y yo les pagaré”. Luego sigue, pidiéndole que no olvide el nombre de “dos jóvenes a los que debo escribir a La Habana, autores de algunos relatos costumbristas que he incorporado a mi obra: uno de ellos es Villaverde, necesito el nombre de pila y el del otro: los encontrarás en los libritos que tú tienes. ¿Tuviste la precaución de conservar los recibos de todo lo que pagaste por mí y de no pagarles a mis domésticos sin saber si los proveedores de Saint-Gratien fueron liquidados? Si no lo has hecho, ponte en regla”.

Por toda respuesta Víctor le envía algunos versos que ha compuesto, encantadores según ella y que “quisiera musicalizar pues son un poco largos; me hacen falta unas redondillas. Las harás aquí”.

Y pronto regresará al castillo de Dissay, donde prepara una misa que cantará en la iglesia, que es muy humilde, según observa. “La señora de Sparre está todavía aquí. Hemos hecho un pastiche sin igual: Rossini, Bellini, Mozart, Cherubini; hay de todo: un poco de lo sagrado y un poco de lo profano; el conjunto es soberbio —le escribe. Todas las autoridades de Poitiers asistirán a la solemnidad de la modesta iglesia del pueblo; la hija del prefecto recolectará fondos y una parte de la guarnición —la oficialidad de nivel superior— decorará los alrededores de la iglesia a falta de mejores adornos”.

Algunos días más tarde, dio un concierto en París en la sala Hertz en beneficio de la casa de beneficencia llamada *Nuestra Señora Auxiliadora*, ocasión en la cual, su majestad, la reina Adelaida, la duquesa de Orleans y todas las demás princesas le enviaron ofrendas por su participación en esta obra benéfica. A Chasles, por supuesto le pidieron que redactara algo para el *Journal des Débats*.

El primero de noviembre de ese año Mercedes le agradece a su amigo de compartir los contratiempos que, al menos así lo cree, tocan a su fin.

“No quiero pedir prestado... ya me arreglé con mi hijo. Pero no quiero que ‘ante mis hijos’, tu nombre aparezca en un asunto de interés. Paga ahora mis cuentas con lo que pagaste y recibiste por mí y envíamelo con los recibos... y hazlo de inmediato. Nadie debe saber nada acerca de nuestros problemas pecuniarios. Sobre todo, envíame las cifras exactas, pues tú eres un poco impreciso en tus términos, demasiado... las cifras son enormes... no es demasiado... Hay que pagar y decir luego: debes TANTO, pagué TANTO... Así es como yo entiendo los negocios, ipero mi cuenta!... Adiós amigo mío, te mando un beso pues en el fondo tú eres bueno... aunque un poco superficial. Toda tuya”.

Y el 17 de enero de 1842 le anuncia: “Ya encontré la forma de salvarlos. Todo puede arreglarse. Todavía tengo algún dinero, como te



había dicho. ¡Nunca he lamentado tanto carecer de fortuna como en este momento, ni los problemas que desgraciadamente me impiden ir en tu auxilio como quisiera! Solo te escribiré para responderte; no quiero arruinarte por pago de recepción de correo. Me has causado una grandísima pena con un silencio que, por mucho que digas, no tenía motivos; sabía tu posición, por lo que no tenías que ocultarme nada... Más bien al contrario, tu silencio solo podía hacerme temer las mayores desgracias... era una crueldad, alma mía, y te suplico insistentemente, ¡no lo vuelvas a hacer!”

De hecho, Mercedes tiene problemas pecuniarios desde hace algún tiempo y no sabe a dónde dirigirle sus cartas. En Versalles se acumulan por paquetes, a veces durante más de 15 días... Y si las envía a su casa, siempre es posible que caigan en manos de su esposa...

Por esa época descubre con placer en el libro *Las mujeres hermosas de París* algunos cumplidos que ni el propio Víctor le podía dirigir desde hacía mucho tiempo. “La señora Merlín tiene ahora la edad de las mujeres del señor de Balzac; pero los años son para las mujeres de esa naturaleza lo mismo que el otoño para los frutos: les quita lo que tenían de acerbo, las maduran, las entibian con sus colores dorados y untuosos, suavizan los contornos ásperos o angulosos y sustituyen con los encantos del talento, las ligeras pérdidas que experimentan sus rostros en algunos sitios. Solo los burgueses se interesan por las jovencitas y las manzanas verdes... [...]”

”Para nosotros, si es bella, una mujer es siempre joven y por ello declaramos que la condesa de Merlín se encuentra de lleno en su primavera”.

Además, acababa de recibir casualmente una carta de Balzac con fecha del 18 de febrero de 1842, en la cual la felicitaba, no tanto por su madurez, lo que no hubiera sido muy delicado de su parte, pues Mercedes avanzaba con celeridad en ese sentido, sino por su obra *La Habana*, de la que ya había tenido alguna información gracias a su colaborador y amigo Philarète Chasles. Es por ello que esa última consideración de su carta la hizo sonreír, al mismo tiempo que la sumió en una prolongada melancolía. Tenía ya 53 años. Poco importaba, ya que ¡no eran pocos los que todavía admiraban su belleza y aplaudían el timbre armonioso y penetrante de su voz!

Pero ese no era el caso de su compañero, cuyas cartas estaban llenas de preocupaciones personales, de observaciones y reclamaciones sobre la nota que debía incluir y sobre el texto mismo, pues, muy pronto Mercedes se dio cuenta de que él respondía siempre de manera

oblicua y con cierto desenfado, e incluso, con frialdad, a sus numerosas preguntas, muchas de las cuales quedaban a menudo sin respuesta.

Paralelamente, para esta última obra acerca de *La Habana* que estaba terminando, tenía necesidad de mantener una correspondencia regular con sus amigos cubanos, para precisar algunas informaciones y recibir otras, y le resultaba indispensable mantener el contacto con ellos a pesar de la distancia. La última carta enviada a Domingo del Monte estaba fechada el 27 de abril de 1842 y, en ella, le repetía sus inquietudes.

“Un proyecto importante para nuestro país se promueve; nadie mejor que usted puede comprenderlo y ayudar a su ejecución. [...] Los detalles del proyecto los enviamos a mi tío Juan Montalvo [...]. Yo desearía, si la cosa se organiza, que usted tenga la bondad de encargarse de las notas y avisos, que se han de enviar, pues nadie puede ser más a propósito y digno por todos estilos. El proyecto es importantísimo, y no dudo que tenga grande influencia en nuestros intereses y en los progresos de este país [...]. Aprovecho de esta ocasión para repetirle las gracias por sus notas que como habrá visto, me fueron muy útiles”.<sup>100</sup>

Se hallaba pues en medio de su trabajo, en Saint-Gratien, una villa que alquilaba todos los años, cuando supo de la muerte de su viejo amigo, el banquero Aguado, marqués de Las Marismas durante un viaje a España. “¡Qué terrible catástrofe! Estoy muy afectada por esta terrible noticia”, le escribe a Víctor. Y en cuanto trasladaron su cadáver a París, asistió a la misa fúnebre que tuvo lugar con gran pompa en la iglesia de Nuestra Señora de Loreto. Sin embargo, el cura de esa parroquia, que Mercedes conocía muy bien, provocó la consternación general al negarse a que los coros de la Ópera cantaran un Réquiem en honor a Aguado. Aunque su vida había sido muy agitada, nada justificaba esa prohibición. La condesa recordaba al banquero con mucho afecto. Es cierto que se trataba de uno de los más prestigiosos reyes de las finanzas, pero había sido también un gran mecenas que, después de comprar el privilegio de explotación del Teatro Italiano, le había confiado su dirección a Luis Viardot, el esposo de la hermana menor de la Malibrán, la célebre cantante Paulina García. Su generosidad no se limitaba a los músicos, sino que también alcanzó a los escritores y Balzac había sido el primer beneficiario, ya que lo había recibido como un príncipe en su bello palacio de la calle de la Grange-Batelière, una

---

<sup>100</sup> En español en el original. (*N. del T.*)

construcción emblemática del siglo XVIII comprada por Aguado durante la Restauración.

Por otra parte, había tenido varios encuentros con José Antonio Saco, quien residía confortablemente en París y que mantenía una correspondencia regular con Domingo del Monte, para informarle sus conversaciones con la condesa. Sin embargo, si hubiera leído estas cartas, no hubiera apreciado el tono ligeramente sarcástico, ni los sobreentendidos que no presagiaban nada simpático viniendo de parte de sus compatriotas. “Te participo que la Merlín y yo estamos muy amigotes. Está en Versalles de temporada. Nos carteamos, me convida a comer con frecuencia, paseamos en carruaje, etc. Esto se explica sabiendo que está escribiendo una obra sobre la isla de Cuba, para la que le he dado algunas notas. Te encargo que no hagas uso de esa noticia, porque yo no quiero aparecer responsable de ideas que pasan por la pluma de otro, cuando no tengo la seguridad de que son las mismas mías”.<sup>101</sup>

Un poco más tarde, la posición de José Antonio fue cambiando poco a poco y sus comentarios se hicieron más explícitos.

“De la obra de la Merlín quiero decirte a ti y a los demás amigos dos palabras. Yo le he dado muchas noticias, y además le escribí por deseos suyos, a instancias de Carlos Drake, dos artículos, uno sobre *foro*, y otro sobre la *forma del gobierno de la isla de Cuba*. En este último entré en algunas consideraciones, y me extendí a proponer los medios que creo convenientes para darle buenas instituciones. Sospechando siempre que la señora estaba sometida a ciertas influencias, quise eximirla de todo compromiso, facultándola plenamente para que omitiese, aumentase o alterase mis escritos, así en la forma como en el fondo. Sé que así lo ha hecho, y aunque ella ha procurado que yo vea su trabajo, siempre he sabido sacar el cuerpo porque no quiero manifestarle mi aprobación ni mi desaprobación. Tú desearás saber cuáles son las influencias que juegan en el asunto. Siento no poder usar de nombres propios; pero no dejarás de adivinar cuáles son, cuando recuerdes los vínculos de familia que la ligan”.

Y termina añadiendo: “A mí, me parece que la obra tiene por objeto el proporcionar a la autora algún dinero, pues me figuro que no está en posición muy ventajosa. Creo que se trata de hacer entre sus parientes y amigos de la Habana una suscripción para la obra, y que a cada uno se dará un ejemplar a muy caro precio. Yo me alegraría mucho que la interesada sacase un gran partido, pues es señora muy recomendable”.<sup>102</sup>

---

<sup>101</sup> Carta de José Antonio Saco a Domingo del Monte, París, 29 de julio de 1842.

<sup>102</sup> Carta de José Antonio Saco a Domingo del Monte, París, 10 de octubre de 1842.

Con los calores del verano, de acuerdo con sus costumbres, decidió ir a tomar los baños y esta vez escogió Spa, a donde acudía con frecuencia para aplaudir a todas las celebridades de la Ópera y del Teatro Italiano que conocía desde hacía mucho tiempo: Pauline García-Viardot, Rubini, Thalberg, Liszt, los hermanos Batta y la gran actriz trágica Rachel. En estas ciudades turísticas en las que se vivía agradablemente durante los períodos estivales, su nombre siempre fue mencionado entre las más reconocidas personalidades capaces de organizar encantadoras veladas.

Al llegar el mes de octubre, prefirió trasladarse al castillo de Dissay y allí, lejos de las preocupaciones de la vida parisina, se sumergió de nuevo en su trabajo y retomó su larga correspondencia con Chasles: “Hay algo que se debe suavizar en las *Cartas* acerca de los Estados Unidos y acerca del gobierno de La Habana, para hacerlo más aceptable para el lector, más divertido, menos aburrido. Esta última *capa* de pintura que debe armonizar los colores y suavizar las asperezas del pincel, son indispensables”.

Pero, contrariada por no poder hacerlo, y como había dejado el manuscrito en París, Mercedes le pidió que Philarète lo hiciera, si no estaba demasiado ocupado con sus asuntos... pues ella tenía tanta necesidad de él como él de ella, tanto para las traducciones del inglés y del español, como para la edición alemana, que por cierto, andaba muy mal. El 15 de octubre de 1842 le pregunta:

“Tampoco me dices si leíste el final de ‘San Marcos’. Me acabo de dar cuenta de que ninguna de las *Cartas* sobre La Habana contiene una sola palabra con relación a la nota de Drake que tú habías conservado para intercalarla en lo concerniente a la agricultura. Esa nota me resulta indispensable si no quiero convertir a Drake en un enemigo implacable. Te ruego pues que me la envíes de inmediato. Tú debes tenerla entre los documentos, folletos, etc.”.

“No olvides, además, de citar a Ramón de la Palma y a Cirilo Villaverde como escritores y poetas encantadores. Al primero refiriendo que se tomaron prestados de él algunos detalles costumbristas y al segundo detalles descriptivos...”.

“Te agradezco la seriedad con que te ocupas para terminar nuestra obra y que hayas suprimido algunas cartas de la edición inglesa. Hazlo todo lo mejor posible; en todo caso, apresúrate en concluir y que el manuscrito salga para Londres... Dios hará el resto. Es preciso acabar de una vez y a continuación saber someterse. La vida en Dissay, sobre todo por la noche, es triste y tranquila... Juego al billar para hacer algún ejercicio”.

En realidad, Mercedes está muy inquieta. Su situación económica no es nada buena y la de Chasles lo es menos. Ella sospecha que él no supo administrar el dinero que su hermano le había dado y que lo dilapidó en su totalidad. Y estos reproches terminan por estallar en una larga carta que le escribirá el 14 de noviembre de 1842.

“No, no es necesario entrar al hospital de la vida humana cuando no estamos obligados a hacerlo y debimos ser más *previsores* evitando pronunciar la palabra *dinero* entre nosotros: así pagamos nuestro error; nuestras relaciones se han echado a perder: tengo motivos para quejarme de vos [...] ¿Y si determinadas circunstancias inevitables hubieran venido a dar la alarma cuando en un momento en que una posición embarazosa y dolorosa me mantiene suficientemente alerta contra el peligro? Me habéis causado una pena cruel y profunda. Os había pedido que concluyerais algunos asuntos: pagarle 500 francos a mi cocinero, lo que unido a otras pequeñas deudas la cifra ascendía a 1 100 francos. Vos me decís que ascendía a 1 350 francos; está bien. Pero habéis contado con 1 750 para pagar, ya que se vendió el collar. ¡Y ni tan siquiera habéis pagado los 500 francos del cocinero! ¡Y me dejáis a la merced de las reclamaciones de un doméstico despedido! ¡Las deudas más apremiantes, las más sagradas, las más urgentes! La sola idea me críspa y me pone fuera de mí... ¡Yo había confiado en vos y vos habéis traicionado esa confianza! Lo que os hace todavía más culpable es que conocéis mi posición y que esta os debía ser sagrada ya que os he confiado todo y que no ignorabais que ese dinero era el fruto de grandes sacrificios y de ventas forzadas. [...] Resumamos ahora: que no se hable más de *dinero* entre nosotros; cada uno de nosotros conducirá sus asuntos como lo había hecho antes de conocernos: nuestra relación es exclusivamente sentimental, no es un matrimonio; no hay que someterse a sus inconvenientes. Ya no soy tan rica como para seguir los impulsos de mi corazón y Dios me castiga por donde he pecado. Solo me queda resignarme y a conducirme con mayor severidad para vivir con lo que me queda, sin pedirle nada a nadie. Quiero pensar que mi pobreza no alterará los ‘sentimientos’ que experimentáis hacia mí [...] pero si os importo algo, renunciad a ese tono imperativo, duro y marital al que no estoy acostumbrada y que no podría soportar. Adiós, no me escribáis más, vuestra carta no me llegaría, pero haced de manera que encuentre alguna noticia vuestra en mi casa al llegar el lunes por la mañana; si no es así, os espero por la noche. Adiós... me ha costado mucho escribir esta carta. Estoy tan triste. Hasta la vista...”.

A partir de esta famosa carta del día 14, todo va cada vez peor para Víctor. El día 18, a las tres de la tarde ella le responde: “...hace algún tiempo que temía esta catástrofe al ver el laberinto sin salida en

el que estabas encerrado, pero a lo hecho pecho y no creo el señor Villemain, que está enterado de tu situación y la causa, te abandone hasta el punto de dejar que te quiten tus puestos:<sup>103</sup> lo esencial es salir lo antes posible de donde estás. ¿Acaso no será posible lograrlo si se abandona a los acreedores que te han puesto en esa situación los fondos que se encuentran en la Caja de Consignación? Además de los 10 000 francos del Ministro, tus honorarios de varios meses deben hacer una suma lo suficientemente considerable como para satisfacer a los poseedores de las letras de cambio que son los únicos que pudieran solicitar tu arresto... Una vez libre, acaba de arreglar mi manuscrito inglés —le recuerda. Para terminarlo bastan algunas horas; lo enviaré a Inglaterra y no dudo que Colburn lo compre más o menos caro, pero tendrás más de lo que ganas, sin que te paguen por dos o tres meses de artículos”.

Y le reitera su solicitud: “¿El traductor terminó? ¿Suprimiste algunas cartas en la traducción inglesa? Apúrate... ¡El manuscrito inglés! ¡El manuscrito inglés!”

“Si logras que nadie sepa del asunto y recuperas pronto la libertad, el mal será menor que lo que tú piensas.”

Pues, aparentemente, Chasles fue detenido como un vulgar estafador, a causa de considerables deudas que fue acumulando y el 30 de noviembre Mercedes le escribe: “No puedo vivir tranquila; te veo día y noche en esa celda imperial, solitario, infeliz, en las peores condiciones, falta de todo, con la cabeza llena de ideas tristes y *desoladoras*, abandonado, olvidado... y este corazón que sufre contigo es presa de las torturas más crueles, lejos de ti, sin poder hacer nada por ti. ¿Cómo es posible, Dios mío, que no hayas podido *evitar* la situación en que te encuentras? ¿Por qué no te fuiste de París, a Inglaterra o cualquier otro sitio?”

Una semana más tarde lo felicita “¡Me hace muy feliz que estés libre!” Pero lo sermonea como si fuera un niño: “Deberías ir saldando tus deudas poco a poco de forma organizada y convenida para que tus acreedores en lo adelante no tengo derecho a molestarte. Podrás vivir dignamente con los 10 a 12 000 francos que te quedarán si vives con orden, dándole a tu mujer una parte fija y guardando la otra para ti... Una vez que pagues el alquiler... lo habrás pagado todo en cuatro años y si es posible, vive con menos y libérate en tres. ¿Y acaso no

---

<sup>103</sup> Es decir: su puesto de bibliotecario en el Instituto, donde reside, y su puesto en el Collège de France, que el profesor Villemain, antiguo amigo de la condesa de Merlín y ministro de Instrucción Pública de 1839 a 1845, la había concedido por esa relación.

podrías entonces, con la cabeza más despejada, escribir un libro sobre Inglaterra que te permitiría pagar sin demora?”

Pero los acreedores lo estrangulan y no quieren soltar su presa. “Salda tus cuentas con ellos en cuanto puedas con exactitud y a plazos fijos. En cuanto se logre un acuerdo, serás rehabilitado: la sociedad es, por sobre todo, olvidadiza; álzate con una posición independiente y entonces... hasta las huellas de tu esclavitud en Egipto desaparecerán”.

¡Mercedes quiso tal vez ignorar conscientemente los rumores que corrían a su alrededor y que aumentaban sus inquietudes! Es muy probable, pues deseaba culminar su tarea sin que nadie la perturbara. Era fatalista y no vacilaba en asegurar que ciertas fuerzas de atracción nos conducen irremediabilmente y que nadie escapa a su propio destino. ¿A lo largo de su vida no había ido siempre hasta el final? Por esa razón sus relaciones con Chasles se vieron perturbadas por estas cuestiones de dinero que fueron repitiéndose cada vez con más violencia. Simplemente, había perdido todos sus puntos de referencia, los de aquella época en las que todavía era una mujer joven, pura e inocente y que la vida había preservado de todas las desgracias de la tierra. Y al decir esto no pensaba tanto en ese oportunismo intelectual que se hallaba en casi todas partes en los salones de la sociedad mundana o artística, sino más bien esa otra forma de relación de la cual no se mencionaba, que pretendía ser de orden espiritual, procedente del corazón y que de ninguna forma se podía parecer a las sórdidas relaciones entre el amor y el dinero. Aquellos mismos individuos que no debió conocer a causa de su origen y su clase, quienes eran los más terribles de todos porque no dejaban nada cuando todo había terminado... incluso si el amor hubiera existido, ¡el dinero mancillaba todo el resto, desertificaba y disecaba el paisaje humano!

Sonrió entonces al recordar algunas reticencias que había tenido inicialmente con este personaje, y sobre todo su constante poca disposición para implicarse más en sus proyectos que, en ocasiones, le divertía llamar equivocadamente *nuestra obra*. Pues, en realidad, Chasles no había compartido nada con ella, ya que él mismo estaba redactando varios libros entre los cuales un *Estudio sobre la antigüedad* y una *Historia de Francia* que estaba preparando desde hacía mucho. Por lo tanto, le quedaba muy poco tiempo libre que tenía que distribuir entre sus cursos en el Collège de France, sus numerosos artículos en el *Journal des Débats* y sus funciones en el Instituto, donde residía a partir de ese momento.

Ninguno de los que la rodeaban comprendía en verdad la inmensa influencia que este hombre había ejercido sobre ella desde la muerte

de su marido y, acaso, ella misma no lo sabía, considerando que se trataba solamente de la inmensa soledad física y moral que poco a poco la había hecho caer en otra dependencia, cuyas consecuencias no calculó de inmediato y que, simplemente, la cegó. Se confió entonces en una correspondencia íntima en la cual no quiso disimular nada de su atracción física y de su locura amorosa.

Su gran lucidez femenina desempeñó el rol esperado, pues si ese individuo tenía necesidad de ella para elevarse a los medios aristocráticos, ella, por su parte lo limitó al papel de consejero y luego de colaborador en esa obra literaria que, según Mercedes, no compartiría con nadie más. Sin embargo, su ayuda iba a tornarse indispensable para concederle un tono más profesional y serio a la parte más severa de su *Viaje a La Habana*.

Y mientras que el año estaba a punto de terminar y Víctor, gracias a ella, acababa de salir en libertad, por primera vez se alejaba de él sin pena alguna.

Se acordó entonces del día en el que Philarète le había expuesto un proyecto de vida que se había impuesto en su juventud y, del cual, decía, que le debía, si no la felicidad, al menos la tranquilidad. “Con los 5 000 francos de rentas de nuestro patrimonio pagaré mis deudas, decía... Trabajaré de manera que logre un total de 900 al mes. Pagaré los 300 francos de mi pensión y me mantendré con cien francos; le daré a mi hermana cincuenta francos. Me quedarán cuatrocientos cincuenta francos al mes. Con esa reserva, al cabo de un año iré a pasarme tres meses en Roma, desde agosto hasta octubre. Fue ayer. ¡Mis días eran tan tristes! Trabajaba sin deseo alguno de gloria, sin deseos de ganar dinero, feliz de poder leer a Calderón y a Goethe, de pasear por el campo, de respirar el aire del bosque y de escuchar la música más hermosa que existe. La sobriedad más absoluta presidía mi vida”.

Y entonces —se preguntaba Mercedes— ¿cómo es posible que hubiera descendido tan bajo? Detrás de esa brillante silueta trató de comprender quién era en realidad ese literato, colaborador de la *Revue de París* y de la *Revue des Deux Mondes*, periodista de *Temps* y del *Journal des Débats*, especialista de literatura inglesa que decía ser amigo de los hombres más talentosos y que lo era efectivamente, en particular de Balzac, junto a quienes había firmado los *Cuentos sombríos*; pero también de Théophile Gautier, de madame de Staël, de madame Récamier, del marqués de Custine, del vizconde de Chateaubriand, ese crítico —uno de los más famosos en literatura comparada— ese investigador infatigable pero trabajador demasiado apresurado que fue



nombrado por Guizot para ocupar el cargo de conservador en la biblioteca *Mazarine* y en la que fue colega de Sainte-Beuve y luego profesor en el Collège de France, donde Villemain creó especialmente para él una cátedra de literaturas del Norte.

Sin embargo, ese hombre, cuyos méritos elogiaban todos los intelectuales, fue también amante de la condesa de Merlin y fracasó lamentablemente en su vida privada y familiar, ya que su esposa, después de quedar también arruinada por completo, no encontró más salida que la locura.

Al mismo tiempo, en el castillo de Dissay, Mercedes, cansada pero feliz del trabajo llevado a cabo, ponía punto final a esa obra colosal, ese relato de viaje escrito de manera epistolar; 36 cartas que había decidido dedicar a su propia hija, la señora Gentien de Dissay y a sus mejores amigos, entre los cuales estaban George Sand, el barón de Rothschild, el vizconde de Chateaubriand, el príncipe Federico de Prusia, el marqués de Pastoret, la señora de Girardin, el conde de Saint-Aulaire, Sofía Gay, el barón Charles Dupin y, por supuesto, el marqués de Custine. A este último le había escrito una carta desde Filadelfia, fechada el 18 de mayo, en la cual le confiaba su desesperación: “En este país, todo lo que es bello está prohibido. Y es que lo bello no es útil. La búsqueda de la forma humana, la música, la poesía, la pintura, las flores, son bienes que la Providencia le ha concedido para atenuar la amargura de sus días luctuosos, para aliviar el peso de su cadena; son relámpagos de alegría lanzados en medio de largos años de luchas, son momentos de claridad en medio de una noche oscura, es el lujo de la vida humana”.

Otras cartas se dirigieron a personalidades influyentes, cada una de ellas escogidas de acuerdo con el tema abordado. Así, las había que hablaban del tabaco, de las costumbres de las bellas habaneras, de los velorios fúnebres, de las fiestas campesinas y las que relataban la conquista de América, de los indios, de Bartolomé de las Casas, la historia de la esclavitud o incluso aquellas que hablaban del general Miguel Tacón, de triste memoria para los criollos. Pues todo lo que era publicable en París podía no serlo, necesariamente, en Madrid y, mucho menos, en La Habana. Por eso otra tarea, mucho más difícil, la esperaba para la edición española; ya se estaba preparando para suprimir diez cartas de la versión original en francés, que estaba a punto de salir en Francia con el título, *La Habana*.

Le faltaba todavía la redacción de la dedicatoria, probablemente lo más delicado de la obra pues tenía que dirigirla a Su Excelencia, el Capitán General O'Donnell, gobernador general de Cuba y uno de los nombres más profundamente odiados de toda la historia de Cuba. Después

de haber sopesado cada una de sus palabras, he aquí lo que escribió provocando así un escándalo cuando vio la luz la edición española.

“Al descubrir sus males a la metrópoli, al indicar los remedios que deben oponérseles, apelo a vuestra alma generosa [...] Sed habanero, general; reformad las leyes, obtened una representación nacional para la Isla, mitigad vos mismo legalmente la dictadura del jefe supremo. [...] Tengo fe en vos, general. Vuestro nombre, vuestra reputación de bondad, de valor y de honor, he ahí mi fuerza, mi esperanza y la recompensa de mis desvelos”.

Imprudencia imperdonable, negligencia por la que fue criticada y por no haber arrancado en el momento en que fueron saliendo los ejemplares, las páginas que había dedicado a un gobernador que ningún cubano en esos difíciles momentos, podía recordar sin estremecerse. Demasiado tarde; el mal estaba hecho y no tuvo lágrimas suficientes para lograr su arrepentimiento.

Afortunadamente, en París varias de esas cartas o fragmentos de cartas que componían su obra definitiva, *La Habana*, aparecieron entre los meses de octubre y noviembre de 1843, entre las hojas de *La Presse*, y la acogida fue muy diferente. Ha aquí lo que se decía al respecto: “Esta obra es la única que se ha publicado acerca de la isla de Cuba. Además de las descripciones de la maravillosa naturaleza tropical y de las costumbres más íntimas de los habaneros que ofreceremos a nuestros lectores, estos fragmentos de las *Cartas* de la condesa de Merlín contienen curiosas observaciones acerca de los Estados Unidos, país que atravesó de parte a parte y detalles muy completos sobre los esclavos en La Habana, el comercio, la agricultura en es bello país”.

Estos elogios no la dejarán indiferente en esos tiempos difíciles en los cuales el amor se había extinguido y en los que ella se declaraba “entregada a una tristeza mortal”, tratando de evitar un escándalo; nos enteramos gracias a una carta que le envía a su amante, fechada en septiembre de 1843, quien se encontraba entonces en Metz.

“Todavía estoy muy apenada... Leconte me escribió; sé muy bien que no ha hecho nada con mi diadema de piedras preciosas y que por la corona solamente me ofrece 9 000 francos. De todas formas, el sacrificio es demasiado grande y no me sacaría del apuro pues apenas serviría para pagarle a Fauconnier.

”Quisiera trabajar pero no tengo los medios necesarios; la biblioteca de aquí no posee las *Memorias de la Revolución*; solamente hay manuscritos antiguos. En fin, que quisiera tener algo que hacer para no morirme”.

También en Metz, a donde regresó para estar junto a sus hijos para pasar el mes de noviembre, Mercedes recibe una encantadora

carta del marqués de Custine que por entonces estaba en París. Se lo comunica a Chasles, quien se inquieta mucho más de la demencia de su esposa que de los problemas financieros de su amante: “No quiero ni necesito pedir prestado —le responde ella molesta. Me puse de acuerdo con mi hijo, que pagará el excedente de 7 000 francos”.

Sin embargo desde que llegó, el 7 de noviembre, confiesa que está muy preocupada a causa de un estúpido incidente que la contraría sobremanera; ha extraviado su reloj de pulsera: “He pedido —le escribe— que me la envíe o que se la den a alguien que venga aquí y si no hay nadie que venga, que se la entreguen a la diligencia. No tengo reloj de pared en mi habitación y no escucho las campanadas. Como tengo mi vida muy reglamentada y no estoy en mi casa, me resulta indispensable saber la hora. Mi reloj de pulsera me es muy necesario. Te lo ‘pedí’ —le dice— pues me dijeron que te lo habían dado. No me has respondido; como estás tan ocupado no he querido insistir y añadir esta molestia más a todas las que aparentemente te he causado. [...] Me dices que van a vender mi diadema y te parece extraño que me inquiete. Ahora espero una conclusión para lo que ya se comenzó... y en el futuro, créeme, las palabras *negociación* y *dinero* no serán pronunciadas entre nosotros. Te reitero que me desespera haber puesto a prueba tus sentimientos hacia mí y abusado de tu tiempo para mis negociaciones. Pero a lo hecho, pecho”.

Otro asunto sórdido se añade al precedente con relación al salario de su cocinero, quien sigue sin recibir el dinero que se le debe “a pesar de que me habíais dicho que los 600 francos del vendedor de caballos que acababais de recibir lo pagaríais al día siguiente”.

“Dadme una explicación al respecto, pues estoy tan contrariada como sorprendida [...]; nunca le he debido nada a mis domésticos, y mucho menos dos meses después de dejar de trabajar para mí...”.

“Además, necesito saber qué hay de esa desgraciada obra que llamáis *nuestra* y que, me parece, ocupa tanto lugar en vuestra mente como yo. Es imprescindible que sea publicado lo antes posible en inglés para que pueda publicarlo en francés; lo mandaría al diablo si solo se tratara de mis intereses pecuniarios, pero estoy acosada por mis compatriotas debido al precio de la obra, que ya se me escapa y a causa de la publicación del nuevo Diario de Cassagnac...”.

Y como si nada de lo relativo a su vida privada debiera interferir nunca en su vida pública, la condesa de Merlín siguió viviendo en esa sociedad con sus dos pasiones paralelas: la música, que le abrió todas las grandes puertas de la celebridad en el mundo musical parisino, y la literatura, que le ocasionó más trabajo y en la que se mezclaron alegrías y decepciones. Una frase que se había dicho sobre ella le venía

a menudo a la mente: *La señora Merlín no nació para tener éxito como escritora, lo que no quita que cantaba muy bien y con una bellísima voz*. Pero en realidad no podía vivir sin las dos y, en ese difícil período que atravesaba por entonces, le encantaba sentarse al piano para acompañar su canto. Las veladas musicales no habían perdido nada de su antigua calidad, más bien al contrario, se decía que los oídos de los conocedores se habían desarrollado más que nunca. En el diario *Le Siècle* se hablaba, incluso, de la sed de melodía que devoraba los salones. Los conciertos privados mezclaban indiferentemente a los cantantes aficionados con los profesionales y, todo esto, contribuía a ampliar el gusto y el talento de los parisienses.

Y de nuevo se citó el nombre de la condesa de Merlín con relación a un baile de disfraces que dio en ocasión del “Mardi gras”. Muy de moda durante el reino de Luis Felipe, tanto en la corte como entre los aristócratas, en la residencia de la duquesa de Berry o de la duquesa de Orleans, los bailes de disfraces constituyeron uno de los eventos que más marcaron la vida en el París de aquella época. El 19 de febrero de 1844 se saludó también el regreso de la condesa de Merlín, después de varios años de luto, a la escena mundana de la élite parisina. Y entre los 400 invitados se distinguieron sus amigos íntimos Rodolfo Apponyi, Delphine Girardin y su madre, Sophie Gay. Todos estaban disfrazados: la condesa Samoilova de amazona de los tiempos de Luis XIV; Carlotta Grisi, de campesina italiana; el bajo Lablache, de Don Pasquale, el personaje de Donizetti. Se señaló también la presencia de una cuadrilla formada por 12 hombres de la alta sociedad, vestidos de cazadores de la época de Luis XIII. Pero la estrella de la fiesta, decía un cronista, fue el disfraz griego, cosido con piedras preciosas que llevaba esa noche la dueña de la casa, la hermosa criolla Mercedes Merlín.

No obstante, hasta el último instante antes de que su libro viera la luz, vivió temerosa y angustiada, no tanto a causa de las reacciones que pudiera suscitar su obra en la prensa francesa, sino más bien debido a las críticas despiadadas que iban a venir de su isla, de sus amigos, intelectuales que no vacilarían en destacar las omisiones, los olvidos, los errores y los plagios de textos enteros en los cuales había ocultado los nombres de sus autores. Pero estas omisiones, voluntarias o no, provenían en gran medida de su colaborador, cuya confianza había ido perdiendo a lo largo de esos últimos meses.

Sin embargo, a penas su obra terminada, sus inquietudes se prolongaban a causa de la publicación de un diario escrito por un cierto Adolphe Granier de Cassagnac, periodista francés que había partido, como muchos viajeros de entonces, en dirección a la Perla de las Antillas, muy a la moda en aquella época y que, a su regreso, había redactado

un *Viaje a las Antillas francesas, inglesas, danesas y españolas, a Santo Domingo y a los Estados Unidos de América*.

Y esa obra, en dos tomos, sería publicada en París en 1844, el mismo año que su libro sobre *La Habana*; y el autor, en esa ocasión, quiso dirigirle algunos elogios a quien no conocía pero de quien todos hablaban: “Si me preguntaran cuál es el tipo limpio y especial de las criollas españolas, solo tendría que citar a una habanera célebre, tanto por su talento como por su belleza: la condesa de Merlín, descendiente de la ilustre familia de Jaruco. Esa frente amplia y pura, esa nariz recta y fina, esos delgados labios, ese tinte blanco y vigoroso a la vez, resumía las cualidades más eminentes del rostro de las mujeres de Puerto Rico y de Cuba”.

Mercedes lo supo no sin cierta incomodidad en el momento en que veía la luz en la *Revue des Deux Mondes* su informe sobre *La esclavitud en las colonias españolas*, y que Chasles, por su parte, establecía contacto con ese periodista que, al parecer, había abierto una suscripción para su propio libro en La Habana, lo que explicaba las numerosas discusiones y negociaciones entre ellos acerca de, si sería o no oportuno, coincidieran sus obras respectivas, editadas por cuatro casa editoras diferentes.

Pues Mercedes no tenía otra opción; se asfixiaba desde el punto de vista financiero y ante su situación que cada año se degradaba cada vez más, por lo que tenía que liquidar lo que le parecía entonces superfluo. Y un día, muy decepcionada, le escribió a Víctor: “Ah, cuánto me arrepiento amargamente de haber aceptado, un día, tu gentil propuesta de intervenir en mis asuntos financieros”.

Pero en realidad, mientras más crecía su desprecio por “este gran filósofo que tenía tan mala memoria”, más se aferraba a él desesperadamente: “Entonces, ¿no queréis verme, ya que ni tan siquiera habéis respondido mi carta? Ya no sé nada de vuestro destino, de vuestra manera de vivir, ni tan siquiera de vuestras ocupaciones, dado que ya no veo nada de su pluma ni en los *Débats*, ni en la *Revue des Deux Mondes*. ¿En qué trabaja y con quien cuenta actualmente? Nos hemos vuelto unos verdaderos extraños a causa de vuestro total alejamiento de mi casa, hasta el punto de que, si mi alma no se ocupara de revivir constantemente vuestro recuerdo, ya no habría vínculo alguno entre nosotros”.

Mercedes se tomó un tiempo para reflexionar antes de abandonar su casa y ese barrio de la *Chausée d'Antin* que tanto había amado. Estaba lleno de recuerdos felices, de ruidos, de colores, de

luces, de teatros que entonces rivalizaban con los cafés. Estaban, por ejemplo, *La Casa Dorada*, el *Café Riche*, el *Café Inglés*, la heladería napolitana *Tortoni*, adonde Rossini, cuando estaba en París, acudía para tomarse un helado preferiblemente con sabor de tabaco-vainilla, que era el que lo volvía loco, todos los días hacia las cinco de la tarde y, enfrente, el elegante *Café de París*, al que era preferible ir a cenar. Toda la noche, esa porción del bulevar comprendida entre la calle Helder y la calle le Pelletier, no lejos de donde vivía Mercedes, era frecuentada por una buena cantidad de noctámbulos, a veces de relaciones diferentes, pero de idéntico gusto. El bulevar parisiense, que se había puesto de moda desde 1750, siempre había sido una arteria conocida por su animación y su fama de elegancia, databa del Directorio. Se llamaba entonces Bulevar de los Italianos, pero, a lo largo de los años, se extendió desde la plaza de la República hasta la iglesia de la Magdalena, marcando así un estilo de sociabilidad del cual formaba parte la élite de la ciudad.

Luego, en espera de días de tiempos mejores, Mercedes alquiló en Versalles, en el N° 3 de la calle del Jardín de Plantas, un pequeño nido de amor cuya dirección comunicó a Chasles por casualidad. "Hallaréis allí soledad, papel y tinta, aire puro y algunas flores en el jardincillo. La casa es solo para vos; he dado órdenes al respecto antes de marcharme".

Nunca irá.

Curiosamente, su ruptura sentimental con Víctor Chasles coincidió con el lanzamiento de su libro. El fracaso iba del brazo del éxito. La tristeza y la felicidad se mezclaban. Algo terminaba y nada comenzaba. Ya Mercedes no tenía proyecto alguno... caía la noche y el día no acababa de iniciarse. Una sola cosa estaba ahí, presente, palpable, intemporal. Los tres tomos que componían la obra cuyo título era *La Habana*, acababan de ser impresos por vez primera, en la Editorial de Amyot, en París, en 1844. Después saldrían en Bruselas y en La Haya. Lo único importante era que el talento había triunfado en su combate con el diablo. Y así fue como lo percibió.

La condesa de Merlín fue la primera escritora habanera de expresión francesa. Y ese elogio que le dirigieron se volvió contra ella en su propio país, donde, para sus compatriotas intelectuales, el imperativo de una lengua era la condición primera para fijar una pertenencia cultural y nacional. La defensa del español como lengua nacional en Cuba era especialmente necesaria, ya que ese territorio insular nunca dejó de estar amenazado por otras potencias extranjeras.

Sin embargo, la primera dedicatoria que puso al inicio de esa magnífica obra estaba dirigida, especialmente: *A mis compatriotas*:

“Os dedico este libro o, más bien, os lo restituyo, mis queridos compatriotas. Está impregnado de vuestro recuerdo, está consagrado a nuestra madre común; respira el amor de nuestra raza, de nuestro inigualable clima, de nuestra bendita tierra y de nuestras dulces costumbres.

”Francia, que es mi madre adoptiva, no ha logrado cambiar ni disminuir en lo más mínimo ese ardiente afecto por mi país; ella os brinda hoy, como homenaje religioso, el tributo de su experiencia, el fruto de su civilización.

”Europa, tan orgullosa de sus artes y de sus leyes, ha desconocido o ignorado hasta ahora nuestra reina de las Antillas, sus recursos, sus riquezas, el lugar que debe ocupar en la historia de la América meridional.

”Como soy hija de La Habana, me hace muy feliz revelar a España las necesidades y los recursos de su colonia, decirle que una parte de su opulencia y de su bienestar dependen de los cuidados que dispensará a esos lejanos climas y del fácil y enérgico desarrollo que debe dejar en manos de facultades que han estado cautivas durante mucho tiempo”.

Sin embargo, Mercedes seguía escribiéndole a Chasles para comunicarle la continuidad que pensaba darle a sus ediciones, en particular la que debía ver la luz en Madrid. “He sacado un extracto de *‘La Habana’* que continuará, si cuando lo hayáis visto, lo juzgáis, útil”. ¿Sería este “extracto” la edición reducida de *Viaje a La Habana*?

Cuando el texto fue publicado, de inmediato se produjeron algunas críticas con relación a esa edición española y, las más maledicentes provinieron de un escritor y político, Salustiano Olózaga, quien demostraba que los traductores, evidentemente, no eran cubanos o bien que no residían en Cuba y que no tenían ni el más ligero conocimiento del lenguaje propiamente cubano. Los errores relacionados con los cubanismos que se observan en el *Viaje a La Habana*, son numerosos, añadía. “Es preciso decir que la autora es casi una extranjera en su país también en lo que respecta a la lengua cubana, ya que se fue de Cuba a la edad de once años y no regresó hasta cumplir los 49, para pasar solamente unas semanas en La Habana; la mayor parte del tiempo estuvo hablando y escribiendo en francés y su libro fue corregido en París por individuos que, evidentemente, no tenían el menor conocimiento sobre Cuba, al menos no mayor que el de ella y acaso contaron con un diccionario...”.

Afortunadamente, otros fueron un poco menos severos y, después de destacar algunos errores y torpezas, particularmente con relación a los

cubanismo, se preguntaron quién había sido el traductor al español de este texto reducido y si había sido la condesa misma la responsable de esa tarea o bien alguien cercano a ella.

No obstante, en el prólogo que escribió la gran poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda para esta obra, publicada en Madrid en 1844, habla, por el contrario, de un cuidadoso trabajo cuyo estilo era en general fácil, elegante y gracioso: “La escritora traza a las orillas del Sena cuadros deliciosos de su hermosa patria; en ella piensa, con ella se envanece, a ella consagra los más dulces sentimientos de su corazón y los rasgos más bellos de su pluma, haciendo envidiar a la Europa el país que produce tan hermoso talento, y el talento que puede pintar tan hermoso país”.

Y terminaba con estos elogios que, seguramente, sorprendieron a algunos de los detractores, pero que resultaron muy reconfortantes para Mercedes: “¿Qué se puede pedir al escritor que nos da un libro que después de leído veinte veces todavía se abre sin fastidio? No terminaremos sin dar las gracias a aquellos a quienes debemos la esmerada traducción de la apreciable obra a cuyo frente ponemos nuestros apuntes biográficos, y felicitamos al mismo tiempo a nuestra cara patria, a nuestra bella Cuba, por la gloria que le cabe en contar entre sus hijos a la señora Condesa de Merlín; a la que tributamos este leve testimonio de admiración y aprecio; congratulándonos de que sirvan estas líneas de introducción o prólogo a la mejor de sus bellas producciones”.<sup>104</sup>

Este homenaje tributado por la escritora, criolla como ella, y que solo vivió unos 20 años en su isla natal, la conmovió mucho más que cualquier elogio proveniente de España, Francia o Inglaterra, pues Mercedes compartía con la poetisa aquello que le parecía más importante en la naturaleza femenina: su sensibilidad cubana. Y si la poética que la condesa de Merlín había desarrollado en su obra le resultaba, ante todo nacional, es porque estaba constituida por elementos que se incorporaban a ella igual que los granos de arena, la espuma, el viento, la brisa marina, la particular humedad y ese aire salvaje proveniente del océano. Por ese motivo, le parecía que nada hubiera podido alterar su texto, ni la lengua, ni el estilo y mucho menos las palabras.

Como siempre, quiso saber todo lo que se decía de ella. El 16 de marzo de 1844, un periodista, Adolphe Joanne, de la revista *L'Illustration*, se dirigió a ella en estos términos: “Que la señora condesa de Merlín nos permita someter a su criterio una observación. ¿No ha abusado en

---

<sup>104</sup> Ambos fragmentos de la Avellaneda están citados en español en el original. (N. del T.)



ocasiones de sus talentos epistolares? ¿Por qué escribir tantas páginas sobre temas tan variados? ¿Por qué, no le bastó con analizar con un notable estilo las diversas impresiones que había experimentado sino que trató además de resolver tantas cuestiones filosóficas, políticas, económicas y morales? Todas esas brillantes y sólidas cualidades del talento del que está felizmente dotada, ¿son acaso tan comunes como para sacrificarlas ante el vano deseo de aparentar que se poseen conocimientos universales? Borrada de esas treinta y seis cartas algunas repeticiones inútiles, suprimid todo lo que compiladores oficiosos añadieron... en una palabra, no dejad solamente lo que realmente escribió la señora condesa, lo que sintió o pensó y su obra, tal vez un poco aristocrática quedará entre las relaciones de viaje como un encantador modelo de sentimiento y de espíritu, de observación y de descripción.

”Los *guajiros*<sup>105</sup> o campesinos de las montañas inspiraron el más notable capítulo de su viaje... La parte seria de La Habana es demasiado larga... [...] A pesar de estos defectos, La Habana ofrece una lectura tan agradable como instructiva”.

Y he aquí lo que leyó en *Le Constitutionnel* del 13 de junio de 1844, de la pluma de otro redactor: “Pues la señora Merlín no solamente es una mujer de la alta sociedad, con toda la vivacidad y la pasión de un alma de artista, sino que posee un talento de escritor y de pensador, que sería el orgullo de más de una testa viril. [...] En París hay cuatro o cinco mujeres de esta curiosa y fuerte naturaleza; aunque de apariencia frívola por su envidiable tren de vida, todas ellas gozan de la notoriedad y de todo el saber de los espíritus más serios. ¡Con una mano hacen sonar los cascabeles de la vida mundana y con la otra, hacen vivir las ideas! Acaso creáis que van en pos de las mariposas del placer, pero un día las sorprendéis en la intimidad de su vida interior, y veréis esas blancas manos, que hacía un momento anudaban las cintas de un vestido de baile, hojear las obras de Newton, Montaigne y Platón. Así son la princesa de Belgiojoso y así imagino a la señora condesa de Merlín”.

El tono del artículo le pareció execrable... profundamente misógino e injurioso; sonrió, no obstante, y no le prestó más atención...

Afortunadamente había otros, mucho más simpáticos y sensibles; breves misivas espontáneas que iban directo al corazón, y escritas por mujeres en todos los casos: “Uno de esos impulsos espontáneos del alma hicieron que la señora Merlín realizara en 1840 ese viaje a La Habana, el cual le inspiró la redacción del interesante texto que anunciábamos”.

---

<sup>105</sup> En español en el original. (N. del T)

“Este libro de la señora Merlín está inspirado principalmente por ese vivo sentimiento de amor filial por la patria”, o también estas pocas palabras que apreció muy especialmente: “El libro de la señora condesa de Merlín se parece a su salón. Asume todos los tonos, posee todas las fisionomías, ofrece todos los placeres”.

Y también la baronesa Frossard, que recordaba haber escuchado en otros tiempos, hacia 1828, el nombre de la célebre condesa, cuando era solo una adolescente y acudía en compañía de su padre a las funciones de la ópera. Luego había leído todas sus obras, en particular la intitolada *La Habana*, por lo que había decidido comentarlas en sus *Recuerdos*.<sup>106</sup> “Este libro, que lleva el nombre de esa ciudad, escrito al regreso del único viaje que hiciera a dicha capital, encierra detalles muy profundos acerca de todo lo que toca a las colonias. Me sorprendió de todo lo instantáneo que el libro contiene sobre cuestiones elevadas que un espíritu femenino rara vez es capaz de abordar, y al mismo tiempo me conmovieron todos esos llamados al poder metropolitano que parece presionar esa hermosa colonia y mantenerla, como si dijéramos, en una eterna infancia, como en los tiempos primitivos de la conquista. Para la condesa, a su regreso, cada árbol, cada rincón de la montaña, cada rostro, crea el deseo de que se le ame: ella no olvida nada; nada ha olvidado.

”En fin —decía para concluir— este libro inspira una gran admiración por su autora”.

Desafortunadamente, fue precisamente de su tierra natal y de la prensa cubana de donde vinieron las reacciones más hostiles a sus escritos. Mercedes no se sorprendió demasiado, pues todas estaban firmadas por plumas masculinas. Después de haber reproducido y traducido su famosa carta dedicada a George Sand acerca de las mujeres cubanas, *El Faro Industrial de La Habana*, en su sección literaria, expuso los numerosos comentarios de críticos habaneros acerca de las opiniones de la condesa de Merlín relativas a sus compatriotas del sexo femenino.

Luego le tocó el turno a Félix Tanco, quien, bajo el pseudónimo de Veráfilo, escribió trece artículos contra ella en el *Diario de La Habana* que luego reunió bajo el título *Refutación del folleto intitulado « Viaje a la Habana » por la condesa Merlín*. En sus páginas, no solo destacaba todos los errores, mayores o menores, sino que también subrayaba los supuestos fraudes, como los llamaba, y que no eran otra cosa que plagios de numerosos textos de autores cubanos tales como Ramón de Palma y Cirilo Villaverde, cuyos nombres no había considerado útil citar.

---

<sup>106</sup> *Recuerdos de la baronesa Frossard (1813-1884)*, H. Gautier, París, 1885.

Y concluía diciendo: “La señora de Merlín, por decirlo de una vez, ha visto la isla de Cuba con ojos parisienses y no ha querido comprender que La Habana no es París”.

Con relación a los olvidos, la condesa ya había dado una explicación y no quería resucitar recuerdos personales y dolorosos. Apreció, sin embargo, la defensa de José de la Luz y Caballero que, como consideraba que esas observaciones eran injustas y estaban cargadas de resentimientos en contra de la autora, firmó en el *Faro Industrial de La Habana* del 27 de abril de 1844, con el pseudónimo de Fair-Play, su respuesta a las críticas de aquél intelectual criollo. “No señores, mi objeto fue (seré franco) dar un aviso amistoso al señor *Veráfílo* para que apercibiéndose del desagrado que generalmente inspiraba el giro de sus artículos, se hiciese imparcial y evitase un nuevo borrón a nuestro nombre; à lo cual tendía yo exponiendo la opinión de una cubana ilustre, sobre la desgraciada paisana, disciplinada tan sin piedad”.

Pues Mercedes, como toda mujer, era clarividente, y esperaba cualquier reproche que se le dirigiera algunos meses después de la publicación de su obra, como fue el caso, por ejemplo, con relación a su dedicatoria al Capitán General O'Donnell. Pronto comprendió que nunca se le perdonaría, no solamente ese error, sino ese contratiempo. Ya que el mismo año conocido como Año del Cuero, una feroz represión se desató con el pretexto de una Conspiración de la Escalera que entrañaba, no solo la muerte de centenares de negros y mulatos, esclavos o libres, sino también de intelectuales blancos, quienes formaban parte de la clase dominante criolla pero que habían manifestado algunas “veleidades” con relación al problema de la esclavitud. Mercedes se sintió víctima de una enorme injusticia y lo único que, tal vez la consoló, fue saber que Plácido nunca supo lo que ella había escrito cuando había venido de visita a su isla.

No obstante, mientras más transcurría el tiempo más se negaba a dejarse culpabilizar por no haber sentido lo que iba a ocurrir, cuatro años después de su visita a la Isla; y además, le gustaba recordarle a sus detractores que, cuando había escrito esa dedicatoria al Capitán General O'Donnell en 1842, todavía no había sido nombrado para ese cargo, pues la designación no tuvo lugar sino en octubre del año siguiente. Fue solo después de su nombramiento cuando la situación política se agravó peligrosamente y tuvieron lugar los terribles acontecimientos de 1844 que siguieron a la célebre Conspiración de la Escalera, en la que algunos de sus amigos intelectuales —entre quienes se encontraban Domingo del Monte, José de la Luz y Caballero y José Antonio Saco— fueron acusados y se vieron obligados a exilarse rápidamente. Este último ya había salido de Cuba desde 1836 y de Roma

llegó a París, donde se había habituado a pasar el verano, y luego se iba al sur de Francia durante el invierno y los períodos muy fríos. En cuanto a Domingo del Monte, este decidió pasar casi un año en Estados Unidos para multiplicar y estrechar sus relaciones, estudiar el sistema político estadounidense y adquirir más información sobre la lengua y la literatura de ese “país maravilloso”, como le había escrito a su amigo Alexander Hill Everett.<sup>107</sup> De allí se fue a Europa y se estableció, como había previsto, un par de años en París, con la intención de mantener en esa ciudad la misma vida mundana e intelectual que llevaba en La Habana. Deseaba por ello introducirse lo más rápidamente posible en los medios culturales más selectos, con el fin de desempeñar un rol importante —si se le daba la oportunidad— en los destinos políticos de Cuba. Por esa causa debía mantenerse en buenos términos con la condesa de Merlín, cuyo salón tenía mucha fama en París; a pesar de haberla criticado en alguna ocasión, no vaciló en elogiar los méritos de su obra literaria alabando, al mismo tiempo, la elegancia del lenguaje y la delicadeza de sus sentimientos.

Y entonces Mercedes recibió otras observaciones procedentes de sus amigos cubanos con relación a la organización de las dos diferentes versiones del relato de su viaje a la Isla. La primera edición francesa de *La Habana*, publicada en París, era la única completa, pero la segunda, *Viaje a La Habana*, traducida al español, que vio la luz poco después en Madrid, se había reducido, por razones políticas, a unas diez cartas solamente. Fueron eliminadas las cartas XXIII, por ejemplo, que abordaba el tema de la administración de la justicia, la XXIV, que exponía el espinoso problema de los poderes de los capitanes generales en la Isla, en particular el de Miguel Tacón y la XXV, sobre las habaneras. Igualmente se excluyeron las cartas XXVI, XXVII y XXVIII, cuyos temas no serían de interés para los españoles, pues se trataba de la agricultura, del tabaco y de la “civilización intelectual” de La Habana.

La condesa de Merlín quiso excusarse sobre la omisión de este último tema, en el cual elogiaba a los intelectuales de su país y que no aparecía en la versión española. Para que Domingo del Monte tuviera un buen recuerdo de ella, le escribió el 17 de junio de 1844 a París,

---

<sup>107</sup> Había ocupado en 1825 funciones de Ministro Plenipotenciario en Madrid, después de Senador, antes de ser nombrado Embajador en China. Estableció una larga correspondencia sobre Economía Política con Domingo del Monte, entre mayo de 1840 y abril de 1845.

ciudad a la que acababa de llegar: “Paisano mío —le dice—, mucha pena me da la injusticia de que es Ud. víctima, y estoy pronta a hacer todo lo que esté en mí para serle útil”.

Domingo del Monte fue el primero en reconocer que la versión reducida en español, la cual contaba con un centenar de páginas, le concedía, en efecto, más espacio a una reflexión nostálgica y privilegiaba el lado poético de la obra.

Del Monte no era un desconocido para ella, pues desde hacía unos diez años había publicado fragmentos de sus memorias y de sus libros en numerosas revistas cubanas y había tenido la oportunidad de conocerlo en La Habana en 1840, cuando realizó su viaje. Además, era amigo íntimo de José Antonio Saco, quien se había instalado en París hacía cuatro años.

Pero a Mercedes la sorprendió la rapidez con la cual este intelectual, muy ambicioso, se había introducido en los medios de la prensa con el fin de poder brindar su punto de vista acerca de la esclavitud y exponer a sus lectores sus argumentos antianexionistas: partidario de una extinción progresiva de la trata gracias al desarrollo de una inmigración blanca en Cuba.

En el número del 21 de agosto de 1844, en el diario *Le Globe*, declaraba lo siguiente:

“Todo lo anterior me lleva a darles a conocer en pocas palabras mi opinión acerca de la esclavitud y los negros. Nunca he considerado estos dos asuntos como un filántropo o como un filósofo humanitario, sino como un político benthamista.<sup>108</sup> Nunca me ha parecido conveniente ni útil para la isla de Cuba que se transporten a su territorio hordas de negros bárbaros y salvajes, con el noble propósito de civilizarlos convirtiéndolos al cristianismo y haciéndolos mil veces más felices que en su propia patria. Esta grande y noble misión debemos dejársela a la poderosa Inglaterra y a la valiente Francia; la misión social y política de nosotros, los españoles de Cuba, es fundar en la isla una colonia a la manera griega, colonia exclusivamente española, libre de toda mezcla de casta, que no reflexione sino en términos de la nacionalidad de la metrópoli y que sea para todo el mundo hispanoamericano de Occi-

---

<sup>108</sup> Doctrina inspirada por el juriconsulto Jérôme Bentham, nacido en Londres en 1748, quien, después de abandonar su trabajo como abogado, se consagró a la investigación y la eliminación de los vicios sin buscar en ello beneficio alguno. Contrario a las ideas de Rousseau, rechazó la noción de “contrato social” y justificó la existencia del Estado, por su utilidad. Fue reconocido “padre del utilitarismo”. Su influencia fue grande en América Latina, en particular a través del general Miranda y del argentino Bernardino Rivadavia.

dente el sitio más brillante de la civilización caucásica-europea. [...] Las autoridades de La Habana acaban de sancionar este fecundo axioma al decretar la supresión de la trata y favoreciendo la inmigración de colonos blancos. Estas dos grandes medidas asegurarán para siempre el futuro y la prosperidad de nuestro bello país. De esta manera desaparecerá también en menos de medio siglo sin ruina y sin sacudidas, el horroroso cáncer de la servidumbre”.

En efecto, la primera preocupación de Domingo del Monte desde su llegada a París fue la de entrar en contacto con Francisco de Paula Martínez de la Rosa, nombrado Embajador de España en París. Le envió un informe que acababa de escribir y cuyo título era *Estado de la Isla en 1844*, con el fin de que se lo comunicara al Ministerio en Madrid. En aquel documento presentaba la situación de la colonia y la necesidad urgente de modificar la política de la Metrópoli con relación a Cuba, y con gran clarividencia explicaba los verdaderos motivos del Gobierno inglés a favor de su propaganda abolicionista y llegaba a la siguiente conclusión: “La Isla de Cuba corre hoy el inminente peligro. De que irremisiblemente se pierda, no solo para España, sino para la raza blanca y para el mundo civilizado, a menos que el gobierno de la metrópoli adopte en el acto varias enérgicas medidas que atajen el mal”.

Más allá de la urgencia que sentía para su isla, también había, para Domingo, su deseo oculto de obtener para sí y para su familia, ciertos favores del general O'Donnell, y nada iba a detenerlo en las actividades que desarrollaba en el terreno político.

Por eso, con el mismo fanatismo que ponía en todo lo que hacía, se invitó al salón de la condesa de Merlín y pronto se convirtió en asiduo visitante. A ese medio, tan apreciado que había sido siempre el salón de la bella criolla, rodeada de cantantes, de músicos, de poetas y literatos, Del Monte comenzó a convocar a sus compatriotas, José Luis Alfonso, José Antonio Saco y Martínez de la Rosa. Y Mercedes comprendió muy pronto que sus *tertulias*<sup>109</sup> habían tomado un cariz diferente, más severo, más polémico, menos artístico, y que la participación y las cortesías de su amigo Del Monte no eran tan inocentes como había creído al inicio. En efecto, poco a poco toda la comunidad cubana residente en París se fue uniendo al pequeño grupo de intelectuales adeptos a las ideas reformistas, pues Domingo —ya para entonces la condesa no lo ponía en duda— perseguía incansablemente, desde hacía unos 15 años, el mismo objetivo y sobre todo, empleaba los mismos métodos. Dondequiera que se encontrara, ya fuera en América o en Europa, lo único que le importaba

---

<sup>109</sup> En español en el original. (N. del T.)

era establecer una red de relaciones políticas suficientemente importante como para poder influir, desde Europa, en la política colonial de España con respecto a Cuba, y por supuesto, al mismo tiempo, desempeñar en la Historia el papel que desde siempre ambicionó.

No sin cierta ironía recordó, entonces, que en otros tiempos había dado a sus invitados la consigna de no hablarse de política en su salón, porque había otros sitios donde hacerlo. Había también determinados códigos en la sociedad de antaño que tenían que respetarse, lo cual, además, le otorgaba gran encanto.

Pero también es cierto que los actuales salones ya no eran iguales a los de entonces. Bajo la Monarquía de Julio la sociedad elegante se había ampliado considerablemente. Sobre todo las proporciones habían cambiado. Las reuniones se habían tornado más suntuosas y más festivas. Testimonio de ello, el baile de disfraces que había dado el año pasado. “El hábito que se ha adquirido desde hace algunos años de invitar a trescientas personas a la fiesta más insignificante ha multiplicado las relaciones”.

La alta sociedad y su ambiente mundano no habían muerto. Al contrario, los salones nunca habían recibido tanto público desde 1830. Se multiplicaban, acogían a una multitud de personas que deseaban “entrar en escena” lo antes posible. Había salones políticos, salones ministeriales, salones diplomáticos, salones literarios y artísticos y salones para la gente *fashionable*. Y la periodista y escritora Delphine de Girardin fue, probablemente, la primera que se rebeló contra ese lugar común que hacía decir a algunos, ya no había salones, y que el arte del salón se había perdido, al dar respuesta en su correspondencia del 22 de junio de 1844: “¿Queréis saber por qué ya no queda ninguno? Es que hay veinte; la influencia se ha dispersado, pero no es menos real y, como se conversa en casi todas partes, vosotros pretendéis que ya no se conversa en ningún sitio”.

Y esta mujer, que sus contemporáneos decidieron llamar muy pronto la *Musa de Julio*, se dedicó a establecer la lista de los 20 salones más influyentes de París en esa época, de los cuales, los dos más famosos eran los de sus amigos y literatos: Lamartine y Víctor Hugo. Luego venían los de la barriada de Saint-Germain, que eran salones aristocráticos, el de la vizcondesa de Noailles y, sobre todo, confirmaba, el salón de vocación musical de la condesa de Merlín que siempre había ocupado un lugar muy especial en el corazón de los parisinos. Sucesora del antiguo y famoso salón de su madre, Sophie Gay, citaba también el suyo propio, que gustaba de mostrar a los extranjeros de nivel y donde se codeaban los artistas de primera línea y los grandes nombres de ambas márgenes del Sena.

Dejando un poco de atender su salón, que se había convertido, muy a su pesar, en un círculo político, Mercedes se ausentaba con frecuencia y se marchaba al castillo de Dissay, en la región de Poitou, donde su hija vivía en compañía de su marido y sus hijos; y allí, en la tranquilidad del hermoso jardín a la francesa, trabajaba en su nueva obra que centraba la atención en los salones de la capital francesa.

Al parecer, por esa época Chasles le propuso escribir artículos y concibió algunos proyectos para realizarlos juntos, pero ella le respondió “que no quería embarcarse en ese asunto sin tener algo positivo y que la palabra ‘reparto de los beneficios’ era muy vago y poco seguro para una mujer que vivía retirada y que se hallaba en la imposibilidad de verificar las cosas cuando se trataba de las diferentes modalidades de publicación”.

Sin embargo, cuando terminó el libro no quiso firmarlo con su nombre, seguramente porque estimaba que no era una obra de autor y que solo las circunstancias de la vida la habían obligado a escribirlo, por lo que todos pensaron de inmediato en graves problemas financieros. Vio la luz con el título *Las Leonas de París* y fue publicado en esa ciudad en 1845 en la imprenta de Amyot, igual que *La Habana*, su obra precedente. Pero en lugar de su nombre apareció el de “El difunto príncipe de...” dejando que se mantuviera el misterio alrededor de ese pseudónimo. Era, probablemente, para ella un juego y acaso, incluso un guiño, una prueba de autonomía, al mismo tiempo que subrayaba el hecho de que Geroge Sand había sido la primera en hacerlo a partir de 1829 antes de que la cronista Delphine de Girardin, quien escribía bajo el pseudónimo de Vizconde de Launay o Marie de Agoult, que firmaba Daniel Stern. Tomar un nombre artístico masculino era, inicialmente algo que se presuponía en esa sociedad misógina, luego se convirtió en una moda que Flora Tristán le reprochó a esas escritoras, cuyas razones para hacerlo parecían muy naturales, ya que a menudo estaban divorciadas o vivían separadas de sus maridos.

Escenas callejeras, esbozadas *in situ* se mezclaban con muy pertinentes reflexiones acerca del ámbito mundano en general y, en particular, acerca del comportamiento invariable de los hombres con relación a la sentimentalidad del alma femenina. Y detrás de ese mosaico compuesto de ligeras pinceladas se perfilaba el penetrante espíritu crítico de la condesa de Merlín.

“Legábamos multitudinariamente al hipódromo algunos en silla de posta, otros en vehículos alquilados, en tilburí, a caballo, en fiacre, a pie, poco importaba cómo, ya que lo indispensable era llegar. Se hacían apuestas considerables. Los tres hangares de graderías cubiertas estaban colmados. El príncipe y su corte, además de varios miembros



del Jockey Club ocupaban en centro. Se había determinado el uniforme que se llevaría esa jornada, consistente en un traje rojo de cuello negro y grandes botones dorados; una ramita de brezo en la solapa era la contraseña. Al día siguiente habría cacería”.

“Las mujeres del gran mundo iban poco a las carreras; no entraba en sus hábitos”.

“Durante el Carnaval, costumbre que se había propagado por todos los barrios de París, en los cuales la gente se divertía haciendo sonar las cornetas de pistón. Los grandes señores y los burgueses, la gente del pueblo y el populacho, amalgamados entre sí se divertían para su propio placer y para el placer de todos. La contraseña era una rosita roja”.

“En el Café de París, cuando despuntaba el día, se veían varios *leones* sentados ante las mesas, recién salidos del baile de la Ópera y que se tomaban una sopa de cebolla, tomaban champaña, ponche y *poudre à amour*”.<sup>110</sup>

“La vida pública y el amor al dinero absorbieron tanto el espíritu de los hombres, que terminaron por ver en el amor solamente el aspecto material y, icosa curiosa! observadlo, señores: al asfixiar el divino germen del amor del alma, se pierde furiosamente el otro”.

“Los hombres no saben lo que han perdido al destronar a la mujer: reniegan en ellas el espíritu y solo conservan una vida imperfecta y material. Dudamos que el amor al dinero permita que Francia conserve esa supremacía del buen gusto y de la celeridad en los progresos civilizadores del pensamiento de que ha disfrutado siempre bajo la influencia de las mujeres”.

“La mujer, decía Lord Byron, en todas las épocas ha sido un elemento necesario para la vida del hombre y cuando por la mañana veo a una sirvienta añosa que entra a mi habitación, siento que la amargura de mi corazón se disipa. Y el poeta tenía razón: incluso pasada la edad de las pasiones, no hay circunstancia en la vida de un hombre en la que no se revele la necesidad de la influencia femenina”.

“¿Qué queréis? Los hombres de nuestra época han perdido la facultad de amar a las mujeres”.

Confesión y constatación de impotencia; estas ideas hacían daño. En realidad se trataba de la historia de un pequeño fragmento de la sociedad contemporánea, de un mundo aparte que había tenido originalmente su gracia, su espíritu y sus costumbres.

Pero ¿por qué el título de *Las Leonas de París*? Había una larga historia que se iniciaba bajo la Monarquía de Julio, época en la cual

---

<sup>110</sup> Literalmente “polvo de amor”; sustancia con supuestas cualidades afrodisíacas.

la palabra “león” se utilizaba corrientemente como sinónimo de dandi para designar a un joven a la moda, alguien que excitaba la curiosidad pública. La palabra “león” se usaba tanto en el caso de los hombres como en el de las mujeres, pero poco a poco, con la evolución de la sociedad, se designó con el apelativo de “leonas” a las jóvenes de la alta sociedad que trataban de llamar la atención adoptando los hábitos de las mujeres elegantes, practicaban deportes, participaban en las carreras de caballos, corrían un *steeple-chase*, practicaban el tiro con pistola, iban de caza, hacían natación, se bañaban en el mar, bebían una copita de ron o de ginebra o fumaban tabacos de La Habana en sus calesas. Se decía, incluso, que podían llegar a tener otras costumbres menos confesables y, por ello, estas “leonas”, que originalmente eran mujeres de la alta sociedad, se transformaron en las semi mundanas.

Ellas eran mujeres de cabellera pelirroja y generalmente intrigantes; al mismo tiempo, eran elegantes, estaban a la moda, se les veía frenéticas y agitadas; las había de todos los tipos: las leonas elegantes, las poéticas, las literarias. Y si Musset se vanagloriaba de ser el padrino nominal de la leona, George Sand hubiera podido declararse madrina de todas ellas.

Era lo que se estilaba en aquella época y Mercedes lo veía de esa manera; el mundo que se avecinaba no era el que ella había soñado y por ello, a veces se sentía un tanto extranjera. Con el paso de los años los sentimientos se iban desdibujando y las ilusiones se iban borrando. Solo le quedaba la nostalgia y un poco de amargura.

No obstante, se seguía hablando de ella en las revistas musicales y en cierta prensa que se interesaba por los acontecimientos culturales. Y Mercedes se sorprendió al leer en *La France Musicale* un artículo firmado por Gottschalk sobre “La música, el piano y los pianistas”, en el que se había escrito: “Los salones de la célebre condesa de Merlín y de la señora Orfila constituyen modelos de la buena sociedad europea. Eran dos areópagos que en cuestiones musicales emitían sentencias sin lugar a apelación”.

Para agradecerse lo invitó a su casa a jugar, cosa que aceptó con gran placer. Y he aquí lo que escribió algunos años más tarde para la posteridad: “En cuanto llegué me presentaron a la encantadora habanera y tuve el privilegio de tocar para ella muchas veces *La Bamboula*, pues le gustaba mucho, probablemente porque el ritmo criollo le recordaba su infancia. A pesar de su avanzada edad, esta notable mujer cuyo talento de aficionada fue admirado por todo París, cantaba todavía, con una fuerza, una amplitud, un estilo que hacía palidecer el talento de más de una joven cantante de renombre”.

Por su parte, a ella la hizo muy feliz poder aplaudirlo al año siguiente en la sala Pleyel, en ocasión de su primer concierto público

que brindó por invitación y en el que Chopin, quien estaba presente, lo felicitó calurosamente, y en el que Berlioz lo distinguió. El joven pianista, que todavía no tenía 16 años, experimentó una gran emoción. Tocó en esa ocasión su *Primer concierto* para piano en mi menor y las críticas fueron muy favorables.

Más tarde, cuando bajó un poco la temperatura, a fines de aquel verano, Mercedes decidió viajar a Madrid, como había previsto hacía mucho tiempo, para poner en orden algunos asuntos familiares y tratar de salvar el poco dinero que todavía le quedaba. Era el último intento que hacía, no solo para salvar a su amante de la ruina, sino para satisfacer sus propias necesidades.

No era en lo absoluto un viaje de placer. Viajaba a España con un objetivo bien preciso, el de reclamar una parte de la fortuna que hacía tiempo le habían confiscado, cuando su tío y su familia, afrancesados todos, batieron en retirada con la derrota de los oficiales franceses. Pensaba que sería más fácil reclamar personalmente esos pocos bienes y fue, en efecto, recibida por los ministros de la reina Isabel II. Todos vinieron a visitarla: González Bravo, Narváez, Olózaga, y otros eminentes españoles. Tuvo también la agradable sorpresa de encontrarse con Gertrudis Gómez de Avellaneda, la otra hermosa criolla, cuyo éxito crecía por días, lo cual le permitió, no solo felicitarla personalmente, sino también, reiterarle su inmensa gratitud por el prólogo que había enriquecido tan agradablemente su *Viaje a La Habana*.

Pero detrás de esta fachada y esta calurosa acogida no encontró nada más que cortesía y benevolencia —nobleza obliga— y tuvo que retirarse tal y como había llegado, con las manos vacías y con pena en el alma. Ninguno de los cuatro millones de reales en bonos del Estado que el rey José le había concedido a su madre para pagar la dote de sus hijas y que Mercedes pensaba traer consigo a Francia, no le fueron otorgados. ¡Ninguna decepción le resultó tan amarga, ni jamás sintió mayor humillación! Y entonces, el 25 de octubre se decidió enviarle, desde Madrid, una carta a su amante, Víctor Chasles, en la cual daba rienda suelta a su inmensa amargura. “No podéis imaginaros lo que es la vida de pedigüña. [...] Sin embargo, es preciso reconocerlo; jamás pedigüña fue tan bien tratada como yo...”.<sup>111</sup>

Más adelante le explica: “Desde que estoy en Madrid, no faltan los visitantes en mi casa; todo el mundo viene a verme y es imposible

---

<sup>111</sup> En español en el original. (*N. del T.*)

ser más hospitalario”. Y se detiene a brindarle detalles sobre la mantilla que se lleva a la francesa... ¿signo de progreso o de decadencia? “Además, no faltan los colores vivos en este país al que solo deberían viajar el filósofo y el artista. El mundano solo encontrará lechos duros y mala cocina. La España de hoy, si se exceptúan algunas pocas modificaciones políticas, sigue siendo la España de Cervantes y de Le Sage;<sup>112</sup> solo que —entre nosotros— hay más de Gil Blas que de don Quijote”.

Y cuando subió a la diligencia que debía reconducirla a París, ocurrió que, casualmente, se sentó junto a un viajero que no era ningún desconocido para ella. Después de algunos momentos de vacilación se acordó de él: se trataba de Prosper Mérimée,<sup>113</sup> uno de los numerosos admiradores que había visitado su salón atraído por la triple identidad de la anfitriona: francesa, española y cubana, y que todos le habían celebrado por su belleza, su musicalidad y su talento. Por esa época era uno de los más devotos entre los asiduos visitantes de su salón, pues adoraba España y se jactaba de conocerla mejor que nadie. Es cierto que había visitado numerosas veces ese hermoso país, simplemente porque hacia 1830 había conocido a la condesa María Manuela de Montijo,<sup>114</sup> madre de la encantadora Eugenia,<sup>115</sup> futura esposa de

---

<sup>112</sup> Dos grandes personalidades completamente opuestas; primero por su existencia, la primera muy agitada y la segunda más bien hogareña y muy especialmente los personajes de sus obras. Cervantes (1547-1616), con su admirable e ingenioso *Don Quijote de La Mancha*, y Alain-René Lesage (1668-1747), escritor francés que se inspirará en la picaresca española para escribir su novela *Gil Blas de Santillane*.

<sup>113</sup> Escritor, historiador, arqueólogo; Inspector de Monumentos Históricos, de los castillos de Blois y de Chambord, Prosper Mérimée (1803-1870) debe su celebridad a *Carmen*, historia que le relató la condesa María Manuela de Montijo, que aparecerá en la *Revue des Deux Mondes* antes de ser publicada en 1846. Más adelante será Senador y, luego, Comendador y Gran Oficial de la Legión de Honor.

<sup>114</sup> La condesa María Manuela Kirkpatrick de Montijo (1794-1879), de origen escocés por línea materna y española por su padre, el conde de Teba, conoció a Prosper Mérimée en 1830 y sostuvo con él una larga y afectuosa correspondencia. Fue su musa y su confidente.

<sup>115</sup> Eugenia, hija de la anterior, nació en Granada, en 1826, en una familia de afrancesados y murió en el Palacio de Liria, en Madrid, en 1920. Fue esposa de Napoleón III, emperador de los franceses a partir de 1853, considerada una de las mujeres más hermosas de su época. Durante toda su vida mantendrá una afectuosa relación con Prosper Mérimée.

Napoleón III, a quien había dado, durante una instancia suya en París, clases de francés para perfeccionar su educación literaria.

Miró entonces disimuladamente a Mercedes y se ruborizó: iesta ardiente habanera en otro tiempo le había revelado la fogosidad, la pasión y la gracia de las mujeres de ese país de amor y, en algún momento, lo había inspirado en su creación!

Y luego, durante el trayecto, acaso por galantería, pero no sin cierta satisfacción personal quiso informarle a Mercedes que acababa de concluir un volumen de noveletas que editaría próximamente y que, una de ellas, cuyo título era *Carmen*, acababa de ser publicada en la *Revue des Deux Mondes* y había gozado de excelente acogida. Por aquella época, por supuesto, Mérimée no sabía que su heroína inspiraría mucho tiempo después a Georges Bizet,<sup>116</sup> un gran músico francés que haría de ese relato la ópera más popular del repertorio lírico y lo propulsaría a él también en la historia de la literatura y de la música, por ser el autor original, lo que en realidad no es muy exacto, pues fue la bella condesa de Montijo quien le había relatado ese hecho dramático que había tenido lugar en realidad. Por esa época Prosper Mérimée no era todavía célebre y su personalidad no lo hacía demasiado simpático, pues era frío y poco sensible. Se decía incluso que Víctor Hugo había utilizado su nombre en una ocasión en la que dijo: *es un paisaje sin relieve alguno, como Mérimée*. No obstante lo cual, este último se jactaba de buscar la satisfacción que todo buen narrador brinda a una historia bien contada. Crítico e historiador, Mérimée se interesaba también por la Arqueología y, como era amigo de Viollet-le-Duc,<sup>117</sup> lo habían nombrado recientemente Inspector de Monumentos Históricos, para la restauración del castillo de Blois, residencia favorita de los reyes de Francia.

El personaje era lo suficientemente serio e interesante como para atraer la atención de su pasajera, pero el hecho de detestar el énfasis tanto estético como afectivo, hacían de él un ser “helado”, calificativo que, por cierto, no rechazaba, así como de la expresión referida a él de “melancolía irónica que le es habitual”.

---

<sup>116</sup> Músico francés (1838-1875), primer premio de piano en el Conservatorio de París a los 12 años, Gran Premio de Roma a los 19 años, es el compositor de *Carmen*, estrenada en la Ópera Cómica en 1875, que resultó ser una de las óperas más famosas e interpretadas en todo el mundo.

<sup>117</sup> Arquitecto francés (1814-1879) especializado en la restauración de monumentos históricos y cuyos proyectos resultaron, en ocasiones, controvertidos, como fue el caso de la flecha construida en Nuestra Señora de París, en el cruce del transepto con la nave de la catedral.

Lo que en cambio irritaba a Mercedes era el tono reticente y ligeramente despreciativo que había empleado, según supo, al referirse a ella en la correspondencia que mantenía sistemáticamente con la condesa de Montijo. Primeramente la había retratado, presentándola como una mujer solitaria, triste y en una etapa de decadencia irreversible de su belleza y de su gloria, que temía las fatigas de un viaje largo y los peligros que su ingenuidad e inocencia pudieran hacerle correr.

“La señora Merlín se ha convertido en autora. Hace novelas anónimas, y me envía las pruebas para corregir con gran misterio... Esto me crea un gran conflicto, pues casi siempre me dan ganas de tacharlo todo. Se figura que nadie ha de saberlo, a pesar de haberse confiado a un editor. Hay en su obra alfilerazos bastante agudos contra ciertas personas conocidas, que sin duda alguna, contribuirán al éxito”.<sup>118</sup>

Por su parte, Mercedes nunca se había hecho muchas ilusiones acerca de este personaje sarcástico y presuntuoso que le recordaba a Chasles por su parecido, pero que, en realidad, nunca había formado parte del grupo de sus amistades íntimas ni de sus afinidades electivas.

No era pues el compañero de viaje ideal, el que había imaginado que la acompañaría en ese instante doloroso cuando todo lo proyectado se volatilizaba poco a poco. Es cierto que ella no lo había escogido para realizar juntos ese tramo del viaje por lo que se preguntó si el encuentro había sido, como luego él hizo creer, que era el feliz fruto de una conjunción de circunstancias! Decidió pues abandonarse a su suerte y su cansancio se transformó pronto en un prolongado y amargo lamento contra la vida en general, contra la sociedad, contra estos hombres que se habían apoyado tanto en sus mujeres para lograr un puesto elevado en la sociedad, para luego burlarse de ellas. Y le vino de nuevo a la mente una reflexión que ella había destacado en una conversación: “Me parece que una mujer tiene más mérito siendo bella que brillando por su genio. Dejemos a los hombres tener esto último, ya que no tienen nada más”.

En el polvo de ese árido desierto resplandeció entonces el recuerdo de sus hijos, que había dejado en París, y el deseo de volver a verlos iluminó súbitamente el tiempo que la separaba de ellos.

Y mientras trataba de poner un poco de orden en su mente, la política vino a trastornarla una vez más. Sin embargo, en realidad Mercedes nunca la había buscado: la rechazó durante mucho tiempo en su salón y no sabía utilizarla con acierto además de que la juzgaba peligrosa, como arma de doble filo, cuyo poder y ambigüedad temía. A

---

<sup>118</sup> Toda la cita en español en el original. (*N. del T.*)

lo largo del siglo se había infiltrado en todas partes y se había convertido en el motor de toda la sociedad, que se alimentaba con política para poder evolucionar.

Sobre su mesa de escribir yacía el último artículo de la *Revue des Deux Mondes* que leía regularmente. Era de 1845 y se titulaba *La trata en Cuba y el derecho de visita*. Este era un largo informe de cierto Javier Durrieu,<sup>119</sup> periodista y político francés, acerca del libro de José Antonio Saco: *La supresión del tráfico de esclavos africanos en la isla de Cuba*, obra que había sido impresa en París en 1843.

“La isla de Cuba, la primera de las islas atlánticas cuyas amplias bahías habían acogido los bajeles europeos, la segunda en la que la esclavitud de los negros africanos sustituyó la servidumbre indígena, muestra en la actualidad un espectáculo singular. En Cuba, como en casi todas las demás islas antillanas, la industria y la agricultura solo prosperan gracias al trabajo de los negros; sin embargo, en ningún otro sitio se manifiesta una perseverancia más firme contra el tráfico de esclavos: en ningún otro sitio la gran iniquidad del siglo *xvi* ha sido tan atacada. Un hijo de Cuba, uno de los que con mucha razón se enorgullece más la vieja colonia española, el señor Saco, se ha constituido en el intérprete de sus deseos y de sus esperanzas: El señor Saco propone acaso los únicos medios que España podría llevar a cabo en la actualidad para eliminar la trata; medios diferentes —¿acaso es preciso decirlo?— del derecho de visita, de los cruceros ingleses y de la intervención perpetua de Inglaterra en los asuntos de la colonia. El señor Saco no es un desconocido en Europa. Una mujer que por su nacimiento pertenece a Cuba, si bien pertenece a Francia por su educación, la condesa de Merlín, en un trabajo publicado aquí mismo y que trata de su lejana patria, caracterizó dignamente el talento del publicista habanero. La señora condesa de Merlín lo ha dicho en términos excelentes. El señor Saco conquistó la estima en todas partes, por la pureza de sus puntos de vista, la fuerza de sus ideas, el apretado tejido de sus deducciones y la concisa firmeza de su estilo. Sin duda alguna, la señora condesa de Merlín aludía a los notables ensayos sobre las causas de la vagancia en Cuba y sobre la construcción de caminos. El señor Saco describe en ellos, con una escrupulosa exactitud el estado actual de las Antillas; para el que sabe observar y prever, es fácil presentir el futuro reservado

---

<sup>119</sup> Amigo de Blanqui, forma parte de la extrema izquierda. Es jefe de redacción de *Temps* y crea el diario *La Révolution*; es autor del volumen *El golpe de estado de Luis Bonaparte. Historia de la persecución de diciembre. Acontecimientos, prisiones, casamatas y pontones*, obra que Víctor Hugo poseía en dos ejemplares en su biblioteca de Hauteville-House.

en el Nuevo Mundo a la civilización europea. De 1832 a 1834, el señor Saco dirigió la *Revista Bimestre Cubana* de gran difusión y celebridad en las Antillas y que, según el señor Quintana, ese decano de las letras castellanas, es una de las mejores revistas que se hayan publicado en países de impronta española. [...] Detengámonos aquí pues acaso estamos expresando las más caras esperanzas de la colonia y no los proyectos reales de la metrópoli. ¿Serán acogidas y realizadas prontamente dichas esperanzas? Así lo creemos. Todo indica que España no quiere que se produzca un nuevo Haití en Cuba; no quiere en lo absoluto, si la raza blanca debe perder a la reina de las Antillas, que los ingleses se establezcan en La Habana, como en 1712 en Mahón<sup>120</sup> y en Gibraltar”.

A Mercedes le agradó de inmediato el tono de este panegírico y el honor que este historiador le hacía a Cuba, a sus intelectuales, a sus pensadores y escritores. La estima que sentía por su isla la conmovía profundamente y el impacto que tendría en la sociedad francesa sería, sin dudas, muy grande. Pero prefirió reservarse sus impresiones y no quiso reanudar con sus amigos cubanos la polémica sobre el tema con relación a su ensayo sobre *Los esclavos en las colonias españolas*.

Por otra parte, Domingo del Monte preparaba su viaje de regreso a Madrid en el momento en que ella regresaba de la capital española con las manos vacías. Sin embargo, gracias a la amistad que había cultivado con Martínez de la Rosa, Del Monte logró obtener de su amigo español una recomendación particular dirigida al general O'Donnell a favor de los miembros de su familia que permanecían en Cuba. Ya no consideraba útil eternizarse en París, donde ya no podía esperar más de lo que había logrado. Y cuando supo que se le había declarado inocente en la Conspiración de la Escalera, en la que se le había implicado, consideró que le sería más útil, en ese momento, el estar presente en el centro mismo del poder, es decir en la capital española y, por ello, decidió dirigirse de inmediato a Madrid.

A inicios de 1846, Domingo del Monte formaba parte otra vez de la *nueva Atenas*, pero esta vez, española, estableciendo toda una red de relaciones hasta el infinito... y sin dejar de exponer abiertamente las diferencias que había encontrado entre sus relaciones parisinas y sus *tertulias*<sup>121</sup> madrileñas.

---

<sup>120</sup> Maó en catalán, devino la capital de la isla de Menorca en las Baleares, después de la dominación británica en el siglo XVIII.

<sup>121</sup> En español en el original. (*N. del T.*)



París nunca había sido ni sería jamás como Madrid, exclamó Mercedes al escuchar esta opinión que Domingo le había escrito a un amigo: “Por lo demás, vivo en una agradable medianía, no tan bruto y tan retraído como me conociste en París. Aquí visito poco, poco visito, y voy a sociedades decentes y cortesanías; en este invierno he asistido a los bailes de la Reina, de las Embajadas extranjeras, de la Montijo... [...] En mi casa se reúnen, además, los jueves por la noche mis amigos, entre los cuales no falta nunca Félix Tanco...”.

Más que apenada, se sentía ofendida al pensar en los numerosos invitados de su salón parisense, que, obviamente, Domingo no había sabido justipreciar, pero desde hacía mucho tiempo sabía que ella provocaba rencores y animosidad, pasión y despecho amoroso, dado que la naturaleza había sido generosa con ella. Sin embargo, poco a poco se había resignado a ello al pensar que con el tiempo todo terminaría por desvanecerse tanto su belleza como los celos. Ya había cumplido 57 años.

Y entonces, para olvidar las decepciones pasadas y futuras, quiso reunir una vez más en su magnífico salón de la calle de Bondy, donde tuvieron lugar todas sus veladas musicales, a los aficionados y a los profesionales, sin distinción alguna, esto es, a todos aquellos que habían contribuido a su gloria y a su éxito a lo largo de los años. Tuvo un pensamiento afectuoso para todos aquellos que, lamentablemente, no podrían estar para unirse a ellos ese día: Rossini, que se había retirado a Bolonia y que ya no componía para el teatro; Chopin, que en Nohant se restablecía de una fuerte gripe contraída el invierno anterior y Liszt, de gira en Viena, ciudad que no había visitado desde hacía seis años. Pero habían aceptado la invitación todos los viejos artistas cuyas brillantes carreras había acompañado desde sus inicios, tales como Rubini, Lablache, Giulia Grisi y su marido, el tenor Mario, su hija, Josefa Teresa de Dissay, la condesa de Sparre, la señora Dubignon, los de Orfila y la pareja Belgiojoso. Contaba también con la asistencia de su último protegido, que debía unirse a ellos, Louis Moreau Gottshalk, el nuevo “león del piano”, tan joven y ya tan talentoso. Tenía más o menos la misma edad que la Malibrán cuando había hecho su debut en su salón y Mercedes imaginaba siempre que podía ver su frágil silueta flotar alrededor del majestuoso piano de cola de donde a veces se escapaba de manera milagrosa, como el eco de su voz, ese timbre cálido cuya excepcionalmente extensa tesitura llenaba el espacio y encantaba a los invitados. Hacía, sin embargo, más de diez años, que esta *primadonna assoluta* había desaparecido de la escena.

Luego, Mercedes se fue a descansar a Aquisgrán, donde algunos amigos la reconocieron y transmitieron la noticia de su llegada al balneario. Entre ellos se encontraba, una vez más, el famoso Prosper Mérimée que siempre aparecía cuando uno menos lo esperaba, muy contento de poder sacar algunos croquis de nuevas siluetas para su álbum de viaje: “Madame Merlin está en Aix- La-Chapelle. La vi unos días antes de su marcha. A cien pasos, no se le daría más de treinta años. [...] Efectos maravillosos de las capotas y los vestidos de verano”.

Siguiendo los consejos de sus familiares había venido a esta ciudad, antigua capital del inmenso imperio de los francos y residencia de Carlomagno hasta su muerte. Situada en la región de Renania Septentrional, esta ciudad era famosa desde la antigüedad por sus manantiales termales que los romanos, aquejados de reumatismo, apreciaban por las virtudes curativas de estas aguas, las cuales se consideraban las más cálidas de los Alpes del norte. Durante los siglos que siguieron, se fueron construyendo termas y un inmenso palacio sobre un terreno de 20 hectáreas. Y fue así como, gracias a su situación privilegiada, la ciudad de Aquisgrán ascendió muy pronto a la categoría de “baños de moda”, donde la crema y nata de la sociedad acudía para curarse y descansar. Venían de todas partes de Europa para beneficiarse con las delicias tan ponderadas de sus aguas y aprovechar la ocasión para disfrutar de otros encantos que podían hallarse en la ciudad, tales como conciertos, recepciones o bailes. El lugar gozaba de muy buena reputación, a pesar del olor muy particular a azufre que se reconocía de inmediato desde que uno se aproximaba a los manantiales sulfurosos que manaban por todas partes en el interior de la ciudad. Curiosamente, nadie precisaba si se trataba de algo desagradable para los que iban en busca de una cura, ya que lo más importante era conservar la juventud y la salud!

Y desde que llegó Mercedes no dejaba de pensar en su joven pupila, María Malibrán, que había cantado *La sonámbula* de Bellini en Aquisgrán solo unos días después de su trágica caída del caballo. Y así, a pesar de los violentos dolores de cabeza, siguió cantando, trabajando, para olvidar y para huir de sí misma, como si una voz secreta le hubiera advertido que le quedaba poco tiempo. Y en ese estado de ánimo se apresuró para terminar la *Romanza de la muerta*.

Luego regresó a Francia y, cuando se encontró con algunos amigos en París, durante algunos días pareció más animada. Vana ilusión de su parte que ofreció como un adiós a su público, pues ella siempre se había vanagloriado de saber la hora y el día exactos de su muerte. Y el rechazo que experimentaba debido a este pensamiento que para ella era la verdad misma, explica varios rasgos de su carácter que hubieran parecido insignificantes o ridículos a los demás.

Mercedes estaba en ese estado de ánimo cuando tomó la pluma para escribirle a Víctor Chasles, a quien tanto había querido, o al menos así lo creyó durante un breve espacio de tiempo, pero el suficiente para ayudarlo a sobreponerse a todos los dramas de su vida. Nada le interesaba y mucho menos escribir nuevas obras literarias: “Amigo mío, bordo mucho y lo hago bien, lo que se aviene a mi proclividad tanto por la actividad como por la pereza. Detesto, eso sí, la pluma; cuando uno tiene la desgracia de lograr prevenir lo hermoso pero no lo alcanza, hay que abandonar el partido. Además, mi salud no me permite un trabajo intelectual que exija esfuerzo; conservo todavía la facultad de la observación práctica”.

Y un día de desesperación le confía: “Si los cuidados que creéis deberle a vuestra esposa os exigen permanecer junto a ella, debisteis decírmelo francamente; si por el contrario, vuestro viaje a St. Germain era un viaje de placeres misteriosos, hubiera sido preciso que vos, que tenéis tanto talento, hubierais mostrado mayor previsión. [...] Habéis cometido un error al engañarme; error que es grave e irreparable y pienso que los placeres que habéis disfrutado, por muy embriagadores que los hayáis encontrado, no valen la confianza y la estima de una mujer honesta. ¡Siempre preferí la crueldad a la duplicidad! Puedo olvidar la primera, pero nunca olvido la segunda. Creedme, no acumuléis conquistas, pues no conseguiréis la felicidad. Solo dura lo que es verdadero”.

Dos días después le pregunta: “Tengo necesidad de saber el estado de mis asuntos y por delicadeza hacia vos no osé interrogar a nadie al respecto... [...] otros lamentables informes me han llegado por distintas vías... [...]; vuestra reputación está ciertamente en peligro, cosa que me desespera, pues vuestro silencio y vuestro alejamiento de mí pudieran justificarlo todo y haceros daño”.

Luego le aconseja: “Conservad esa mujer que os encuentre a vuestra llegada en espera de algo mejor: ella me vengará pronto; estoy segura. No me escribáis más; no vengáis más a mi casa... No tratéis de verme; disfrutad en paz vuestros amores... Podéis estar tranquilo, no los interferiré. Adiós. Jamás os perdonaré la pena que me habéis dado. ¿Qué os he hecho por haber hecho todo lo posible para que seáis amado? ¿Y vuestra enemistad no hubiera sido más humana?”

“Adiós. No quiero escuchar nunca más vuestro nombre...”

“Adiós de nuevo. Hacedos la idea de que he muerto... Esto hubiera sido mejor que haberos conocido. Devolvedme mis cartas... ¡pero ni una sola palabra suya!”

Abandonada y completamente harta de la actitud cada vez más desfachatada de ese hombre vil y ambicioso con relación a los problemas financieros de los cuales era el único responsable, a Mercedes ya no le queda más remedio que tomar las riendas de su vida para poner en orden su dramática situación, prepararse para abandonar su soberbia residencia de la calle Bondy, en el palacio Rosambo. Al mudarse tendrá que separarse no solo de su amiga, la condesa Elisa de Lariboisière, mujer muy bondadosa y de notable inteligencia, pero también vecina suya, una de las personas con quien se relacionaba habitualmente, que asistía a las veladas de su salón, de ese lugar mágico que le gustaba compartir con ella cuando celebraban los conciertos y cuyas perta-ventanas se abrían de par en par en el balcón del primer piso.

Todo esto ocurría anteriormente, cuando Christophe-Antoine, su esposo, estaba a su lado, pero ahora sabía que su imagen había pasado a la inmortalidad. En la piedra gris del Arco de Triunfo de la Estrella, en la pared interior del pilar sur, en la trigésima columna, están grabadas para la eternidad esas seis letras: MERLIN, un apellido entre centenares de otros que se añaden a las personalidades y generales que sirvieron durante la Revolución Francesa y el Imperio, guardianes inmutables, anónimos y célebres de este sagrado templo, edificado en memoria de todos ellos. Mercedes está orgullosa de este reconocimiento que hacía Francia, su patria de adopción, a sus hijos escogidos entre los más nobles y los más valientes; una espléndida sonrisa ilumina su rostro, como cuando todavía era feliz.

Se sube pues un tanto más ligera a su coche, que la conducirá a la última sección de su recorrido, un poco más lejos, en el noveno distrito, en el No. 18 de la calle de Berlín,<sup>122</sup> donde la animación no es exactamente la misma. Se aleja de los teatros y de la vida parisiense, de ese barrio de la *Nueva Atenas* para, sin quererlo, aproximarse a la iglesia de Nuestra Señora de Loreto, como si cada edad tuviera sus propios placeres, y las preocupaciones celestiales sustituyeran a las seculares.

Por esta época también Balzac le comunica que acaba de dedicarle su noveleta *Los Marana*, en testimonio de la amistad que siempre había existido entre ambos y que nunca había tenido etapas de alejamiento pues —añadía ante sus amigos— “la condesa era verdaderamente tan buena que casi no tenía enemigos”. Al menos ese era su parecer, y ella

---

<sup>122</sup> A inicios de la Primera Guerra Mundial se le cambió el nombre y se llamó calle de Lieja.

se sintió reconfortada. Una nueva edición de ese relato<sup>123</sup> acababa de ser publicada como parte de la *Comedia Humana* como parte de los *Estudios filosóficos* del autor.

Algunos cronistas llegaron, de inmediato, a la conclusión de que la señora Merlín debió ser una persona hecha para agradar el talento de Balzac. Es cierto que, a todo lo largo de su carrera, Mercedes le había facilitado preciosas y abundantes informaciones sobre España, no solo en sus libros, también ien el transcurso de encantadoras conversaciones!

Y comentaba esta apreciación: “Los amantes de la exactitud a veces la juzgan severamente a causa de sus exageraciones y descuidos: pero, si bien no era siempre exacta, al menos poseía con toda certeza el poder de interpretar de manera vivaz el alma española”.<sup>124</sup>

Cada vez más cansada e indiferente ante ese torbellino intelectual de París, Mercedes desea retirarse lo antes posible, descansar y volver a tomarle el gusto a la vida en ese viejo castillo de Dissay junto a sus hijos y nietos, disfrutando a plenitud de todo el tiempo para trabajar libremente.

Acaba de terminar una obra, cuyo manuscrito le ha enviado al editor Paul Permain, el 1º de enero de 1847. Es el primer volumen de un libro cuyo título es *La expiación*.<sup>125</sup>

“Hubiera querido enviároslo hace un mes si la falta de un copista en esta soledad en que me encuentro en la región de Poitou no me hubiera obligado a pasar en limpio este volumen mientras trabajaba en el segundo. Me parece que hice lo mejor posible; no sé si hallaréis conveniente el corte de los capítulos; podéis añadir un título, pero que no haya interrupciones en la publicación de la obra; esto es muy importante para el éxito de toda novela publicada en un diario y le pido muy especialmente que preste atención a este aspecto. Sé que el señor Balzac pasará antes que yo. Tenía la esperanza de que la publicación de mi novela siguiera a *Los incendiarios*. ¡Constato que me habéis sido infiel! Como no regresaré a París sino hasta fines de junio, el señor Philarète Chasles me prometió corregir las pruebas.

---

<sup>123</sup> La dedicatoria de Balzac, “A la señora condesa de Merlín”, de su relato *Los Marana*, que ya había sido publicado en 1834, fue reeditado en la nueva “edición Furne” de la *Comedia Humana* en el tomo II de los *Estudios filosóficos*. No tenía subdivisiones, ni subtítulos, ni epígrafes, sino esa simple dedicatoria.

<sup>124</sup> Esta cita está tomada de la obra *España y los españoles en la obra de Honoré de Balzac*, de Victor L. Leathers, París, 1931.

<sup>125</sup> Luego le cambió el título por el de *El duque de Atenas*.

”La parte histórica es exacta así como los notables hechos que se relacionan con la tiranía del duque de Atenas. Hubiera podido indicarlo mediante algunas notas pero esto me pareció que no se avenía a las características del folletín.

”En cuanto al capítulo de introducción sobre la época histórica a la que se refieren los hechos citados en la novela, me parece que se debiera imprimir en caracteres mayores, pues no forma parte de la novela”.

Y antes de que la primavera la sorprenda, recibe de nuevo a su gran amigo Balzac; la siguiente agradable carta que le envía fue fechada en marzo de 1847.<sup>126</sup>

“Querida condesa,

”Le he preguntado a todo el mundo por vos a inicios del invierno y me han dicho que estabais en Dissay; por una casualidad muy lógica, su carta me llegó mediante rebotes y me la entregaron el domingo. Le dije a la señora Gay, estando de visita en casa de Víctor Hugo, que no podía ir a cenar con vos y vuestros amigos —lo que, como sabéis me priva de un gran placer. En este momento y por lo menos en los próximos diez días, un trabajo exorbitante que me ocupa todo el tiempo; pero en cuanto termine iré a veros para saber de vos y para pedir os una revancha, ya que como sabéis, todo no es color de rosa en la vida literaria; a menudo hay que renunciar a muchos placeres!...

”Permítame ofrecerle un saludo muy amistoso y respetuoso”.

Es allí, lejos de la sociedad donde se entera de la súbita desaparición del príncipe que la cortejaba, Jérôme-Napoléon-Charles Bonaparte, quien había sido Capitán y luego Coronel del Octavo Regimiento de Línea en el ejército de Wurtemberg, en cuyo seno prestaba servicio en la corte alemana de su tío materno, Guillermo 1º de Wurtemberg.

El 12 de mayo de 1847 fallecía a la edad de 32 años y aunque Mercedes sabía que adolecía de una salud muy frágil desde niño, su muerte prematura la sorprendió y la conmovió profundamente, sobre todo porque lo había visto en Baden hacía casi seis años, más amoroso y galante que nunca. Pero lo que no sabía y que algunos amigos le contaron es que, el gobierno de Luis-Felipe le había negado la entrada al territorio francés, cuando en 1845, solicitó permiso para ir a los baños de Vernet-les-Bains. ¿Habría querido ver por última vez a su amada? Quiso que ese dulce pensamiento, que tanto agradó a su corazón, fuera el de despedida.

Tantas mezquindades reavivaron el doloroso recuerdo que tuvo que soportar el poeta nacional José María Heredia, que imploraba los

---

<sup>126</sup> Correspondencia de Honoré de Balzac, 1819-1850, t. 2, CCCXXVII, pp. 314-315.

favores del Capitán General Miguel Tacón para lograr la autorización de visitar su isla natal, y darle apenas un beso a su madre antes de morir. Mercedes recordó que había recibido esa triste noticia hacía 11 años y ahora, a través de José Luis Alfonso, quien residía en París, había recibido una carta de Domingo del Monte donde le informaba que: “José María vino a la Habana solicitando antes permiso de este señor general por medio de una carta... que no me gustó ni ha gustado a ninguna persona de delicadeza. [...] Perdió su prestigio inmenso poético-patriótico, tanto que la juventud esquivaba el verle y tratarle. Él, sin embargo dice y cree que no ha cometido acción villana que lo rebaje, y extraña que se le juzgue con tanta severidad”.

De este último no había recibido noticia alguna, pero había sabido por personas cercanas a él que la estaba pasando muy bien en Madrid y que no necesitaba nada de ella. Incluso, le habían llegado rumores confirmando que muy pronto había logrado recomponer su red de relaciones compuesta, tanto por cubanos exiliados en Madrid, como por algunos de los más influyentes españoles de la capital, y que decía que no sentía la menor nostalgia por sus amigos parisinos. De esta manera se pasaba la página de ese gran Libro de la Vida en el cual había comprendido, finalmente, que ino valía la pena esperar agradecimiento alguno de nadie!

Por fin, el 18 de agosto de 1847 tuvo lugar el drama familiar que se abatía bruscamente sobre su antiguo amigo, el general Sebastiani, el primero de los oficiales franceses que la cortejó cuando residía en Madrid. Esa noche, el duque y la duquesa de Praslin, su hija, junto a sus numerosos hijos regresaron del castillo familiar en Veau-Praslin, para visitar el magnífico y suntuoso palacio del su padre, el conde Horace Sebastiani de la Porta, quien había sido ministro varias veces durante el reinado de Louis-Philippe y que residía en París en la calle Saint-Honoré. ¿Qué ocurrió durante aquella noche fatal? Al parecer se escucharon gritos espantosos y al amanecer encontraron a la duquesa salvajemente asesinada por su esposo, el duque de Praslin, quien, aunque fue de inmediato acusado, se le dejó en libertad, momentáneamente, gracias a la inmunidad que le confería su título de Par de Francia, lo cual le concedía una total inmunidad.

Unos días más tarde, el duque hacía justicia él mismo al envenenarse con arsénico, según se leyó en la prensa. Sin embargo, el escándalo se había desencadenado y el crimen se convirtió en la prueba fehaciente de una corrupción generalizada del sistema. Un Par de Francia escapaba a la justicia, mientras que numerosos presos políticos estaban presos por delitos de mucho menor peso.

Mercedes se encontraba por esa época en el castillo de Dissay y un mes después de saber la noticia le decía en una carta a Chasles: “En medio de esta soledad en que vivo ¿qué os podré decir que pueda interesaros? [...], el mundanal ruido llega hasta mí y me informa y me entristece a la vez; el drama de los Praslin me conmovió tan profundamente que me enfermé [...]”.

Este drama fue uno de los principales escándalos de la Monarquía de Julio, pero hubo otros. El descontento fue en aumento, el desempleo también; las desigualdades se hacían más agudas entre los favorecidos por el régimen —enriquecidos por los bancos, el negocio y la industria— y la clase obrera, despojada de toda esperanza. Las revueltas y los atentados se multiplicaban; la represión se organizaba contra la libertad de prensa y el derecho a reunirse. Comenzó entonces la famosa “Campaña de los Banquetes”, en los que los invitados pagaban su cubierto para asistir a cenas que, en realidad, no eran sino reuniones públicas, especie de tribunas en las cuales se podían expresar las ideas más revolucionarias. El gobierno se hizo cargo muy rápidamente y las prohibió. Fue así como el poeta Alfonso de Lamartine, desafiando la prohibición que había dado el gobierno, tomó la palabra para declarar ante una multitud excitada: “Si la plaza de la Concordia quede desierta y todos los diputados dejan de cumplir con su deber, de todas formas yo iré solo al banquete.”

El drama de la hija de Sebastiani angustió durante mucho tiempo a Mercedes. Durante estos últimos años ya se veía que su estado de ánimo no era muy bueno y podía leerse en su rostro, entre los pliegues que circundaban sus labios, una ligera amargura. Según le parecía, durante toda su vida los hombres habían abusado con demasiada frecuencia de las mujeres y sin embargo, ¿de qué podía quejarse? Los había amado con locura; habían sido tantos los que la adularon, los que le hicieron la corte e, incluso, los que lograron seducirla... Había sido la bella criolla, una de las mujeres más hermosas de París. A menudo, en sus horas solitarias, pensaba en ello con el objeto de alejar de sí para siempre la imagen de Víctor y sustituirla por la de otros, de tantos otros que hubieran deseado con creces ocupar su lugar, un lugar que él había ocupado demasiado pronto y muy mal a lo largo del tiempo...

Acababa de leer ese relato cuando tomó la pluma para dirigirle de inmediato alguna expresión de condolencia a su viejo amigo, Horace Sebastiani. Una lágrima se deslizó suavemente por su mejilla.

Y de repente fue como si lo viera de nuevo, cuando venía todas las tardes a la casa de su madre para tener con ella muchas atenciones.

“Me gustaba oírlo conversar. Había viajado mucho y sabía una enorme cantidad de anécdotas que le gustaba contarme para atraer



mi atención. Su mirada y su sonrisa eran dulces y armoniosas; pero había en su discurso algo de acompasado, de estudiado, que me inquietaba y me impresionaba al mismo tiempo. Siempre sentí una suerte de miedo frente a los que disfrazan su propia naturaleza, ya sea porque les da una cierta ventaja con relación a la sinceridad de mi carácter, o porque seguramente tienen buenas razones para ocultarse”.

Y recordaba también:

“El general Sebastiani estaba dotado de una naturaleza noble y bondadosa; le resultaba muy ventajoso dejarse ganar por los impulsos de su corazón. Hacía todo lo posible por persuadirme de que me amaba; es más me lo decía y me lo repetía con frecuencia [...]; Eso me preocupaba pero no me atrevía a provocar una explicación al respecto”.

Y entonces se puso a pensar en ese anciano enfermo que había perdido a su segunda esposa hacía cinco años y que lloraba por la muerte de su hija en ese momento.

Una vez más, la vida le había ahorrado ese sufrimiento y le dio gracias al Señor.

Desde hacía algunos meses, en efecto, Mercedes prestaba atención con toda seriedad a su futuro. Se sentía harta de la alta sociedad, de sus frivolidades y de sus vicios; hastiada de éxitos y en guerra contra ese sucio egoísmo con el que tropezaba a cada momento de su vida. Durante estos últimos años, presa de una especie de crisis dolorosa, se había alejado de los placeres de la vida social y, después de haber visto de cerca a todas las glorias de este mundo, ya no admiraba ninguna. Una profunda tristeza y un inmenso rechazo de todo lo que la rodeaba la impulsaron a buscar un refugio en otros sitios. “Elevé los ojos al cielo y la misericordia divina se me apareció en medio de una nube dorada y de una aurora boreal” —le dijo a sus íntimos— y quiso luego explicárselo por última vez a su amigo Chasles, el 15 de diciembre de 1847.

“Busqué consuelo en la lectura de los Evangelios y lo encontré. No sé qué otros males me reserva el destino, pero los aguardo con valentía... Aprendí a creer en Dios y a amarlo durante mi infancia eso es todo, pero ignoraba profundamente las verdades, la ley y los principios del cristianismo, y —cosa singular— ini tan siquiera sabía lo que eran los Evangelios!

”No sabéis, amigo mío, con qué avidez me abismo en la vida de Jesucristo, itan santa, tan grande, tan perfecta! Os equivocáis al pensar que se pueda considerar una debilidad vuestro sentimiento religioso. ‘La semi-ciencia rechaza las creencias, pero la ciencia regresa a la fe’ dijo un gran filósofo. En efecto, solo los torpes y los insensatos niegan la existencia de Dios; y si es necesario tener

una religión, la católica es la mejor y la mejor probada. No es una debilidad tratar de imitar la espiritualidad de los grandes cristianos y aceptar su creencia: san Agustín, Bourdaloue, Massignac, Bossuet y tantos otros, valen mucho más que los pigmeos que se creen filósofos en la actualidad”.

El 22 de febrero de 1848, cuando Rodolfo Apponyi, altivo y brillante como sabía serlo, está preparando el baile que debe ofrecer en la Embajada de Austria, los insurrectos hacen las primeras barricadas, el rumor proveniente de las calles se amplifica y llega a inquietar la población parisina. Por su parte, el gobierno no ha comprendido nada y Louis-Philippe, enfrentando la inquietud de sus seguidores, sigue bromeando con ellos diciéndoles: “Llamáis barricada a un coche volcado por dos pillastres”... ¡Que historia! Al día siguiente tenía lugar su abdicación.

El conde Rodolfo suspende pues su recepción e inicia su paseo por el Bulevar de las Capuchinas cuando, de repente, ve que avanza, en sentido contrario, una columna de jóvenes en camisa que gritan a toda voz: ¡Abajo Guizot! Bloquean el Bulevar, cunde el pánico y los soldados disparan a quemarropa. Apponyi asiste a la matanza, que dejará 53 muertos.

Poco a poco, a medida que transcurren las horas, se construyen barricadas con los adoquines y el número de víctimas, que ascenderá finalmente a más de 1 500, aumenta. Marie d'Agoult, la fiel compañera de Liszt, resume en pocas palabras la situación: “Ya nadie estaba al mando, no había voluntad alguna, todo no era más que confusión, desorden, decepción, desgano”. Fue el último día de la Monarquía. La familia real abandona el palacio de las Tullerías. Y cuando Apponyi le pregunta a los rebeldes, estos le responden: “Van a saquear el palacio”. Luego, escribirá en su diario: “Ha concluido pues la realeza de julio”.

En el nuevo gobierno provisional que se constituye en el Ayuntamiento, Lamartine, el querido poeta, queda a la cabeza del Ministerio de Relaciones Exteriores, como lo había sido Chateaubriand cuando la segunda restauración, entre 1823 y 1824; pero su triunfo político será de corta duración; el trabajo es superior a su capacidad: las finanzas son deplorables y las bancarrotas se suceden de manera inconcebible.

Mercedes ya no está en París durante esa primavera de barricadas y de todo tipo de peligros. Se recluye en el castillo de Dissay pues teme, sobre todo, la anarquía y la guerra civil. Pero otros temas —como, por ejemplo, el hecho de que la política había sido eternamente ma-

nejada solo por los hombres— le preocupan mucho más. Es por ello que, cuando se decretaron las elecciones presidenciales mediante el sufragio universal, obra de Lamartine, no fue la única que se sintió ofendida y que criticó al poeta. En cuanto supo la noticia, Delphine de Girardin, una de las periodistas más brillantes durante el reinado de Louis-Philippe, hija de la gran cronista Sophie Gay, a quien Mercedes conocía desde hacía mucho tiempo, denunció a su vez la impostura en *Le Courrier de París* del 13 de mayo de 1848. “¡En sus bellas promesas de liberación universal, han olvidado a las mujeres! [...] Liberaron a los negros, que todavía no están civilizados, pero mantienen a las mujeres en la esclavitud. [...] Liberaron a toda la servidumbre de la casa [...] y ni tan siquiera se les ocurrió liberar a la madre de familia, al ama de casa: lejos de liberarlas, las anularon...”.

Para ella la injusticia es enorme, pues la clase a la que creía pertenecer, perdía de repente uno de sus mayores privilegios, el del sentido electoral.

El 20 de diciembre, el príncipe Luis Napoleón Bonaparte es proclamado presidente de la República; lo absurdo de esta elección es un golpe extraordinario pues, se trata, de un exiliado que nunca ha vivido en Francia, sino en Suiza. Escogido por un electorado poco informado pero susceptible a la leyenda napoleónica, se lo jugó todo a su apellido. Lamartine abandonará muy pronto la vida pública y Víctor Hugo se exiliará después del golpe de Estado, primero en Bruselas y más tarde en Jersey.

En el castillo de Dissay la vida transcurre con lentitud y, bruscamente, pareció como si el tiempo mismo se hubiera detenido cuando, el 12 de mayo de 1849, Firmin Désiré, el yerno de Mercedes fallecía. Solo tenía 54 años y deja una madre, una viuda y tres niñas. La condesa de Merlín, de salud delicada para esa época, le brindó apoyo sobre todo a su hija Teresa, demasiado joven para aceptar esa vida de reclusión en un castillo demasiado grande, demasiado frío y, a pesar de la gritería y las sonrisas de las niñas, que iluminaban sus días de tristeza, sentía que la vida se escapaba poco a poco de su cuerpo, que cedía ante el peso del dolor y de todos los duelos que la abatían cada vez más.

Después de cada prueba, había tratado de reponerse e interesarse por los amigos que le quedaban y, sobre todo, por los acontecimientos literarios, que le importaban más que todo lo demás; hubo votación en la Academia Francesa para ocupar el puesto que quedó vacante luego de la muerte de su gran amigo Chateaubriand, quien acababa de fallecer en julio de 1848, en el momento en que los enfrentamientos eran más intensos y la represión más violenta. Por primera vez Balzac

se presentó como candidato pero, a pesar de que contaba con los votos de Víctor Hugo y de Lamartine, el duque de Noailles fue el feliz elegido. La segunda vez, para sustituir a otro inmortal desaparecido, Balzac volvió a fracasar y nunca más se volvió a presentar.

Así se iba la vida, entre pequeñas decepciones y grandes amarguras. Mercedes había decidido esperar serenamente que su destino la condujera hasta el fin de un camino que, de repente, le parecía que carecía de salida y que desembocaba en un inmenso terreno vacío, un espacio sin ocupar. A sus hijos, inquietos porque la veían languidecer, les respondía que los médicos le habían asegurado que solo podría salvarla una gran fuerza moral.

El acontecimiento que iba a precipitar definitivamente su fin, fue la venta inmediata del castillo de Dissay, el 30 de agosto de 1850, a la familia Fruchard<sup>127</sup> que tenía vínculos de parentesco con su yerno. Después, su hija se casó ese mismo año con Louis-Marie Alfred de Ferry, miembro de la gran nobleza e hijo de un emigrado de la Revolución, Tesorero General del ejército napoleónico en España. Abandonó el castillo en el que había pasado los instantes más felices de su vida, enterrando de una sola vez toda una etapa de su pasado. Su hija, que la había acompañado hasta entonces, partió en ese momento para residir en Autun, junto a su nueva familia.

Mercedes, entonces regresó sola a París, a su apartamento de la calle de Berlín en un momento en el cual el mundo literario acudía al lecho de muerte de Balzac. El día del entierro, cuando todo el cortejo fúnebre manifestaba su profundo dolor, con Alejandro Dumas y Víctor Hugo a la cabeza, este último, molesto por el elogio un tanto frío que hacía el ministro del Interior, exclamó: “Era un genio”. ¿Qué podía importarle que Balzac se hubiera mantenido fiel al legitimismo hasta el final o que se hubiera negado a acompañar el grupo de los artistas románticos cuando estos abrazaron la causa republicana?

La muerte de Balzac afectó profundamente a la condesa de Merlín, pues era el primero de “los grandes” de su antiguo círculo de amigos que la abandonaba.

Pero, aunque la soledad la hacía sufrir, Mercedes mantuvo su correspondencia con Víctor hasta el 30 de enero de 1851. Gracias a esas cartas se supo, que por esa fecha, todavía trabajaba con él.

---

<sup>127</sup> La primera esposa de su yerno, Firmin Désiré Gentien de Dissay había sido una señorita Fruchard, que murió en 1833. Tres años más tarde, el viudo se casaría con Teresa Josefa Merlín.

“Se había acordado —le escribe— que cada ocho días leeríamos un capítulo del trabajo en cuestión.<sup>128</sup> Reservemos pues para otra cosa que se avenga más a mis gustos nuestro proyecto de troque; vos no perderéis nada y yo podría ocuparme de lo que me interesa y ocupa tan agradablemente. Estoy completamente decidida, por razones que podréis adivinar y que no son personales, a no publicar con mi firma nada que no me pertenezca. Mantengámonos así. Hasta pronto, así lo espero. No sabría cómo decirle cuánto deseo continuar este trabajo; no vivo desde que lo interrumpí. Un saludo amistoso  
M.”

Esta fue su última carta.

En algún momento de la primavera siguiente Mercedes le escribirá a cierto señor Bouteiller, para ponerse de acuerdo con relación al alquiler de una casa campestre. Le precisa, sin embargo, el monto de su presupuesto: “Solo podré pagar por dicha casa campestre unos 2 000 francos y sé que vuestro precio está por encima del mío... [...] Quisiera ver la casa por lo que le ruego que me confie las llaves”.

Y luego, después del golpe de Estado de Luis Napoleón Bonaparte, que aplastaba la República y preparaba la restauración del Imperio, Víctor Hugo, el gigante, decidió irse de Francia. Su ausencia fue tan larga que Mercedes nunca pudo disfrutar de la alegría de saludar su retorno.<sup>129</sup>

Supo también que Domingo del Monte se encontraba en una difícil situación en Madrid debido al triunfo de las corrientes de pensamiento conservadoras y que había enviado a José Antonio Saco, quien seguía exiliado en París, todos los papeles que podían comprometerlo.

Además, una de sus más viejas amigas, la condesa Elisa de Lariboisière, con la que había compartido los salones de recepción del palacio Rosambo muchos años antes de ir a residir en él con su familia por más de 18 años seguidos, abandonaba este mundo el 27 de diciembre de 1851, solo dos días después de Navidades.

---

<sup>128</sup> Se trataba del manuscrito de *El duque de Atenas*.

<sup>129</sup> Mercedes nunca volverá a ver a Víctor Hugo pues, de la isla de Jersey adonde fue a exiliarse voluntariamente luego del golpe de Estado del 2 de diciembre de 1851, se instala en la isla de Guernesey y rechaza, sucesivamente, la ley de amnistía para todos los prisioneros políticos firmada por Napoleón III, en 1859 y, más tarde, en 1869.

Víctor Hugo no regresará a Francia hasta septiembre de 1870, para participar en la defensa de París, sitiada durante la guerra Franco-Prusiana.

Fue su hijo Gonzalo, que venía a visitarla con frecuencia, quien le comunicó la triste noticia, pero la consoló el hecho de que en su testamento, como no tenía hijos ni herederos, legó la mayor parte de su fortuna para la creación de un hospital en París,<sup>130</sup> en total dos millones seiscientos mil francos oro, equivalentes a un cuarto del costo total del edificio. Era un deseo que había formulado cuando tuvo lugar la terrible epidemia de cólera en 1832 y que hizo realidad mediante este legado, destinado en su totalidad a los pobres, que fue uno de sus últimos deseos.

No pudo haber gesto más noble ni más hermoso y, como Mercedes había regresado con toda naturalidad a la fe de su infancia, rogó por el descanso de su alma. A su vez, sentía que se le acercaba aquello que no tenía ni rostro ni nombre y que ella aseguraba no temer, que incluso deseaba a veces por cansancio y desesperanza.

¿Dónde había dejado esa vida que tanto había amado?

Sus últimas palabras fueron para su hermano y sus tres hijos. Su última imagen, para Cuba.

---

<sup>130</sup> Conforme a la última voluntad de la condesa de Lariboisière, ese hospital, uno de los más bellos de la capital por esa época, fue construido en la calle Ambrosio Paré, en París, en el 10º Distrito y, todavía, lleva el nombre de su benefactora. En la capilla del hospital se encuentra la tumba de su fundadora y, sobre el sarcófago, una bellísima escultura que representa la Caridad, realizada en 1853 por el artista italiano Carlo Marochetti.

# **EPÍLOGO**





## **Cuando se extinguen las luces de la fiesta... y el Adiós a la vida**



Y entonces, antes de que todo se sumergiera en lo infinitamente grande, algunas imágenes habían surgido desde muy lejos y otras se le escapaban... la memoria pertenecía a la noche, como los sueños a las horas en que se duerme; no podía contenerla en medio de esos sobresaltos, esas marchas atrás, esas imágenes congeladas.

“La parte de la casa que habitaba daba al mar; el terreno que lo separaba descendiendo ligeramente, recibía, en momentos específicos, el choque de enormes masa de agua que venían a chocar, unas veces furiosamente, otras con un ruido prolongado, me hacían caer en esa vaga ensoñación cuyo encanto posee una no sé cuál mezcla de tristeza y de expansión”.

“Al alejarme de mi país, abandoné todo aquello que me había amado, todo lo que había amado hasta entonces y sentía incluso en esa edad en que los hábitos tienen cortas raíces, cuán doloroso para el alma ese paso que separa los afectos pasados de los nuevos afectos”.

Acababa de cumplir sus 12 primeros años.

Había partido y luego había regresado. Pasó el tiempo... y, cuando regresó, 39 años después:

“No me equivoco —dice— es la casa de mi padre. Todo estaba en el mismo sitio. Ahí estaba mi cuna. [...] En esa otra habitación, detrás de un biombo chino, mi abuela azotó con un látigo a su hija menor, todavía una niña, y en ese momento, en el mismo lugar, me lancé como una leoncilla furiosa contra las negras que sujetaban a la víctima y las

mordí hasta sacarles sangre. Aquí, delante de esta pesada mesa, mi padre me cargaba en sus piernas y me mostraba su árbol genealógico.

”Bajo mi ventana observo la arena, fina y brillante, cubierta de miles de conchas que la marea trae cada día. Más allá, la inmensidad del cielo y la del mar se confunden a mi vista... Cuando lo recuerdo, me parece respirar todavía el aire suave de mi país, cuyo dulce calidez se apodera de mí, me penetra y excita en mí una deliciosa mezcla de fuerza y de languidez... ¡Poderes de la imaginación! ¡Dulce magia! Os doy las gracias.

”¡Estoy encantada! Desde hoy por la mañana respiro este aire cálido y amoroso de los trópicos, esta aire de vida y de entusiasmo colmado de dulces y suaves voluptuosidades!

”¡El sol, las estrellas, la bóveda etérea, todo me parece más grande, más diáfano, más espléndido! ¡Las nubes no se desplazan a lo lejos en el cielo, sino en el aire, cercanas a nuestras cabezas con todos los colores del arcoíris, y el espacio es tan diáfano, tan brillante, que cualquiera diría que está cubierto de polvo de oro! Mi vista no es suficientemente poderosa como para abarcarlo todo, y mi pecho no es suficientemente vasto como para contener mi corazón!”<sup>131</sup>

El pasado y el presente se entremezclaban y se cruzaban, como si el tiempo no tuviera importancia alguna, en ese nuevo espacio hacia el que dirigía sus pasos.

Y súbitamente, Mercedes tiende los brazos para atrapar en la mesa de noche un pequeño objeto que estrecha contra su corazón. Es un medallón, un retrato de su madre. Lo conserva todavía “¡está ahí sin alteración ninguna, como fue en el pasado! Su expresión es siempre de alegría: la vida que anima sus rasgos, esa fisonomía tan dulce que parece querer comunicar a los demás el bienestar de que disfruta; todo está en esa imagen ¡pero ella... ella ya no está! ¡Marchita por el dolor, segada prematuramente por su triste destino, se ha marchado! ...¡Nada queda de ella; y tantas perfecciones, tantas virtudes, han dejado menos huella que algunos tenues colores sobre una placa de marfil!”

Esos 12 últimos años que acababan de transcurrir, se mezclaban extrañamente con los 12 primeros de su vida, como si hubiera existido un orden natural empeñado en que el nudo del nacimiento se encontrara con el de la muerte, ¡aunque solo fuera para conferirle un sentido a nuestro destino! Toda su obra creadora estaba allí, desde

---

<sup>131</sup> Carta XIII dirigida a su hija, la señora Gentien de Dissay, *La Habana*, t. I.

sus recuerdos infantiles —período del que nunca sanará del todo— hasta ese regreso a un pasado que tratará de resucitar, más o menos, al visitar su isla natal. De todas maneras, la mirada que lanzará a sus imágenes olvidadas después de tantos años de ausencia, será el de una mujer madura, a menudo desencantada, reflexiones que tendrá con toda libertad, sin orden preestablecido y que dirigirá, en forma epistolar, a sus numerosos amigos, aquellos que a lo largo de los años habían tejido una suerte de telaraña alrededor de ella. Y para concluir ese ciclo que la conducía a su punto de partida, no vaciló en dejarnos un testimonio conmovedor, su última obra, la más íntima, la que no se hubiera podido ocultar y que era la más veraz, por ser la más espontánea, la más espiritual, y probablemente la menos trabajada: su correspondencia amorosa. ¡Acaso hubiéramos preferido también no conocerla nunca, para que conserváramos de ella solo su parte más luminosa! Pero tal vez las zonas sombrías son tan indispensables como las otras, al menos, para poner de relieve el sinuoso trazado de estos seres excepcionales.

¿Qué se sabía de ella? Muchas banalidades y casi nada... El comienzo de una hermosa historia que terminaba más bien mal.

Había reconocido, ella misma, haber sido una niña cuya sensibilidad había sufrido un desarrollo precoz que le había permitido alcanzar un nivel de exaltación particular por haber nacido, bajo la influencia de un clima de fuego, en el que la tierra fue modelada con la mejor arcilla, como había señalado ese gran crítico que fue Sainte-Beuve.

Por pertenecer a una de las familias más aristocráticas y criollas del siglo XVIII, algunos días después de su nacimiento se la confiaron a su bisabuela materna, después que su madre, abandonando sus muñecas, decidiera acompañar a su muy joven marido, quien por razones familiares debía trasladarse a Madrid. No obstante, esta ausencia fue muy pronto para Mercedes una suerte de abandono. Y antes de poder darse justa cuenta de su impacto y de su alcance, ese primer acontecimiento de su vida —escribirá algunos años más tarde en sus *Memorias*— tuvo una inmensa influencia en su educación y su destino. Lo recordará incesantemente durante toda su vida.

Pues la felicidad de la que habla fue la que le proporcionó su bisabuela, Mamita; primero, por la ternura desbordada que supo prodigarle sin límites y que no encontró nunca en sitio alguno con tal densidad y pureza. Y entonces, cuando un día sus propios hijos se le quejaron, su abuela les respondió con esta magnífica oración: “En ello alcanzo el último grado de mi existencia; idénjeme disfrutarlo!”

El segundo tesoro que le dejó en herencia fue su prodigiosa bondad, al inculcarle la idea de que el mundo estaba poblado por amigos y que habíamos nacido con el único objetivo de amarnos y de hacernos mutuamente felices.

Y fue así como hasta el fin de su vida quiso creer en ello; pero esa benevolencia que manifestaba espontáneamente a todos los que la rodeaban, le fue reprochada a menudo. Nunca logró librarse de ella totalmente, y aquello que le confería un encanto suplementario en el Viejo Mundo, irritó terriblemente a sus compatriotas y contemporáneos. Su compasión se transformó en paternalismo y su dulzura fue percibida como una terrible violencia.

Tuvo que aceptar la triste verdad de que “el exceso de bondad en una mujer es una de las cualidades que más difícil hacen el logro de su felicidad”. Lo aprendió mucho más tarde por experiencia y pagó por ello un precio muy elevado.

Todas esas cualidades y virtudes innatas y las que adquirió a lo largo de los años: belleza, clase, espíritu, talento, inteligencia, encanto, generosidad, honestidad, idealismo, sensibilidad artística, pureza hasta llegar a cierta ingenuidad y autosuficiencia, la convirtieron en la persona que era, lo que le valió numerosas críticas, en ocasiones, acerbas y, con frecuencia, injustificadas.

Mujer protegida, excesivamente femenina, feminista, estimada, adulada, e incluso sublimada, musa, inspiradora con aura y voz de diva, dama de las más relevantes y respetadas de todos los salones parisinos, bella entre las más bellas mujeres de París y de las provincias, Mercedes fue todo esto al mismo tiempo y, más que eso, unánimemente reconocida y apreciada en el cenáculo romántico que frecuentó, admiró y recibió en su casa. Todos, sin excepción, poetas, escritores, artistas y músicos de esa encantadora época pasaron por su magnífico salón de la calle Bondy; algunos se invitaron, les gustó el ambiente y trajeron a sus amigos, y otros, los más fieles, la acompañaron hasta que se apagaran las luces de la fiesta.

En el Teatro de los Italianos, donde tenía su palco, sus admiradores a veces se sentían desconcertados porque la entrada siempre estaba obstruida, de manera tal, que los más tímidos se mantenían apartados y, a veces, renunciaban a saludarla.

Antes de que sus ojos se cierren definitivamente, ella vuelve a ver, por última vez, a todos sus amigos desfilando ante ella; besarle la mano, danzar y brillar bajo las luces de las lámparas; todos están ahí: los más antiguos junto a los más jóvenes; los aficionados mezclados con los

profesionales: músicos, pianistas, cantantes, divas, tenores, escritores, poetas, ensayistas, críticos, intelectuales, literatos, gente de salón, aristócratas, príncipes y princesas, duques y duquesas, marqueses, condes y condesas, franceses y extranjeros, españoles y cubanos, de las más diversas sensibilidades artísticas y políticas que se cruzan y mezclan durante períodos enteros de la historia de Francia y de las privilegiadas relaciones de su patria adoptiva con España.

Recuerda una gran amalgama de nombres; primeramente, los de Rossini, Manuel García, María Malibran, Lablache, Rubini, Mario, la Grassini, Duprez; luego los de Chopin, Liszt, Berlioz, Louis Moreau Gottschalk, la princesa Belgiojoso, la condesa d'Apponyi, Chateaubriand, Alfred de Musset, Lamartine, George Sand, Víctor Hugo, Sainte-Beuve, Balzac, Prosper Mérimée; el general O'Farrill, el general Lafayette, el general Sebastiani, el marqués de Custine y el príncipe Jérôme Bonaparte, Sophie Gay y su hija Delphine de Girardin, la pareja de los Orfila; el pintor Goya, Martínez de la Rosa, José Antonio Saco, José Luis Alfonso y Domingo del Monte... y ¡cuántos más que ya no recuerda!

Probablemente, quisiera hablar de ese triste personaje que tanto daño le hizo y cuyo nombre no desearía ni tan siquiera pronunciar... e, incluso, su silueta que se ha ido borrando poco a poco en medio de ese torbellino de imágenes, de pensamientos y de reflexiones.

¿Qué le queda todavía de ese brillante mundo que acaba de atravesar? Fácilmente podemos imaginarlo: polvo de diamantes, destellos de luz, extravagancias, carcajadas, honores y aplausos en profusión, imágenes suntuosas de bailes y de recepciones. Pero lo que conserva con más cariño en su memoria, ante todo, es la música, esa sublime voz de mezzo-soprano de la Malibrán con su sonido cálido y vibrante que recorría todo el auditorio de su salón de música, se elevaba poco a poco deslizándose suavemente en tres octavas,<sup>132</sup> de lo más patético a lo más frívolo, envolviendo a su público y proyectándolo hacia una suerte de éxtasis que se aproximaba a lo divino.

María de las Mercedes se yergue en su lecho y exclama: “Es el soplo celeste de María, la diva, que acaba de consumirse y que se eleva hacia el cielo como un vapor perfumado”. Está convencida de ello íntimamente, pues desde hace tiempo se comunica con la cantante. Y entonces, súbitamente, conoce el revés de la gloria, el carácter efímero de la vida que, a menudo, la vejez precipita en la miseria y el infortunio. Mide la trayectoria de una estrella y el lugar que ocupa en

---

<sup>132</sup> Se decía que su voz partía del sol grave de contralto y se elevaba hasta el mi sobregado (sol 2-mi 5). Para su época, recorrer tres octavas en una décima de segundo, se consideraba, un don casi sobrehumano.

su órbita. Su ascensión fulgurante y su inexorable caída... ¿Acaso se refiere también a la suya propia?

Luego se echa de nuevo. Después de todo, ¿acaso no pertenecía ella también a esa miríada de cubanos que, dispersos por todo el mundo y lejos de su patria, se habían distinguido y habían brillado bajo otros cielos, mientras que en su isla natal eran poco conocidos, mal conocidos y, a veces solamente se le atribuía un calificativo anónimo como “la bella criolla” o “la bella cubana”. No se lamenta... el olvido nunca es definitivo, varía con el tiempo, Mercedes lo sabe por experiencia y, ciertamente, el reconocimiento no es algo obligado.

Por ello se encuentra tan serena ese último día del mes de marzo y la noche que cae dulcemente no le resulta una sorpresa, ino más que, antaño, cuando el fallecimiento de Mamita, cuya muerte había soñado antes de recibir la noticia! “Acaso la facultad de una vista premonitoria no sería un don que la Providencia concede junto a la de amar? No sé —decía para sí— pero siempre me ha tentado la idea de creerlo”.

Y muy pronto todas esas siluetas que vagan errantes a su alrededor como fantasmas nocturnos dejan de tener existencia. Las luces de la Fiesta se han apagado y el romanticismo se ha marchado. La Segunda República, no bien ha nacido, ya se ha visto expulsada por un Segundo Imperio que se perfila ya a inicios de 1852.

La Historia siempre había estado presente en la vida de Mercedes. Muy pronto, desde su llegada a España se tropieza con ella. Nunca la abandonará y todo comenzó con Napoleón, que toda su familia admiraba y de quien solía decir: “Todo eso fue la obra de un siglo. Pero Napoleón fue en ocasiones dueño del tiempo, como había sido dueño del mundo. [...] Me impresiona ese carácter poderoso y voluntarioso que lo impulsaba. Parece como si nos separara de él un siglo. A pesar del corto espacio de tiempo que nos separa de ese hombre extraordinario, [...] uno no puede menos que sorprenderse del viso de grandeza que la Providencia había impreso en su frente. Admiramos en él, con orgullo, esa distinción de la naturaleza humana, que es la única aristocracia verdadera, ya que procede de Dios. El más fuerte, el más inteligente se eleva siempre por encima de los demás y sufre las consecuencias de su elevación. [...]”

“Y así, en un mes, Napoleón había vencido, dispersado todos los ejércitos, ocupado la mayor parte de la monarquía, cambiado su gobierno, sus leyes y sus instituciones. La rapidez de sus movimientos, la exactitud de sus combinaciones en esa campaña no dejan de admirarnos. Pero no logra nada, ni tan siquiera consolidar el bien que quería

hacer, porque esa guerra fue injusta, pérfida y porque a veces en el transcurso de los siglos, a veces algunos hitos dan testimonio evidente de una moral eterna”.

Y en cada momento Mercedes tuvo que enfrentarse a enormes contradicciones, cuando el ejército francés se batió en retirada y escuchó, en medio del ruido provocado por las armas y las descargas de artillería, estas terribles palabras pronunciadas en su lengua materna: *Las armas de los muertos y matar Franceses*.

Era una orden que sus hermanos, al bajar de las montañas, le daban a todos los que hacían prisioneros. La condesa de Merlin tuvo una mirada triste que pronto rechazó para dar espacio a otra imagen, la de su entrada en Francia, la de su llegada a Pau. “Allí, sintiéndome totalmente ajena, inmersa en una soledad casi absoluta, me dejé caer en la más profunda melancolía. [...] Pronto me consolaría la llegada de mi esposo, quien consoló mis penas y entonces nos dirigimos a París”.

Es su historia y es también la nuestra. Es su pasado y también es el nuestro. Destino que resultó muy particular para ella pero que nos es común. Supo jugar maravillosamente con su triple identidad de cubana, española y francesa, de lo que se enorgullecía. Le gustaba decir que Francia no había ni cambiado ni disminuido en nada el ardiente afecto por su país: ese afecto nos brinda hoy, como un homenaje religioso, el tributo de su experiencia, el fruto de la civilización.

Además, sus *Recuerdos y memorias* concluían con esta hermosa declaración de amor: “¡Y tú, Francia, mi bella patria de adopción!, si algunas que las quejas se escaparon de mi pluma a lo largo de estos recuerdos, perdónamelos. Tú lo sabes, el corazón que sabe amar muy bien, te pertenece por entero debido a mi agradecimiento. Al calor de tu hospitalidad bienhechora, eché raíces en tu suelo y desde hace mucho tiempo acabé por crearme bajo el soleado cielo de La Habana”.

Numerosos fueron los autores y los críticos que la habían bautizado con el nombre de *La bella criolla* a causa de esa cálida belleza de los países de sol: tinte mate y dorado, mirada aterciopelada, labios rojos y sensuales. Y luego añadían: “Al encanto poético de su raza unía el espíritu y la distinción de la francesa”. En esa mezcla residía su originalidad. No obstante, le importaba mucho mantener su nacionalidad española.

Muy pronto conocida como *La reina de los salones* gracias a su talento, mimada, adulada, estimada por toda esa corriente romántica que la acogió en el seno de su Cenáculo, Mercedes fue también, no lo olvidemos, la primera escritora cubana de expresión francesa. ¿Por qué entonces fue tan poco apreciada por sus compatriotas? Si

hubo amargura, irritación y provocación de su parte, a veces incluso involuntariamente, también se trataba tal vez de una herida mucho más antigua que ella trató de ocultar y en la cual nunca tuvo tiempo de detenerse.

Ese profundo resentimiento que surgió con toda naturalidad de su origen de clase, quiso asumirlo plenamente, con la intención de extirpar lo mejor de él y no lo peor. Creyó que era su deber y tal vez también su poder y su imaginación.

Además, si casi no fue criticada por sus *Recuerdos y memorias*, en cambio lo fue mucho más cuando abordó el problema de la esclavitud, sobre todo en el ensayo publicado en la *Revue des Deux Mondes*.

¿Cómo hubieran podido los intelectuales de su país aceptar la mirada que ella dirigía a los acontecimientos que tenían lugar en Cuba en el momento mismo de su estancia? ¿Cómo hubieran podido no reprocharle el haber escrito:

“Me acuerdo del horror que me producía la esclavitud y, lo que resultará mucho más sorprendente, cuánto sentía ya a los ocho años la inmensa distancia que iba del amo al esclavo no era natural, que había algo de violento, de forzado, de monstruoso en esa dominación”.

Y de atreverse a añadir:

“Esa imagen de la esclavitud que tengo siempre ante mis ojos durante los primeros años de mi vida, lejos de afectar mi carácter, solo desarrolló en mi corazón sentimientos elevados, tan cierto es que el exceso de mal puede ser fuente de bien.

”Y así mi posición, durante mi infancia, me ponía en situación de ejercer la caridad como un hábito dulce: y al aliviar la miseria de los que me rodeaban sentía crecer en mí ese deseo de hacer el bien que es fuente de las satisfacciones más puras y duraderas”.

Se hubiera podido pensar que a esa edad su reflexión era sincera y que emanaba más de esa ingenuidad infantil y de su educación religiosa que de un pensamiento racional. Pero 30 años más tarde, esas palabras, que venían de una niña que era ya una mujer, les parecían inconcebibles y odiosas a aquellos que las escuchaban. Fue, pues, un malentendido desde el inicio, una torpeza que hubiera sido necesario recolocar en el tiempo y en el espacio.

Los recuerdos de infancia —decía con frecuencia como para disculparse— nunca deberían ser leídos por adultos que desde hace mucho tiempo han perdido su alma y su pureza infantil; y no se equivocaba.

A veces añadía a sus reflexiones algunos aforismos que no estaban desprovistos de sabiduría, pero que reflejaban siempre su fidelidad y su pertenencia a una clase determinada:



“La libertad de que goza la mujer desde la infancia, el dulce y constante calor de la atmósfera, le permiten conservar todo su frescor y su flexibilidad original”.

“El lujo de las mujeres es de una gran riqueza; no es un lujo aparatoso, sino sensual. [...] La mujer de las clases altas comprende las ventajas de su posición y posee los hábitos correspondientes, pero es simple y de carácter dulce”.

“La habanera es diferente de la Parisina; no trata de convencer a nadie de su importancia mediante la rigidez, la impertinencia o el desdén. Hay algo adorable en esos mimos, algo flexible en esa suerte de pudor que genera su grandeza al dirigirse a sus inferiores”.

Resulta natural que, al escribir su *Viaje a La Habana*, se elevaran voces que se preguntaron: ¿Qué podía conocer ella de su isla natal, de las costumbres y usos de sus compatriotas cuarenta años después de haberla abandonado? Sin embargo, solo una voz femenina —y ese no fue el caso— hubiera podido reprocharle lo que había dicho acerca de sus hermanas cubanas, de las que siempre se sintió cercana, según decía. En La Habana, afirmaba, como en todos los países esclavistas, la mujer se sitúa en un puesto mucho más elevado que en cualquier otro sitio.

¡Le reprochaban también el reconocer que la mujer había nacido para ser protegida y que tanto en Europa como en América la situación era idéntica! Y Mercedes trataba de explicarse: “Si hay diferencias entre estos dos mundo, se deben fundamentalmente a las estructuras sociales y al modo de vida que dichas estructuras le imponen”.

Es cierto que en su país de adopción vivió y evolucionó en una sociedad que todavía discriminaba considerablemente a la mujer, si bien ellas la dominaban de cierta manera, con elegancia, dado que muchas aristócratas tenían entonces salones y casi todas escribían sus *Memorias*.

Las parejas de artistas célebres eran numerosas; vivían libremente, esos vínculos se hacían y deshacían a voluntad. El único peligro para las mujeres residía en su propia seducción y feminidad, pues ese mundo era cruel y pagaban muy caro el vivir en él. Sin embargo, si la condesa de Merlín tuvo desde el inicio el apoyo y el sostén de numerosas literatas, como Gertrudis Gómez de Avellaneda, la duquesa de Abrantès, la condesa de Bassanville, la muy brillante y ocurrente Sophie Gay y su hija, Delphine de Girardin, bautizada como la *Musa de Julio*, Mercedes percibió paralelamente el sarcasmo cáustico de George Sand y la animosidad de la temible princesa de Belgiojoso, amiga querida de Franz Liszt, sacerdotisa del *Risorgimento* italiano que transformó en su

obra *Las leonas*, en una aventurera demoníaca, luego de su nominación como presidenta de la Academia de las Mujeres.<sup>133</sup>

En fin, luchar contra los prejuicios misóginos, frecuentes en aquella época, se convirtió en un juego para Mercedes y lo hizo a través de sus libros, en particular en *Las leonas* y en *Los placeres de una mujer mundana* en el que devolvía ojo por ojo y diente por diente, si bien de manera sutil y elegante, las ofensas y las bofetadas recibidas de sus enemigas de algún momento.

Sin embargo, la última herida de amor propio que le fue infligida fue, sin duda alguna, la que rodeó de misterio su última obra, *El duque de Atenas*,<sup>134</sup> cuyo prefacio se debió a la pluma del marqués de Foudras<sup>135</sup> que con toda tranquilidad se abrogó la paternidad del libro en cuanto se publicó. No se trataba, sin embargo, de un desconocido, pues en 1849 le escribía a Chasles una última carta en la que le decía: “Invité a cenar a la familia Foudras y a otras personas que conocéis... ¿Queréis venir también?” Él no respondió.

Muy pronto, antes de que se desencadenara el escándalo, el autor del prefacio prestamente restableció la verdad y rectificó: “El hecho de que la obra saliera con mi nombre fue un error de impresión”. De todas maneras... ¡ya el daño estaba hecho!

La condesa de Merlín vivía todavía cuando se produjo el incidente... Y resulta extraño que, incluso, en la actualidad no se puede consultar edición alguna donde aparezca su nombre.

Y para hacer justicia, este marqués novelista, de discutible valor literario y del que se decía irónicamente era “cazador de montería en

---

<sup>133</sup> Esta Academia, creada en 1843 por el conde de Castellane, pretendía ser la réplica de la Academia Francesa. Era una especie de “cenáculo” en el que reinaría el arte de la conversación y donde las mujeres, con su sensibilidad femenina, podrían debatir acerca de la lengua francesa. Se presentaron 60 candidatas, para elegir a 40, entre las cuales se encontraban Sophie Gay, Delphine de Girardin, la princesa Belgiojoso y George Sand. Muy pronto se iniciaron las disputas con motivo de la elección de su presidenta.

<sup>134</sup> En la Biblioteca Nacional de Francia, en el Catálogo General se puede consultar la siguiente nota bibliográfica: *El duque de Atenas*, por el marqués de Foudras (texto monográfico impreso), París, Paul Permain, 1852, 3 volúmenes. Nota n° FRBNF39321254. Otra edición menciona que, el primer tomo, fechado en 1850, lleva el nombre del marqués de Foudras, mientras que los otros dos llevan el de la condesa de Merlín, en los que Foudras era simplemente el autor del “Prólogo”. De hecho, en su prefacio reivindicó la parte histórica de la obra.

<sup>135</sup> Théodore de Foudras (1800-1872), novelista especializado en la montería y en las descripciones de costumbres de la alta sociedad.

Borgoña y escritor en París”, entregó a la familia todo el dinero recibido por la venta de un manuscrito que, a pesar de todo, hizo gastar mucha tinta, lo que sin duda alguna contribuyó en gran medida a su éxito.

En cuanto al funesto personaje de Philarète Chasles, famoso en la sociedad por haber vivido siempre acosado por sus acreedores, parece que no estuvo ajeno totalmente a esta sombría historia. Además, después de perder a su esposa, que murió prácticamente loca en 1857, se volvió a casar con la viuda de un prefecto, María Moreau du Breuil de St. Germain, más conocida por su pseudónimo literario de *María Sincera*.

A inicios de 1852, recluida en su pequeño apartamento de la calle de Berlín, la condesa de Merlín ya casi no veía a nadie pero recibía regularmente la visita del señor Martín de Noirlieu, cura de San Luis de Antín, antiguo preceptor del conde de Chambord. Vivía modestamente después de haber llevado una brillante existencia y el mayor de sus hijos, el conde Francisco Javier Dieudonné Merlín, casado con una rica habanera, la ayudaba pecuniariamente, sin dejárselo notar, ya que conocía los problemas financieros de su madre y, por encima de todo, su gran generosidad, que se tornó inconsecuente durante los últimos años de su vida.

Su segundo hijo, Gonzalo, que residía en París, fue quien, hasta los últimos instantes, cuidó de su madre, que según él tenía plena consciencia de su cercano fin: “Sin temor a la muerte, resignada y preparada desde hacía mucho tiempo, bajó a la tumba con toda la serenidad que había conservado durante sus largos sufrimientos”.

Se reía, sin embargo, de los médicos que le recomendaban que tratara de recuperar la calma que había perdido desde hacía tiempo. Pero ¿de qué calma le hablaban... y cómo hubiera podido recobrar la paz de su infancia, si su vida había acabado por cubrirse de cenizas y de brasas incandescentes? Y al decir esto se refería muy precisamente a esos 12 últimos años que habían sido exactamente lo contrario a los 12 primeros... una visión infernal después de haber tenido un paraíso.

El 31 de marzo de 1852 Mercedes dejó pues este mundo agitado en el que ya no encontraba el puesto que le correspondía, y se trasladó a otro que ella creía más hermoso, más sereno y en el que sus últimos sueños caerían a su lado en la inmortalidad.

Al día siguiente, pudo leerse en la prensa: “La señora condesa de Merlín acaba de fallecer en París, en la calle de Berlín Nº 18. Sus exequias tendrán lugar el viernes 2 de abril a las 10 en la Iglesia de la Trinidad”.

El 4 de abril las dos revistas musicales de Francia anunciaron, simultáneamente, la noticia. En la primera, la *Revue et Gazette Musicale de París*, se decía: “La señora condesa de Merlín sucumbió el miércoles pasado a una larga y penosa enfermedad. Las Artes y la Sociedad pierden con ella a una de las mujeres más célebres por su talento y su belleza. Había nacido en La Habana en el seno de una de las mejores familias de la Nueva España. Músico excelente, durante mucho tiempo cantó con gran éxito. Sus *Memorias*, publicadas en cuatro volúmenes, encierran recuerdos personales que se imbrican en la historia de su país”.

En *La France Musicale* el tono era ligeramente diferente: “La señora condesa de Merlín, una de las mujeres más amables de nuestro tiempo y cuyo salón fue durante varios años el santuario del arte musical acaba de fallecer en París.

”Sus exequias tuvieron lugar el viernes pasado en medio de una enorme asistencia de personalidades de la alta sociedad, de literatos y de artistas.

”Muchas personas acudieron al entierro. Mucha ternura, mucho ruido y mucha pompa”.

\* \* \*

El domingo 16 de mayo de 1852, entre el mediodía y las cinco de la tarde, tuvo lugar la exposición pública procedente de la sucesión de la señora condesa de Merlín. En un anuncio se describía el bello mobiliario: muebles de palisandro y de caoba, maderas esculpidas y sobredoradas, pianos, espejos, bronce, relojes, objetos de arte y curiosidades, cuadros, libros, escaparate para mujeres, cachemiras, encajes, tapices, cortinas, porcelanas, cristales, platería, joyas, diamantes...

Y 12 días más tarde, el viernes 28 de mayo se anunció en el Palacio de Ventas Inmobiliarias, la venta de “cuarenta cuadros procedentes de igual sucesión”.

En el anuncio se leía: “Hace trece años, en período semejante, procedimos conjuntamente con el notario Ridel a la venta de los cuadros de la oficina del señor teniente general, conde de Merlín. Todos los admiradores de la escuela española de pintura recordarán el magnífico retrato de una infanta de España realizado por Velázquez”.

En ese momento, ella no quiso deshacerse de los otros cuadros que se iban a vender. Había también en esta sucesión nuevas telas adquiridas durante el viaje que en 1845 realizó a España.

Entre las más hermosas se destacan dos Zurbarán, uno de los cuales representa a San Francisco con la cabeza cubierta por una ca-

pucha y dirigiendo al cielo una ferviente plegaria, un José de Ribera y un David, de la escuela francesa, en el cual se ve a San Juan Bautista en el desierto.

\* \* \*

Pasaron los años y Gonzalo, su segundo hijo, Capitán de Artillería del ejército francés, nos hizo entrega de algunas reflexiones sobre su madre en el manuscrito que acababa de escribir: “Fue la primera persona de la alta sociedad que recibió a los artistas no sólo como cantantes pagados; por eso en ninguna parte cantaban tan bien como en su casa y sus conciertos, en los que rivalizaban aficionados y artistas, se hicieron famosos en la sociedad Parisina”.

Más tarde, a fines de siglo, el mayor de sus hijos, Francisco Javier Merlín de Santa Cruz respondió negativamente a la solicitud de Domingo Figarola Caneda, escritor cubano y uno de sus más eminentes biógrafos, quien hubiera querido obtener algunas informaciones suplementarias sobre la condesa:

“Señor, estoy muy viejo, enfermo y he perdido la memoria.

No podría ser útil en lo más mínimo; deje que mi pobre madre descanse en paz.

No puedo recibirlo.

Mis respetos,

Merlín”.

Y murió al año siguiente.

Sin embargo, después de su muerte, se escribió mucho sobre ella y la baronesa Frossard en sus *Memorias*, publicadas en París, en 1885, dirá: “El salón de la señora condesa de Merlín no ha tenido sustituto y tal vez nunca lo tendrá: ya para su época era una excepción personal”.

Lamentablemente, nadie sabe en la actualidad donde fue enterrada María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, condesa de Merlín, y son muchos los que procedentes de su isla natal o de otros sitios, al hacer su recorrido por el cementerio de Père Lachaise, se lamentan por no encontrar ningún pensamiento, ningún recuerdo piadoso consagrado a esta mujer excepcional que fue una verdadera Egeria en ese París romántico, artista de talento cuyo salón fue considerado en una época en que los conciertos privados desempeñaron un papel tan importante en el desarrollo de la música, “uno de los tres salones musicales más importantes de la capital”.

Y entonces a aquél que va a recogerse en ese espacio de silencio y de soledad le invade un sentimiento de tristeza, e inconscientemente, nos vuelven a la mente las palabras desesperadas que lanzara Mercedes cuando, recorriendo la huella de su padre, que había fallecido en La Habana hacía ya 33 años, exclamó: “¡Ah! ¿Dónde está mi padre? Yo no hallo más que un montón de piedras sin vida, y un recuerdo eterno”.

Y en esos lugares sagrados en los que hasta las inscripciones de los seres queridos se borran más tarde o más temprano, nadie puede sobrevivir al tiempo... isolo la tierra y el cielo!

Pues, si incluso hoy no se encuentra epitafio personal que nos recuerde su paso por el mundo, sabemos que ella debe descansar allí, entre los suyos, en esa parcela situado en la división 43ª al inicio del Sendero Pérignon, a la derecha en el mausoleo de la familia O’Farrill, donde fueron inhumados los restos de don Gonzalo “teniente general de los ejércitos de S:M:C., ex-ministro de la Guerra, nacido en La Habana, el 22 de enero de 1754 y fallecido en París, el 19 de julio de 1831”; su esposa, Ana Rodríguez de Carassa, uno de sus hijos una cuñada, y finalmente el general Christophe-Antoine Merlin, su marido, cuya inhumación en el mausoleo de su muy querido tío, el general O’Farrill, solicitó ella misma, en marzo de 1839.<sup>136</sup>

A unos pasos, al costado de la imponente sepultura familiar, una pequeña tumba que se pierde entre las hierbas y rodeada por una reja de hierro, da testimonio de una particular atención. Ayer mismo se podía leer lo siguiente:

*Yace aquí  
Anne Elizabeth Josephine  
Hija del teniente-general Merlin  
Y de la señora María de las Mercedes Santa Cruz, su esposa  
21 de junio de 1818 – 9 de marzo de 1821.*

“Llegó a puerto antes de que se desatara la tempestad”

Un dolor que, durante mucho tiempo, se circunscribió a ese pequeño espacio de tierra en el que la naturaleza acabó por retomar sus derechos.

---

<sup>136</sup> Cf: Archivos del Cementerio de Père Lachaise.

# Fuentes consultadas

## BIBLIOGRAFÍA

### Obras de la condesa de Merlín

- Mes douze premières années*, Imprimerie de Gaultier-Laguionie, Paris, 1831.
- Histoire de la Soeur Inès*, Imprimerie Gaultier et Laguionie, Paris, 1832.
- Souvenirs et Mémoires de la Comtesse Merlín*, publiés par elle-même, Libraire-Éditeur Charpentier, 4 vols., Paris, 1836.
- Souvenirs et Mémoires*, Libraire-Éditeur Ad.Wahlen, Société Typographique belge, 3 vols., Bruxelles, 1837.
- Les loisirs d'une femme du monde*, chez Ladvocat, Libraire, 2 vols., Paris, 1838.
- Madame Malibran*, 2<sup>e</sup> édition A.Wahlen, Société Typographique belge, 2 vols., Bruxelles, 1838.
- Les esclaves dans les colonies espagnoles*, Imprimerie H. Fournier, Paris, 1841.
- Les esclaves dans les colonies espagnoles*, en *Revue des Deux Mondes* (pp. 734-769), Paris, 1<sup>er</sup> juin, 1841.
- Lola /comtesse Merlín*, Imprimerie Hinzelin, Nancy, 1844.
- Lola et Maria*, L. de Potter, Paris, 1845.
- La Havane*, Libraire-Éditeur Amyot, 3 vols. Paris, 1844.
- Viaje a la Habana* precedido de una biografía de esta ilustre cubana por la señorita Doña Gertrudis Gómez de Avellaneda, Imprenta de la Sociedad Literaria y Tipográfica, Calle de la Manzana, Num. 14, Madrid, 1844.
- Les Lionnes de Paris*, bajo el pseudónimo de “Feu le Prince de...”, Amyot, Paris, 1845.
- Le Duc d'Athènes*, prefacio del marqués de Foudras, éditeur Paul Permain, 3 vols., Paris, 1852.

### Bibliografía Pasiva

- ABRANTÈS, DUCHESSE D' (LAURE JUNOT): *Mémoires de Mme la Duchesse d'Abrantès, Souvenirs historiques sur Napoléon, la Révolution, le Directoire, le Consulat, l'Empire et la Restauration*, vol. 2, Librairie de L. Mame, Paris, 1835.

- \_\_\_\_\_ : *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et au Portugal de 1808 à 1811*, vols. 1 et 2, Ollivier, Libraire-Éditeur, Paris 1837.
- BALZAC, HONORÉ DE: *Les Belles femmes de Paris et de la province* par MM de Balzac, Roger de Beauvoir, Théophile Gautier, Gérard de Nerval, Arsène Houssaye, Victor Hugo, Jules Janin..., 3 vols., Imprimerie de Mme Poussin, rue Mignon 2, Paris, 1839, 1840, 1841.
- \_\_\_\_\_ : *La fille aux yeux d'or*, Scènes de la vie Parisienne, Histoire des Treize, "Etude de mœurs", 9<sup>e</sup> volume, édition Furne, Paris, 1843.
- \_\_\_\_\_ : *Les Marana*, 1<sup>ere</sup>. édition: Mme Béchet, Paris, 1834: 2<sup>e</sup> édition: tome II des "Etudes Philosophiques", 15<sup>e</sup> vol., dédié à la Comtesse Merlin, édition Furne, Paris, 1846.
- \_\_\_\_\_ : *Correspondance (1819-1850)*, tome II, Calmann Levy, Éditeur, Paris, 1876.
- BALZAC, HONORÉ DE, PHILARÈTE CHASLES y CHARLES RABOU: *Contes Bruns*, chez Adolphe Guyot et Urbain Canet, Paris, 1832.
- BARBIER, PATRICK: *A l'Opéra, Au temps de Balzac et Rossini, Paris 1800-1850*, Hachette Littératures, Paris, 1987; 2003.
- BASSANVILLE, ANAÏS LEBRUN, COMTESSE DE : *Souvenirs intimes par Mme la Comtesse de Bassanville*, con prefacio de Louis Enault, "Le salon de la comtesse Merlin", 2<sup>e</sup> série, Paris, 1868.
- \_\_\_\_\_ : *Les Salons d'Autrefois, 1806-1884*, éditions A. Broussais, Paris, 1875.
- BUENO, SALVADOR: *Viaje a la Habana de la Condesa de Merlín*, introducción de Salvador Bueno, Editorial de Arte y Literatura, La Habana, 1974.
- \_\_\_\_\_ : *De Merlín a Carpentier. Una escritora habanera de expresión francesa*, Unión de Escritores y Artistas de Cuba, La Habana, 1977.
- BURGER, ERNST: *Frantz Liszt*, Préface Alfred Brendel, Fayard, Paris, 1986.
- CHASLES, VICTOR, EUPHÉMIEN, PHILARÈTE: *Mémoires*, tome 1 et II, G. Charpentier-Libraire-Éditeur, Paris, 1876.
- CHATEAUBRIAND, FRANÇOIS-RENÉ DE: *Mémoires d'outre-tombe*, 12 vols., E. et V. Penaud frères, Paris, 1848.
- CUSTINE, ASTOLPHE, LOUIS, LEONARD, MARQUIS DE: *L'Espagne sous Ferdinand VII*, 3 vols., Chez Ladvoat, Libraire de Prince Royal, Paris, 1838.
- DASH, COMTESSE: *Mémoire des Autres – Le règne de Louis-Philippe (1830-1848)*, Librairie Illustrée, 8 rue St Joseph, Paris, 1896-1898.
- EIGELDINGER, JEAN-JACQUES: *Chopin, âme des Salons Parisiens 1830-1848*, Fayard, Paris, 2013.



- FIGAROLA CANEDA, DOMINGO: *La Condesa de Merlín, María de la Merced Santa Cruz y Montalvo. Su correspondencia íntima (1789-1852)*. Obra póstuma publicada bajo la dirección de su Señora viuda, éditions Excelsior, Paris, 1928.
- FROSSARD, BARONNE: *Souvenirs de la baronne Frossard (1813-1884)*, H. Gautier, Paris, 1885.
- GAY, SOPHIE: *Les Salons célèbres*, 2 vols., Dumont, Paris, 1837.
- \_\_\_\_\_ : *Le salon de la Comtesse Merlin*, éditions Michel Lévy Frères, Paris, 1864.
- GIACCHETTI, CLAUDINE: *Delphine de Girardin, la muse de Juillet*, L'Harmattan, Paris, 2004.
- GIRARDIN, DELPHINE DE: *Chroniques Parisiennes 1836-1848*, éditions des Femmes, Paris, 1986.
- LEATHERS, VICTOR: *L'Espagne et les Espagnols dans l'œuvre d'Honoré de Balzac*, Librairie ancienne Honoré Champion, Paris, 1931.
- MARTIN-FUGIER, ANNE: *La vie élégante*, Perrin, collection Tempus, Paris, 1990.
- MCCALL SAINT-SAENS, ANNE E.: *De l'être en lettres, Autobiographie épistolaire de Sand*, édité par Rodopi, Paris, 2004.
- MERLIN, ANTOINE-CHRISTOPHE: *Vie et correspondance de Merlin de Thionville*, Ed. Jean Reynaud, Furne, Paris, 1860.
- SAINTE-BEUVE, CHARLES-AUGUSTIN, DE L'ACADÉMIE FRANÇAISE: *Premiers lundis*, tome 2, nueva edición, Calmann-Lévy, Paris, 1894.
- VASQUEZ, CARMEN: *Souvenirs et mémoires de Madame la Comtesse Merlin (1789-1852)*, *Souvenirs d'une Créole*, préface Hector Bianciotti, Introduction et notes de Carmen Vasquez, Le Temps retrouvé LVII, Mercure de France, Paris 1990.
- \_\_\_\_\_ : *La Havane, La Comtesse Merlin (1844)*, réédition récente en fac-similé, préface de Carmen Vasquez, 3 vols., Editions Indigo & Côté-femmes, Paris, tome I, 1998; tome II, 2002; tome III, 2013.
- VIGIER, PHILIPPE: *Paris pendant la Monarchie de Juillet*, Presses Universitaires de France, collection Que sais-je?, Paris, 1962.

## Revistas y publicaciones periódicas

- ANDIOC-TORRES, SOPHIE: "Domingo del Monte y Las Tertulias Europeas" in *Publications de l'Equipe de Recherche de l'Université de Paris VIII, Histoire des Antilles Hispaniques*, L'Harmattan, Paris 2003.
- ARMAS, ARMANDO DE: *Opiniones* / "Viaje á La Habana de la Condesa de Merlín", en *martinoticias.com*, septiembre 2011.

- AUTHIER, CATHERINE: “Une des premières divas de l’Opéra, Maria Malibran”, “La mode du rossinisme à Paris sous la Restauration”, in *L’Histoire par l’image 1789-1939*, Paris, 2005.
- BACARDI MOREAU, EMILIO: “La Condesa de Merlín. Una Cubana eminente”, Discurso leído el día 3 de marzo de 1920 en la Academia Nacional de Artes y Letras, en *Biografías – Florencio Villanova y Pio Rosado*, edición Playor, Madrid, 1972.
- BIANCHI ROSS, CIRO: “Dos habaneras de ayer”, en *Prensa Latina*, 2013.
- BIBET, JEAN-PIERRE: “Fiche biographique sur Merlin, Christophe-Antoine (1771-1839) Comte de l’Empire, Général de division, Grand Officier de la Légion d’honneur”, in *Archives Nationales, Dossier de la Légion d’honneur*, Paris.
- DEL MONTE, DOMINGO: *Centón epistolario de Domingo del Monte (1836-1838)*, Imprenta El Siglo XX, La Habana.
- \_\_\_\_\_ : “Population blanche et de couleur dans l’île de Cuba”, in *Les Esclaves dans les colonies espagnoles*, L’Harmattan, Paris, 2006.
- DURRIEU, XAVIER: “La traite à Cuba et le droit de visite” in *Les Esclaves dans les colonies espagnoles et autres textes sur l’esclavage à Cuba*, L’Harmattan, Paris, 2006.
- GOTTSCHALK, MOREAU, LUIS: “La Musique, le piano et les pianistes”, in *La France Musicale*, Paris, 1860.
- GUMÍ MONTALVO, MARIANA: “Habaneras” in *La Habana Elegante, La Ronda*, n° 11, otoño de 2000.
- HEUGEL, HENRI: “Mme Malibran et la comtesse de Sparre”, in *Le Ménestrel*, Paris, 1828-1829.
- JOVA, JOSEPH: “María de las Mercedes de Santa-Cruz y Montalvo comtesse de Merlín”, en *Historia de familias cubanas* (GHC. Boletín 25), tomo 1, La Habana, marzo de 1991.
- MASEDA GUTIÉRREZ, HÉCTOR: “María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo, Condesa de Merlín”, en *Misceláneas de Cuba*, 22/08/2013.
- MÉNDEZ RODENAS, ADRIANA: “A mes compatriotes: Où est la comtesse Merlin?”, in *La Habana Elegante, La Ronda*, n° 11, otoño de 2000.
- \_\_\_\_\_ : “Sucre et abolition aux Antilles Espagnoles: Mercedes Merlin et le débat sur l’esclavage”; “Esquisse biographique”, in *Les Esclaves dans les colonies espagnoles*, L’Harmattan, Paris, 2006.
- MERLIN DE THIONVILLE: “De Cuba à Napoléon en passant par Neuville Vitasse: le roman de la famille de Merlin de Thionville”, in *Bulletin du Cercle Généalogique de Lorraine*, Nancy, février 2012.
- MUZIO, MARÍA DEL CARMEN: “Una habanera insigne”, en *Palabra*, Cultura y Arte, n° 198, La Habana, julio-agosto 2010.

- OLLIVIER, DANIEL: "Franz Liszt et la princesse de Belgiojoso, Lettres", in *Revue des Deux Mondes*, Paris, 1840.
- PINO MIYAR, JULIO: "La condesa de Merlín (I): Por los lindes de la nación y la Modernidad", en *Isliada, literatura cubana contemporánea*, 4/01/2014.
- RIDEL MAÎTRE, COMMISSAIRE PRISEUR : "Notice d'un joli mobilier...après décès de Mme la comtesse Merlin... provenant de la succession de Mme la comtesse Merlin", Exposition publique, dimanche 16 mai 1852 de midi à cinq heures.
- \_\_\_\_\_ : "Notice de 40 tableaux, provenant de la succession de Mme la comtesse Merlin", Exposition publique le vendredi 28 mai 1852 de 10h du matin à 14h et vente à l'Hôtel des Ventes Mobilières, Rue des Jeuneurs, n° 42, à partir de 14 h. Éditeur: Imprimerie et Lithographie de Maulde et Renou, Paris, 1852.
- ROMERO, CIRA: "Las flores de las Antillas", en *La Jiribilla*, n° 657, La Habana, 7 de diciembre al 13 de diciembre, 2013.
- SAND, GEORGE: "Souvenirs de madame Merlin", in *Revue de Paris*, Paris, 17 avril 1836.
- SCUDO, P. : "Essais et Notices: Marco Bordogni", in *Revue des Deux Mondes*, Paris, août 1857.
- VASQUEZ, CARMEN: "Las mujeres cubanas de la Condesa de Merlín", in *Femmes des Amériques*, Colloque international, 18-19 avril 1985, Université de Toulouse Le Mirail, Série des publications de l'Université de Toulouse Le Mirail, Série B, tome II, 1986.
- WITT, PIOTR: "Un concert chez les Apponyi", in *Sztuka* (l'Art), Paris, 1831-1832.
- YVIRICU, JORGE: "Los misterios de la Condesa de Merlín", in *La Habana Elegante, segunda época, La Ronda*, otoño 2000.



# Testimonio gráfico



*1. Palacio de los Condes de Jaruco y casa natal de María de las Mercedes de Santa Cruz y Montalvo (1789-1852) – Plaza Vieja en La Habana.*



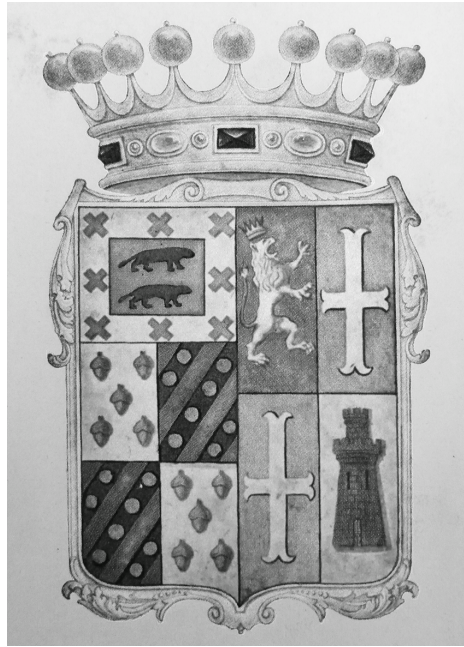
*2. Retrato de Mercedes adolescente.*



*3. Retrato de la condesa de Merlín, pintado en 1831 por Paulinier.*



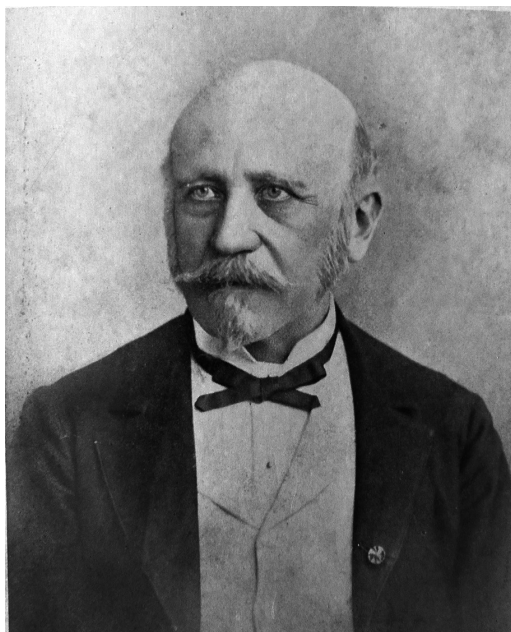
*4. General, conde de Merlín (Cristóbal-Antonio) (1771-1839), su esposa.*



5. Armas del Condado de Merlin, creado por decreto de José Bonaparte (rey de España, el año 1810).



6. El nombre MERLIN grabado en el pilar sur del Arco de Triunfo de l'Etoile en París.



7. Coronel Francisco Dieudonné Merlín y Santa Cruz  
(1814-1900), su hijo mayor.



8. Don Gonzalo Cristóbal Merlín y Santa Cruz  
(1816-1887) su hijo segundo.





**9.** *Palacio Rosambo en París, donde vivía la condesa de Merlín, desde 1831 hasta 1851.*



**10.** *Castillo de Dissay. Entrada principal.*



*11. La condesa de Merlín en Norma, opera de Bellini.*



*12. María Felicia Malibran,  
pintura de Decaisne hacia 1830 (1808-1836).*



13. Gioachino Rossini (1792-1868),  
fotografía de Nadar

(1)

AIR ESPAGNOL.

Par M<sup>me</sup> la Comtesse MERLIN.

Allegretto.

PIANO.

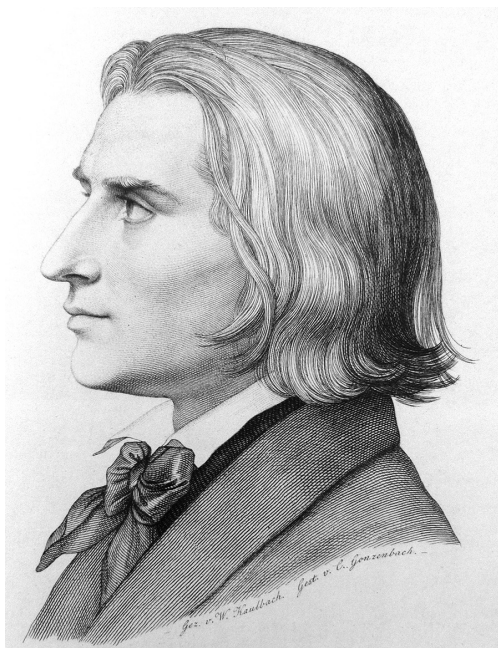
cres.

Al mi - rare - sa zan -  
dun - ga y e - sa cara, dea li - gi - o al mi - rare - sa zan - dun - ga y e - sa  
cara dea li - gi - o al mi - rar o - sa zan - dun - ga y e - sa ca - ra dea li -  
gi - o y e - sa cara dea li - gi - o

14. "Air espagnol" de la condesa de Merlín,  
publicado en 1843.



**15.** *Frédéric Chopin, pintura d'Ary Scheffer, hacia 1847.*



**16.** *Franz Liszt*



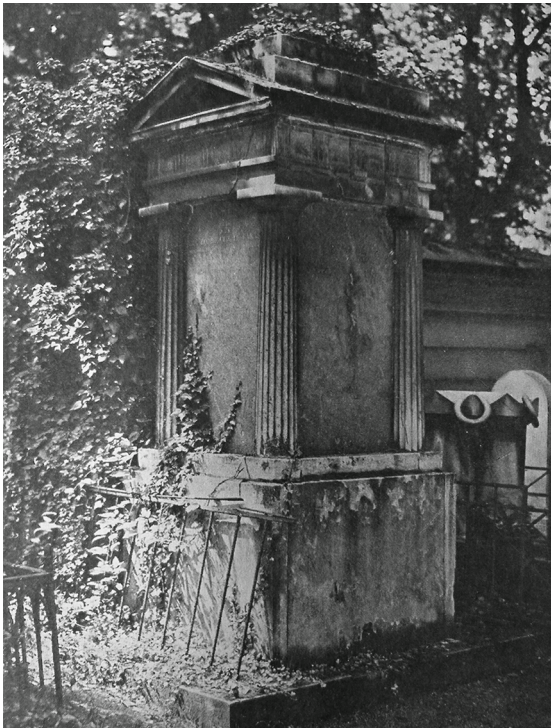
*17. Su alumna, princesa Cristina di Belgiojoso.*



*18. Honoré de Balzac (1799-1850).*



**19.** *Philarète Chasles, según una fotografía de Nadar (1798-1873).*



**20.** *Mausoleo de la Familia O'Farrill en el cementerio del Père Lachaise.*

DIRECTION  
DES  
AFFAIRES MUNICIPALES  
BUREAU DES INHUMATIONS  
CIMETIÈRES  
de la  
VILLE DE PARIS

(1) SITUATION  
DE SÉPULTURE  
ou

(1) CERTIFICAT  
D'INHUMATION

Lib.-Imp.-réimpr. — 10732.

(1) Biffer les énonciations  
inexactes.

Formule N° 28.

RÉPUBLIQUE FRANÇAISE  
LIBERTÉ — ÉGALITÉ — FRATERNITÉ

B. — N° 2720. A1.

PRÉFECTURE DE LA SEINE

Cimetière de l'Est

Le Conservateur soussigné certifie que le corps de  
M<sup>me</sup> *Merlin Santa Cruz*  
a été inhumé le *31 mars* 18*92*, et placé  
en (1) Concession perpétuelle, conditionnelle, trentenaire, temporaire,  
tranchée gratuite, *43*° Division *2<sup>o</sup> 2<sup>o</sup> de Cuesta*  
*de la Ligne de Merlin*  
Numéro *205 Greffulley*  
*Paris*, le *24 avril* 189*3*

Le Conservateur,

En el libro-registro de dicho cementerio, hemos leído:

« Mme Vve Merlin, mariée aux grâces »

Interrogando, hemos llegado a saber que marié aux grâces es la traducción (1) de María de las Mercedes, nombres de pila de la Condesa de Merlin.

21. Certificado de inhumación de Mercedes Merlin,  
31 de marzo de 1852.

